



ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE  
AMIGOS DE LA ARQUEOLOGÍA

LA BAJA EPOCA DE LA CULTURA IBERICA

12. II  
E.

Asociación Española  
de  
Amigos de la Arqueología

# LA BAJA EPOCA DE LA CULTURA IBERICA



ACTAS  
DE LA MESA REDONDA CELEBRADA EN  
CONMEMORACION DEL DECIMO ANIVER-  
SARIO DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE  
AMIGOS DE LA ARQUEOLOGÍA

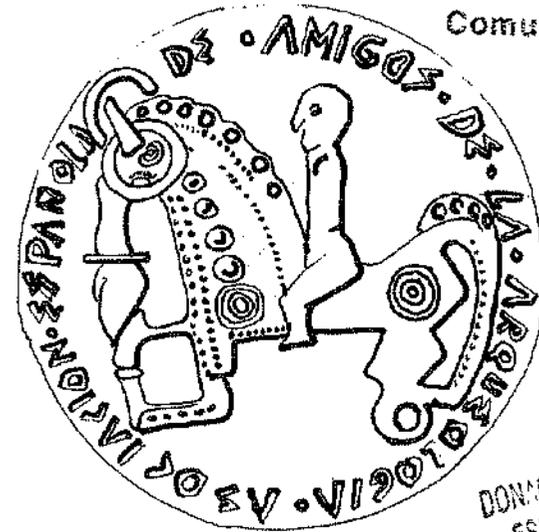
# LA BAJA EPOCA DE LA CULTURA IBERICA



ESCUELA SUPERIOR DE  
CONSERVACION  
RESTAURACION  
DE BIENES CULTURALES

BIBLIOTECA

CONSEJERIA DE EDUCACION  
Comunidad de Madrid



DONACION DE LA ASOCIACION  
ESPAÑOLA DE AMIGOS DE  
ARQUEOLOGIA

ACTAS  
DE LA MESA REDONDA CELEBRADA EN  
CONMEMORACION DEL DECIMO ANIVER-  
SARIO DE LA ASOCIACION ESPAÑOLA DE  
AMIGOS DE LA ARQUEOLOGIA

MADRID - MARZO 1979

## COMITE ORGANIZADOR



ESCUELA SUPERIOR DE  
CONSERVACION  
RESTAURACION  
DE BIENES CULTURALES  
BIBLIOTECA

### Junta Directiva:

Presidente de Honor: CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
S.M. la Reina Dñ<sup>a</sup> Sofia Comunidad de Madrid

Presidente: Emeterio Cuadrado Diaz  
VicePres...: Rosario Lucas de Viñas  
VicePres...: Teogenes Ortego y Frias  
Secretario : Manuel Santonja Alonso  
ViceSecret.: Mercedes de Prada Junquera  
ViceSecret...: Salvador Rovira Llorens  
Tesorero...: Manuel Castelo Fernandez  
Vocales.....: M<sup>a</sup> Angeles Alonso Sánchez  
                  Maria Sanz Nájera  
                  Adelaida Martin de la Torre  
                  José M<sup>a</sup> Coteron de la Fuente  
                  Cesar Gonzalez Zamora  
                  Manuel Iglesias Gutierrez  
                  Gonzalo Muñoz Carballo  
                  Dario Mora Brotons  
                  Luis Ortega Puente

Secretarios de  
actas           M. Angeles Alonso  
                  María Sanz  
                  Salvador Rovira  
                  Manuel Santonja

Los asociados.....: Encarnación Ruano  
                          Madeleine Brúnt  
                          Carlos Dauden  
                          Asuncion Seco

## PONENTES

**Prof. Dr. José M<sup>a</sup> Blazquez.-** Catedrático de Historia Antigua. Universidad Complutense. Madrid.

**Dr<sup>a</sup>. Carmen Aranegui y D.E. Plá.-** Subdirector del S.I.P. de Valencia y Prof<sup>a</sup> Adj<sup>a</sup> de Arqueología de la Universidad de Valencia.

**Dr<sup>a</sup> Pilar León.-** Prof<sup>a</sup> Adj<sup>a</sup> de Arqueología de la Universidad de Sevilla.

**Prof. Dr. J. Maluquer de Motes.-** Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Barcelona.

**Prof. Dr. A. Beltrán.-** Catedrático de Arqueología de la Universidad de Zaragoza.

**Dr. M. Bendala.-** Prof. Agrgd<sup>o</sup> de Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid.

**Dr. Sanmartí Gregó.-** C. del Museo Arq. y Prof. de la U.A. de Barcelona.

**Dr<sup>a</sup>. Rosario Lucas.-** Prof<sup>a</sup> Adj<sup>a</sup> de Prehistoria de la Universidad Autónoma de Madrid.

**Dr. Ing. Emeterio Cuadrado.-** Presidente de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología.

**Dr. Oswaldo Arteaga.-** C. del Instituto Arqueológico Alemán. Madrid.

# INDICE

	Páginas
<b>Ponencias</b>	
Introducción .....	13
EL MUNDO IBERICO EN LOS SIGLOS INMEDIATOS AL CAMBIO DE ERA, por el Prof. Dr. José M <sup>a</sup> Blazquez ... ..	17
LA ETAPA FINAL DE LA CULTURA IBERO-TURDETANA Y EL IMPACTO ROMANIZADOR, por M. Bendala Galan.	33
LAS NECROPOLIS PENINSULARES EN LA BAJA EPOCA DE LA CULTURA IBERICA, por Emeterio Cuadrado ... ..	51
LA CERAMICA IBERICA, por Carmen Aranegui Gasco y En- rique Pla Ballester ... ..	73
LAS INFLUENCIAS PUNICAS, por Oswaldo Arteaga ... ..	117
LAS CERAMICAS DE BARNIZ NEGRO Y SU FUNCION DE- LIMITADORA DE LOS HORIZONTES IBERICOS TAR- DIOS (III-I a C.), por E. Sanmartí Gregó ... ..	163
PLASTICAS IBERICA E IBEROAMERICANA, por M <sup>a</sup> del Pilar León Alonso ... ..	183
EL PESO DEL MUNDO GRIEGO EN EL ARTE IBERICO, por Juan Maluquer de Montes ... ..	203
LAS MONEDAS IBERICAS Y SUS INSCRIPCIONES, por An- tonio Beltran Martinez ... ..	219
SANTUARIOS Y DIOSES EN LA BAJA EPOCA IBERICA, por M <sup>a</sup> Rosario Lucas ... ..	233
<b>Comunicaciones</b>	
ANOTACIONES SOBRE NUEVOS HALLAZGOS DE YACI- MIENTOS IBERICOS, EN LA COMARCA DE RIBERA D'EBRE (TARRAGONA), por Maragarida Genera I Monells.	297
LANCEROS IBERICO EN BRONCE PLENO DEL SANTUA- RIO IBERICO DE LA LUZ (MURCIA), por Pedro a. Lillo Carpio ... ..	305
GRAFICO IBERICO EN UN POBLADO DE LA SUBMESETA SUR, por Marta Sterra Delage ... ..	313

## INTRODUCCION

*La Asociación Española de Amigos de la Arqueología, surgió de la idea de un grupo de amantes de esta Ciencia, que pensaban que la unión de profesionales y aficionados en el estudio de sus disciplinas, mediante actividades fundadas sobre conferencias, cursos monográficos, visitas a yacimientos, viajes a las zonas arqueológicas y museos del extranjero, y otras actividades afines, podrían constituir una labor científica que fomentase el estudio y desarrollo de la ciencia cultivada.*

*Con fecha 10 de septiembre de 1968, se suscribió el Acta Fundacional, y la Asociación, de unos pocos iniciadores, se convirtió, en un decenio, en una potente agrupación que suma unos cuatro centenares de socios, fruto del éxito de la labor desarrollada.*

*El 10 de septiembre de 1978, se cumplían los diez años de su fundación, y como muestra de lo que había conseguido, quiso convocar, para celebrar el primer decenio de su vida, una Mesa Redonda, cuyo tema se decidió versara sobre la «Baja Epoca de la Cultura Ibérica».*

*Para desarrollar el programa propuesto, se encargaron las Ponencias a destacados investigadores, que las desarrollaron durante los días 23 y 24 de marzo de 1979, admitiéndose comunicaciones relacionadas con las mismas. La concurrencia fue unánime por tratarse de un tema poco cultivado, y el interés de las ponencias, revisando los tres últimos siglos anteriores al cambio de era, fue tan extraordinario, que resultaba imprescindible publicar las excelentes aportaciones de los ponentes al conocimiento de esta época de nuestra historia primitiva, a pesar de las dificultades económicas, que —dadas las circunstancias de una Asociación como la nuestra— resultaban difíciles de superar.*

*Gracias a la ayuda recibida del Ministerio de Cultura, completando la prestada para la celebración de los actos, por Empresas privadas,*

como la *Fundación General Mediterránea*, y la *I.B.M. Española*, por fin hoy podemos dar a la luz pública, las *Actas científicas de las sesiones con todas las ponencias y comunicaciones que en ellas se expusieron*. Fueron ponentes los *Profesores o Investigadores José M.<sup>a</sup> Blázquez, Antonio Beltrán, Emeterio Cuadrado, Enrique Pla, Carmen Aranegui, Enrique Sanmartí, Rosario Lucas, Juan Maluquer de Motes, Oswaldo Arteaga, Pilar León y Manuel Bendala (enumerados por orden de actuación)* y a cuyas ponencias se añaden en estas *Actas las comunicaciones recibidas*.

*La Asociación Española de Amigos de la Arqueología ofrece este libro a todos los Arqueólogos españoles y muy especialmente a los ponentes de nuestra Mesa Redonda, gracias a los cuales, pudo celebrar a la altura de sus deseos y de su labor el primer decenio de su vida.*

EL PRESIDENTE

Madrid, 1980

## EL MUNDO IBERICO EN LOS SIGLOS INMEDIATOS AL CAMBIO DE ERA

## **EL MUNDO IBERICO EN LOS SIGLOS INMEDIATOS AL CAMBIO DE ERA**

Por el Prof. Dr. JOSE M.<sup>a</sup> BLAZQUEZ

Antes de analizar el impacto de la presencia de los Bárquidas y de los Romanos en el levante ibérico y su repercusión en la cultura ibérica, es conveniente examinar brevemente la etapa inmediatamente anterior, un siglo o siglo y medio antes <sup>1</sup>.

Se desconoce la repercusión del tratado romano-cartaginés del 509 a.C. en la Península Ibérica (Pol., III, 23). Es muy probable que de momento no tuviera ninguna influencia. A finales del siglo V a.C. hubo grandes destrucciones, por lo menos en el sudeste hispánico y posiblemente también en Oretania, que quizás se debieran a los cartagineses. En la necrópolis del Cigarralejo hay materiales arquitectónicos destruidos violentamente en esta fecha, que después se reutilizaron en tumbas, de comienzos del siglo IV a.C. En Obulco, parece que la fabulosa escultura aparecida recientemente, y aun inédita, fue destruida poco después de ser hecha, hacia finales del siglo V ó comienzos del siguiente.

### **EL SEGUNDO TRATADO ENTRE ROMA Y CARTAGO, 348 a.C.**

En este tratado se delimitan nuevamente las áreas de influencia de las dos potencias rivales en la Península Ibérica. El contenido del tratado, según Polibio (III, 23), era el siguiente: «Sobre estas condiciones habrá amistad entre los romanos y los aliados de los romanos, con los cartagineses, tirios, uticenses, y sus aliados. Más allá del Kalon Akroterion y de Mastia de Tarsis los romanos no podrán hacer presos, ni comerciar, ni fundar ciudades. Si los cartagineses se apoderaran de alguna ciudad del Lacio no sometida a

los romanos, quedarán con el dinero y los cautivos, pero dejarán la ciudad. Si los cartagineses tomasen gentes con las cuales los romanos hubieran pactado paz, aunque no estuvieran bajo su imperio, no las llevarán a las puertas de los romanos, y si alguna fuese llevada, y un romano la tomare, quedará libre. A lo mismo se atenderán los romanos. Si algún romano tomare agua o víveres en alguna región sometida a los cartagineses, no hará con el pretexto de las provisiones, injuria alguna a los que están unidos en paz y amistad con los cartagineses. Si, por el contrario, alguien lo hiciere, se considerará injuria pública. En Cerdeña y en Africa, ningún romano comerciará, ni establecerá poblado, ni desembarcará en ella, si no es para aprovisionarse o para reparar su nave. Si es llevado por una tempestad, dentro de cinco días debe partir. En la parte de Sicilia sometida a los cartagineses y en Cartago, un romano puede vender y hacer todo aquello que es lícito al ciudadano. Igual derecho tendrá un cartaginés en Roma.» Roma en este momento no era la ciudad de poca importancia del 509 a.C. Había rechazado a los galos, ampliado considerablemente su territorio en Etruria, fundado colonias en territorio enemigo, vencido a sus encarnizados enemigos los volscos, y concluido la alianza con los samnitas. Se había convertido en la mayor potencia de Italia. Para Cartago el tratado era ventajoso, pues Roma no tenía ningunos intereses mercantiles fuera de la Italia central, ni la posibilidad de desarrollar un comercio de cierta envergadura. Hasta después de la Primera Guerra Púnica no contó con flota. La marinería, que venció a Cartago en las Islas Egadas, era la de los griegos aliados; se entrenó en gran parte en seco. El tratado dejaba las manos libres a Cartago en todo el sur de la Península Ibérica, hasta Cartagena, por donde se encontraba Mastia de Tarsis, la región rica en minas, tan necesarias para pagar las tropas mercenarias, que sacaba de Iberia, en las costas de Libia, en Cerdeña y en Sicilia. A Marsella, la aliada de Roma, le quedaba para comerciar el sur de la Galia y toda la costa levantina, asiento de las colonias Ampurias, Rosas y Hemeroscopeion. El tratado se firmaba en un momento importante para Cartago, cuando intentaba nuevas relaciones con Tiro y con Egipto, y recuperar en Sicilia el perdido prestigio.

En cambio, desde finales del siglo IV o poco después, se arrasaron una serie de poblados ibéricos, de cuya destrucción y consiguiente abandono muy probablemente fueron causa los cartagineses, ya que, salvo éstos, nadie podía arruinar estos poblados, algunos de ellos fuertemente defendidos. A los cartagineses, esto era fácil, por el

empleo de máquinas de asedio, que utilizaron con tanto éxito, a veces, contra los griegos sicilianos. Así en la Segunda Guerra Greco-Púnica, en el asalto y toma de Selinunte, 409 a.C., el general cartaginés Aníbal levantó seis enormes torres, que dominaban las murallas, que fueron abatidas por seis arietes con cabezas de hierro (Diod., XIII, 55) y en Himera utilizó torres y minas (Diod., XIII, 59). Durante la Tercera Guerra Púnica (397-395) Himilcón construyó tres torres que dominaban el puerto de Siracusa; una junto al Olimpeion, otra en Plemmyrion y una tercera en Daskon (Diod., XIV, 7). Sagunto fue atacado, en 218 a.C., con arietes, ya utilizados en el cerco de Cádiz, y con torres (Liv., XXI, 7). El poblado de Covalta estaba defendido por una muralla de tres metros de espesor. El de La Bastida de Les Alcuses tenía dos murallas, una de ellas flanqueada por torres. El de La Escuera estaba defendido con bastiones rectangulares, de los que se ha descubierto uno adosado a la muralla.

Estos poblados para ser arrasados, pues, necesitaban de los modernos métodos de asalto a ciudades introducidos por Cartago, traídos del Oriente<sup>2</sup>. Es probable que antes que en Sicilia, o al mismo tiempo, la familia de los Magónidas, de fuerte carácter imperialista, quisiera ampliar la zona de influencia en la Península Ibérica de mayor importancia por la riqueza minera. A comienzos del siglo V a.C. o antes, quizás, hubo destrucciones en la necrópolis de Pozo Moro, según datos del excavador de esta necrópolis, M. Almagro Gorbea<sup>3</sup>, aunque no creemos que el famoso monumento tenga que ver nada con la necrópolis del 500 a.C. En esta fecha sus sillares estaban ya reutilizados. Después del desastre de Himera, 480 a.C., los Magónidas potenciaron la política africanista de Cartago, que logró entregar a la gran ciudad semita una considerable extensión de territorio, como toda la parte occidental de las montañas de la actual Túnez, Megerda, el Cabo Bon y la parte septentrional del Sahel. El confín occidental del territorio controlado por Cartago debió pasar ahora por el Seybouse, con una serie de puntos fortificados, dispuestos a lo largo de su orilla derecha. Se incorporó a Cartago la región que se encontraba bajo control administrativo de la antigua colonia púnica Hadrumetum. Como muy bien señala E. Acquaro<sup>4</sup>, la conquista territorial africanista es sólo una faceta de la nueva política emprendida por los Magónidas. Un punto fundamental de su programa era el control de las materias primas del Occidente, como lo indican las expediciones de Hannón y de Himilcón, hacia el 460 a.C.<sup>5</sup> La primera tenía por finalidad el establecer nuevas colonias en la costa atlántica

y conocer los ricos bancos pesqueros de la costa. La de Himilcón se organizó para visitar los yacimientos de estaño de Cornualles. Dentro de este programa hay que situar, probablemente, la construcción de los recintos fortificados de Turdetania, en función de controlar los caminos de salida del mineral a las factorías semitas, establecidas en la costa, a imitación de las fortificaciones de Cerdeña, Motya y de las del N. de África <sup>6</sup>. Sin embargo, no se puede hablar de una verdadera conquista del territorio ibérico por los cartagineses hasta la llegada de los Bárquidas. Se desconoce, de momento, qué importancia tuvo esta política expansionista de los Magónidas en el levante ibérico. La Segunda Guerra Greco-Púnica (409-404 a.C.), la Tercera (397-395) y el fin de las hostilidades en el año 379 a.C., después de la victoria siracusana de Kabala, donde murió el general cartaginés, y de la subsiguiente victoria púnica en el Cabo Cronio, obligaron a Cartago a buscar una alianza con Atenas, lo que explicaría la abundancia de cerámica ática en la primera mitad del siglo IV a.C. en Oretania <sup>7</sup> y en el SE <sup>8</sup>.

#### NUEVOS TRATADOS ENTRE ROMA Y CARTAGO, 306 y 279

En ambos se repetían las cláusulas de los precedentes (Pol., III, 24), y en el cuarto, según Polibio (III, 25) se añadían unas alusiones a la guerra contra Pirro. Cartago con ello reafirmaba, una vez más, su gran prestigio político, económico y estratégico, como gran potencia en el Mediterráneo. Confirmaba su zona de influencia, entre la que se encontraba el sur de la Península Ibérica, que era vital para su economía.

Entre los años de finales del siglo IV o la llegada de los Bárquidas, al parecer, data la destrucción de una serie de poblados ibéricos, como la Bastida de les Alcuses, El Puig, Covalta, Cabezo Lucero, La Escuera, Lloma de Galbis, Pixócol, Ladera San Antonio, Mola de Torró, Mola de Agres, Corral de Saus <sup>9</sup>, todos en Constestania <sup>10</sup>. Posiblemente entonces, o quizás antes, se destruyó la escultura o los edificios que después aparecen entibando las urnas de las necrópolis de La Guardia (Jaén) <sup>11</sup> y del Cabecico del Tesoro (Murcia), cuya destrucción, según su excavador G. Nieto <sup>12</sup>, se debe ya a la acción de los Bárquidas y se sitúa hacia el 238 a.C., como material de deshecho en tumbas del Corral de Saus y empedrando una calle de La Alcudia de Elche <sup>13</sup>, ciudad que, en opinión de R. Ramos

Fernández, fue destruida hacia 228 a.C. por Hamilcar. La destrucción de estos poblados significa la crisis del comercio griego en el Levante Ibérico, ya que es la primera mitad del siglo IV a.C. cuando la presencia de vasos áticos entre los iberos es más fuerte. Esta ruina indica una fuerte oposición de los iberos. En los yacimientos iberos no se documenta, sin embargo, una etapa ibero-púnica, ni en la Albufereta, ni en Tossal de Manises, ni en La Alcudia, como muy bien ha señalado el excelente conocedor de la cultura ibérica E. Llobregat <sup>14</sup>. Queda claro, pues, dos grandes etapas de destrucción de los poblados ibéricos y turdetanos, a finales del siglo V a.C. o a comienzos del siglo siguiente (Cigarralejo, Obulco, Pozo Moro?) y desde finales del siglo IV a.C. hasta los años del gobierno de los Bárquidas. Posiblemente, Cartago intentó, según se ha señalado antes, ya antes de la llegada de los Bárquidas y de la Primera Guerra Púnica, ampliar en el levante ibérico la zona de influencia, sin tratarse de una verdadera conquista, como se desprende de la moneda ampuritana, que sigue patronos púnicos <sup>15</sup>, y del comercio de las ánforas <sup>16</sup>. Quizás, con estas destrucciones originadas con las guerras se relaciona el levantamiento de la muralla de Sagunto en el segundo cuarto del siglo IV a.C. <sup>17</sup>.

Sobre la destrucción de los poblados ibéricos E. Plá amablemente me comunica lo siguiente:

«Conoces nuestra posición, mantenida desde hace muchos años, respecto a la cultura ibérica. En el País Valenciano no aparece plenamente formada antes del 500 a.C.: no existe evidencia alguna que con seguridad nos conduzca a fechas anteriores, lo que no descarta que a lo largo del siglo VI existan algunos rasgos que luego se mantengan en la cultura ibérica y que señalan un período en el que ésta se halla en formación.

La destrucción de La Bastida. Se le ha dado una fecha final al poblado por la datación que diera Lamboglia a los vasos áticos de barniz negro, cuyo conjunto identificó con la vajilla de esta clase que existía en Olinto en la fecha de su destrucción (348). Los trabajos posteriores sobre vasos de barniz negro (Morel, Sanmartí, etc.) han afinado más las cuestiones y se han localizado una serie de productos de barniz negro, no áticos, que cubren el período que va desde el final de las importaciones áticas hasta la aparición de la Campaniense A, es decir, poco más o menos, desde fines del IV hasta casi un siglo después.

De todas formas, el 350/330, período que Lamboglia dio para la

destrucción o abandono de La Bastida, y que es el que en algunas ocasiones hemos apuntado Fletcher y yo, es sin duda el momento en que se dejan de recibir los productos áticos en este poblado, pero no necesariamente el de su momento final de vida. Yo creo, y es cosa que hemos de revisar, que hay algunos vasos de ese período comprendido entre lo ático y la aparición de la Campaniense A, así como algunos objetos no cerámicos que llegan hasta el 300 y hasta algo después. Yo creo, y es una impresión personal, que cuando cesan las importaciones áticas el poblado siguió viviendo por lo menos un cuarto de siglo más, es decir, hasta fines del IV o comienzos del III.

Esta prolongación de la existencia de La Bastida se confirma, según mi leal saber y entender, por lo que, según mi mujer, ocurre en Covalta, poblados ambos que en muchas cosas son semejantes. En Covalta existe la evidencia de que cuando dejan de recibirse los vasos de barniz negro áticos, en el último cuarto de siglo IV, se sigue utilizando una vajilla, también de barniz negro, de producción occidental y que, cuando María Angeles redactó su estudio sobre las cerámicas de barniz negro (1971) hizo perdurar hasta el 250. Esta opinión, que entonces pareció descabellada a algunos arqueólogos, ha sido ahora confirmada por Sanmartí, que considera algunos vasos de Ampurias y Rosas, totalmente semejantes a los de Covalta, de un taller de Rhode (en algo había de notarse que Sanmartí es catalán) que trabajó en la primera mitad del siglo III.

Según María Angeles el tope para la destrucción o abandono de Covalta lo marcaba, entre otras cosas, la inexistencia de Campaniense A, tipo cerámico cuya aparición fijaba entonces Morel en Ischia y en el año 250. Hoy Morel ha precisado más: la expansión por el Mediterráneo occidental de la Campaniense A se realiza a partir del 200, lo que nos autoriza a situar aún más tarde del 250 el final de Covalta. Pero no mucho más tarde, pues el objeto que consideramos más moderno en dicho poblado, es una hermosa fibula de La Tène II, que puede situarse a principios de la primera mitad del siglo III.

No puede dar más precisiones respecto a otros poblados que vivieron poco más o menos por el tiempo en que lo hicieron Covalta y Bastida. Uno, el de la Mola de Torró, de Fuente la Higuera, próximo a La Bastida, apenas ha sido prospectado y está muy destruido, y parece ser contemporáneo de ésta. Y poco más o menos ocurre con

el de El Puig de Alcoy, cercano a Covalta. Sobre éste puedes consultar una pequeña nota de Vicente Pascual en APL, III.

Creo, pues, que los poblados antiguos ibéricos valencianos fueron destruidos y abandonados (en ninguno de los que he mencionado se vivió con posterioridad) entre fines del siglo IV y la aparición de los Bércidas por estas tierras.

Así, pues, las destrucciones que algunos autores sitúan a comienzos del siglo IV, no las encontramos por aquí.

No creo que podamos relacionar directamente la destrucción de La Bastida con el tratado del 348. Ahora bien, quizá a consecuencia de él los cartagineses reforzaron su actividad en la Península como preparación para una más intensa ocupación, lo que debió producir una serie de turbulencias, que serían aún mayores sin duda después de la Primera Guerra Púnica y que fueron causa del retroceso territorial de los romanos que refleja el tratado del Ebro. Durante este largo período se destruirían además de La Bastida y Covalta, otros poblados de toda la zona costera valenciana. Fuera de nuestras tierras, Gratiniano Nieto propuso para la destrucción del Cabecico del Tesoro, el año 238.

Veas lo que María Angeles dice en las páginas 184 a 187 de su estudio sobre Covalta.

Otro problema es el de la destrucción de las esculturas de piedra que se reutilizan en sepulturas y otras edificaciones. Para las del Corral de Saus yo propuse (Congreso de Vitoria) la fecha que va desde la mitad del IV hasta fines del III, pues de este último momento son las sepulturas en que se utilizaron los fragmentos de esculturas y de un monumento. También de esta fecha es la calle en la que en Elche se reutilizaron otros fragmentos escultóricos. Ahora bien, Cuadrado dice que en el Cigarralejo hay sepulturas del primer cuarto del siglo IV en las que se utilizaron pedazos de esculturas. El problema es, pues, difícil. Pero, en todas partes, a partir de un momento indeterminado del siglo IV, que puede ser durante el primer cuarto, y posteriormente también, las esculturas habían perdido su vigencia. Esto hace que hayamos de pensar, para la fabricación de las mismas, el siglo V o finales del VI y por tanto hechas en el momento de la eclosión de la cultura ibérica o en un período protoibérico, de formación de dicha cultura, y, por lo tanto, creo que se puede pensar que sean productos coloniales, aunque se hicieran aquí.»

## EL LEVANTE IBERICO BAJO EL GOBIERNO BARQUIDA

El domino bárquida en la Península Ibérica no dejó unas huellas profundas por ser relativamente corto. La Península se convierte ahora en una verdadera colonia de explotación para Cartago, según Dion Casio (12, fr. 48). Ya Hamílcar, en opinión de Diodoro (XXV, 10), luchó contra los iberos y tartesios. Cercó, según se ha dicho, a Illici, ciudad que fue socorrida por el rey Orisón<sup>18</sup>, y que debió ser una de las ciudades que se sometieron a Asdrúbal (Diod., XXV, 12). El tratado del Ebro del año 226 a.C., entregaba toda la costa ibérica hasta el río a los cartagineses (Pol., III, 27,9; 15,5; 29,3; 30,3). Las relaciones de Roma con algunas ciudades iberas debían datar de mucho antes. El historiador Polibio (III, 30) escribe «que era también conocido que los saguntinos, muchos años antes de Aníbal, se habían acogido a la protección de los romanos. Prueba la más patente de esto, que aceptaron los mismo cartagineses, es que habiendo estallado una sedición entre los saguntinos, no acudieron a los cartagineses, vecinos suyos, y dueños ya de toda España, sino a los romanos y por medio de éstos consiguieron el restablecimiento de su gobierno.» Este apoyo de Sagunto en Roma tiene una fácil explicación, si se admite, apoyado en la arqueología, que el comercio púnico, antes de la llegada de los Bárquidas, había invadido el levante ibérico y el sur de la Galia, Sagunto, como escribe Livio (XXI, 7) «había alcanzado una gran opulencia, sea por su comercio de mar y tierra, sea por el aumento de población o por la fuerza de su disciplina». Los intereses mercantiles de saguntinos y de púnicos eran encontrados.

La confirmación arqueológica de una vinculación en la primera mitad del siglo III, del levante ibérico, con el comercio de Roma o de Lacio, a través, posiblemente, de Marsella, son las cerámicas de barniz negro, abundantes en el Golfo de León, muy abundantes en el levante ibérico hasta el Cabecico del Tesoro. En la primera mitad del siglo IV a.C. el comercio estaba en estas regiones en manos de los griegos de la Magna Grecia, y en la primera mitad del siglo III se encontraba en poder de los marselleses y de los romanos<sup>19</sup>. Sin embargo, Sagunto estaba en la zona de influjo púnico, al igual que Ampurias, como se deduce de la influencia cartaginesa en los tipos monetales de Hércules con la maza<sup>20</sup>. De momento, la aparición de la moneda de Carthago Nova, fundación por Asdrúbal (Diod., XXV, 12), acuñada a partir del 237 a.C., que seguía en sus orígenes, en sus espléndidas piezas los pesos del triple, doble y sencillo, shekel<sup>21</sup>, no

debió influir poderosamente en la economía. Lo que no cabe duda es que los Bárquidas generalizaron algo, antes de que lo hicieran los romanos, la economía monetar y el paso de la economía de intercambio a la monetar, como lo prueban, además, las acuñaciones gaditanas de plata, de época barcida, consecuencia de las necesidades militares y de la explotación intensiva de las minas. Las monedas de bronce gaditanas son de clara influencia cartaginesa, en todos los cuños anteriores a la dominación romana<sup>22</sup>. Dentro de esta corriente monetar hay que situar la amonedación ibero-cartaginesa de talleres indeterminados, atribuidos por algunos investigadores a Cades y Cabo Blanco. Los ejemplares siguen el patrón del shekel fenicio. El dato que más interesa al contenido de este trabajo, es que las piezas mayores en cobre se expansionaron hacia el norte de la Península Ibérica, llegando hasta Ullastret<sup>23</sup>.

La economía ibérica debe bastante a los sistemas de explotación, introducidos por los Bárquidas, en lo referente al trabajo de las minas (Carthago Nova), que eran monopolios estatales, copiados de los Ptolemeos de Egipto. Diodoro (V, 35-30) afirma tajantemente que todas las minas hispanas explotadas por los romanos, lo fueron por los púnicos y antes por los iberos. Los romanos siguieron, probablemente, con el sistema de explotación minera cartaginés<sup>24</sup>, al igual que en las pesquerías (Carthago Nova), que era un subproducto de las explotaciones de la sal<sup>25</sup>. A los cartagineses se debe, igualmente, la introducción del regadío. Cuando el tirano de Siracusa desembarcó en Africa, la campaña estaba muy bien trabajada (Diod., XX, 8,2-4) y le impresionó profundamente.

## EL LEVANTE IBERICO BAJO ROMA

En general, los pueblos hispanos más civilizados, como los iberos y los turdetanos, apoyaron durante la Segunda Guerra Púnica la causa de Roma, mientras lusitanos y celtiberos eran la base del ejército expedicionario cartaginés en Italia (Liv., XXI, 43,8; 57,5)<sup>26</sup>. Los primeros estaban sometidos a las continuas razzias de los segundos, que tenían graves problemas económicos y sociales por la concentración de riqueza en pocas manos<sup>27</sup>.

Algunos reyes iberos se pasaron pronto a los romanos, como Edecón (Pol., X, 34), e incluso Indibil, a pesar de la amistad que este último había tenido con los cartagineses (Pol., X, 35, 37-38).

La terminación de la Segunda Guerra Púnica influyó grandemente en todos los órdenes de la cultura ibera. Comerciantes de Rodas, ya a finales del siglo III, vendían el vino del Egeo en Rosas<sup>28</sup>. La época helenística se caracteriza por la desaparición de la escultura ibérica en piedra<sup>29</sup>, a pesar de que este arte no se encontraba en decadencia, ni agotado. Las causas que motivaron esta desaparición no son claras, pues los romanos no liquidaron ni la sociedad ibera, ni su arte. Quizás esta escultura iba unida a un tipo determinado de sociedad, civil o religiosa, que perdió su importancia durante la Segunda Guerra Púnica. M. Tarradell se inclina a aceptar que se trata, sin ninguna clase de dudas, de una muerte venida desde fuera, que impidió que se cerrara la curva que determina las épocas últimas de las series artísticas.

Es probable que las convulsiones de la expansión bárquida, los destrozos de la Segunda Guerra Púnica y la subsiguiente implantación de la administración de Roma motivasen la desaparición de la escultura ibera monumental en piedra. El santuario ibérico del Cigarrallejo dejó de funcionar ahora como lugar de culto.

En cambio, conoce la pintura figurada vascular una época de gran florecimiento. Es en el lapso de tiempo que va desde el final del siglo III<sup>30</sup>, hasta mediados del siglo I a.C. cuando los alfareros ilicitanos produjeron los más bellos vasos decorados, con rostros humanos y estilizaciones de aves, carnívoros, caballos, peces, etc. La influencia púnica es clara en las representaciones religiosas de la diosa alada Tanit, entre animales y en la simbología religiosa<sup>31</sup>. La cerámica de Archena es coetánea a la de Elche. La última fase del desarrollo de la pintura ibérica se sitúa geográficamente en la región valenciana, con intrusiones hacia Aragón, Murcia y Cataluña<sup>32</sup>. Hacen su aparición ahora los largos frisos narrativos con escenas de guerra, de danza, de caza, o competiciones agonísticas. La última fase evolutiva de esta pintura vascular se fecha ya en los siglos II-I a.C. Los conjuntos más famosos son los de San Miguel de Liria<sup>33</sup>, pero este tipo de pintura se extendió por la región valenciana (La Serreta de Alcoy, Oliva, Benidorm, etc.<sup>34</sup>). Esta misma fecha, a partir del siglo III a.C., se le atribuye *grosso modo*, a la pintura de Azaila<sup>35</sup>, de una gran estilización y abstracción propia de las poblaciones célticas, donde perviven, también, como ya indicó Poulsen en 1915, temas orientalizantes, como el árbol de la vida, y donde la influencia de cerámicas de Apulias es evidente en los pebeteros. Coetánea es la pintura vascular de Alloza<sup>36</sup>. Esta pintura es una actividad arte-

sana y eminentemente popular, no sólo por el contenido de sus representaciones, sino por la gente a la que iba dedicada.

Roma no se propuso nunca borrar las culturas indígenas, que a la larga desaparecieron, como en Etruria. Continuaron, en época helenística, importaciones de cerámicas de fuera de la Península Ibérica, como las cerámicas campanienses (ss. II-I a.C.), imitadas aquí<sup>37</sup>; la gran cantidad de cerámicas helenísticas (alejandrina), aún inéditas, de Carthago Nova y la importación de vinos suritálicos y sicilianos y la terra aretina<sup>38</sup>. En época helenística fue muy frecuentado el santuario de La Serreta de Alcoy, famoso por sus terracotas.

Mucho favoreció la romanización del levante ibérico el establecimiento de núcleos romanos, como Tarragona, creación de los Escipiones<sup>39</sup>, la gran base romana de operaciones durante la Segunda Guerra Púnica, y de Valencia<sup>40</sup>, fundada con las tropas procedentes de las guerras lusitanas, y después de otras colonias como Illici, Barcino y Carthago Nova, en todas las cuales se asentaban veteranos, y se convirtieron en auténticas células de romanización. Carthago Nova se romanizó muy pronto, pues atrajo a gran cantidad de gentes, vinculadas con las explotaciones de las cercanas minas<sup>41</sup>, las más importantes de plata de todo el mundo antiguo. A finales de la República el levante ibérico estaba totalmente romanizado, al igual que Turdetania.

## NOTAS

<sup>1</sup> Siguen siendo estudios fundamentales sobre el tema: A. García y Bellido, *Fenicios y Cartagineses en Occidente*, Madrid, 1942; idem, *Colonización púnica. Historia de España*, I, 42, Madrid, 1975, 337 ss.; J. M. Blázquez, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. Historia de la España Antigua*, I, Madrid, 1979. En general, S. Muscati, *I fenici e cartagine. Società et costumi*, Turín, 1972; idem, *Il mondo dei fenici*, Milán, 1979; idem, *I cartaginesi in Italia*, Milán, 1977; F. Barreca, *La civiltà di Cartagine*, Cagliari, 1972; D. Harden, *The Phoenicians*, 1972; E. Acquaro, *Cartagine: un impero sul Mediterraneo. Civiltà e conquiste della grande nemica di Roma*, Roma, 1978; A. Parrot, M. H. Chéhab, S. Moscati, *Les phéniciens d'expansion phénicienne. Cartage*, Paris, 1975; C. Picard, *Cartage*, Paris, 1951; G. y G. C. Picard, *I Cartaginesi al tempo di Annibal*, Milán, 1969; B. H. Warmington, *Cartage*, Baltimore, 1969; F. Decret, *Carthage ou l'empire de la mer*, Tours, 1977; M. Tarradell, *El impacto greco-fenicio en el extremo occidente: resistencia y asimilación*, «Assimilation et résistance à la culture greco-romaine dans le Monde Ancien», Bucarest-Paris, 1976, 343 ss.; A. Beltrán, *Origen y desarrollo de las comunidades ibéricas. Aspetti archeologici dell'Occidente mediterraneo*, «Cuaderni del Centro di Studio per l'Archeologie etrusco-italica», 2, 1978, 11 ss., con toda la bibliografía menuda.

<sup>2</sup> A. Moortgat, *The Art of Ancient Mesopotamia*, Londres, 1971, láms. 267, de Asurnasirpal II en Nimrud; 272, de Tiglat-pileser III en Nimrud, ambos relieves con asaltos con arietes; H. Frankfort, *Arte et architettura dell'antico Oriente*, Turín, 1956, láms. 149, de Asurnasirpal II. En Cerdeña los fenicios utilizaban ya el ariete contra los muros desde comienzo del siglo VII a.C. Cf. F. Barreca, *La colonizzazione fenicio-punica in Sardegna alla luce delle nuove scoperte*, «Simposio de Colonizaciones», Barcelona, 1974, 4.

<sup>3</sup> Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro, «Trabajos de Prehistoria», 35, 1978, 253 ss. El bustum, creemos que no tiene nada que ver con el *monumentum*, por la imposibilidad de quemar un cadáver dentro de una cámara; siempre se hacía al aire libre, según representaciones de los vasos griegos (K. Papaioannou, *Griechische Kunst*, Friburgo, 1972, fig. 742, Cremación del cadáver de Patroclo, entre 340-330 a.C.), y según testimonios de las necrópolis, como las de Salamina (V. Karageorghis, *Salamis in Cyprus, Homeric, Hellenistic and Roman*, Londres, 1969, 26. El autor expresamente indica que la pira se encontraba en el dromos de la tumba, o sea, fuera de ella y a la entrada, 117 ss.; las piras estaban situadas próximas a las tumbas o en los dromos, y describe este autor varias piras cercanas a tumbas, como las A.L. y Q. Para quemar un cadáver se necesitaban bastantes horas y una alta temperatura, que hubiera convertido los sillares calizos en cal; tampoco hay documentos para admitir que sobre los *busta* se levantasen los monumentos funerarios.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, 49 s.

<sup>5</sup> J. Ramin, *Ultima Cerne, Melanges Dion*, «Caesarodunum», 9 bis, 1974; P. Schmitt, *A la recherche du char des dieux, Melanges Dion*, «Caesarodunum», 9 bis, 1974; J. Ramin, *Le Périphe d'Hannou. The Periplus of Hanno*, Oxford, «British Archaeological Reports», 1976; ídem, *Le Périphe d'Hannou. Apports de la littérature et hypothèses*, «Latomus», 35, 1976, 791 ss.; G.-A. Picard, *Le Périphe d'Hannou n'est pas un faux*, «Archeologia», 40, 1971; G. Germain, *Q'est ce que le Périphe d'Hannou? Document, amplification littéraire ou faux intégral?*, «Hesperia», 44, 1957, 205 ss.

<sup>6</sup> J. Fortea, J. Bernier, *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética*, Salamanca, 1970.

<sup>7</sup> J. M. Blázquez y otros, *Castulo II*, Madrid, 1979.

<sup>8</sup> P. Rouillard, *Coups antiques à figures du IV siècle en Andalousie*, MCV, 11, 1975, 21 ss. La llegada de vasos áticos al Occidente en torno al 400 o poco después, explica la resencia en la Península Ibérica de la cerámica llamada de Saint-Valentin, atestiguada en Ullastret, Illa d'en Reixach, Emporion, La Creneta, Porqueras, Pontos, Cogulló, Guissona, Sorba, Olius, Sant Just Desvern, todos en Cataluña; Mogente, Covolta, Salinas, Ibiza, Arcgena y Castulo; cf. J. Maluquer, *Cerámica de Saint-Valentin du Ullastret (Gerona)*, «Miscelánea Arqueológica», I, Barcelona, 1974, 411 ss.

<sup>9</sup> D. Fletcher, E. Pla, *Restos escultóricos de la metrópolis ibérica de Corral de Saus (Mogente, Valencia)*, «Homenaje a A. García y Bellido», III, 1977, 55 ss., principalmente la página 61, nota 5, donde se sugiere que la causa de la destrucción del poblado son los cartagineses, probablemente, al igual que la de Molá de Torró. La fecha de su destrucción se sitúa entre 350-330 a.C., pero según Pla, la vida del poblado dura más tiempo; D. Fletcher, *La necrópolis ibérica del Corral de Saus (Mogente, Valencia)*, Valencia, 1972, 5; ídem, *Museo de Prehistoria de la Diputación Provincial de Valencia*, Valencia, 1974, 163 ss. Considera este autor que la fecha de construcción de los monumentos primitivos, reutilizados en las tumbas, sería el final del siglo V o los comienzos del siguiente. Su destrucción caería en un período que oscila entre los mediados del siglo IV a.C., época en que, al parecer, gran número de poblados ibéricos sufrieron grandes quebrantos, y la segunda mitad del siglo III a.C., en que hacen acto de presencia las tropas cartaginesas en el litoral levantino. Con esta ocasión señala D. Fletcher que este fenómeno de destrucción y posterior reutilización de restos escultóricos se documenta en el Cabecico del Tesoro, Cabezo Lucero, El Molar, Llano de la Consolación y un etcétera bastante largo.

<sup>10</sup> E. A. Llobregat, *Contestania Iberica*, Alicante, 1972, 39 ss.

<sup>11</sup> A. Blanco, *Excavaciones arqueológicas en la provincia de Jaén*, BIEG, 6, 1959, 89 ss.

<sup>12</sup> *La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)*, BSAA, 10, 1944, 173.

<sup>13</sup> E. A. Llobregat, *op. cit.*, 153.

<sup>14</sup> *Op. cit.*, 72, 77, 82 ss. En el levante ibérico el material púnico no es excesivamente abundante. Cf. E. A. Llobregat, *Las relaciones con Ibiza en la Protohistoria Valenciana. Prehistoria y Arqueología de las Islas Baleares*, Barcelona, 291 ss.

<sup>15</sup> P. Beltrán, *Las monedas griegas ampuritanas de Puig Castellar*. Obra Completa, 1; *La Antigüedad*, Zaragoza, 1972, 80 s., 83, 92 ss.; A. M. de Guadán, *Numismática ibérica e ibero-romana*, Madrid, 1969, 157. Las fechas entre los años 300 y 290. El autor habla de la influencia de Cartago en Emporion, no sólo en el aspecto económico. Sin embargo, según este autor, el influjo púnico continuó claro en algunas actuaciones ampuritanas, posteriores al 264 a.C. Esta influencia desaparece a partir del 218 a.C.

<sup>16</sup> F. BENOIT, *Relations commerciales entre le monde ibérico-punique et le midi de la Gaule de l'époque archaïque à l'époque romaine*, REA, 63, 1961, 321 ss.

<sup>17</sup> P. Rouillard, *Investigaciones sobre la muralla ibérica de Sagunto (Valencia)*, Valencia, 1979.

<sup>18</sup> R. Ramos, *La ciudad romana de Illici*, Alicante, 1975, 129 s. La escultura ibérica pertenece a la ciudad, que fue destruida, que llaman sus excavadores Estrato F.

<sup>19</sup> E. Sanmarti-Gregó, *El taller de las pequeñas estampillas en la Península Ibérica*, «Ampurias», 35, 1975, 135 ss.; E. Junyent, *Cerámica barnizada de negro del poblado ibérico de Margalef, en Torregrosa*, «Miscelánea Arqueológica», 1, 379 ss.

<sup>20</sup> A. M. de Guadán, *op. cit.*, 176.

<sup>21</sup> L. Villalonga, *Las monedas hispano-cartaginesas*, Barcelona, 1973.

<sup>22</sup> A. M. de Guadán, *op. cit.*, 163 s.

<sup>23</sup> A. M. de Guadán, *op. cit.*, 171 ss.

<sup>24</sup> A. d'Ors, *Epigrafía jurídica de la España romana*, Madrid, 1953, 73.

<sup>25</sup> R. Etienne, *A propos du garum sociorum*, «Latomus», 29, 1970, 297 ss.

<sup>26</sup> A. del Castillo, *La Costa Brava en la Antigüedad, en particular la zona entre Blanes y San Feliu de Guixols. La villa romana de Rosas*, «Ampurias», 1, 1939, 189 ss.

<sup>27</sup> J. M. Blázquez, *La romanización*, I. Madrid, 1974, 191 ss.

<sup>28</sup> L. Villaronga, *Ampurias*, 35, 247 ss.

<sup>29</sup> *Arte Ibérico*, Barcelona, 1968, 182, 192.

<sup>30</sup> R. Ramos Fernández, *op. cit.*, 131 ss.; G. Nicolini, *Les iberes. Art et Civilisation*, Paris, 1973.

<sup>31</sup> E. Kukahn, *Los símbolos de la Gran Diosa en la pintura de los vasos ibéricos levantinos*, «Caesaraugusta», 19-20, 1962, 29 ss. Para los prototipos, cf. V. Karageorghis, J. des Cagniers, *La céramique chypriote de style figuré. Age du Fer (1050-500 av. J.C.)*, Rome, 1974, *passim*; L. Pericot, *Cerámica ibérica*, Barcelona, 1979, figs. 92-168.

<sup>32</sup> L. Pericot, *op. cit.*, *passim*.

<sup>33</sup> C. V. H., *Liria*, Madrid, 1954; L. Pericot, *op. cit.*, figs. 198-285.

M. Tarradell, *Arte Ibérico*, 106 ss., 192 ss.; A. Blanco, *Die Klassischem Wurzein der Iberischen Kunst*, MM, 1, 1960, 101 ss.

<sup>34</sup> L. Pericot, *op. cit.*, figs. 171-197.

<sup>35</sup> C. V. H., *Azaila*, Madrid, 1945; L. Pericot, *op. cit.*, figs. 364-398; R. Menéndez Pidal (Colonización suritalica de España según testimonios toponímicos e inscripcionales, ELH, 1, 1960, LIX ss.) admite una colonización de gentes suritalicas a principio de la conquista; M. Beltrán, *Arqueología e Historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Zaragoza, 1976.

<sup>36</sup> L. Pericot, *op. cit.*, figs. 403, 406, 413-418.

<sup>37</sup> E. Sanmarti-Gregó, *La cerámica campaniense de Emporion y Rhode*, Barcelona, 1978. La aretina pronto fue imitada a finales del siglo I. Cf. E. Sanmarti-Gregó, *Nota acerca de una imitación de la sigillata aretina detectada en Emporion*, «Ampurias», 36-37, 1975-75, 251 ss., y así lo fueron todo tipo de cerámicas helenísticas en el levante ibérico.

<sup>38</sup> J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania romana*, Madrid, 1978, *passim*.

<sup>39</sup> N. Lamboglia, *Il problem delle mura e delle origini di Tarragona*, «Miscelánea Arqueológica», 1, 397 ss. La muralla parece datarse poco después del 218 a.C. Cf. T. Hauschild, *Das römische tor in des Stadtmaner von Tarragona*, MM, 15, 1975, 145 ss.

<sup>40</sup> R. Wiegels, *Liv. Per. 55 y la fundación de Valencia*, APL, 14, 1975, 193 ss.; J. Esteve, *Valencia. Fundación romana*, Valencia, 1978.

<sup>41</sup> C. Domerge, *Les Planii et leur activité industrielle en Espagne sur la République*, MCV, 1, 1965.

Ídem, *Les lingots de plomb du Musée Archoologique de Cartagène et du Musée Naval de Madrid*, AEA, 39, 1966.

Esta temprana romanización se deduce de la presencia de escultura romana. Cf. A. García Bellido, *Esculturas hispano-romanas de época republicana*, «Mélanges d'archéologie et d'histoire, offerts à Jerome Carcopino», Paris, 1966, 422 ss. Casi todas se encuentran en el levante ibérico: Ampurias (1), Mataró (1), Badalona (3), Barcelona (5) y Tarragona (4). Los romanos desde el principio de la conquista trajeron modelos clásicos de escultura, como la Minerva de Tarragona, fechada poco antes del 200 a.C. Cf. W. Grünhagen, *Bemerkungen Zum Minerva-Rehejo in der Stadtmaner von Tarragona*, MM, 17, 1976, 209 ss.

**LA ETAPA FINAL DE LA CULTURA IBERO-TURDETANA  
Y EL IMPACTO ROMANIZADOR**

## LA ETAPA FINAL DE LA CULTURA IBERO-TURDETANA Y EL IMPACTO ROMANIZADOR

Por M. BENDALA GALAN

### I. INTRODUCCION

Invitado por el Presidente de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, Dr. D. Emeterio Cuadrado, he aceptado la responsabilidad de redactar esta ponencia acerca de la etapa final de la cultura ibero-turdetana y el impacto romanizador, acosado por el breve plazo de tiempo de que he podido disponer y por la propia complejidad del tema. Señalo en el comienzo esta doble circunstancia porque quiero poner desde el principio los puntos sobre las íes y advertir que no voy a ofrecer una panorámica de soluciones o una síntesis clarificadora de la cuestión. Para ello faltan análisis previos de aspectos apenas rozados por nuestra investigación o prácticamente inéditos; y no es de poca monta, además, tratar de perfilar el período final de la cultura ibero-turdetana, cuando ni sus orígenes, más o menos remotos, ni sus fases de pleno apogeo, se nos ofrecen todavía como capítulos resueltos por la investigación. La extraordinaria multiplicación de los estudios que contemplamos en nuestros días tienen por resultado, las más de las veces, la proposición de nuevas hipótesis o el plantemamiento de otros problemas que sumar a los existentes. No cabe duda de que el gran paso dado por la investigación ha sido precisamente ese: poner al descubierto multitud de piezas de un rompecabezas cada vez más vasto y complejo; con ellas estamos recuperando caminos, o trozos de caminos, cuyos arranques o metas permanecen en la oscuridad. Pero son caminos al fin y al cabo que habrá que andar alumbrados del sentido común, y pertrechados en la diestra con el pico y en la siniestra con las fuentes.

## II. LO HELENICO, LO PUNICO Y LO ROMANO

Vamos a centrar nuestra atención en las tierras del Mediodía peninsular, las que a partir de Augusto constituirán la *provincia Baetica*, desde las últimas fases de la dominación cartaginesa hasta la época de Augusto aproximadamente. Por entonces, la zona de nuestro interés es escenario de una agitada historia bélica y política que las fuentes antiguas, muy atentas a esta clase de acontecimientos, permiten reconstruir con casi absoluta fidelidad<sup>1</sup>. Pero si los hechos de la historia política están bastante claros, no puede decirse lo mismo del complejo cultural subyacente. El panorama que ese período nos ofrece en cuanto a formas de vida, sistemas de relaciones sociales, paisaje rural y urbano, creaciones artísticas, etc., resulta todo lo complicado que cabía esperar de una época de cambios estructurales profundos. Las diversas tradiciones culturales existentes, más las novedades que traen consigo el dominio de los bárquidas y la conquista romana, se mezclan en una complicada trama que ahora se nos manifiesta en ruinas, yacimientos y vestigios materiales de toda índole que, con frecuencia, no podemos encajar en el lugar y el momento que les corresponde. Si hacemos una sencilla enumeración de los factores culturales a considerar tendríamos, en síntesis, los siguientes:

- la permanencia de rasgos heredados de la vieja tradición tartésica;
- la continuidad de las relaciones con los pueblos colonizadores mediterráneos, fenicios y griegos, y la consolidación del dominio cartaginés;
- las aportaciones de elementos humanos y culturales del interior peninsular de carácter céltico;
- el hecho diferenciado de la conquista bárquida como recuperación y última fase del dominio cartaginés;
- y la conquista romana, con el consiguiente y complejo fenómeno que entendemos por romanización.

Así enunciados parece que se logra un primer paso en el intento de aclarar las cosas. Pero nada más lejos de la realidad. Recordemos, por ejemplo, la profunda helenización que sufrió Cartago, a partir del siglo IV fundamentalmente<sup>2</sup>, lo que complica la valoración de sus manifestaciones en España cuando se trata de distinguir las de las propiamente griegas. Dificultades de esta o parecida índole afectan a la generalidad de los factores apuntados, por lo que su análisis

particularizado nos llevaría demasiado lejos. Ahora, para centrarnos en nuestros propósitos, empezaremos por atender al último de ellos: la romanización. En tal fenómeno radica el hecho decisivo de la desaparición de la cultura ibérica y la conversión de Hispania en una parte del Imperio Romano y soporte de su cultura. Los estudios de los últimos años han destacado la importancia de este fenómeno en un intento de perfilar los cambios estructurales que trajo consigo el hecho coyuntural de la ocupación por Roma. Es una línea de investigación historiográfica que se manifiesta de igual modo en otras épocas: así, los estudiosos de la Edad Media dirigían su atención al análisis de la repoblación y su complejidad socio-económica por encima de los hechos concretos de la conquista de Al-Andalus por los reinos cristianos. Son importantes los logros obtenidos por este camino, pero al cabo de ellos se advierte que el concepto de romanización vuelve a resultar insuficiente y de alguna forma equívoco. Una vez más, la realidad histórica se resiste a ser etiquetada de forma simplista.

Por lo que se refiere a la Bética, el lugar común, por todos repetido, acerca de su proceso de integración en el mundo romano, estriba en subrayar su rápida y profunda romanización. El texto de Estrabón (III, 2,15) sobre el particular es la apoyatura clásica del aserto. Sin embargo, y sin que ello deje de ser cierto, creo necesario matizar la idea, porque tal y como suele exponerse, o entenderse, lleva consigo una carga significativa que de alguna manera distorsiona o fuerza la realidad histórica. Si desarrollamos lo que habitualmente se entiende con esa afirmación se comprenderá mejor lo que intento explicar. En efecto, al hablar de la rápida y profunda romanización de la Bética parece que se quiere decir que la Bética *cambió* rápida y profundamente sus moldes culturales por los de Roma, y, además, que con ello se diferenció de las tierras de la Meseta, el Norte o el Noroeste, donde el atraso cultural y el tradicionalismo de sus gentes condujeron a la *permanencia* de las estructuras anteriores, apenas reformadas por los conquistadores. Con ello se está dando una imagen contraria de lo que en realidad sucedió. De hecho, los cambios o, si se quiere, las novedades, se hicieron sentir en mayor medida en las tierras del interior, y la permanencia, la continuidad, fue más acusada en la Bética —o en las tierras del Levante—, al menos en los primeros tiempos.

Es fundamental, a mi entender, subrayar que la Bética se hallaba inmersa en una dinámica histórico-cultural en la que se inserta la

llegada de Roma sin violencia alguna. Si se me permite el juego de palabras, podría decir que «la Bética se hallaba en proceso de romanización antes de que llegaran los romanos». Soy consciente de que estoy haciendo caricatura de la realidad histórica, pero con ello doy mayor relieve a los rasgos esenciales de la argumentación que sigue. De hecho, lo que entendemos por cultura romana clásica es el resultado del proceso de adopción por Roma de las fórmulas propias de la cultura helenística, que sin determinar del todo la personalidad de aquélla, se impusieron al sustrato etrusco-itálico preexistente. Dicho proceso estuvo facilitado por los contactos que de siempre mantuvo la Urbs con el mundo griego<sup>3</sup>. Por tanto, romanización viene a significar casi lo mismo que helenización o, mejor, «helenización», y este fenómeno estaba ya en marcha en la Bética antes de la Segunda Guerra Púnica.

La ocupación de España por los bárquidas y la posterior conquista por los romanos se hallan insertas en el juego hegemónico de potencias de corte helenístico, cuyas formas de acción militar y política encontraron en España un campo abonado para su desarrollo. Es bien sabido que Aníbal encarna perfectamente los rasgos que definen al príncipe helenístico y es el mejor exponente de la culminación del proceso de helenización que afectó a Cartago desde fines del siglo V a.C. No ha de sorprender que en sus campañas llevara a dos historiadores griegos: Sosylos de Lakedaimon, quien le enseñó, además, su idioma, y Silenos de Kale Akte<sup>4</sup>. Por su parte, Escipión el Africano representaba, en el seno de la República, el enaltecimiento del poder personal propio de los reyes helenísticos; rey sin reino lo llamaba H. H. Scullard<sup>5</sup>, y como tal hizo política familiar al encargarle, por ejemplo, a su hermano Lucius la dirección de la guerra de Siria<sup>6</sup>. También un historiador griego, Polibio, acompañó a Escipión Emiliano en sus campañas militares.

La situación del Levante y el Mediodía peninsular era propicia, como queda dicho, a los sistemas de actuación de los caudillos cartagineses y romanos. En efecto, a la acción puramente bélica, sumaron los púnicos la política de alianzas con los régulos indígenas, labor en la que destacó Asdrúbal, que casó con la hija de un rey ibero (Diod., XXV, 12), y no descuidó el propio Aníbal, que lo hizo con una mujer de Cástulo (Liv., XXIV, 41,7). Los generales romanos participaron igualmente en actos políticos de la misma índole. Con todo, estamos aludiendo a una de las facetas más importantes de la organización social de los pueblos indígenas en estos tiempos: la existen-

cia de monarquías. Este hecho sociopolítico, magistralmente estudiado por Julio Caro Baroja<sup>7</sup>, es tal vez el más claro indicio de su alto nivel de desarrollo y modernidad sociales. Herederas de una tradición que se remonta a Tartessos, y ligadas a continuos influjos orientales, las monarquías que siguieron a la desmembración del famoso imperio mantuvieron su espíritu y su poder gracias a las riquezas de que disponían —especialmente las mineras— y a la comercialización de sus productos en el Mediterráneo. A la existencia de estas monarquías van unidos una serie de fenómenos sociales y culturales de la mayor importancia. En el orden social, es claro que existía una organización diferenciada y jerarquizada, con una clase dirigente, encabezada por el régulo de turno, que facilitó la política de los romanos, en quienes vieron la garantía de sus privilegios, convirtiéndose en vehículo de los intereses de aquéllos<sup>8</sup>.

Raíces igualmente antiguas tenía la organización y concentración de la población en entidades urbanas, fenómeno ligado asimismo a impulsos venidos de Oriente. El nivel de urbanización, en progreso continuo con el paso del tiempo, debió experimentar un aceleramiento sensible en las fases más avanzadas de la dominación cartaginesa, y su consagración definitiva con la llegada de los bárquidas y luego de Roma. En el caso de esta última, la existencia de un alto nivel de desarrollo urbano, supuso otra circunstancia favorable en el camino de su implantación. Roma, como se sabe, precisaba de la organización ciudadana para establecer su Imperio sobre el modelo de su propia Urbs, y en el Mediodía peninsular encontraron el problema prácticamente resuelto, como ha subrayado Balil: «La política urbanizadora de Roma en Hispania —cito sus palabras— se caracteriza más por la valoración de las ciudades preexistentes que por el estímulo y fundación de nuevas ciudades, con excepción de aquellas zonas donde lo requerían los intereses militares, y, en general, en aquéllas donde la vida ciudadana carecía de desarrollo»<sup>9</sup>. Las grandes ciudades de la Bética romana son, en gran parte, la continuidad de las ya existentes —Córdoba, Hispalis, Gades, Carmo, Carteia, etc.—, y las excepciones, como el caso de Itálica, no hacen sino confirmar la norma general.

Al contemplar este hecho se nos plantea un problema arqueológico, todavía no resuelto, en relación con la urbanización. Es muy difícil, si no imposible, reconstruir el paisaje urbano de la generalidad de nuestras ciudades antiguas, muchas de ellas sepultadas bajo las actuales y casi todas sin estudiar suficientemente<sup>10</sup>. El caso de

la Itálica de Adriano, con ser excepcional en cuanto a lo que de ella sabemos, también lo es en sí mismo, de forma que poco nos sirve como modelo aplicable a los demás. Pero teniendo en cuenta los objetivos que ahora nos preocupan, el problema se agudiza. No se trata sólo de hacernos idea de cómo eran nuestras ciudades en la Antigüedad, en general, sino de deslindar sus fases, concretamente de saber cuál era su aspecto antes de la llegada de los romanos. Planteando el problema de otra forma, se trataría de diferenciar qué elementos proceden de la acción romana y cuáles estaban definidos en la etapa anterior.

Cabía sospechar, como consecuencia de lo ya dicho, que las líneas básicas de algunas ciudades del Mediodía se trazaron ya en época prerromana, sin que después fueran alteradas en lo esencial. Para dar respuesta definitiva a este postulado se requiere una actividad arqueológica, proyectada en este sentido, que está por hacer. No resulta difícil explicar nuestra falta de conocimientos en esta parcela: sabida es la dificultad de excavar en las ciudades hoy habitadas, como Córdoba o Sevilla; y en las despobladas se ha tendido a realizar cortes parciales a la búsqueda de fechas o secuencias estratigráficas, lo que es un primer acercamiento al yacimiento y casi lo único posible con los medios económicos de que se suele disponer. Pero contamos ya con datos suficientes para probar, en algunos casos, la sospecha que apuntaba. Las excavaciones realizadas en Carteia parecen demostrar que la ciudad y su amurallamiento se organizan en una fecha incluíble en el siglo III a.C. como resultado de un establecimiento púnico, lo que está de acuerdo con el carácter semita de su nombre; todo lleva a pensar en una fundación promovida por los planes de ocupación de los Barca<sup>11</sup>, quienes al efecto trasladaron al lugar de asentamiento fenicio primitivo de las desembocadura del Guadarranque<sup>12</sup>. La muralla, construida por entonces, fue restaurada en época romana.

Una circunstancia similar encontramos en Carmona. La ciudad es uno de los más claros ejemplos de continuidad en la ocupación desde la Edad del Bronce hasta nuestros días<sup>13</sup>. De su urbanística antigua sabemos muy poco. Conocemos el trazado de la muralla, adaptado a las condiciones del terreno, y llamaron siempre la atención sus dos puertas principales, la de Córdoba y la de Sevilla. Esta última debe su extraordinaria monumentalidad a la necesidad de proteger el único flanco débil de la ciudad, y ha acaparado, casi con exclusividad, la atención de los estudiosos sobre los elementos urbanos

de *Carmo*. En nuestra bibliografía es ponderada como el mejor espécimen de bastión militar romano, con el apoyo que, a tal juicio, daba el cronista mismo de las campañas de César en Hispania (B.C., III, 19,4). Sin entrar en un análisis menudo de la bibliografía y la discusión sobre la cronología del monumento, es general la aceptación de que se trata de una obra romana de fecha más o menos imprecisa. Pero indagaciones recientes, todavía inéditas, dan un cambio radical a la interpretación del monumento<sup>14</sup>. Tras un detenido examen de la obra y varios sondeos arqueológicos se advierte que, sin considerar las reformas medievales, la Puerta es el resultado de la superposición y yuxtaposición de varias fases constructivas. El núcleo principal que constituye el eje del bastión, es obra prerromana, de época de los bárquidas, y a él se adosaron luego sistemas complejos de puertas en un momento relativamente temprano de la presencia romana en Hispania<sup>15</sup>.

Una vez más surge la época de los Barca como un periodo de importancia en la definición estructural de algunas ciudades del Mediodía. Carmona debió de ser base principal para el control militar de la región del bajo Guadalquivir. Su pérdida por los cartagineses en el 206<sup>16</sup>, significó el final de su dominio en España. Ya bajo el dominio romano habría de dar, poco después de terminada la guerra —en el 197—, otra manifestación de su raigambre semita y antirromana: al mando de un régulo de nombre Luxinio, junto con *Bardo*, algunas ciudades púnicas de la costa —*Malaca* y *Sexi*— y otros centros, se sublevó contra Roma, aunque la intentona no tuvo consecuencias (Liv., 33, 21,6). Carmona, pues, fue organizada y fortificada por los cartagineses según las técnicas poliorcéticas de vanguardia que habían adquirido por los contactos con los progresos del mundo griego suritalico y la expansión de la cultura helenística por el norte de África. Las mismas técnicas fueron aprendidas por los romanos, quienes, según ellas, levantaron la fortificación de *Tarraco* tras su desembarco en la Península<sup>17</sup>.

*Carmo* y *Tarraco*, por tanto, constituyen ejemplos expresivos de cómo la conquista cartaginesa y la llegada de Roma significan un cauce poco menos que indiferenciado para la llegada de elementos culturales de carácter helenístico. Los materiales menudos relacionados con ambas corrientes llevan a la misma conclusión: una y otra son portadoras de cerámicas helenísticas, fundamentalmente las llamadas campanienses, por citar el componente mejor conocido y estudiado. Se llega a la conclusión, en suma, de que para el mejor

entendimiento de la cultura del Mediodía peninsular en las fechas que nos ocupan se hace necesario valorar el significado de la última fase de la dominación cartaginesa y, en la medida de lo posible, cuál fue la proyección material de la conquista de los bárquidas. Quizás estén relacionados con ellos, por ejemplo, monumentos tan interesantes como algunas de las fortalezas de Córdoba o Jaén, dadas a conocer en el estudio preliminar de Fortea y Bernier, y todavía por estudiar en profundidad <sup>18</sup>.

### III. ROMANIZACION Y SUSTRATO INDIGENA

Conviene ahora insistir en el examen de la romanización de nuestra zona, observándola desde el punto de mira que sirve a los propósitos de esta ponencia, esto es, indagando sobre aquello que la individualiza respecto de lo puramente romano. Por razones obvias, los estudios de la romanización tienden a sondear el mecanismo por el que las culturas preexistentes van asimilándose a la romana hasta equipararse a ella; ahora nos interesa justamente lo contrario: ver, en el mismo proceso histórico, qué cosas siguen enraizadas en la tradición local, buscar el sustrato indígena y ver cómo aflora en medio de la romanidad.

La investigación histórica ha demostrado que desde muy pronto, tras la batalla de Ilipa del 206, quedó manifiesta la voluntad de Roma de permanecer en España. En dicho año, Escipión recibía del Senado el encargo de ordenar los asuntos de aquí y el mismo general llevaba a cabo la fundación de Itálica, con lo que no caben dudas al respecto. Junto a ello, sin embargo, queda igualmente demostrado que durante una larga etapa, que llega prácticamente hasta los tiempos de César, no hubo ningún plan de remodelación cultural, de «romanización» <sup>19</sup>. Roma carecía de experiencia en la ocupación de territorios lejanos, y en Hispania trató de atenerse al estado de cosas que encontraba, respetando cuanto no se oponía a sus propios intereses <sup>20</sup>, y consolidando cuanto les favorecía. Tal política propició, por tanto, la inercia cultural respecto de la etapa anterior, y de ello tenemos pruebas evidentes que tienen eco en la realidad arqueológica.

Itálica, fundada por los romanos para albergar a los veteranos que lucharon contra los cartagineses, se construyó según el estilo de la arquitectura indígena. La Itálica famosa, de amplias calles y casas señoriales, se debió a un ambicioso proyecto urbano impulsado

en el momento de esplendor de los emperadores italicenses <sup>21</sup>. Antes de ello, Itálica era una ciudad modesta donde lo romano apenas se advierte en medio de sus rasgos plenamente indígenas. Sepultada bajo el humilde caserío actual de Santiponce, ha sido examinada parcialmente en excavaciones metódicas de hace pocos años <sup>22</sup>. Casi nada puede decirse todavía del trazado urbanístico de esta Itálica primitiva, pero sí podemos hacernos idea del aspecto de sus casas. Eran modestas construcciones de planta cuadrangular, con paredes de tapial levantadas sobre zócalos de piedras menudas; se cubrían con armadura de madera y fibras vegetales; y disponían de suelos de tierra apisonada o cantos rodados. En suma, casas de tradición local, como admitía el propio Varrón, cuyos ocupantes se sirvieron, además, del típico menaje ibérico: cerámica de bandas, ánforas de tradición púnica, ollas de barro oscuro <sup>23</sup>.

En un nivel superior a este de la fundación, fechable hacia la segunda mitad del siglo II a.C., apareció un interesante horno de alfarero, en magnífico estado de conservación, con el que seguían fabricándose vasos de tipo ibérico. Las características del horno corresponden a modelos de una larga tradición mediterránea, que pudieron ser introducidos en España por los colonos fenicios. Lo cierto es que antes de la llegada de los romanos debían estar muy difundidos por nuestra región, como demuestran los aparecidos recientemente en el Cerro Macareno, de hacia los siglos IV-III a.C., prácticamente iguales al de Itálica <sup>24</sup>. Podemos concluir, en lo relativo a la Itálica de Escipión, con la valoración final dada por Luzón: «Durante más de un siglo, la primera fundación romana en la Península Ibérica vive dentro de la tradición local, cuyo grado de cultura se explica a través de una clara helenización. Estos contactos culturales de los iberos con el mundo griego proceden indirectamente del ambiente cartaginés, además de las continuas y antiguas relaciones de la Península con Sicilia, la Magna Grecia, e incluso con el Mediterráneo oriental» <sup>25</sup>.

Las conclusiones obtenidas en Itálica pueden hacerse extensivas, con las lógicas cautelas, a la generalidad de las ciudades hispano-romanas de la Bética, donde siempre se comprueba la larga pervivencia de las cerámicas de tradición ibérica. Así ha podido observarse en *Hispalis* <sup>26</sup>, *Carmo* <sup>27</sup> o *Urso* <sup>28</sup>, por citar algunos ejemplos. En la última de ellas revelaron las excavaciones recientemente realizadas que el nivel correspondiente a la destrucción e incendio de la fortaleza por las tropas de César, contenía casi exclusivamente cerámica

ibérica de bandas, junto a la que el número de fragmentos de campaniense o de otros tipos resultaba insignificante <sup>29</sup>.

Se advierte, pues, que aspectos importantes de la cultura material romana, como los hasta ahora observados, se mantienen en el Mediodía anclados a las tradiciones anteriores durante mucho tiempo. Quizás sea en el capítulo de las técnicas de la defensa militar donde las aportaciones de novedades romanas se hizo antes y más sensiblemente. La fortificación de *Urso* fue obra seguramente de los pompeyanos, y responde a concepciones romanas como las que, en parte, recoge la obra de Vitruvio <sup>30</sup>. Más antigua, tal vez de época de Sertorio, fue la remodelación del bastión cartaginés de la Puerta de Sevilla, en Carmona. Fue dotado entonces de un acabado y complejo sistema de puertas según las técnicas más avanzadas del momento, hecho que prueba, una vez más, la atención que se prestaba a Carmona como punto clave para la dominación del valle bajo del Guadalquivir <sup>31</sup>.

Otros aspectos de la arqueología romana del Mediodía revelan la persistencia del sustrato prerromano, que hasta momentos muy avanzados se mantuvo en franca competencia con las modas traídas por Roma a la hora de modelar la cultura material. Carmona vuelve a proporcionarnos testimonios valiosos y significativos, esta vez en la necrópolis. El complejo funerario de la necrópolis romana de Carmona está constituido casi en su totalidad por tumbas de cámara, accesibles mediante pozo o escalera, que corresponden a un tipo monumental característico del mundo cartaginés, receptor, a su vez, de una larga tradición mediterránea en el uso de esta clase de criptas. Son tumbas calificables de «neopúnicas», para definir en una palabra su verdadero carácter, y corresponden a fechas que van desde fines de la República hasta el siglo II de la Era <sup>32</sup>. En medio de ellas, que modelan un ambiente cargado de resonancias púnicas, surge un monumento específicamente romano al servicio de la aristocracia funcional de *Carmona*. De tal se trata, en efecto, la Tumba de Servilia, que se aparta de la tradición local y se sirve de los patrones helénicos propios de la época de Augusto <sup>33</sup>.

La misma pervivencia de la tradición local puede verse en no pocas manifestaciones de la plástica romana de la región que nos ocupa. En este terreno se confunden la tradición local, marcada por la helénización de sus producciones por vía directa o a través de los cartagineses, y las aportaciones romanas, inscritas en la misma tendencia. El análisis detenido de este fenómeno ocuparía más tiempo y espacio

del ahora disponibles y de él se trata en otras ponencias de esta misma reunión. Me limitaré a subrayar algunas facetas que completan el cuadro de mi propia exposición.

A la altura de su antiguo nivel de urbanización, de desarrollo social, el Mediodía peninsular cuenta con una larga historia en la producción de plástica mayor. Si nos atenemos sólo a los hallazgos recientes, como el conjunto de Porcuna, la Dama de Baza o los monumentos de Pozo Moro, podemos ejemplificar en ellos el arranque de una tradición que enlaza con las creaciones de época romana. De hecho, el espíritu local, en cierta manera autóctono, sigue latiendo en creaciones de época romana como el conocido matrimonio hallado en las ruinas de Orippe (Dos Hermanas). García y Bellido fechó el grupo hacia el cambio de Era, y si bien conocemos creaciones similares en Pompeya, la técnica empleada —piedra caliza estucada— y el lenguaje formal, nos retrotraen, por ejemplo, al estilo de la citada Dama de Baza <sup>34</sup>. Siguen siendo significativas, por otra parte, las apreciaciones de P. Paris en su ensayo sobre el arte y la industria de la España primitiva. El hispanista francés observó la continuidad de los gustos púnicos en el grupo del lobo atacando a un carnero descubierto en Cártima (Málaga) <sup>35</sup>, o en las esculturas halladas en la necrópolis de Carmona, entre ellas las figurillas de Attis o el personaje en relieve de la «Tumba del Elefante», identificado por mí como sacerdote de la Magna Mater <sup>36</sup>. Otro tanto ocurre con dos controvertidos monumentos de Marchena que conserva el Museo Arqueológico de Sevilla. El uno es un cipo con la representación de una palmera y un caballo al galope; el otro, un relieve de tosca factura en el que, al pie de una palmera, una cierva amamanta a su cría. Ambos fueron tenidos por creaciones cartaginesas, si bien García y Bellido sostuvo su data romana, aunque con probables influencias púnicas <sup>37</sup>.

En otros muchos campos culturales se manifiesta igualmente la pervivencia de lo local. Para no alargar excesivamente estas páginas, recordemos a título de mero inventario los siguientes:

— El uso de los idiomas locales, pese al indudable proceso de latinización <sup>38</sup>. Incluso en tiempos muy avanzados, el uso del latín debió circunscribirse a los núcleos urbanos y las clases sociales más desarrollados. Abundan las manifestaciones arqueológicas que lo acreditan, tales como las acuñaciones monetales con letreros ibéricos o fenicios, o las inscripciones en lengua vernácula escritas en alfabeto latino <sup>39</sup>.

— Intimamente conectado con lo anterior se halla el triunfo de los nombres prerromanos de las ciudades, algunos de los cuales siguen usándose en nuestros días. Así, prevalecieron *Hispalis* sobre *Colonia Iulia Romula*; *Corduba* sobre *Colonia Patricia*; *Urso* sobre *Colonia Genitiva Iulia*, etc.<sup>40</sup> La misma persistencia en los nombres se advierte en algunos testimonios antropónimos.

— No ha de extrañar que un aspecto tan tradicionalista como la religiosidad ofrezca ejemplos de prolongadas pervivencias. El caso más espectacular es el del culto al dios fenicio Melkart y la pervivencia de su santuario en *Gades*. Es bien conocido el prestigio de que gozó en tiempos romanos o la veneración que por el dios mostraron César, Augusto, Trajano o Adriano. Hacia el 400 de la Era comentaba Avieno (OM, 270-74) que lo único digno de ser visto en la ya por entonces decadente ciudad eran las fiestas del Herakleion<sup>41</sup>. La continuidad Melkart-Hercules Gaditanus se repite del mismo modo en el caso de Tanit-Dea Caelestis, hipóstasis de la misma divinidad que fue muy venerada en la España cartaginesa y romana<sup>42</sup>. Otros muchos rasgos de la pervivencia de concepciones divinas antiguas se detectan en los dioses y los cultos de época romana, que muchas veces se superponen a las creencias anteriores sin cambios sustanciales en sus contenidos íntimos, como demuestran los numerosos estudios de García y Bellido y Blázquez<sup>43</sup>.

#### IV. LOS PRIMEROS ROMANOS

Una de las notas que caracterizan al primer impacto romanizador es la aportación, por parte de los nuevos dominadores, de elementos de tipo arcaico romano. Su temprana implantación en la Península corresponde a una época de su propia evolución cultural en la que todavía mantenían notable vigencia sus raíces etrusco-italicas, sin que el proceso de helenización estuviera, ni mucho menos, plenamente acabado. Es un hecho que la fase de más intensa y directa helenización de Roma corresponde al período comprendido entre el último cuarto del siglo II y los primeros años del I a.C., lo que demuestran las fuentes y la arqueología<sup>44</sup>. En el momento, pues, en que Roma pone por primera vez el pie en la Península, su cultura estaba menos helenizada que la de la propia Cartago y la zona de su dominio, y era inferior, en muchas cosas, a la que por entonces se desarrollaba en la España cartaginesa. En principio, por tanto, más que aportar sus propios conocimientos, los romanos se aplicaron

a estudiar y asimilar en provecho propio las técnicas y los métodos cartagineses<sup>45</sup>. Los propios tratadistas romanos nos documentan acerca de novedades aprendidas en España, como cierto tipo de almazara que Varrón estudia para enseñarla a sus compatriotas, o algunas técnicas mineras que Plinio nos transmite con palabras tomadas de los indígenas hispanos<sup>46</sup>. Notas de arcaísmo se observan en nuestro latín por las mismas razones<sup>47</sup>.

En el mismo orden de cosas, nada puede extrañar que algunas de las primeras huellas de los romanos en Hispania estén en la línea de su tradición más vieja; y dos manifestaciones religiosas son las mejores pruebas de ello. En un caso se trata de la veneración en *Corduba* del dios *Voltumnus*, una deidad de origen etrusco, como *Saturnus* y *Iuturna*, que debió ser introducida en los tiempos de la fundación de la ciudad romana por Marcelo, hacia 169-168 a.C.<sup>48</sup> El otro caso se trata de las ruinas del templo republicano de Itálica. Por lo que puede deducirse de la excavación parcial del monumento, Itálica contó en sus primeros tiempos con un humilde templo construido a la manera indígena, cuya estructura responde a la del templo arcaico de tres cellas adosadas. Ocupa el punto más alto de la colina de los Palacios, núcleo principal de la ciudad vieja, donde hemos de ver el Capitolio primitivo de la misma<sup>49</sup>. Cuando se construyó la «Nova Urbs» italicense, las ruinas de este templo primitivo quedaron incluidas, como una reliquia, en el podio de otro que lo substituyó, esta vez construido con hormigón y materiales nobles. El hecho, repetido en otros templos romanos, es todo un símbolo del respeto a la tradición y, a la vez, de la imposición de los nuevos moldes culturales sobre los viejos estilos.

Con todo, es interesante subrayar cómo Hispania acompaña desde muy pronto a Roma en su propio proceso de definición cultural, marcado por la absorción creciente del legado helenístico. En suma, se registra un discurrir paralelo, señalado ya por otras investigaciones<sup>50</sup>, que podríamos resumir, parafraseándonos a nosotros mismos, diciendo que «Hispania se romaniza a la vez que se romaniza Roma».

#### V. CONCLUSION

La cultura ibero-turdetana, pues, vive la última fase de su desarrollo en el seno del Imperio Romano, donde mantuvo largo tiempo los rasgos de su propia personalidad. Es evidente, además, que la

llegada de Roma no supuso un giro brusco en su propia trayectoria histórica, sino todo lo contrario: la entrada en el Imperio condujo a la consolidación y culminación de un camino trazado de antemano, en alguna medida paralelo al que seguía la propia Roma; en uno y otro caso se partía de una antigua tradición mediterránea y de la koiné griega triunfante desde el siglo IV. Junto a ello, resulta claro que muchos matices de sus componentes más genuinos deben su carácter a la profunda huella dejada por los cartagineses, cuyo dominio cultural desde la ruina de Tartessos fue llevado a sus últimas consecuencias en la época de los príncipes bárquidas. La permanencia de lo autóctono apenas fue estorbada por Roma, que sólo desde la época de César y Augusto impone con fuerza su propio ritmo. No es casualidad que por entonces cesaran las acuñaciones bulingües y se dejara sentir, en general, una política colonial de altos vuelos impuesta desde Roma. Con la planificación que la inspiraba quedó trazado el cuadro básico de la evolución posterior de Hispania como provincia romana, y a partir de entonces lo indígena va perdiéndose por los vericuetos de lo meramente residual. La Bética, pareja casi en todo a las formas culturales de la Urbs, entraba en la nómina de las provincias sensoriales.

Madrid, marzo de 1979.

## NOTAS

<sup>1</sup> La crítica de las fuentes, auxiliada por la toponimia, la filología y el progreso de la arqueología, trata de rellenar las lagunas o vacilaciones existentes. Como síntesis de última hora, véanse los libros de J. M. Blázquez, *La romanización*, Madrid, 1974 (2 volúmenes), J. M. Blázquez et al., *Historia de España antigua*, II (España romana), Madrid, 1978, con abundante bibliografía.

<sup>2</sup> Véase recientemente I. Hahn, *Die Hellenisierung Karthagos und die punisch-griechischen Beziehungen im 4. Jahrhundert v. u. Z.*, «Hellenische Poleis», II, Berlín, 1974, 841 ss.

<sup>3</sup> M. Kunze, *Griechische Einflüsse auf Kunst und Gesellschaft im Rom der späten Republik und der frühen Kaiserzeit*, «Hellenische Poleis», III, Berlín, 1974, 1609 ss.

<sup>4</sup> I. Hahn, *op. cit.*, 843. En página 841 dice: «Hannibal ist schon ein durchaus hellenistischer Mensch, und seine Politik — wie auch die seines Staates — kann ebenfalls als hellenistisch angesehen werden.»

<sup>5</sup> H. H. Scullard, *Scipius Africanus: Soldier and Politician*, Bristol, 1970, *passim*.

<sup>6</sup> P. Lévêque, *Le monde hellénistique*, Paris, 1969, 218.

<sup>7</sup> J. Caro Baroja, *La «realza» y los reyes en la España antigua*, «Cuad. Fund. Pastor», 17, Madrid, 1871, 51 ss.; ídem, *Los pueblos de España*, Madrid, 1976, 113 ss.; véase también J. Mañuquer, en *Historia de España*, de R. M. Pidal, I, 3, Madrid, 1976 (3.ª ed.), 318 ss.

<sup>8</sup> J. M. Roldán Hervás, *La crisis republicana en la Hispania Ulterior*, «Actas del I Congreso de Historia de Andalucía», I, Córdoba, (1976), 1978, 120.

<sup>9</sup> A. Balil, *Casa y urbanismo en la España antigua*, BSAAV, 37, 1971, 39.

<sup>10</sup> Suponen un paso importante algunos recientes, como el citado en la nota anterior y el de A. Blanco y R. Corzo, *El urbanismo romano de la Bética*, «Simposion de ciudades augusteas», Zaragoza, 1976, 137 ss.

<sup>11</sup> D. E. Woods, F. Collantes, C. Fernández-Chicarro, *Carteia*, EAE, 58, Madrid, 1967, 64-65.

<sup>12</sup> M. Pellicer, L. Menanteau, P. Rouillard, en *Habis*, 8, 1977.

<sup>13</sup> La bibliografía completa, en M. Bendala, *La necrópolis romana de Carmona (Sevilla)*, Sevilla, 1976, 127-29.

<sup>14</sup> Debo las noticias que siguen a los resultados obtenidos por A. Jiménez en su tesis doctoral, inédita, y a las excavaciones realizadas por él mismo y R. Corzo en la Puerta de Sevilla.

<sup>15</sup> Véase el trabajo de A. Jiménez, *Arquitectura romana de la Bética*, I, *Introducción al estudio de las fortificaciones*, «Segovia y la arqueología romana», Barcelona, 1977, 233 ss. Supone como fecha probable de la construcción de las puertas la época de Sertorio. En fechas del siglo III a.C. pensó también J. R. Mélida (*Historia de España*, de R. M. Pidal, II, Madrid, 1955, 590).

<sup>16</sup> La decisiva «batalla de Ilipa» tuvo lugar a las puertas de Carmona, como se desprende de Apiano (*Iber*, 25) y ha defendido recientemente R. Corzo (*Habis*, 6, 1975, 213 ss.).

<sup>17</sup> J. Serra Vilaró, *La muralla de Tarragona*, AEspA, 22, 1949, 221 ss.; A. Beltrán, *El problema de la muralla ciclópea de Tarragona*, «Caesaraugusta», 28-30, 1967, 143 ss.; T. Hauschild, *Torre de Minerva (San Magín), ein Turm der römischen Stadtmauer von Tarragona*, MM, 16, 1975, 246 ss.

<sup>18</sup> J. Fortea, J. Bernier, *Recintos y fortificaciones ibéricos en la Bética*, Salamanca, 1970.

<sup>19</sup> J. M. Roldán Hervás, *El elemento indígena en las guerras civiles en Hispania: aspectos sociales*, «Hispania Antiqua», II, 1972, 79; ídem, en *Hispania Antiqua*, 6, 1976, 125 ss.; J. M. Blázquez, *Estado de la romanización de Hispania bajo César y Augusto*, «Emerita», 30, 1962.

<sup>20</sup> A. Balil, *op. cit.*, 36; ídem, en *Historia económica y social de España*, Madrid, 1973, 191 ss.

<sup>21</sup> A. García y Bellido, *Colonia Aelia Augusta Italica*, Madrid, 1960; J. M. Luzón, *La Itálica de Adriano*, «Arte Hispalense», 9, Sevilla, 1975.

<sup>22</sup> J. M. Luzón, *Excavaciones en Itálica. Estratigrafía en el Pajar de Arillo*, EAE, 78, Madrid, 1973.

<sup>23</sup> *Ibid.*, 14-15.

<sup>24</sup> Fueron excavados por Fernando Fernández y Diego Ruiz Mata y se hallan en estudio.

<sup>25</sup> J. M. Luzón, *Excavaciones en Itálica*, 56.

<sup>26</sup> F. Collantes de Terán, *Contribución al estudio de la topografía sevillana en la Antigüedad y en la Edad Media*, Sevilla, 1977, 64 ss.

<sup>27</sup> M. Bendala, *op. cit.*, 109 ss.

<sup>28</sup> R. Corzo, *Osuna, de Pompeyo a César. Excavaciones en la muralla republicana*, Sevilla, 1977.

<sup>29</sup> *Ibid.*, 26.

<sup>30</sup> *Ibid.*, 14 ss.

<sup>31</sup> Véase A. Jiménez, *op. cit.*, en nota 15.

<sup>32</sup> M. Bendala, *op. cit.*, *passim*.

<sup>33</sup> *Ibid.*, 73 ss.; L. Abad, M. Bendala, *La Tumba de Servilia de la necrópolis romana de Carmona: su decoración pictórica*, «Habis», 6, 1975, 295 ss.

<sup>34</sup> A. García y Bellido, *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid, 1949, núm. 314; F. Presedo, *La Dama de Baza*, «Trab. de Prehistoria», 30, 1973, 151 ss.

<sup>35</sup> P. Paris, *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, I, Paris, 1903, 137 ss., figs. 106 y 324.

<sup>36</sup> *Ibid.*, 324-26. Véase mi estudio en *La necrópolis romana de Carmona*, 49 ss.

<sup>37</sup> P. Paris, *op. cit.*, 326-29; A. García y Bellido, *EREP*, núms. 304 y 305; ídem, *El arte púnico en España*, «Historia de España», de R. M. Pidal, I, 2, Madrid, 1975 (3.ª ed.), 478, fig. 390; J. M. Blázquez, *Caballos y ultratumba en la Península Ibérica*, en «Imagen y mito», Madrid, 1977, 264.

- <sup>36</sup> A. García y Bellido, *La latinización de Hispania*, AEspA, 40, 1967, 3 ss.
- <sup>39</sup> Ibid., 13.
- <sup>40</sup> Ibid., 16-17.
- <sup>41</sup> A. García y Bellido, *Hercules Gaditanum*, AEspA, 36, 1964, 70 ss.; idem, *Deidades semitas en la España antigua*, «Sefarad», 24, 1964, 12 ss.; idem, *Les religions orientales dans l'Espagne romaine*, Leiden, 1967, 152 ss.; J. M. Blázquez, *El Herakleion gaditano. Un templo semita en Occidente*, «Imagen y mito», 17 ss.
- <sup>42</sup> A. García y Bellido, *El culto a Dea Caelestis en la Península Ibérica*, BRAH, 140, 1957, 451 ss.; idem, *Les religions orientales...*, 140 ss.
- <sup>43</sup> De uno y otro veáanse los libros de síntesis ya citados, *Les religions orientales... e Imagen y mito*. También M. Bendala, *Die orientalische Religionen Hispaniens in vor-römischer und römischer Zeit*, «Aufstieg und Niedergang der römischen Welt», en prensa.
- <sup>44</sup> F. Coarelli, *Architettura e arti figurative in Roma: 150-50 a.C.*, «Hellenismus in Mittelitalien», Göttingen (1974), 1976, 24.
- <sup>45</sup> A. Balil, *Historia económica y social de España*, op. cit., 192.
- <sup>46</sup> A. Tovar, *Consideraciones sobre geografía e historia de la España antigua*, «Estudios sobre la España Antigua», op. cit., 35-36.
- <sup>47</sup> Ibid., 29-30.
- <sup>48</sup> A. Blanco, *Séneca y la Córdoba de su tiempo*, «Actas del Cong. Int. de Filosofía en conmemoración de Séneca», Madrid, 1966, 32.
- <sup>49</sup> M. Bendala, *Un templo en Itálica de época republicana*, XIII, CNA (Huelva, 1973), Zaragoza, 1975, 861 ss. Relacionada quizá con este templo (es también un elemento de tradición etrusca) se halla la terracota arquitectónica con la representación de la «potnia théron» hallado en Itálica: vid J. M. Blázquez, en AEspA, 26, 1953, 263 ss., e *Imagen y mito*, 246 ss.
- <sup>50</sup> J. M. Roldán Hesvás, *La crisis republicana en la Hispania Ulterior*, op. cit., 116.

## LAS NECROPOLIS PENINSULARES EN LA BAJA EPOCA DE LA CULTURA IBERICA

## LAS NECROPOLIS PENINSULARES EN LA BAJA EPOCA DE LA CULTURA IBERICA

Por EMETERIO CUADRADO

Entre la época del florecimiento de la cultura ibérica, que debemos situar en los siglos V y IV a.C., y la que designamos como Baja Epoca, que se inicia con la influencia de los pueblos rivales, de Cartago y Roma, en nuestra península, no existe una real solución de continuidad.

La vida de los iberos y por tanto sus costumbres continúan como en siglos anteriores, pero las relaciones culturales y comerciales con Fenicia y Grecia, que caracterizaron la época anterior, han decaído tan notablemente, que podríamos darlas como en trance de terminación al mediar el siglo III a.C., aunque este fenómeno tiene más perduración en Andalucía.

Dos pueblos actúan directamente sobre el mundo ibero: primero Cartago y luego en lucha diplomática al principio y en guerra después el romano. El período que va del 225 hasta el 219, en que se produce la caída de Sagunto, la influencia cartaginesa, que cuenta con una solera establecida por las gentes de Tiro, no parece notarse más que en su hegemonía militar y dominio sobre la zona de la península poblada por turdetanos e iberos de Levante, es decir entre la costa, Sierra Morena y Cordillera Ibérica. Las creencias indígenas, con dioses y cultos en simbiosis con las de fenicios y púnicos, no sufren variaciones hasta la llegada a Ampurias de los primeros contingentes romanos en 218, pueblo que asimila los dioses existentes, a los propios, lo que consigue ampliar el panteón ibérico, que empieza poco a poco a digerir la cultura romana.

¿Qué ocurre con los ritos y costumbres funerarias?

Sabemos que los iberos incineraban, y que este rito es el común en las necrópolis del siglo IV a.C. y anteriores. Las cenizas y huesos

calcinados parcialmente se introducían en urnas funerarias que se enterraban después con un copioso ajuar. Dentro de esta costumbre general existen algunas diferencias importantes.

Como debemos empezar por hacer un pequeño recorrido por las necrópolis ibéricas conocidas, es conveniente exponer una división de las mismas según la situación geográfica y el tiempo. Se hace esto necesario por las variantes que según las diferentes tribus ibéricas se notan en las costumbres funerarias. Nosotros encontramos tres períodos bien diferenciados:

1.º La época antigua o precultural ibérica, en que las cerámicas introducen el torno, pero perduran las ejecutadas a mano. Con ellas tenemos elementos cronológicos importantes como son las fíbulas de doble resorte y de pie levantado con botón, así como su variedad del Golfo de León. Este período acusa la influencia de la cultura de los túmulos en Andalucía, y del mundo hallstático en Cataluña y Levante. Empiezan en este período las urnas de «orejetas», así como la decoración de bandas y filetes paralelos. Cerámica antigua ática de figuras rojas, alguna de figuras negras y de barniz negro. Se desarrollarían las necrópolis de este período en el siglo VI y primera mitad del siglo V.

2.º Época de la plena cultura ibérica, en que la cerámica es a torno, la decoración geométrica, con los elementos fundamentales de series de círculos concéntricos, semicírculos, sectores de círculo y líneas onduladas, añadida a la decoración anterior. Abundancia de armas clásicas (falcatas, dardos, lanzas, manillas de escudo, solifereum y pilun), filetes de caballo, abalorios de pasta vítrea, amuletos, vasos de bronce, fíbulas de la Tene I Antigua y cerámica ática de figuras rojas y de barniz negro (precampana). Situaríamos este período en la segunda mitad del siglo V y todo el IV a.C.

3.º Época de la baja cultura ibérica, caracterizada por la falta de cerámica ática, aparición e invasión de la cerámica campaniense, disminución de las armas en los ajuares, hasta su desaparición, abundancia de ungüentarios fusiformes B y C de nuestra clasificación; cerámica romana de paredes finas y ordinaria de cocina. Ausencia de «terra sigillata». El período que comprenderá esta época es el de los siglos III a.C. al cambio de Era (tal vez año 50 a.C.).

A nuestro modo de ver, la aparición de la sigillata es ya un signo de plena romanización.

Geográficamente, veremos por separado Andalucía, SE. y Levante, por las peculiaridades de sus necrópolis.

En el mapa que acompaña hemos situado las necrópolis más importantes del mundo ibérico peninsular y en él vemos las que empiezan en la primera y segunda época, sin llegar al siglo III, y las que llegan a la romanización, es decir, entran de lleno en la tercera época.

Estimamos de finales de la primera época, y de la segunda, las siguientes necrópolis andaluzas:

#### Castellones de Ceal (Jaén) <sup>1</sup>

Las tumbas de esta necrópolis son en general fosas corrientes; nichos cubiertos con empedrado tumular, algunos con tres capas de adobes debajo, cogidos con cal, y también fosas revestidas de adobes. Se encontró una cámara decorada con sencillas pinturas geométricas, seguramente bajo un túmulo de tierras. Los ajuares contenían cerámica ática de figuras rojas y de barniz negro (B.N.), y cerámica de barniz rojo (B.R.) acompañando a la ibérica con decoración geométrica. Fechables en finales del siglo V y en el IV a.C.

#### Los Patos (Cástulo, Jaén) <sup>2</sup>

Esta necrópolis tenía varios niveles: uno con cerámica pintada a mano del siglo VIII-VII a.C., otro de inhumación que revuelve a otro de incineración con cerámica ibérica geométrica, cerámica de B.R. y ática del siglo IV.

#### Molino de Caldona (Cástulo, Jaén) <sup>3</sup>

Necrópolis destruida y muy revuelta, con cerámica ática de F.R. y de B.N. Kylikes del siglo V y IV a.C., cuentas de collar de pasta vítrea, fíbulas anulares de muelle, e ibérica de bandas.

#### La Bobadilla (Jaén) <sup>4</sup>

Necrópolis de incineración muy superficial, por lo que está muy dañada por el arado. Se excavaron 19 tumbas y una cista o cámara rectangular formada con losas de piedra y un escalón en la cabecera. Entre los materiales bien fechados destaca en la cista un aryallos de fayenza datable hacia 525 y un asa de skyphos de barniz negro, posiblemente del siglo V a.C. En el resto de la necrópolis sólo se encontró cerámica ibérica geométrica de tipología peculiar y la empuñadura de una única falcata. Maluquer fecha esta necrópolis a fines del siglo VI o principios de V a.C. Es, pues, muy antigua.

#### Villaricos (Almería) <sup>5</sup>

Aparte de las necrópolis púnicas, que son de inhumación y que no mencionaremos, en las netamente ibéricas se encontraron unas 300 tumbas de incineración, solas o en grupos, en recintos rectangulares formados por piedras y lajas, revestidas de yeso. El grupo I de Miriam Astruc es el más ibérico por sus materiales: empezó en el siglo V y llega a época imperial romana. Es imposible fechar las tumbas separadamente, pues todos los materiales están muy mezclados.

Siret nos habla de su grupo III, en su mayoría de incineración, con cerámica ibérica geométrica, ática de F.R. y B.N., fibulas anulares, amuletos púnicos, alabastrones de vidrio, ungüentarios fusiformes del siglo II a.C., piezas de hueso femeninas como las del Cigarralejo, perlas de pasta vítrea, armas ibéricas, fibulas de La Tene I, broches de cinturón rectangulares. Posiblemente las zonas citadas por los dos autores, tal vez sean la misma.

Todo el conjunto mencionado, nos da un período de fines del siglo V al cambio de Era.

En el SE. tenemos de igual época:

#### Ladera de San Antón (Orihuela, Alicante) <sup>6</sup>

Con una necrópolis del Bronce, otra ibérica con cerámica ática de B.N. e ibérica geométrica. Siglos V-IV a.C.

#### El Molar <sup>7</sup>

Contenía urnas de orejetas, cerámica ática de F.R. y un trozo de figuras negras. Las tumbas eran cistas rectangulares y sólo una bajo túmulo. La cerámica ibérica era de bandas. Se encontró una pieza de Naukratis. Se mencionan encachados de conchas marinas. Siglos V-IV.

#### Puntal de Salinas (Villena, Alicante) <sup>8</sup>

Materiales análogos fechables en el siglo IV.

#### Casa del Monte (Albacete) <sup>9</sup>

Tumbas cubiertas con empedrado tumular. Ajuar análogo a los descritos, con abundancia de armas ibéricas y algunos procedentes de la Meseta. Fibulas anulares, siglo IV.

#### Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) <sup>10</sup>

En tres lugares próximos al poblado ibérico de este nombre se han encontrado tumbas de incineración, pero la necrópolis más importante es la llamada de La Senda. Las tumbas son rectangulares con un cerco cuadrado de piedras de cerca de 1 m. Dentro se colocaba la urna y el ajuar. El material es ibérico sin decorado. Con decoración geométrica son los vasos de la necrópolis del Barranco. Con este material aparecen vasos áticos. También la cerámica tosca con desengrasantes blancos de caliza, falcatas y fibulas. Su fecha puede ser el siglo IV a.C.

De Levante son:

#### Torre de la Sal (Cabanés, Castellón) <sup>11</sup>

Una necrópolis muy destruida, pero con urnas de orejetas. Siglo V-IV.

#### Solivella (Alcalá de Chisvert, Castellón) <sup>12</sup>

Tumbas en la tierra con abundancia de urnas de orejetas decoradas con fajas e iniciación de círculos concéntricos y desviados. Segunda mitad del siglo V.

A estas necrópolis que no acusan una evolución hacia las del tipo de Baja Epoca, tenemos que añadir una serie que se inicia y desarrolla a finales del siglo V y en el IV, pero que continúan en los siglos finales del primer milenio a.C.

En Andalucía tenemos:

#### La Guardia (Jaén) <sup>13</sup>

Necrópolis fechada por Blanco entre el siglo IV y el I a.C. La tumba más importante es una cámara tumular cuadrada de muros de piedra sin labrar. En un rincón estaba el ajuar, y el todo se rellenó de piedras, recreciendo después los muros con adobes y el conjunto con un túmulo de tierras.

#### Cerro del Santuario (Baza, Granada) <sup>14</sup>

Esta necrópolis, cuya excavación se inició en 1800 por D. Pedro Alvarez Gutiérrez, es la que no ha mucho alumbró el hallazgo de la Dama de Baza, encontrada por Presedo.

Los tipos de tumbas estudiados son: A. De hoyo en la tierra; B. Estructura cuadrada de adobes con posible cubierta de lo mismo; C. Hoyo alargado en el que se forma una cista con lajas de piedra y cubierta del mismo material. En ellas se forman dos poyetes laterales para colocar las ofrendas; D. Pozo rectangular con muros de adobe, cubierto de techumbre con vigas de madera y buenos ajuares. Había tres de este tipo (núms. 141, 155 y 176). Esta última contenía un carro, cerámica de F.R. ática de B.N. ibérica geométrica, braseros, ánforas púnicas. La que contenía la Dama de Baza, tenía el ajuar de un guerrero, y vasos pintados en rojo sobre blanco, con decoración peculiar. En la figura de la dama, parte inferior de su trono, se había socavado un nicho que contenía las cenizas de un guerrero.

Algunas tumbas sencillas tenemos entendido que contenían ajuares con materiales de Baja Epoca, aunque esperamos la total publicación para asegurar este hecho. Fechable en los siglos V-IV a.C.

#### **Tútugi (Galera, Granada) <sup>15</sup>**

Esta necrópolis se caracteriza por las tumbas de cámara con túmulo de tierras, aunque otras zonas más pobres tienen hoyos o nichos con suelo de yeso.

Los grandes túmulos contenían cerámica ática de F.R. y otros elementos que los fechan en el siglo V-IV a.C. En otras tumbas sencillas se encuentra raramente cerámica floral, cerámica de B.R. y vasos en forma de Kálathos. También había ánforas ibero-púnicas pintadas sobre engobe, como en Baza.

Vasos globulares con B.R. y cenefas de impresiones, van acompañadas de ungüentarios fusiformes que colocan sus ajuares en el siglo II-I a.C.

#### **Toya (Peal de Becerro, Jaén) <sup>16</sup>**

Además de la conocida cámara de sillería de magnífico aparejo, se conocen las cimentaciones de otros monumentos parecidos de la misma necrópolis, posiblemente del siglo V.

La necrópolis se extiende por toda la zona del Cerro de la Horca y los cerrillos de la Mantellina. Tiene tumbas modestas en cuyos ajuares se encontraron ungüentarios del siglo II a.C. y cerámica de B.R.

#### **Mirador de Rolando (Granada) <sup>17</sup>**

Se conocen los ajuares revueltos de una necrópolis destruida, sin localización. Hay en ellos cerámica ática de F.R., armas ibéricas típicas. Es decir, una tipología del siglo IV a.C., pero también parecen existir trozos de cerámica campaniense, lo que alarga su duración hasta la Baja Epoca.

En el SE. existe mayor número de necrópolis de la época que tratamos:

#### **Hoya de Santana (Albacete) <sup>18</sup>**

En esta necrópolis había tumbas de incineración y algunas de inhumación. Algunas de las primeras se cubrían con empedrado tumular. Los ajuares contenían cerámica ibérica de fajas, y floral en mayor número. También había urnas de orejetas. Las tumbas del siglo V-IV contenían bastante cerámica ática de F.R. y B.N. Las tumbas 315 y 214 contenían una olla y un vaso cilíndrico con decoración floral, y la 20, una lucerna romana y trozos de un plato de terra sigillata. Se ve, pues, una duración del siglo V a.C. a época imperial romana. Las tumbas de inhumación son ibero-romanas.

#### **Mahora (Albacete) <sup>19</sup>**

Esta necrópolis no excavada, dio tumbas casuales de incineración, conteniendo una de ellas una urna con tapa de sigillata, un vaso de vidrio, y un plato con nombre CRVCVR. Otras llevaban vasos de vidrio y ungüentarios de lo mismo, por lo que ya las colocaríamos en época imperial.

#### **Llano de la Consolación <sup>20</sup>**

Materiales análogos a los de Hoya de Santa Ana, con un solo empedrado tumular.

#### **Pozo Moro (Pozocañada, Albacete) <sup>21</sup>**

El monumento famoso de esta necrópolis, lo coloca su excavador en el siglo VI, con un período posterior de abandono. Se superpone al conjunto una necrópolis de empedrados tumulares del tipo del Cigarralejo, con cerámica ática, armas, fibulas, etc., que pueden fechar esta fase en el siglo IV, que llega a Baja Epoca a juzgar por

algunos materiales inéditos, entre los que existe cerámica gris ampuritana y cerámica romana de paredes finas que nos indican al menos un siglo II a.C.

#### **Archena (Murcia) <sup>22</sup>**

Tenemos noticias del saqueo de esta magnífica necrópolis, de la que sólo sabemos que tuvo cámaras sepulcrales. Los materiales conocidos llevan mucha cerámica ática de F.R. y B.N., pero hay mucha cerámica floral y antropomorfa que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional. En las excavaciones de Fletcher, se descubrieron cinco tumbas, con armas como las habituales en el SE. Próximo al río Segura se encontraron materiales también florales y una fíbula de la Tene II. Tendríamos que fechar también la necrópolis del siglo V al cambio de Era.

#### **Cabecico del Tesoro (Murcia) <sup>23</sup>**

Esta necrópolis, de la que sólo se han publicado resúmenes de las campañas de excavaciones, no parece que sus tumbas contuvieran cubierta tumular. Sus ajuares, acusan fechas del siglo IV por la cerámica ática de F.R. y B.N., pero otras tumbas contienen gran abundancia de cerámica floral y animalista (vaso de las Cabras), fíbulas de La Tene I, B.R. (vajilla D), armamento ibérico normal, espadas rectas de La Tene II, pebeteros con cabeza de Demeter y cerámica campaniense.

Estos materiales dan una época del siglo IV al cambio de Era.

#### **Cigarralejo (Mula, Murcia) <sup>24</sup>**

Tumbas con empedrado tumular y ajuares del siglo V-IV (cerámica ibérica geométrica, ática de F.R., B.N., B.R., abundantísimas armas, fíbulas Tene I antigua). Otro grupo de tumbas, a diferencia del anterior, conserva los ajuares intactos junto a la urna cineraria, con materiales de la Baja Epoca.

#### **Albufereta (Alicante) <sup>25</sup>**

Existe gran confusión entre los materiales de las tumbas, que les hace de difícil identificación. Las tumbas tenían aspecto de cajón rectangular, cuadrado, redondo u oval. Había cerámica ática de F.R., ibérica, un trozo de figuras negras, ungüentarios tipo A, campa-

niense A (dos platos Fm. 36). Todo ello nos da una duración del fin del siglo V al siglo II a.C.

Nos resta ahora examinar las necrópolis de Levante.

El núcleo más importante es el de Ampurias. Es sabido que las necrópolis de los griegos eran casi totalmente de inhumación, de modo que los núcleos de cremaciones pudieran pertenecer a indígenas que allí se enterraran.

#### **Las Corts (Ampurias) <sup>26</sup>**

Este cementerio parece greco-ibérico, o ibérico helenizado, ya que sólo tiene incineraciones. Las tumbas son cuadradas con túmulo plano o escalonado de sillería aplantillada, que contienen un nicho que lleva la urna y el ajuar. Algunas son dobles o familiares, y otras estaban vacías.

El material contiene cerámica campaniense A y B, pocas armas y fíbulas de La Tene II. La cerámica ibérica y la sigillata falta totalmente, pero hay gris ampuritana. Puede fecharse del año 200 al 50 a.C.

#### **Mateu (Ampurias) <sup>27</sup>**

Tiene sólo 11 incineraciones. Hay ungüentarios fusiformes siglo III-II a.C. Las tumbas griegas de inhumación tienen material más antiguo.

#### **Bonjoan (Ampurias) <sup>28</sup>**

Sólo tiene cuatro incineraciones con fíbulas Tene II y campaniense, pero sigue con incineraciones romanas.

#### **Martí (Ampurias) <sup>29</sup>**

Tenía 32 incineraciones y el resto inhumaciones. Había cerámica ática del siglo V y IV y cerámica gris ampuritana.

#### **Cabrera de Mataró (Barcelona) <sup>30</sup>**

Las tumbas eran hoyos abiertos en el suelo, a veces con acumulación de piedras. Junto a las urnas cinerarias había ajuares con cerámica más o menos fina hecha a mano con decoración incisa, vasos campanienses, un vasito de F.R., armas ibéricas, fíbulas de

La Tene I y II, anulares, etc. La excavación se hizo en el siglo pasado sin ningún orden, y la ausencia de vasos rotos en las colecciones, parece indicar que sólo se recogieron los enteros. Hay urnas de ánforas ibéricas sin cuello.

El conjunto parece empezar a fines del siglo IV y llegar al siglo I a.C.

#### Oliva <sup>31</sup>

Enterramientos y urnas en hoyos y grietas de las rocas. Urnas de orejetas y bicónicas con decoración floral y antropomorfa, con escenas de combate. Un fragmento griego tardío dentro de una urna, que según su excavador, es un trozo de copa barnizada helenística (J. Colomínas). En prospección posterior realizada por el S.I.P., de Valencia, se encontró un trozo de campaniense B, que pudo ser de arrastre del poblado situado en lo alto del Castellar. Puede fecharse la necrópolis del siglo V a.C. al II a.C.

#### Azaña <sup>32</sup>

Cabré excavó una necrópolis céltica, con tumbas de empedrado tumular (algunas con cista), y material preibérico, claramente hallstático. La necrópolis ibérica debió desaparecer totalmente con las labores agrícolas, y el hecho de haber aparecido dos urnas ibéricas nos hacen considerarlas como testigo de la necrópolis, al que pudieron pertenecer innumerables trozos de cerámica con decoración tipo Azaña, y muchos fragmentos campanienses. Si bien no disponemos de una necrópolis ibérica completa, los síntomas nos dan una perduración de la primitiva hasta el fin de la era, con los nuevos materiales, tal como lo muestran los restos que consideran la destrucción de la II ciudad en el 76-32 a.C.

#### Corral de Saus (Mogente) <sup>33</sup>

Es tal vez la última necrópolis importante descubierta. Las tumbas son de varios tipos:

Hoyo en la tierra cubierto con un montón de piedras.

Caja revocada y cubierta con argamasa.

Recuadro de piedras conteniendo el ajuar y relleno de piedras.

Túmulo de sillería de forma escalonada.

En general las tumbas están saqueadas de antiguo, pero se en-

cientra mucha cerámica del tipo Elche-Archena y Liria, así como geométrica, cerámica ática F.R. y campaniense. Su periodo va del siglo IV al II a.C. por lo menos.

De esta rápida revisión de las necrópolis ibéricas veamos las consecuencias que pueden darnos una evolución de las formas y ritos del siglo IV a.C. al III y siguientes que forman la Baja Epoca.

En la segunda época de las necrópolis ibéricas vemos que en Andalucía existe un tipo monumental de tumba de cámara cubierta con un túmulo de tierra, tal como en Toya, Galera, Castellón de Ceal y en cierto modo las cámaras enterradas de Baza, aunque este tipo parece una variante del anterior. Junto a estas tumbas monumentales existen otras muy sencillas, en hoyos o nichos, tapadas con tierra.

El otro tipo fundamental del mundo ibérico es el de los empedrados tumulares, del que tenemos conocimiento en casi todas las necrópolis del SE. y Levante. Consiste este sistema en un nicho de forma rectangular, enlucido con barro o yeso, o recubierto con lajas de piedra o adobes para formar una caja que se cubre de diversas formas. Unas veces con adobes, otras con lajas de piedra, otras con capas de barro, a veces teñido con ocre, y sobre cuya cubierta se coloca un empedrado generalmente cuadrado, bien plano, bien con varios escalones formando una pirámide. En el caso de los empedrados planos, suelen completarse con una pirámide o monumento de adobes, que debía sobresalir del terreno. Este mismo túmulo se hizo de sillería en Las Corts, o se sustituyó por un montón de piedras de Corral de Saus. Resulta, pues, un tipo genérico de piedra o sillería, con variantes en todo el mundo ibérico. Son del tipo puro las del Cigarralejo, Casa del Monte, Castellones de Ceal, Hoya de Santa Ana, Llano de la Consolación, Pozo Moro y Las Corts. Variantes de este sistema son Corral de Saus (marco de piedra relleno de lo mismo), Cerro del Santuario y Castellones de Ceal (marco de adobes con relleno de lo mismo). También las tumbas de simple hoyo, tienen variantes en su planta y en la preparación interior, revestimiento de adobes, barro, yeso o lajas de pizarra, y suelo de cantos rodados, capa de yeso, o tierra apisonada. En muchos casos, al verter los restos humeantes de la hoguera crematoria en el nicho de la tumba, el barro del revestimiento se endurece y queda cocido (Cigarralejo).

Parece deducirse, que las tumbas de cámara, abundantes en An-

dalucía, tienen su origen en los monumentos funerarios traídos por los invasores de la cultura de los túmulos, y en las tumbas de pozo y cámara fenicias, como las de Torre del Mar, Villaricos y Almuñécar. En cambio en SE. y en Levante que recibieron el impacto de los campos de urnas, aceptaron el sistemas de hoyos más o menos protegidos. Tal vez los empedrados escalonados copian los monumentos funerarios griegos, sobre los que vemos representada una estela o columna. En nuestro caso, es una pirámide de adobes o una piedra vertical. En general no se encuentran estelas, como en el mundo celtibérico.

En Cataluña y en nuestra Baja Epoca, son corrientes las necrópolis llamadas de «silos», como la de Can Fantjo (Rubí), con un rito funerario diferente de los normales en el resto del mundo ibérico, cuya razón hay que suponerla como originada en los «campos de urnas» tan abundantes en Cataluña, y con tradición tan arraigada que perdura en época imperial.

Los ritos practicados en el siglo IV según el Cigarralejo, suponen una cremación en la que se situaba con el muerto un ajuar que varía con el sexo: si era varón, llevaba todas su armas, objetos de aderezo y otros que en vida fueron de su agrado.

Las mujeres llevaban objetos propios de su sexo, como adornos y útiles domésticos. Los objetos cerámicos que contuvieron alimentos (platos, ollas, jarros, etc.) eran destruidos previamente, lo que se demuestra porque trozos del mismo vaso están quemados en parte, mientras otros no pasaron por el fuego. Las armas están dobladas o sus filos inutilizados al golpearlos contra las piedras.

No son extraños los enterramientos dobles. En la T. 277 de Cigarralejo, que era de guerrero, se practicó un agujero en la cubierta para enterrar a una mujer. En la T. 220 las cenizas y ajuares de un hombre y una mujer están mezclados, y hace suponer una incineración común.

Los niños de corta edad no se incineraban. Solo se metían en la urna con pequeños objetos y se enterraban, entre las otras.

Sembrados por el área del Cigarralejo son abundantísimos los fragmentos de ollas y vasos de cocina de barro ordinario, indicación, tal vez, de un banquete funerario.

No conocemos ningún estudio que diferencien las necrópolis ibéricas la Baja Epoca de la anterior, pero podemos ofrecer las observaciones que hemos podido hacer en más de 400 tumbas del Cigarralejo.

Como es sabido, este yacimiento presenta hasta cinco o seis superposiciones de tumbas. La mayoría de ellas responden a las características que acabamos de mencionar, pero llega un momento en que las tumbas superficiales presentan grandes diferencias con las inferiores. En efecto, los grandes empedrados han desaparecido. Los ajuares se colocan apilados contra la urna cineraria, y no son previamente destruidos. A lo más se practica un agujero en el fondo de los vasos cerámicos. Disminuye notablemente la presencia de armas en los enterramientos, que casi desaparecen. La cerámica ática también queda suprimida.

Las nuevas características de los materiales son como siguen:

### Cerámica importada

Aparecen en los ajuares distintas formas de cerámica campaniense A, principalmente las 27 y 36, y con menos frecuencia las 45, 48 y 59. De campaniense B, tenemos las Fms. 1, 2, 3, 27 y 5/21. En cuanto a la C, aparece la Fm. 27a. Todas estas piezas son datables en el siglo II, pudiendo atribuirse al III a.C. algunos fragmentos del taller de las pequeñas estampillas, y tal vez el inicio de las importaciones de campaniense A.

Estas cerámicas vienen asociadas en muchos caso con ungüentarios fusiformes de los grupos que hemos denominado B y C y cuya cronología puede establecerse desde 310 a 50 a.C., si aceptamos las nuevas cronologías establecidas por Morel para las exportaciones de cerámica campaniense a Occidente.

Con estos conjuntos aparecen también vasos de «paredes finas» que se sitúan entre 150 y 50 a.C. Otras cerámicas romanas de uso corriente aparecen ya en el siglo II, identificables con formas estudiadas por Mercedes Vegas.

Lo mismo ocurre con unas pocas piezas de cerámica gris ampuritana encontradas en ajuares de la misma época, principalmente jarritos.

Estas cerámicas importadas, así como sus imitaciones peninsulares, nos permiten fechar en la baja época de la cultura ibérica, otros elementos de los ajuares de las tumbas que por sí solos también pueden fechar aquellas en que aparecen y determinar por tanto la evolución experimentada por las necrópolis en la época que tratamos.

### Cerámica ibérica fina

El más abundante de los materiales cuya evolución puede definirse es la cerámica ibérica fina. La cerámica que hemos podido separar, por aparecer asociada en las tumbas con cerámicas de importación, presenta características bien diferenciadas en Cigarralejo. Así, por ejemplo, las formas frecuentes son los platos P. 1d y P. 1c de nuestra clasificación, caracterizadas por la atrofia del borde vuelto de las otras variantes de la Fm. P. 1 y 2, y la pérdida de la carena que tenemos en algunas de las mismas. En cuanto a la decoración, es tema que se desarrolla en una de las ponencias de esta Mesa, y sólo nos referimos a lo observado en Cigarralejo.

En primer lugar continúa la decoración geométrica que emplea el compás de varios pinceles, pero degenera su calidad y cuidada elaboración, apareciendo la decoración a pulso, que es indudablemente inferior. Alcanza un gran desarrollo la decoración de sólo bandas, con variaciones en los anchos y su sustitución por línea en espiral.

Las tumbas más superficiales de Cigarralejo han sido en general destruidas por los cultivos agrícolas, lo que ha dado lugar a gran dispersión de sus materiales, encontrándose fragmentos de los vasos con decoración antropomorfa repartidos por todo el área. Los que tienen decoración floral, aparte de los dispersos, también han podido encontrarse en tumbas intactas.

Los vasos en forma de kalathos (Fma. 13) corresponden en su totalidad a esta baja época. Es característico el decorado en dos zonas divididas por una faja bastante baja, de la que cuelgan semi-círculos concéntricos. La parte superior se divide en cuarteles por grupos de líneas onduladas verticales, dentro de los cuales existe arriba una unidad de círculos concéntricos que cuelga del borde, y abajo otra unidad de líneas onduladas horizontales. Tenemos perfectamente fechadas estas piezas, ya que en la T. 198, el kálatos servía de urna cineraria, y en su interior se encontró una moneda romana con cabeza radiada de Júpiter y proa de nave, fechada por Beltrán a fines del siglo II a.C.

Esta forma de kálatos se encuentra también con decoración floral, así como los jarros Fm. 28, y otras formas recientemente encontradas y que no figuran aún en nuestra tipología. Pieza única sin atribución a tumba es la de Fm. 35, con decoración floral, que es un vaso de infusiones.

### Cerámica ibérica ordinaria

Esta cerámica también evoluciona del paso del IV al III siglo a.C. Los barrotes siguen siendo los mismos, pero los collarines son impresiones de SS, ΣΣ o incisiones oblicuas desaparecen totalmente, quedando sólo unas ondulaciones en el cuello, y empiezan a verse barrotes rojizos con desengrasantes de pequeños puntos negros.

### Armas

En cuanto a las armas, desaparecen de los ajueres en general. Solo la citada T 198, lleva un pilum de sección circular, al que falta la punta; una manilla de escudo destruida, un regatón del pilum de sección cuadrada; una lanza sin nervio axial y un cuchillo.

### Abalorios

En Cigarralejo desaparecen las fibulas, que a fines del siglo IV se hacen con mayor frecuencia de hierro. En otras necrópolis aparecen las fibulas de La Tene II. Disminuyen en el siglo III las cuentas de collar de ojos, tipo púnico, y los amuletos de esta procedencia.

La impresión general es que las tumbas empiezan a tener menor importancia que en el período anterior. Un sencillo hoyo con la urna y el ajuar amontonado, con dos o tres piedras rodeándolo, aunque sería difícil establecer si no fue la reja del arado quien destruyó pequeñas cubiertas de piedra con barro.

Varios fenómenos nos han llamado la atención en las necrópolis de que tratamos. En primer lugar las tumbas vacías. Tal vez un cenotafio para conmemorar a un muerto en las lejanas tierras. En algunos casos en vez de una urna, sólo existe una gran piedra redonda. Otro fenómeno que aunque ocurre en el siglo IV, puede ser indicativo de una costumbre que perdurara: me refiero a la «tabulae defixiones» encontrada en una tumba, para ser llevado su mensaje por el muerto a los dioses infernales; fenómeno corriente en las necrópolis de Ampurias, y que indica una creencia de ultratumba.

Como puede verse por lo expuesto, al paso del siglo IV al III, son pocas las variaciones que observamos en las necrópolis: iniciación de un rito de conservación del ajuar; nuevas cerámicas de importación; llegada de vasos romanos; aparición de monedas en las tumbas; desaparición de las armas; nuevos alfares indígenas con cerámica geométrica más sencilla y simple; aparición de la cerámica floral y antropomorfa.

Señalamos otro fenómeno a causa de su repetición. La dama de Elche lleva en su espalda un hueco cuyo destino ha sido muy discutido. Al aparecer la dama de Baza con otro hueco que contenía las cenizas de un guerrero difunto, creo que queda aclarado el uso del de la dama de Elche. Esta pieza, gloria del arte ibérico, está sin duda cortada, y el enterramiento de su parte superior, protegido por lajas de piedra verticales, nos inclina a pensar en una tumba en que la misma Dama constituye la urna cineraria. Sin duda al verificarse su hallazgo nadie se preocupó de las circunstancias del mismo, emocionados con la aparición de la sensacional escultura.

El tantas veces mencionado fenómeno del hallazgo de elementos escultóricos y arquitectónicos, entibando las urnas o formando parte de las cubiertas de las tumbas como vulgares pedruscos, se continúa en la baja época. Este fenómeno ocurre en Cigarralejo, Llano de la Consolación, Corral de Saus, Porcuna, Cabecico del Tesoro, etc., es decir, que se extiende por todo el cuarto SE. de la península. Ello evidencia la presencia de monumentos inmediatos o en la misma necrópolis, destruidos en una catástrofe que hay que situar en el siglo V, puesto que las tumbas de principio del siglo IV son posteriores al acontecimiento. Entre los elementos escultóricos hay trozos de leones, sirenas, esfinges, serpientes, caballos, grifos, etc., todos seres del mundo mitológico que pudieran tener un significado funerario. Tal vez fuera el momento apropiado para discutir en esta Mesa Redonda, si se puede relacionar con algún hecho guerrero este acontecimiento trágico que asoló tantos y tan apartados monumentos, ya que pretendemos aclarar puntos oscuros de nuestra arqueología ibérica.

Otro gran fenómeno que advertimos en todas las necrópolis que llegan al siglo III, es un gran hiatus en las aportaciones comerciales de la Grecia propia, que vemos sustituidas a finales de ese siglo por las helenísticas y romanas. En Cigarralejo no tenemos razones suficientes para identificar tumbas de este período, que sin duda tienen caracteres similares a las anteriores, aunque desprovistas de cerámicas áticas.

Las razones de estos cambios en las necrópolis ibéricas, hay que atribuirlos a los conflictos armados del siglo III a.C. Primero la conquista cartaginesa de la zona ibera (235 a.C.), como continuación de la primera guerra púnica (264-241); y a partir del 218, con el desembarco de los romanos en Ampurias, Iberia se convierte en otro campo de batalla de la segunda guerra púnica, hasta el éxito

total de Roma a fines del siglo III. No es, pues, de extrañar que este siglo suponga una paralización de la influencia cultural ática y de la púnica que tiene que hacer frente a una gran guerra, ya que a medida que los romanos van ocupando el territorio, van llegando a la península los productos helenísticos, suditálicos y los propiamente romanos. Con ello, el siglo II a.C. da lugar a la provincialización del mundo ibérico, que entra de lleno en la romanización.

## NOTAS

<sup>1</sup> C. Fernández Chicarro, *Prospección arqueológica en los términos de Hinojares y La Guardia (Jaén)*, «B.I.E.C.», núm. 6, Jaén, 1955, 56.

<sup>2</sup> J. M. Blázquez, *La necrópolis ibérica de Los Patos (Cástulo)*, Crónica de los C.N.A. Zaragoza, 1973.

<sup>3</sup> A. Arribas, *La necrópolis ibérica del Molino de Caldona*, «Oretania», núms. 28-33, 1968-69.

<sup>4</sup> Maluquer de Motes, *La necrópolis ibérica de La Bobadilla (Jaén)*, Barcelona, 1973.

<sup>5</sup> L. Siret, *Villaricos y Herrerías*.

M. Astruc, *La necrópolis de Villaricos*, «Informes y memorias», núm. 25, Madrid, 1951.

<sup>6</sup> J. Furgus, *Col·lecció de treballs del P. J. Furgus*, «S.I.P.», núm. 5, Valencia, 1937.

<sup>7</sup> I. Senén, *Excavaciones en la necrópolis del Molar*, «Junta del Tesoro Artístico», núm. 107, Madrid, 1930-31; *Papeles del Laboratorio de Arqueología*, núm. 9, Valencia, 1973.

<sup>8</sup> E. Lloregat, *Contestania Ibérica*, Alicante, 1972.

<sup>9</sup> I. Ballester Tormo, *Avance al estudio de la necrópolis ibérica de la Casa del Monte*. Comunicaciones al IV Congreso Internacional de Arqueología, Valencia, 1930.

<sup>10</sup> I. Molina, *Coimbra del Barranco Ancho*, «S.I.P. Trabajos varios», núm. 52, Valencia, 1976; idem, *Carta arqueológica de Jumilla*, Murcia, 1973.

<sup>11</sup> Gil Mascarell, *Restos funerarios ibéricos en las provincias de Castellón y Valencia*.

<sup>12</sup> D. Fletcher, *La necrópolis de la Solivella*, «S.I.P. Trabajos varios», núm. 32, Valencia, 1965.

<sup>13</sup> A. Blanco, *Orientalia*, II, «Archivo Español de Arqueología», vol. XXXIII, Madrid, 1960.

<sup>14</sup> F. Presedo, *La Dama de Baza*, «Trabajos de Prehistoria», vol. 30, Madrid, 1973.

<sup>15</sup> J. Cabré, *Excavaciones en la necrópolis ibérica de Galera*, «Junta Superior del Tesoro Artístico», núm. 25, Madrid, 1919-20.

<sup>16</sup> J. Cabré, *Arquitectura Hispánica. El sepulcro de Toya*, «Archivo Español de Arte y Arqueología», núm. 1, Madrid, 1925.

<sup>17</sup> A. Arribas, *La necrópolis bastitana del Mirador de Rolando*, «Pyrenae», 3, Barcelona, 1967.

<sup>18</sup> J. Sánchez Jiménez, *Memoria de los trabajos realizados por la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas en 1941*, «Informes y Memorias», núm. 15, Madrid, 1941.

<sup>19</sup> Ibidem., en 1945 y 46.

<sup>20</sup> Idem, *Excavaciones arqueológicas en el Llano de la Consolación. Campaña de 1956*, «Informes y Memorias», núm. 15.

<sup>21</sup> M. Almagro Gorbea, *Pozo Negro, una nueva joya del arte ibérico*, «Bellas Artes», núm. 28, Madrid, 1973; *Los relieves histológicos orientalizantes de Pozo Moro*, «Trabajos de Prehistoria», vol. 35, Madrid, 1978; *Pozo Moro y el origen del arte ibérico*, «Crónica del XXIII C.A.N.», Zaragoza, 1975.

<sup>22</sup> J. San Valerio y D. Fletcher, *Primera campaña de excavaciones en el Cabezo del Tío Pío*, «Informes y Memorias», núm. 13, Madrid, 1947.

<sup>23</sup> G. Nieto, *Noticia de las excavaciones realizadas en la necrópolis hispánica del Cabezo del Tesoro*, «Bol. del Seminario de Arte y Arqueología», Tomos VI, IX y X, Valladolid, 1939-40, 1942-43 y 1943-44.

<sup>24</sup> E. Cuadrado, *Excavaciones en el santuario ibérico del Cigarralejo*, «Informes y Memorias», núm. 21, Madrid, 1950; *Las tumbas ibéricas de empedrado tumular*, «Crónica del II C.A.N.», Madrid, 1951; *Una interesante tumba ibérica de la necrópolis del Cigarralejo*, «Archivo de Prehistoria Levantina», Valencia, 1952; *Excavaciones en el Cigarralejo*, «Noticiario Arqueológico Hispano», II, Madrid, 1953; *Tipología de la cerámica ibérica fina del Cigarralejo*, «Trabajos de Prehistoria»; *Tumbas principescas del Cigarralejo*, «Madrider Mitteilug», 9, Heidelberg, 1968.

<sup>25</sup> J. Lafuente Vidal, *Excavaciones en la Albufereta de Alicante*, «Junta del Tesoro Artístico», núm. 126, Madrid, 1934; F. Figueras Pacheco, *La necrópolis ibero-púnica de la Albufereta*, «Estudios Ibéricos», 4, Valencia, 1956.

<sup>26 29</sup> M. Almagro Basch, *Las necrópolis de Ampurias*, I, Barcelona, 1953.

<sup>30</sup> J. Barberá, *La necrópolis ibérica de Cabrera de Mar*, «Ampurias», XXX, Barcelona, 1958, y 31-32, 1969-70.

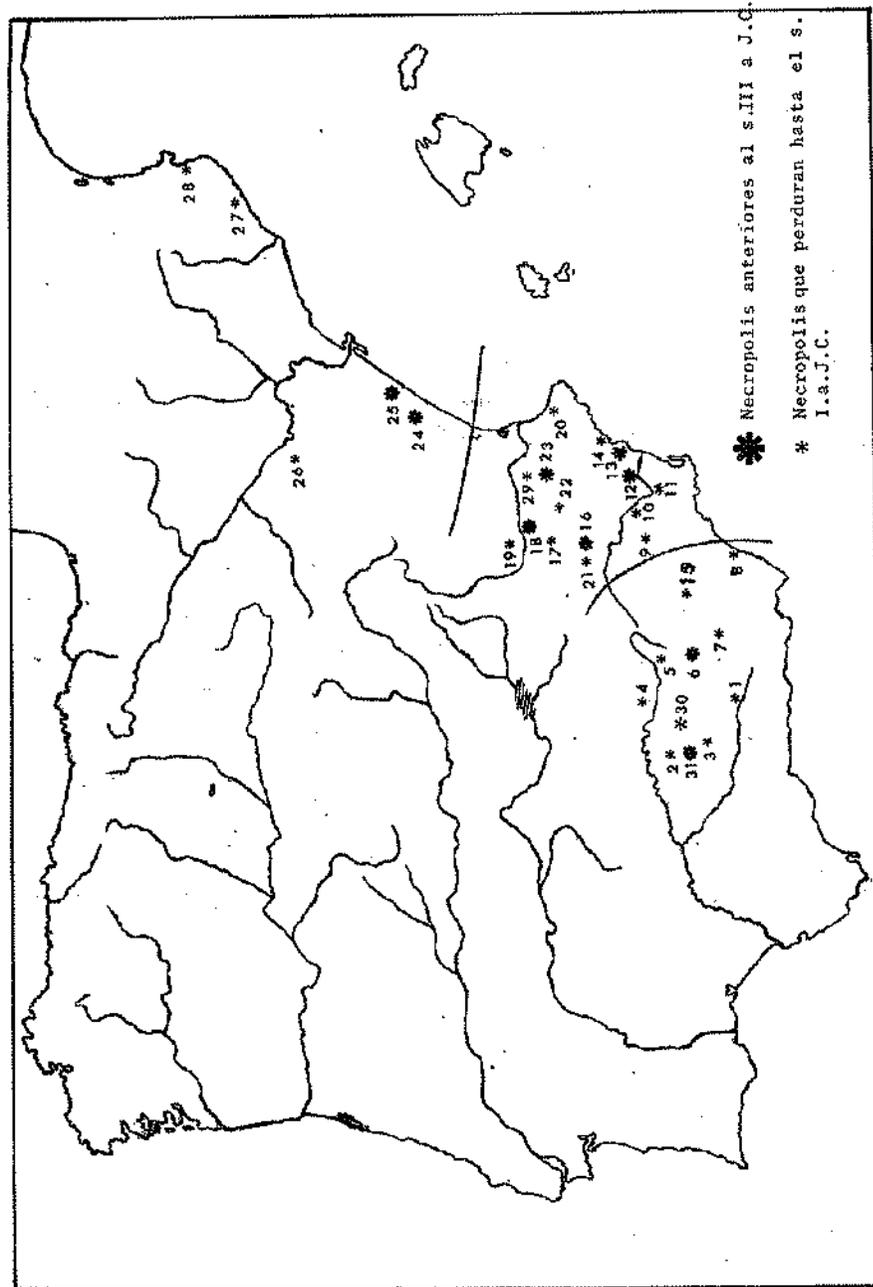
<sup>31</sup> E. Pla Ballester, *Notas sobre el poblado y la necrópolis de El Castellár de Oliva*, «Crónica del C.A.N.», Zaragoza, 1973.

<sup>32</sup> M. Beltrán Lloris, *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila*, Zaragoza, 1977.

<sup>33</sup> E. Pla Ballester, *La necrópolis ibérica con sepulchros de empedrado tumular de Corral de Saus*, «Crónica del XIV C.A.N.», Zaragoza, 1977.

#### NECRÓPOLIS IBERICAS QUE FIGURAN EN EL MAPA

1. Mirador de Rolando (Granada).
2. Porcuna (Jaén).
3. Almedinilla (Córdoba).
4. Cástulo.  
Los Patos.  
Molino de Calдона.
5. Toya (Jaén).
6. Castellones de Ceal (Jaén).
7. Cerro del Santuario (Baza, Granada).
8. Villaricos (Almería).
9. Cigarralejo (Murcia).
10. Archena (Murcia).
11. Cabecico del Tesoro (Murcia).
12. Ladera de San Antón (Orihuela, Alicante).
13. El Molar (Alicante).
14. Albufereta (Alicante).
15. Galera (Granada).
16. Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia).
17. Pozo Moro (Pozo Cañada, Albacete).
18. Casa del Monte (Valdeganga, Albacete).
19. Mahora (Albacete).
20. Oliva (Valencia).
21. Hoya de Santa Ana (Albacete).
22. Llano de la Consolación (Albacete).
23. Puntal de Salinas (Villena, Alicante).
24. Cabanes (Castellón de la Plana).
25. Solivella (Aicalá de Chisvert).
26. Azaila (Teruel).
27. Cabrera de Mataró (Barcelona).
28. Ampurias (Gerona).  
Las Corts.  
Granada.  
Mateu.  
Bonjoan.  
Martí.
29. Corral de Saus (Mogente, Valencia).
30. La Guardia.
31. La Bobadilla.



**LA CERAMICA IBERICA**

## LA CERAMICA IBERICA

Por CARMEN ARANEGUI GASCO  
y ENRIQUE PLA BALLESTER

Cuando se realizaron los primeros enjuiciamientos de la cerámica ibérica, la obsesión por dar una cronología y unos orígenes a los recién identificados iberos marcó de manera inconfundible el carácter de las investigaciones, y la cerámica, en bloque, sirvió para argumentar a favor o en contra de las tesis que se intentaba defender. Esto hizo que Mélida<sup>1</sup>, se decantara hacia el origen celtibérico, Perrot y Chipiez<sup>2</sup>, propusieran el origen micénico y A. y P. Gastón de Gotor<sup>3</sup> defendieran para la misma el nombre de ibérica, matizándose a continuación todas estas opiniones con la observación de influencias púnicas y griegas centradas en un marco cronológico no anterior al 500 a.C.<sup>4</sup> y deducidas fundamentalmente de las decoraciones pintadas de los pocos ejemplares de Azaila, Elche o de colecciones particulares que entonces se conocían, sin que la forma de los vasos fuera tenida en cuenta, aunque P. Paris<sup>5</sup> hiciera algunas referencias a la misma.

Si de esta panorámica general pasamos a la etapa que inaugura Bosch con la publicación de *El problema de la Cerámica Ibérica*, aparecida en alemán en 1913 y en castellano 1915<sup>6</sup>, advertimos una base más sólida en cuanto a la comprensión del fenómeno, reflejada en la división en «círculos» con carácter geográfico y cronológico por todos conocidos, presentados a partir de muy pocas piezas y, por lo tanto, con carácter provisional, lo que le obliga a ir añadiendo ampliaciones y reestructuraciones en momentos sucesivos.

La visión de Bosch se acepta hasta 1940, en que Fletcher<sup>7</sup> enjuicia críticamente sus presupuestos, negando la evolución de los estilos decorativos y demostrando la prioridad de los temas geométricos sobre los florales, animales y humanos.

Después vendrán las disquisiciones cronológicas de García y Bellido<sup>8</sup>, A. del Castillo<sup>9</sup>, Martínez Santaolalla<sup>10</sup>, Almagro<sup>11</sup>, etc., siempre apoyadas en el esquema de la seriación de las decoraciones y las influencias que ellas denotan, con una metodología de estudio más relacionada con la Historia del Arte convencional que con la Arqueología propiamente dicha. Hacia los años 60 se observa un intento de reclasificación de los grupos estilísticos, siempre a tenor de las decoraciones pintadas consideradas aisladamente del tipo cerámico que las soporta, de las que la más seria es sin duda la de E. Cuadrado<sup>12</sup>.

En la actualidad, con respecto al tema que nos ocupa, dos hechos se revelan con interés. El primero de ellos es positivo y consiste en la constatación de que las primeras cerámicas peninsulares a torno pintadas son una derivación de la influencia colonial fenicia<sup>13</sup> aunque no está del todo claro el paso de lo tartésico a lo turdetano, que matizaría el peso específico de la influencia fenicia, que no es exclusiva ni totalmente determinante. El segundo es, a nuestro juicio, negativo; se trata de la inflación que ha sufrido el término de cerámica ibérica cuando se utiliza para designar cualquier pieza de cerámica pintada, conectada o no al ámbito de la cultura ibérica.

Con esto vemos que el tema de la cerámica ibérica requiere un tratamiento amplio y complejo cuya presentación en síntesis necesitaría contar con más estudios monográficos, con publicaciones más extensas y mejor ilustradas relacionadas con muchos yacimientos conocidos desde hace tiempo y con una base cronológica sólida para su sistematización. Problemas como el de la sucesión relativa de las decoraciones están hoy resueltos, pero un enfoque tipológico adecuado está pendiente de elaboración y difícilmente podrá ser llevado a cabo de manera global. Por eso, en esta ocasión, nos vemos obligados a delimitar nuestro campo de trabajo al área del País Valenciano, en donde, por otra parte, los estudios sobre el iberismo gozan de gran tradición, destacando las investigaciones de Almarche<sup>14</sup>; Ballester Tormo, con las excavaciones de Covalta y Bastida y la coordinación de la publicación de *Las cerámicas del Cerro de San Miguel de Liria*<sup>15</sup>; Fletcher, autor de estudios monográficos sobre las urnas de borde dentado<sup>16</sup>, los toneletes<sup>17</sup> y las urnas de orejetas<sup>18</sup>; Llobregat, que en su *Contestania Ibérica*<sup>19</sup> reúne las formas más representativas de la región que estudia, etc. Una segunda delimitación viene dada por el desigual conocimiento de los yacimientos ubicados en nuestro marco geográfico, de modo que, aunque pensamos que la documen-

tación da una imagen representativa para la cerámica ibérica, hay que señalar aquellas producciones que no pueden ser definidas como estrictamente ibéricas. Estas cerámicas —con decoración pintada policroma, grises, bastas o arcaizantes, de almacenaje como son las ánforas, toneletes, cantimploras, etc.— quedan como series secundarias, muy importantes, pero no susceptibles de ser mezcladas con la vajilla ibérica propiamente dicha hasta que ésta queda definida y bien catalogada.

Centrándose el tema de esta ponencia en la cerámica ibérica de época plena, excluimos el tratamiento de lo que podríamos llamar formas protoibéricas o de transición, identificables en algunas ocasiones, y tomamos como punto de partida el panorama que se desprende de La Bastida de les Alcuses (Mogente)<sup>20</sup>, completando y ampliando el cuadro de los tipos que allí aparecen. Este cuadro equivale a una etapa en que la cultura ibérica está totalmente formada y, lógicamente, puede tener las limitaciones que se derivan de su localismo, si bien puede afirmarse que las formas de La Bastida dan la imagen de lo que es la cerámica ibérica en el País Valenciano en ambientes del siglo IV a.C., extensibles a la segunda mitad del V y principios del III.

Para la lectura del cuadro tipológico se colocará la inicial B detrás de las formas que se dan en este yacimiento, lo que no quiere decir que sean exclusivas de él, inicial que servirá también para dar una orientación cronológica con respecto a la forma.

## 1. TIPOS CERAMICOS IBERICOS DE LA BASTIDA DE LES ALCUSES (MOGENTE)

### Forma 1. Vasijas de perfil bitroncocónico u ovoide:

- 1a (B). Tinajas de perfil oval:
  - 1a 1 (B). de boca plana;
  - 1a 2 (B). de borde moldurado.
- 1b (B). Vasos de perfil en S.
- 1c (B). Vasos de boca de trompeta.
- 1d (B). Vasijas con dos asas.

### Forma 2. Vasijas con pitorro vertedor (B).

**Forma 3. Vasijas con resalte en el cuerpo (B):**

- 3a (B). Con surco saliente sobre el hombro.
- 3b. Con hendidura profunda o «doble cuerpo».

**Forma 4. Ollas bajas y anchas (B).**

**Forma 5. Botellas:**

- 5a (B). Truncocónicas con borde vertical.
- 5b (B). Truncocónicas con borde exvasado.
- 5c (B). Bitruncocónicas o globulares.

**Forma 6. Vasos de perfil quebrado:**

- 6a (B). Con pie indicado.
- 6b (B). Con pie anular.

**Forma 7. Pequeñas vasijas:**

- 7a (B). Bitruncocónicas.
- 7b (B). Ovoides.
- 7c (B). Copas de pie alto.
- 7d (B). Platos de pie alto.
- 7e (B). Pequeñas botellas.

**Forma 8. Caliciformes:**

- 8a (B). Con pie indicado.
- 8b (B). Con pie anular.

**Forma 9. Oinochoes:**

- 9a (B). De cuerpo bitruncocónico con boca trilobulada.
- 9b (B). De cuerpo globular con boca trilobulada.
- 9c (B). De cuerpo cilíndrico alto:
  - 9c 1 (B). Con boca circular.
  - 9c 2 (B). Con boca trilobulada.

**Forma 10. Platos:**

- 10a (B). De borde recto.
- 10b (B). De borde reentrante:

- 10b 1 (B). Grandes.
- 10b 2 (B). Pequeños.

- 10c (B). De borde exvasado.
- 10d (B). De tendencia cónica.
- 10e (B). De pescado.

**Forma 11. Copas de pie bajo:**

- 11a (B). Hondas.
- 11b (B). Imitación del kylix ático.

**Forma 12. Cráteras (B).**

**Forma 13. Cántaros (B).**

**Forma 14. Soportes de vasija:**

- 14a (B). Altos y calados.
- 14b (B). Bicónicos.

**Forma 15. Tapaderas:**

- 15a (B). Con apéndices perforados.
- 15b (B). Diversas.

## 2. EL KALATHOS

La palabra kalathos significa cesto y proviene del ámbito del mundo clásico en donde se usa para designar canastos de mimbre y, por extensión, recipientes metálicos, tocados femeninos, etc., pero, como forma cerámica generalizada, puede decirse que es una creación ibérica, por ello mismo, muy característica. Está ausente en los repertorios más antiguos de esta cultura y es extraordinariamente abundante en los niveles y yacimientos de época tardorrepublicana. Se difunde más allá de los límites territoriales de la cultura ibérica, por lo que se ha valorado su función como recipiente y se han hecho conjeturas en cuanto al producto que podría contener.

Tipológicamente es evidente que el galbo más antiguo corresponde al kalathos de cuello estrangulado, del que, en el País Valenciano, tenemos ejemplares procedentes de Cabezo Lucero (Rojales),

La Alcudía de Elche, La Albufereta (Alicante), Campello (Alicante), El Puntal (Salinas) y Covalta (Albaida), también hay muestras de la existencia de este perfil inicial en La Bastida (Mogente), aunque no se conserva ningún modelo completo.

En esta primera fase, como en la siguiente, se aprecian variantes de detalle que afectan tanto a la forma del borde como a la del cuerpo, debidas, a nuestro juicio, a la organización de los alfares ibéricos, con una producción artesana, y, por lo tanto, no susceptibles de ser interpretadas como un reflejo de la evolución cronológica del tipo. De este modo, tanto los bordes simplemente vueltos hacia afuera como los moldurados se combinan con paredes de tendencia abombada o de perfil cilíndrico. Técnicamente es más sencilla la elaboración del kalathos de cuello estrangulado con las paredes abombadas que dan paso a la carena del borde, que con las paredes cilíndricas.

La fecha de aparición de esta forma puede situarse en el siglo IV a.C., probablemente en su segunda mitad. En el País Valenciano las piezas del período inicial se concentran en la Contestania, son de tamaño medio, sin asas y de uso funerario, aunque no exclusivamente. Estos datos pueden paralelizarse con los que se desprenden de los yacimientos murcianos y albaceteños, así como de algunos conjuntos de la Alta Andalucía.

En el siglo III a.C. el kalathos de cuello estrangulado es sustituido, mediante una transición de la que hay ejemplos, por el sombrero de copa típico, sin carena bajo el borde, que se presenta con cerámicas de tipo campaniense y que es objeto de una gran difusión. Jully ha estudiado esta forma en el sur de Francia <sup>21</sup> y Lamboglia, para Albintimilium, señala la aparición de la variante de cuerpo troncocónico y borde pendiente en el siglo II a.C., viniendo a continuación la de cuerpo cilíndrico y borde en ala plana; ambas perduran hasta época de César y Augusto <sup>22</sup>. El área de dispersión de estos nuevos kalathos es considerable <sup>23</sup> pero, para conseguir una tipología coherente y explícita de los mismos faltan, una vez más, estudios monográficos. Sin embargo son bastante significativas las apreciaciones hechas por Jannoray para Ensérune <sup>24</sup> y, todavía más; las relativas al valle del Ebro señaladas por Pellicer <sup>25</sup>, con dataciones entre el 300 y el 200 a.C. y pervivencia hasta la romanización; concretamente en Azaila <sup>26</sup>, el de cuerpo cilíndrico se sitúa entre el 250 y el 200 a.C. y es predominante en los siglos II y I a.C.

La revisión de éstas y otras alusiones permite plantear la hipó-

tesis de la existencia de modalidades locales de sombreros de copa —contestanos, edetanos, del Bajo Aragón...—, tanto por detalles formales como por las decoraciones que ostentan preferentemente.

Para esta segunda etapa contamos con kalathos de distinto tamaño; aparecen los de dimensiones grandes, provistos de asas para facilitar su transporte que se colocan horizontalmente y pueden ser trenzadas, aunque también se encuentran simples pivotes o asideros para cumplir esta misma función. Los bordes son indistintamente pendientes, con perfil en forma de cabeza de ánade o caballo, o en ala plana, y las paredes se definen por su tendencia cilíndrica o troncocónica.

De este modo, el cuadro resumen de la tipología del kalathos sería el siguiente:

#### Forma 16. Kalathos de cuello estrangulado:

- 16a. De cuerpo abombado y borde vuelto.
- 16b. De cuerpo abombado y borde moldurado.
- 16c. De cuerpo de tendencia cilíndrica y borde vuelto.
- 16d. De cuerpo de tendencia cilíndrica y borde moldurado.

#### Forma 17. Sombrero de copa típico:

- 17a. De cuerpo cilíndrico y borde pendiente.
- 17b. De cuerpo cilíndrico y borde en ala plana.
- 17c. De cuerpo troncocónico y borde pendiente.
- 17d. De cuerpo troncocónico y borde de ala plana.

### 3. FORMAS CERAMICAS QUE EVOLUCIONAN A PARTIR DE EJEMPLARES EXISTENTES EN LA BASTIDA

Lo primero que hay que indicar es que las formas de La Bastida no desaparecen en la cultura ibérica una vez finalizada la vida en este poblado. Viene siendo habitual distinguir dos épocas en el proceso de lo ibérico pero, a juzgar por la cerámica, no se da una ruptura decisiva entre ambas. Sin embargo la evolución propia de esta cultura da lugar a nuevas variantes que serán sintomáticas de esta etapa avanzada.

Así, a los tipos ya señalados, habría que añadir las siguientes variantes:

**Forma 8. Caliciformes:**

8c. Con cuello exvasado y alto.

**Forma 9. Oinochoes:**

9d. De perfil piriforme con el diámetro máximo en el tercio inferior.

9e. De perfil quebrado y cuerpo de tendencia cilíndrica.

9f. De cuerpo de tendencia romboidal.

**Forma 10. Platos:**

10f. Platos hondos.

10g. Boles o cuencos.

10h. De borde abierto y omphalos central.

**4. OTRAS FORMAS CERAMICAS**

Se agrupan en este apéndice formas que no tienen vinculación con el conjunto de La Bastida. Algunas pueden ser antiguas, como la vasija de asa de cesto, pero, en general corresponden a lo que se considera la etapa ibérica avanzada, aunque ello es difícil de precisar por la ausencia de determinaciones estratigráficas, de modo que, sólo cuando se suma el perfil y una decoración figurada rica, tenemos la seguridad de hallarnos ante ejemplares indudablemente tardíos.

**Forma 18. Vasijas bitroncocónicas con cuello del que parten dos asas.**

**Forma 19. Vasijas bitroncocónicas con cuello y dos asas.**

**Forma 20. Vasijas con asa de cesto.**

**Forma 21. Albarello o bote de farmacia.**

**Forma 22. Píxides:**

22a. De borde dentado.

22b. Paralelepípedicos.

**Forma 23. Grandes vasijas de cuerpo globular con borde exvasado y dos asas.**

**Forma 24. Grandes vasijas de diámetro superior a la altura.**

**Forma 25. Urnas tritroncocónicas con tapadera.**

**Forma 26. Ungüentarios:**

26a. Bajos y panzudos.

26b. Fusiformes.

Este repertorio de formas cerámicas puede constituir una especie de «lista tipo» para el País Valenciano, con todos los riesgos que eso implica, y de él pueden deducirse ciertas apreciaciones culturales y cronológicas.

Si tomamos las formas de La Bastida en su conjunto, lo primero que salta a la vista es que la cerámica ibérica tiene unas características propias, es diferenciable y no constituye una mera réplica de otros grupos cerámicos. A continuación, aparece otra de sus grandes notas distintivas: el reflejo de la asimilación de tradiciones cerámicas preexistentes; hay una cierta tradición indígena, es muy importante el conocimiento demostrado de la vajilla griega y, sólo en segundo término, de alguna forma de tradición fenicia. Este hecho se produce en todas las culturas mediterráneas helenísticas, pero quizá no haya sido suficientemente subrayado en los últimos tiempos.

Haciendo un repaso rápido esto puede demostrarse en los siguientes términos. Sin contar con las jarras pithoideas (formas 1 y 4) que son frecuentes en cualquier producción de cerámica a torno, hay que decir que la variante 1d puede vincularse a la cerámica de barniz rojo (ánfora 2 de Trayamar), por supuesto a través de una evolución que aún no tenemos bien establecida. Las vasijas con pitorro vertedor (forma 2) y las que tienen un resalte en el cuerpo (forma 3), son una interpretación ibérica ligada a una funcionalidad específica<sup>27</sup>. Las llamadas botellas (forma 5), caracterizadas por su gollete estrecho, constituyen también una adaptación ibérica.

Los vasos de perfil quebrado (forma 6) son una derivación de la forma 3d de barniz rojo de Cuadrado<sup>28</sup> y las pequeñas vasijas (forma 7) pueden tener antecedentes múltiples, incluso indígenas.

En el Mediterráneo existen dos grandes grupos de vasos que podríamos llamar caliciformes: el que da lugar a la vasija de barniz negro ático, procedente de una imitación de vasos metálicos asiáticos y propio del siglo IV a.C., como expuso Sheffton<sup>29</sup>, y otro más antiguo, fenicio, representado por los vasos «a chardon». Los ejemplá-

res de La Bastida se inspiran claramente en la tradición griega llegada quizá a través de los caliciformes grises que son muy numerosos y, sólo en un momento avanzado, vemos presentarse en el País Valenciano vasos con una mayor proporción de cuello que de panza que recuerdan la tradición púnica.

Los oinochoes (forma 9) y los platos (forma 10) son también fundamentales de inspiración griega y, no digamos, las copas de pie bajo (forma 11) de las cuales, las hondas 11a, parten probablemente de las derivaciones de las copas jónicas mientras que la variante 11b copia con detalle el kylix ático que Lamboglia definió con el número 42 A 1 de su catálogo preliminar. Las cráteras (forma 12) y los cántaros (forma 13) estarían en el mismo caso.

En cuanto a los soportes de vasijas, el alto y calado 14a merecería un estudio concreto porque, antes de su incorporación a la cultura ibérica, fue usado en ámbitos culturales muy diversos, teniendo como antecedente lejano los soportes de las grandes urnas geométricas y subgeométricas griegas. La paralelización más próxima para los soportes bicónicos 14b está en los *carretes* tartésicos.

En las tapaderas (forma 15) hemos mencionado la variante de apéndices perforados propia de las urnas de orejetas y, sin embargo, no incluimos las urnas de orejetas en nuestro cuadro. Esto se debe en parte a la no conservación de urnas de orejetas completas en La Bastida pero, sobre todo, a la idea de que esta forma se centra en el siglo V a.C., período previo al que aquí hemos tomado como punto de partida. Y es que, por lo que vemos en las necrópolis, los enterramientos con urnas de orejetas son más antiguos que los que toman el kalathos de cuello estrangulado como urna cineraria de modo que, aunque ambas formas lleguen a enlazar en yacimientos de larga duración, la urna de orejetas parece quedar mejor situada en la etapa preliminar de la cultura ibérica.

Después de la fase representada por La Bastida la cerámica ibérica sigue evolucionando, crea formas que le son privativas como el sombrero de copa (formas 16 y 17) o el albarello (forma 21) y el vaso de doble cuerpo (forma 3b); asimila algunas nuevas formas del barniz negro, como es el caso del unguentario fusiforme 26b, relacionado con la forma 108 de Morel, y, sobre todo, crea vasijas enormes que mostrarán la gran decoración figurada de estilo narrativo (Oliva-Liria)<sup>30</sup> o simbólico (Elche-Archena), de realización técnica perfecta. Asistimos a un proceso de mayor uniformidad tipológica reflejo de una mayor fluidez de relaciones dentro del área estudiada.

En este segundo período se hace asimismo patente el tráfico comercial con el ámbito cultural que podríamos llamar de tradición neopúnica y ello se manifiesta en la proliferación de terracotas, de ánforas de los tipos Mañá C, D y E, en la distribución de los vasos de borde dentado y en la circulación monetaria todo lo cual denota contactos con Ibiza, Carthago Nova y, seguramente, Baria.

Con respecto a las decoraciones, no es preciso insistir aquí en su carácter específicamente ibérico que las convierte en un elemento privativo del área más pura de cultura ibérica, pero quizá sea apropiado recordar algunas aportaciones<sup>31</sup> que permiten orientar su tratamiento por las coordenadas de su estilo y de las constantes de su estética. Esto no había sido hecho antes porque los temas ornamentales, como puede verse en los *corpora* que los ilustran, eran sistemáticamente repertoriados separados del vaso que los sustenta y la atención de estudio se fijaba en analizar los elementos que los conforman aisladamente, perdiéndose la idea de conjunto e imposibilitando toda referencia a las normas compositivas que les son propias.

Siempre puede añadirse alguna figura nueva aportada por las excavaciones recientes pero, como no se trata de completar los repertorios conocidos, vamos a pasar a definir los estilos que sucesivamente corresponden a la cerámica de que hemos tratado.

**1.º Estilo geométrico simple.** Concuere con la cerámica ibérica tipo Bastida y, aunque el esquema decorativo básico es el de las bandas, hay que decir que, en una etapa de iberismo pleno y considerando globalmente conjuntos, se manifiesta un enriquecimiento de ese sistema elemental de las bandas mediante la incorporación de una serie abundante de motivos geométricos (arcos, circunferencias, rombos, líneas onduladas...) que, aprovechando las franjas horizontales, se distribuyen por el campo decorativo que es la vasija dando lugar a un ritmo. La división en metopas o en bandas decoradas y no decoradas nos demuestra el conocimiento de los recursos ornamentales de la repetición y de la alternancia, siendo siempre una alternancia simple, con la sucesión de dos temas en sentido horizontal o vertical.

Esta manera de decorar produce un estilo poco marcado que es propio de los yacimientos ibéricos centrados en el siglo IV a.C. y que es común a todo el territorio que estudiamos, donde se mantiene durante mucho tiempo.

**2.º Estilo de representaciones vegetales.** Supone una evolución de las decoraciones cerámicas hacia formas conceptualmente icónicas,

derivadas de la naturaleza. Se presenta a partir del siglo III a.C., fecha establecida a partir de los contextos de aparición de las vasijas, reflejando algunos ejemplares de La Escuera lo que podría considerarse un momento inicial <sup>32</sup>.

La hoja de hiedra, las flores trilobuladas, los tallos serpenteantes, los zarcillos e incluso algunas especies más concretas como la granada o la adormidera, configuran este nuevo repertorio decorativo expresivo de un gusto por las representaciones orgánicas y que denota, a la vez, un cambio en la concepción de la organización del espacio que ocupa. Hay una mayor adaptación a la forma de la vasija (valoración del diámetro máximo, valoración de la cara anterior y posterior de la pieza), una evolución hacia la franja decorativa única y se incorpora un ritmo compositivo nuevo que supera la división del espacio en partes iguales o proporcionales y se caracteriza por la plasmación del movimiento mediante tallos, róleos, líneas en zig-zag, etc., que recorren toda la superficie. Al mismo tiempo los temas geométricos evolucionan en este mismo sentido, enriqueciéndose y haciéndose más dinámicos.

Esta nueva etapa estilística tiene un área de distribución que se extiende por todo el País Valenciano y es sintomática de una fase posterior a la del estilo geométrico simple que, sin embargo, no es desplazado y coexiste con el floral.

**3.º Estilo narrativo.** Conocido como estilo Oliva-Liria <sup>33</sup>, ha atraído la atención de los especialistas desde su descubrimiento habiendo una bibliografía amplia sobre su datación, la atribución de sus escenas, los elementos de la indumentaria en él reflejada, del armamento representado, etc. No vamos a insistir sobre estos aspectos aunque sí queremos señalar nuestro acuerdo en situar la fecha de destrucción del Cerro de San Miguel de Liria en época de las Guerras Sertorianas <sup>34</sup>, fecha en que esas grandes vasijas estaban en uso en las dependencias del poblado —por eso han podido ser reconstruidas—, siendo más difícil atribuir una cronología inicial a las mismas que, en cualquier caso, correspondería a un momento posterior al 200 a.C., por su asociación en los hallazgos a cerámicas campanienses.

Pensamos que la seriación consecutiva de las vasijas hecha en base a lo esquemático o detallado del dibujo carece de un valor cronológico evolutivo y se entiende mejor recurriendo a desiguales maneras de hacer de talleres coetáneos, teniendo siempre en cuenta que el estilo narrativo es desigual en su factura, a veces incluso es desigual en un mismo vaso, y reconociendo una uniformidad de

recursos común a todo este grupo cerámico, con procedimientos iguales para solucionar problemas iguales: el perfil facial, las figuras en movimiento, y, especialmente, haciendo prevalecer el tratamiento del asunto sobre la estética del dibujo. Es esto lo que justifica el carácter narrativo que le atribuimos <sup>35</sup>. Está protagonizado por la figura humana que verifica un combate, o una procesión, o una escena festiva, o de caza, y tiene un cierto sentido épico; cabe suponer que las inscripciones ibéricas que los acompañan completan ese matiz histórico-didáctico que se desprende de ellos. En la composición adoptan el sistema del friso corrido o de la división en dos grandes metopas cuando el tipo está provisto de asas. Se decora la parte más visible de las vasijas y se distribuye normalmente la escena según un ritmo libre que no está pensado para lograr una división a priori del espacio sino que está en función de lo que la representación requiere. Por eso, a veces, un caballero o una figura alcanzan tamaños desproporcionados con respecto a los demás, o aparecen silueteados para concentrar la visión. Elementos de relleno, sacados del repertorio floral o nuevos, como los dardos o el zapatero, completan este panorama.

El estilo narrativo alcanza una dispersión amplia por la Edetania, Contestania e Ilercavonia ibéricas si bien parece significativa su concentración en algunos poblados grandes (Serreta, Oliva, Liria) y no se halla con la frecuencia de distribución de los estilos anteriores.

**4.º Estilo simbólico.** Constituye el otro gran capítulo de la decoración figurada de los vasos ibéricos y, tradicionalmente, ha sido llamado Elche-Archena <sup>36</sup>. Se trata también de un estilo de baja época y, hasta el momento, no cuenta con un *corpus* que recoja todas sus manifestaciones.

Arranca con ejemplares espléndidos que nos dan a conocer una temática exclusiva relacionable con un mundo fantástico, irreal o alegórico, lo que justifica la denominación de simbólico.

La soltura del dibujo se pone de manifiesto en las mejores representaciones de La Alcudia de Elche o del Cabezo del Tío Pío de Archena, con las águilas de alas explayadas, los carnassiers arqueados, los gansos, liebres, gallos o serpientes, o con las figuras humanas femeninas representadas por primera vez de frente.

Es tal la importancia de estas figuras que las vemos ocupar la parte central del campo decorativo siguiendo un canon muy estable, con la valoración del eje de simetría y desarrollándose en torno a ellas, a uno y otro lado, un ritmo libre en el que aparecen elemen-

tos complementarios, de relleno, que muchas veces son curvos y están dispuestos en diagonal o a alturas diferentes.

Si vemos dificultades en aplicar esquemas de evolución cualitativa para el caso de Liria, no ocurre lo mismo con el estilo simbólico en el que es fácil advertir una estereotipación de ciertas figuras, especialmente de las águilas, que acaban haciéndose a trepa y sin ningún cuidado. Eso ha dado pie a plantearse la posibilidad de existencia de «maestros» especializados en unos pocos temas (águilas y liebres, figuras aladas) que tienen su mejor momento cuando se crea el estilo y decaen después.

El estilo simbólico va asociado a un área geográfica que, en el País Valenciano, corresponde a la Contestania y que se prolonga hacia Murcia y llega hasta Villaricos. A esta zona llegan piezas de estilo narrativo pero la dispersión del estilo simbólico no sobrepasa, en nuestro caso, el sector meridional siendo su área de dispersión la más restringida.

Queda un último punto por tratar que es el de las cerámicas pintadas que siguen haciéndose después de la romanización de la cultura ibérica<sup>37</sup>.

Evidentemente, la tradición de la cerámica a torno decorada no se pierde con la romanización pero, en el estado actual de nuestro conocimiento, quizá sería conveniente evitar la denominación de ibérica para la cerámica que se encuentra en estos contextos romanizados, y ello por dos motivos: el primero es que las formas de esta nueva fase dejan muy pronto de ser ibéricas para ser romanas, (olpes, morteros, jarras...) y el segundo es que los temas decorativos, si bien mantienen algún tema geométrico procedente de lo ibérico, evolucionan hacia un decorativismo incorporando elementos nuevos como hojas de parra, hojas lanceoladas, vides con zarcillos, esquematizaciones de aves, etc., que son comunes a cualquier entorno romano, sobre todo en medios de ambiente rural, y que durarán hasta la romanidad tardía.

La cerámica propiamente ibérica se diluye con la romanización real del país en fechas comprendidas entre la época de César y el cambio de Era.

<sup>1</sup> J. R. Mélida Alinari, *Las antigüedades de la exposición de Minería*, en «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», IX, Madrid, 1883, p. 294.

<sup>2</sup> G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, Hachette, París, 1894.

<sup>3</sup> A. y P. Gastón de Gotor, *Zaragoza artística, monumental e histórica*, Zaragoza, 1890.

<sup>4</sup> L. Siret, *A propos des poteries pseudo-mycéniennes*, en «L'Anthropologie», XVIII, París, 1907, p. 277.

<sup>5</sup> P. Paris, *Essai sur l'Art et l'Industrie de l'Espagne primitive*, E. Leroux, París, 1903 y 1904.

<sup>6</sup> *Memoria núm. 7 de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*, Madrid, 1915.

<sup>7</sup> D. Fletcher Valls, *El poblado ibérico de Rochina*, en «Atlantis. Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria», XV, 1936-1940, Madrid, 1940, pp. 125-140.

<sup>8</sup> A. García y Bellido, *Algunos problemas de arte y cronología ibéricos*, en «Archivo Español de Arqueología», XVI, Madrid, 1943, pp. 78-108.

<sup>9</sup> A. del Castillo Yurrita, *La cerámica ibérica de Ampurias: Cerámica del Sudeste*, en «Archivo Español de Arqueología», xv, Madrid, 1942, pp. 1-18.

<sup>10</sup> idem, *Crítica necesaria. Tres trabajos y tres opiniones diversas sobre la cronología de la cerámica ibérica*, en «Ampurias», III, Barcelona, 1941, pp. 151-154.

<sup>11</sup> J. Martínez Santa-Olalla, *Esquema paleontológico de la Península Ibérica*, en «Corona de Estudios que la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria dedica a sus mártires», Madrid, 1941, pp. 141-166.

<sup>12</sup> M. Almagro Basch, *El estado actual de la clasificación de la cerámica ibérica*, en «Crónica del VI Congreso Arqueológico del Sudeste (Alcoy, 1950)», Cartagena, 1951, pp. 128-143.

<sup>13</sup> E. Cuadrado Díaz, *El mundo ibérico. Problemas de la cronología y de las influencias externas*, en «Primer Simposium de Prehistoria de la Península Ibérica (septiembre 1959) (Ponencias)», Pamplona, 1960, pp. 221-256.

<sup>14</sup> M. Pellicer Catalán, *El yacimiento de los Toscanos y su contribución al estudio de las cerámicas pintadas hispanas protohistóricas*, en «Archivo Español de Arqueología», 42, Madrid, 1969, pp. 3-11.

<sup>15</sup> F. Almarche Vázquez, *La Antigua civilización ibérica en el Reino de Valencia*, Valencia, 1918.

<sup>16</sup> I. Ballester Tormo, D. Fletcher Valls, E. Pla Ballester, J. Jordá Cerdá y J. Alcacer Grau, *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de San Miguel de Liria. Museo de la Excm. Diputación de Valencia*. Prólogo de L. Pericot García. Instituto de Arqueología «Diego de Velázquez» y Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia. Madrid, 1954.

<sup>17</sup> D. Fletcher Valls, *Sobre el origen y cronología de los vasos ibéricos de borde dentado*, en «Saitabi», IX, 1952-1953, Valencia, 1953, pp. 1-10.

<sup>18</sup> D. Fletcher Valls, *Toneles cerámicos ibéricos*, en «Archivo de Prehistoria Levantina», VI, Valencia, 1957, pp. 113-147.

<sup>19</sup> D. Fletcher Valls, *Las urnas de orejetas perforadas*, «Crónica del VIII Congreso Nacional de Arqueología (Sevilla-Málaga, 1963)», Zaragoza, 1964, pp. 305-319.

<sup>20</sup> E. A. Llobregat Conesa, *Contestania Ibérica*. Publicaciones del Instituto de Estudios Alicantino, Serie II, núm. 2. Alicante, 1972.

<sup>21</sup> D. Fletcher Valls E. Pla Ballester y J. Alcacer Grau, *La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia)*, I. Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia, núm. 24. Valencia, 1965.

idem, *La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia)*, II. Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia, núm. 25. Valencia, 1969.

<sup>22</sup> J. J. Jully, *Éléments d'étude comparative de la poterie peinte de type ibérique dans le Sud de la Celtique et de la Poterie ibérique de la Peninsule Ibérique*, en «Crónica del VII Congreso Nacional de Arqueología (Barcelona, 1960)», 1962, pp. 287-303.

<sup>23</sup> N. Lamboglia, *La cerámica ibérica negli strati di Albintimilium e nel territorio ligure e tirrenico*, en «Rivista di Studi Liguri», XX, núm. 2, Bordighera, 1954, pp. 83-125.

<sup>23</sup> E. Cuadrado Díaz, *La cerámica ibérica de Isquia*, en «Zephyrus», III, Salamanca, 1952, pp. 197-212; A. García Bellido, *Nuevos datos sobre la cronología final de la cerámica ibérica y sobre su expansión extrapeninsular*, en «Archivo Español de Arqueología», XXV, Madrid, 1952, pp. 39-45; M.<sup>a</sup> A. Mezquiriz de Catalán, *Cerámica ibérica en Tyndaris (Sicilia)*, en «Archivo Español de Arqueología», XXVI, Madrid, 1953, pp. 156-161; M.-M. Vicent, *Vase ibérique du Cimetière Est de Portus Magnus. St-Leu (Dep. d'Oran)*, en «Lybica», I, Argel, 1953, pp. 13-20; A. García y Bellido, *Expansión de la cerámica ibérica por la cuenca occidental del Mediterráneo*, en «Archivo Español de Arqueología», XXVII, Madrid, 1954, pp. 246-254; G. Grosso, *La cerámica ibérica di Vada Sabatia*, en «Rivista di Studi Liguri», XXI, Bordighera, 1955, pp. 271-278; M.<sup>a</sup> A. Mezquiriz de Catalán, *La cerámica ibérica de Lipari*, en «Archivo Español de Arqueología», XXVIII, Madrid, 1955, pp. 112-113; A. García y Bellido, *Estado actual del problema referente a la expansión de la cerámica ibérica por la cuenca del Mediterráneo*, en «Archivo Español de Arqueología», XXX, Madrid, 1957, pp. 90-106; M.<sup>a</sup> A. Mezquiriz de Catalán, *Un kálaihos ibérico, hallazgo submarino en Fuenterrabía (Guipúzcoa)*, en «Crónica del XI Congreso Nacional de Arqueología (Mérida, 1969)», Zaragoza, 1970, pp. 515-517; F. Benoit, *Relations commerciales entre le monde ibéro-punique et le Midi de la Gaule, de l'époque archaïque à l'époque romaine*, en «Revue des Études Anciennes», LXIII, Paris, 1961, pp. 321-330.

<sup>24</sup> J. Jannoray, *Las excavaciones de Enserune y el problema de la cerámica ibérica. Estudio de Estratigrafía y de cronología*, en «Archivo Español de Arqueología», XXII, Madrid, 1949, pp. 3-20; ídem, *La poterie ibérique et l'expansion des ibères en Gaule Meridionale*, en «Mélanges Charles Picard», I, Paris, 1949, p. 468.

<sup>25</sup> M. Pellicer Catalán, *La cerámica ibérica del Valle del Ebro (Síntesis de una tesis doctoral)*, en «Caesaraugusta», 19-20, Zaragoza, 1962, pp. 37-78.

<sup>26</sup> M. Pellicer Catalán, *La cerámica ibérica del Cabezo de Alcalá de Azaila*, en «Caesaraugusta», 33-34, Zaragoza, 1969-1970, pp. 63-68.

<sup>27</sup> P. Giró Romeu, *Estudio sobre la probable aplicación de un vaso inédito ibero-romano*, Villafranca del Panadés, 1958.

<sup>28</sup> E. Cuadrado Díaz, *Materiales ibéricos: cerámica roja de procedencia incierta*, en «Zephyrus», IV, Salamanca, 1953, pp. 265-310.

<sup>29</sup> B. B. Shefton, *Persian gold and attic black-glaze achaemenid influences on attic pottery of the 5th and 4th centuries B.C.* IXème Congrès International d'Archéologie Classique (Damas, 1969). «Annales Archéologiques Arabes Syriennes», XXI, Damas, 1971, pp. 109-111.

<sup>30</sup> D. Fletcher, *Una nueva forma en la cerámica ibérica de San Miguel de Liria (Valencia)*, en «Zephyrus», IV, Salamanca, 1953, pp. 187-191.

<sup>31</sup> C. Aranegui Gascó, *Las artes decorativas en la cerámica ibérica valenciana*, en «Saitabi», XXIV, pp. 31-53, y en «Actas del XXIII Congreso Internacional de Historia del Arte (Granada, 1973)», I, Granada, 1975, pp. 45-64.

<sup>32</sup> S. Nordström, *Excavaciones en el poblado ibérico de La Escuela (San Fulgencio, Alicante)*. Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia, núm. 34. Valencia, 1967.

<sup>33</sup> Denominación que encontramos publicada por primera vez en I. Ballester Tormo, *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1934*, Valencia, 1935, p. 46.

<sup>34</sup> D. Fletcher Valls, *Sobre los límites cronológicos de la cerámica pintada de San Miguel de Liria*, en «Actas de la IV Sesión de los Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (Madrid, 1954)», Zaragoza, 1956, pp. 743-746.

<sup>35</sup> Las denominaciones de «estilo narrativo» Y «estilo simbólico» las emplea M. Tarradell Mateu, *Arte Ibérico*, Biblioteca de Arte Hispánico, Ed. Polígrafa, Barcelona, 1968.

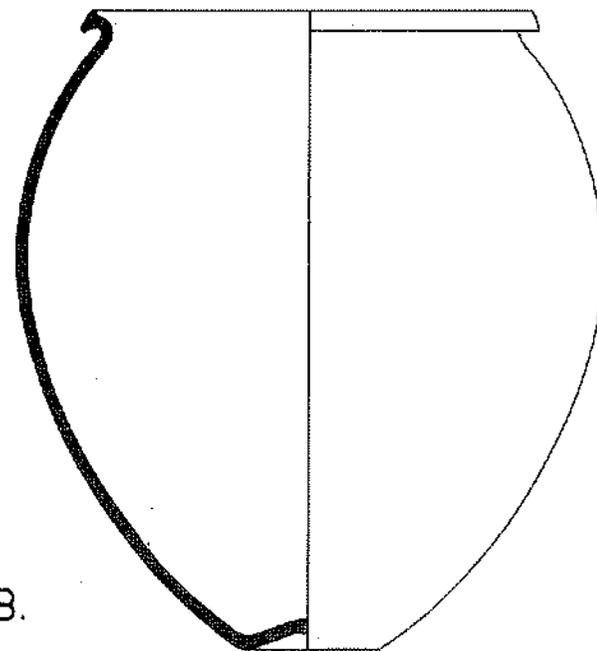
<sup>36</sup> Nombre que encontramos citado por primera vez en H. Obermaier y W. Heiss, *Iberische Prunk-Keramik vom Elche-Archena-Typus*, IPEK, 1929, pp. 56-73, Leipzig, 1929.

<sup>37</sup> Hecho señalado por E. Llobregat Conesa, *Datos para el estudio de las cerámicas ibéricas en la época imperial romana*, en «Crónica del X Congreso Nacional de Arqueología (Mahón 1967)», Zaragoza, 1969, pp. 366-378.

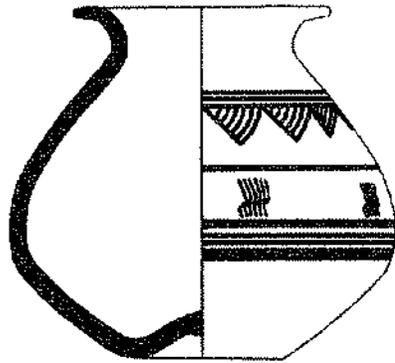
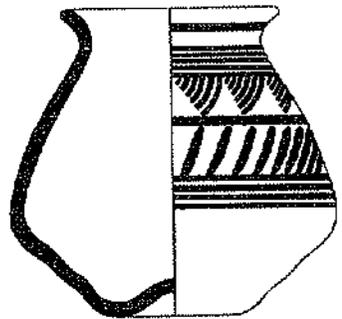
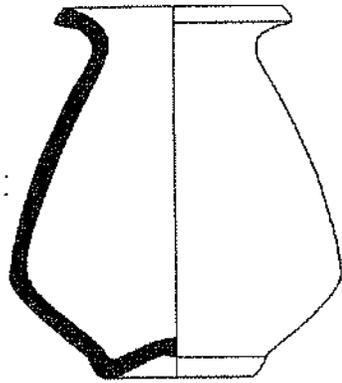
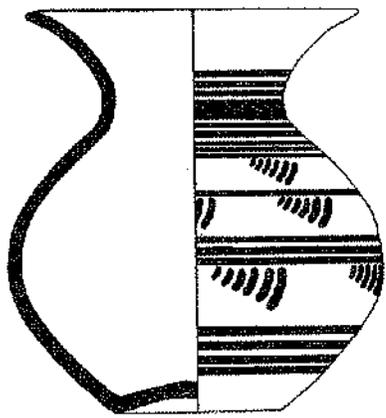
1a B.



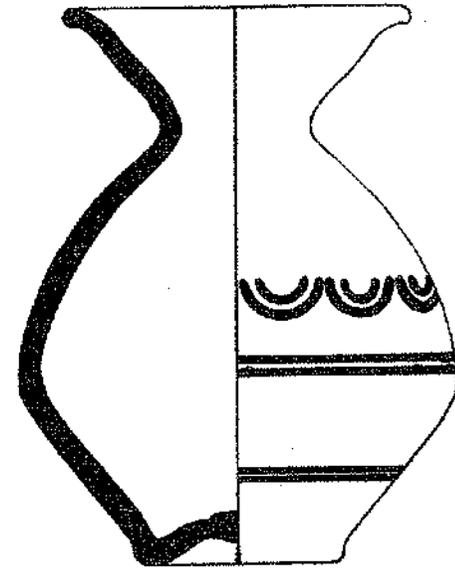
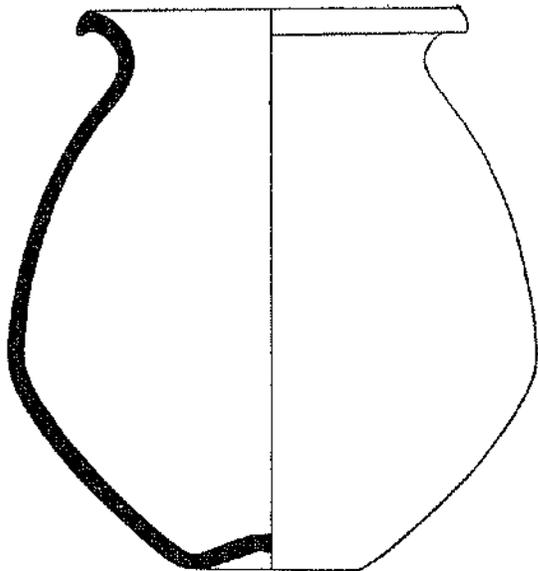
1a 1B.



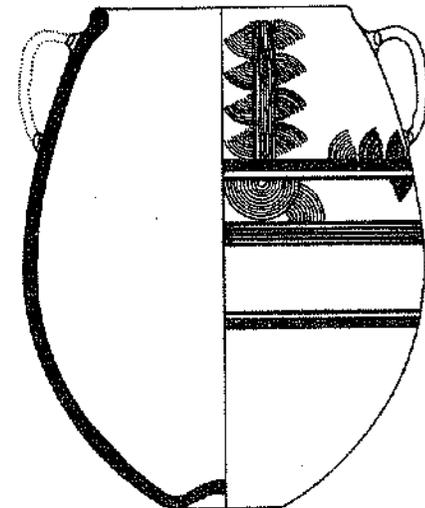
1a 2 B.



1b B.

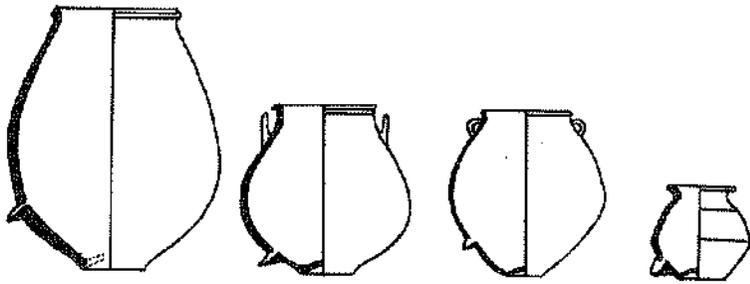


1c B.

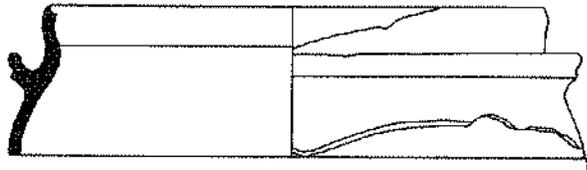


1d B.

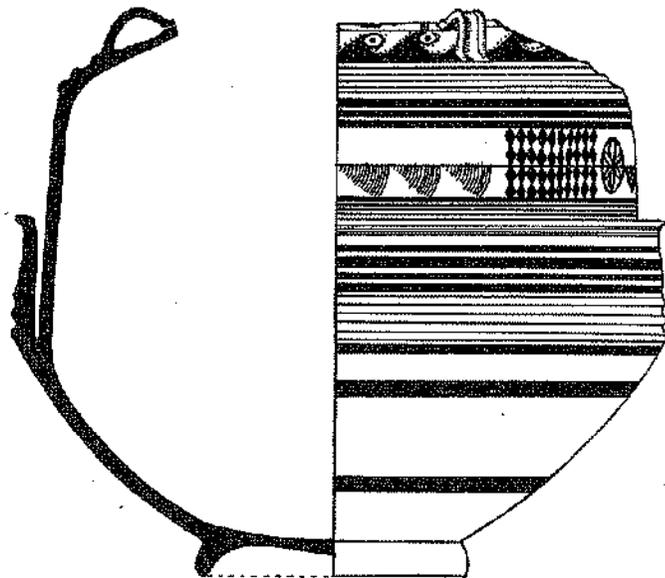
2 B.



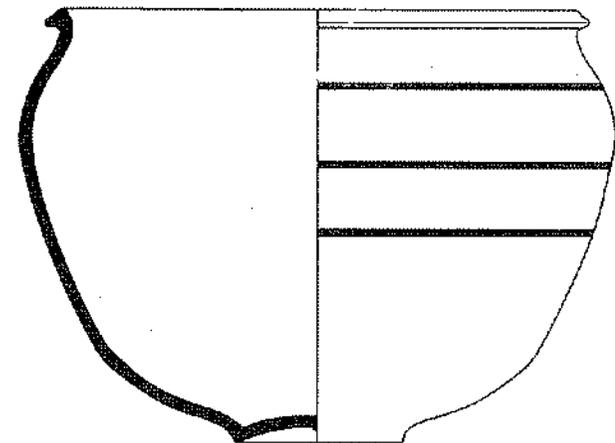
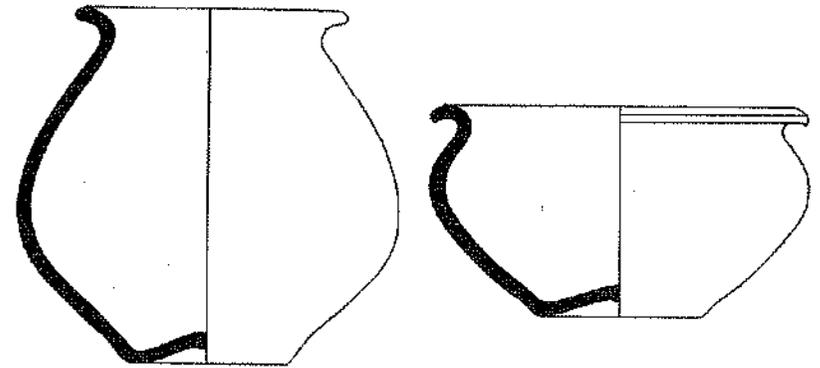
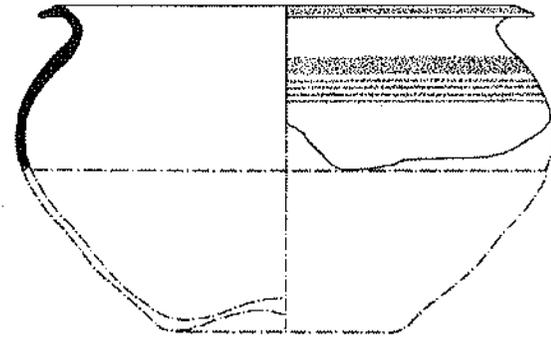
3a B.



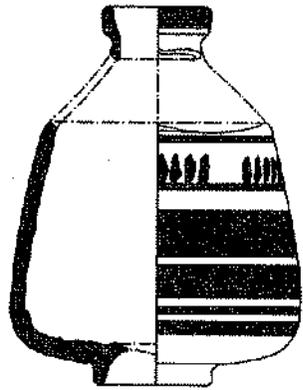
3b



4 B.



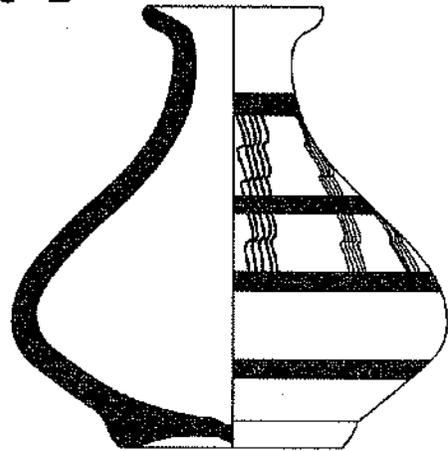
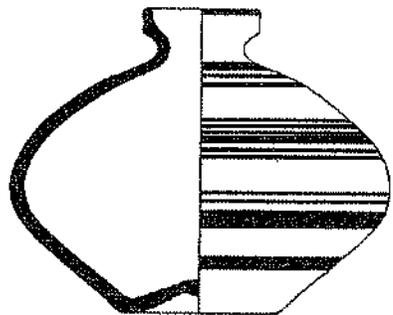
5a B.



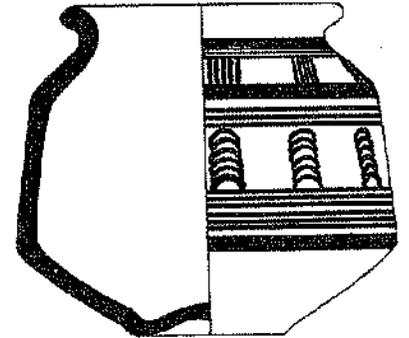
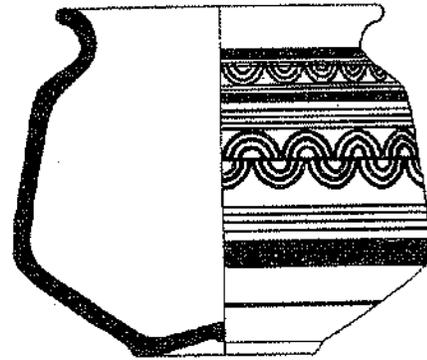
5b B.



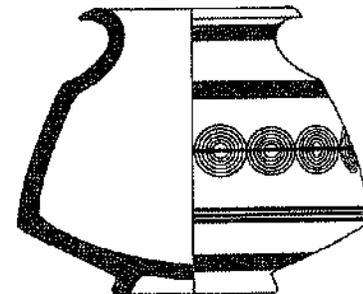
5c B.



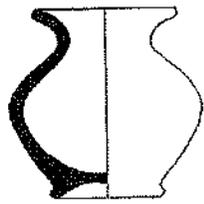
6a B.



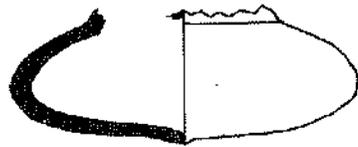
6b B.



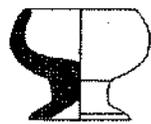
7a B.



7b B.



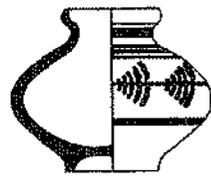
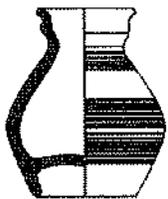
7c B.



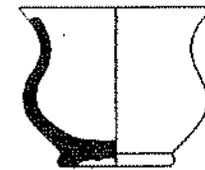
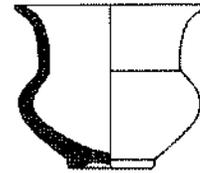
7d B.



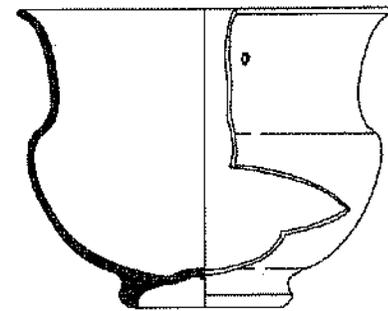
7e B.



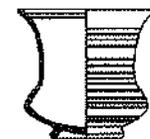
8a B.



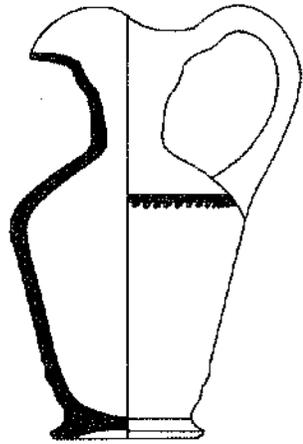
8b B.



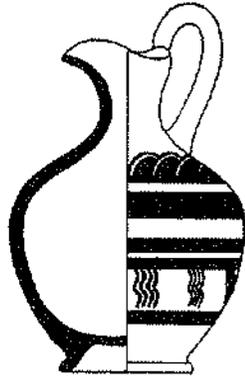
8c



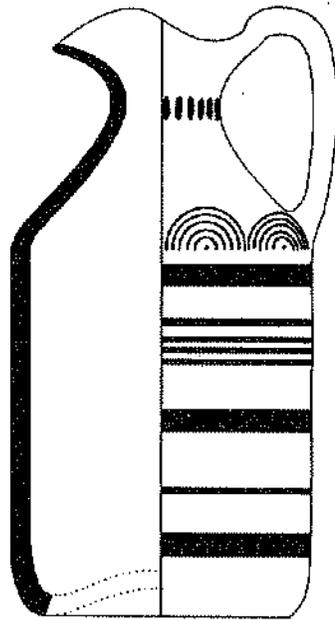
9a B.



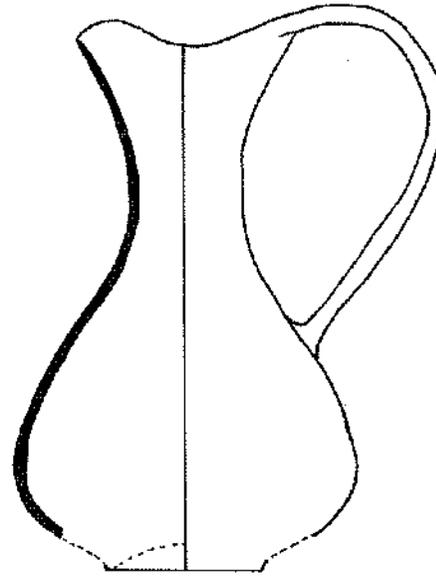
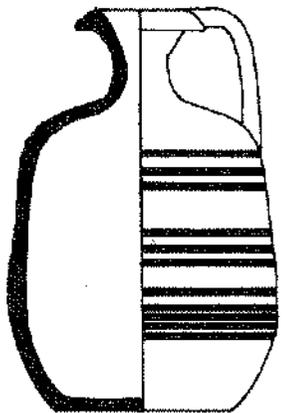
9b B.



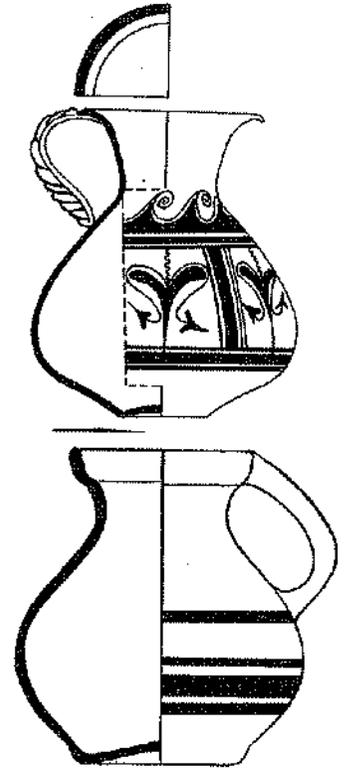
9c2 B.



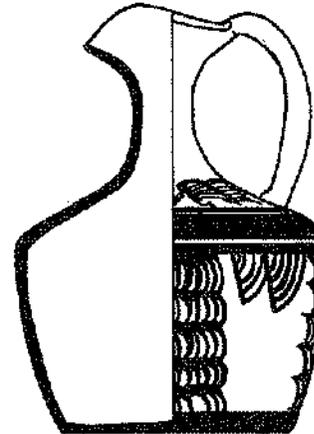
9c1 B.



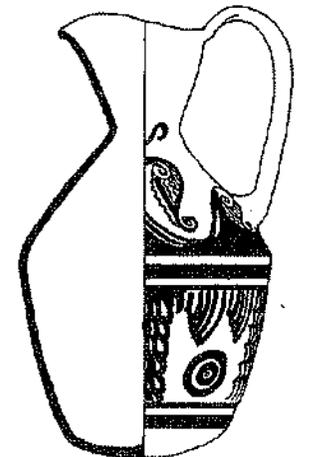
9d



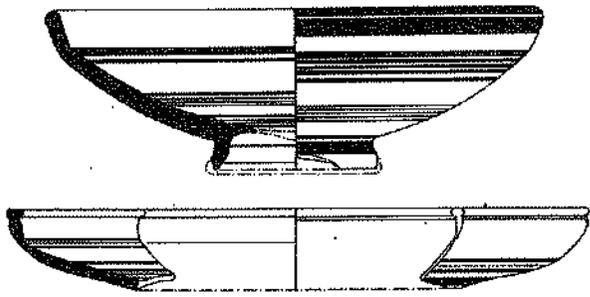
9e



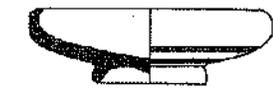
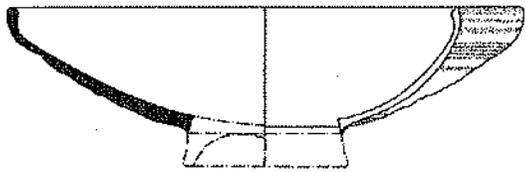
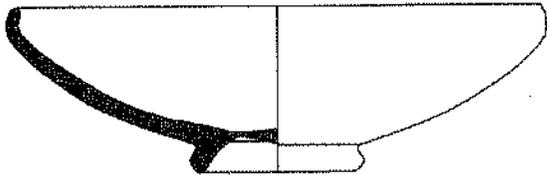
9f



10a B.



10b1 B.



10b2 B.

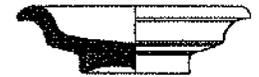
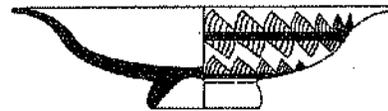
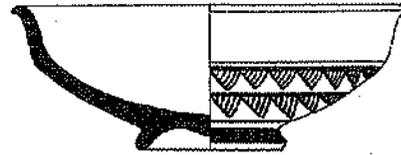
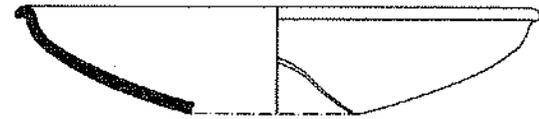


10e B.



10d B.

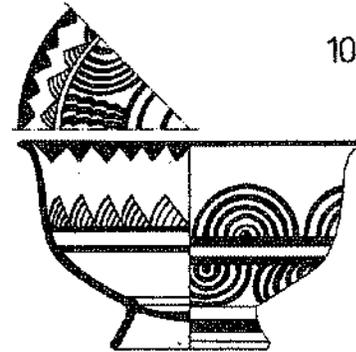
10c B.



10f

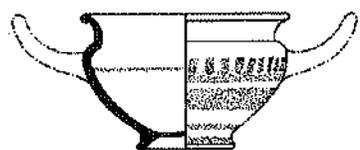


10g

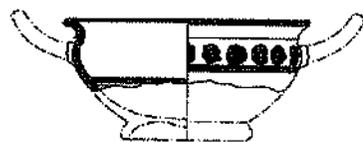


10h





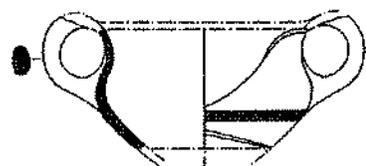
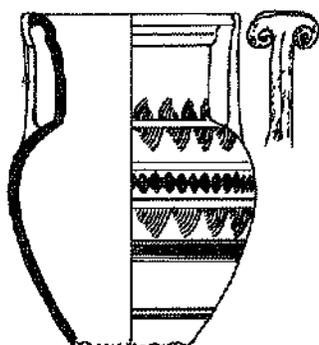
11a B.



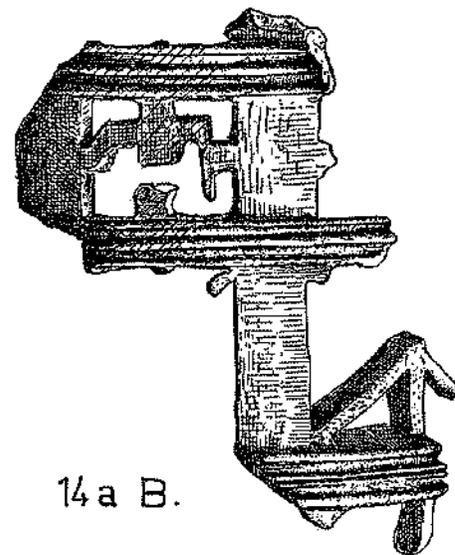
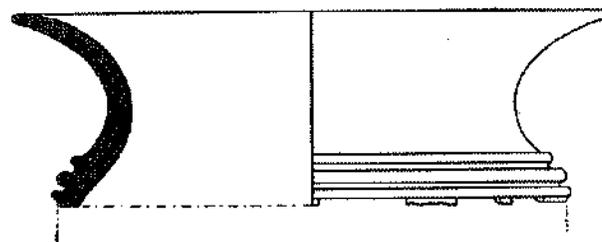
11b B.



12 B.

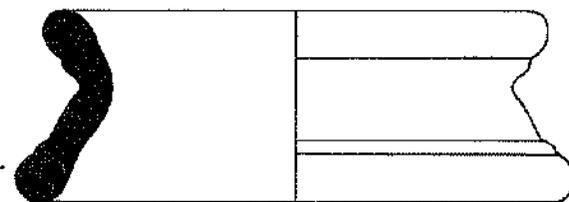


13 B.

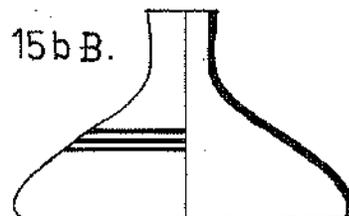


14a B.

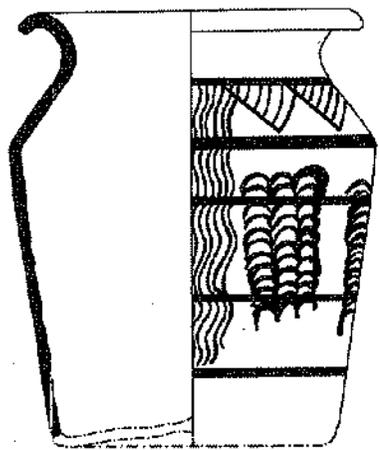
14b B.



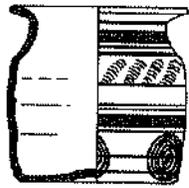
15b B.



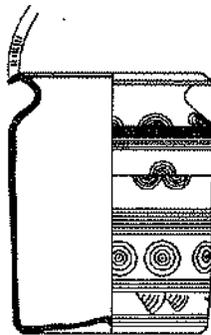
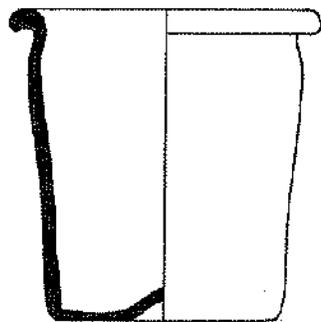
15a B.



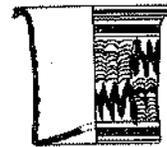
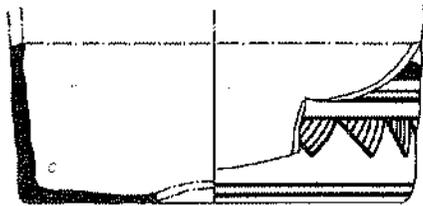
16 a



16 c



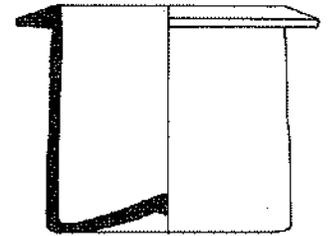
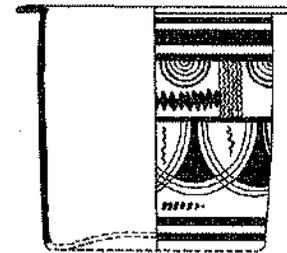
B.



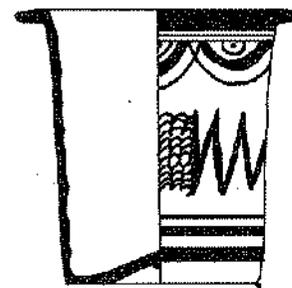
17 a



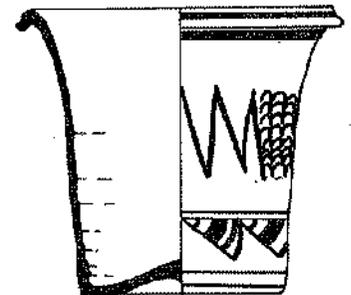
17 b



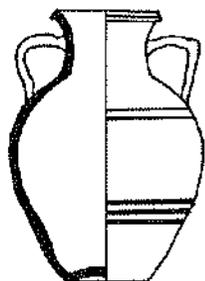
17 d



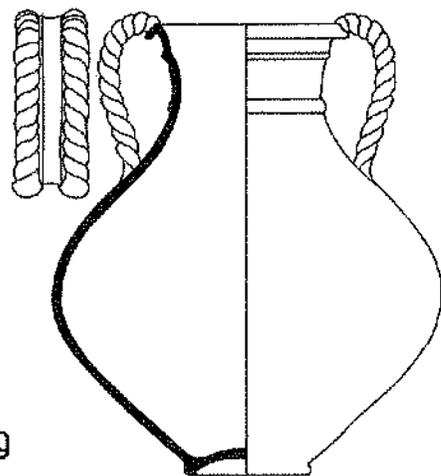
17 c



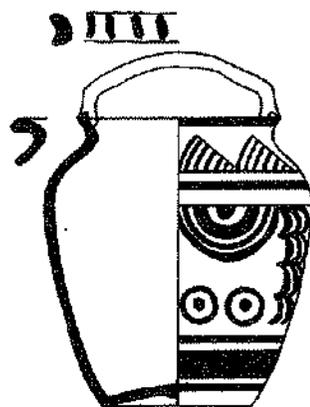
18



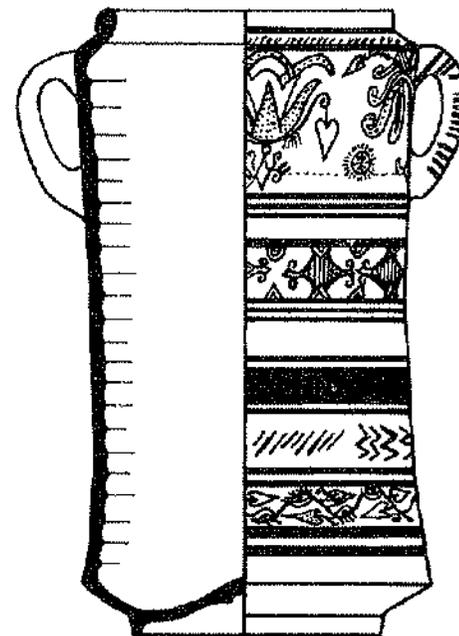
19



20



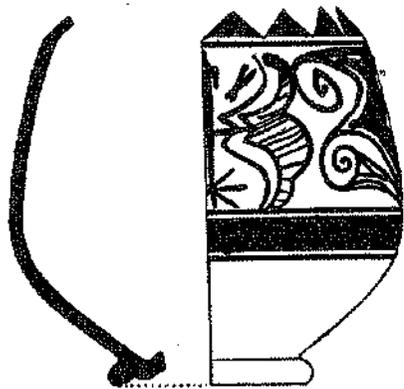
21



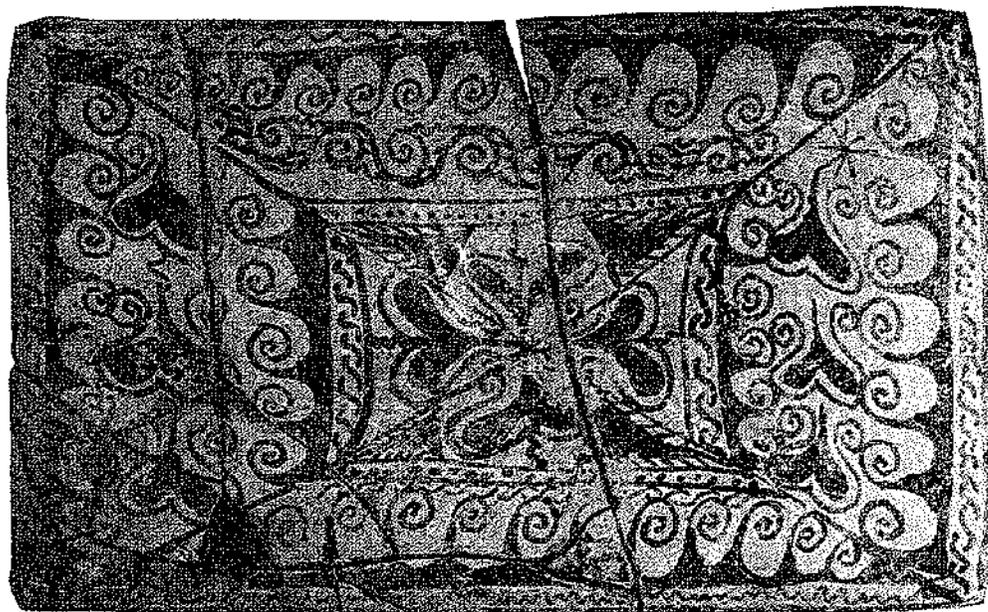
24



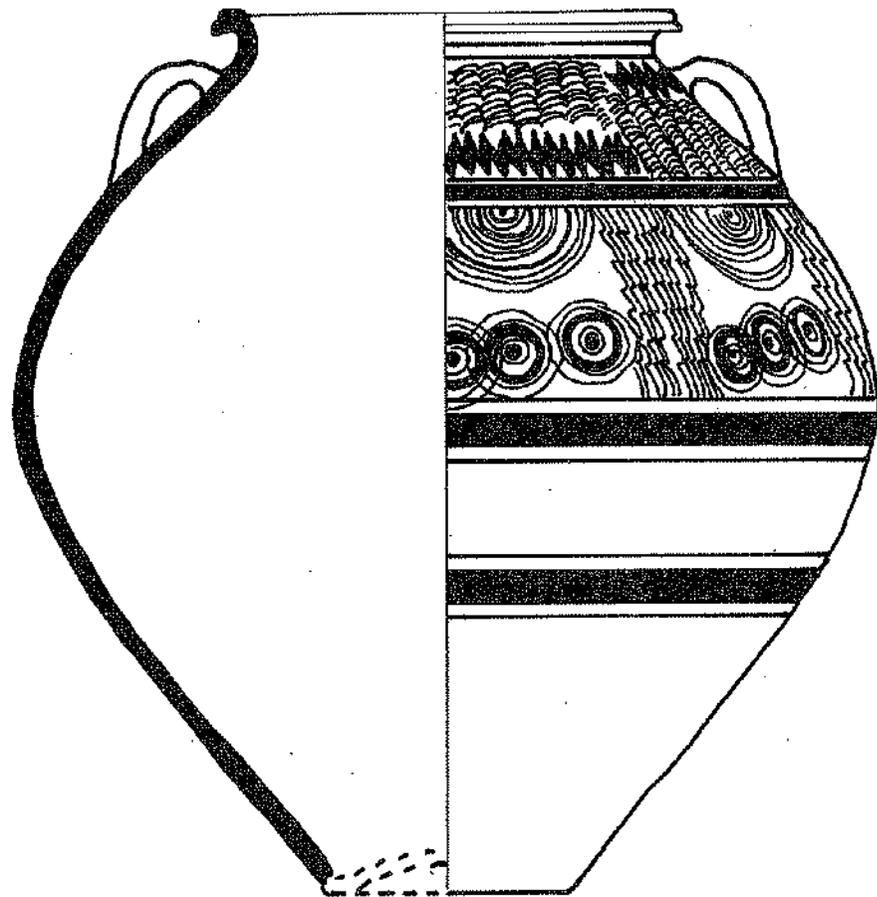
22 a



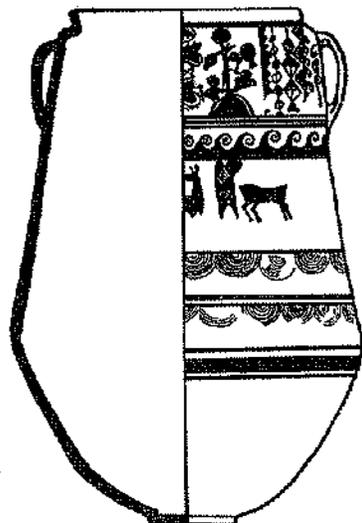
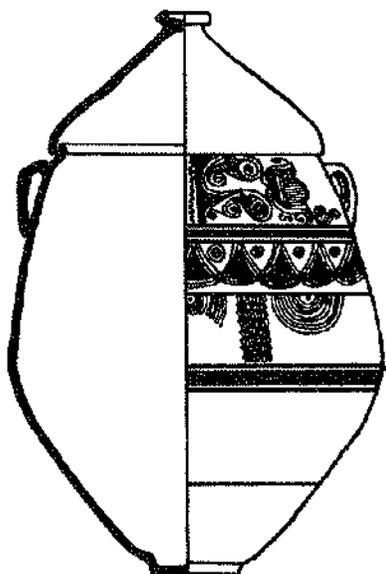
22 b



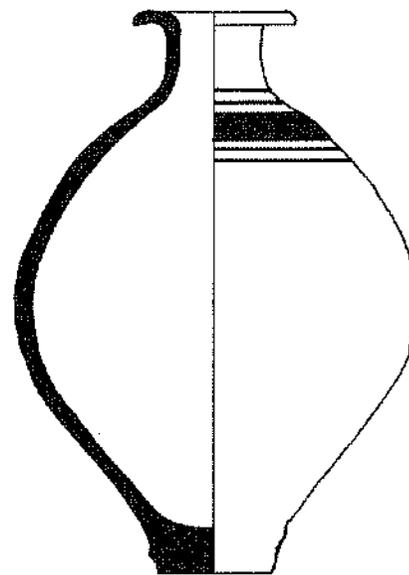
23



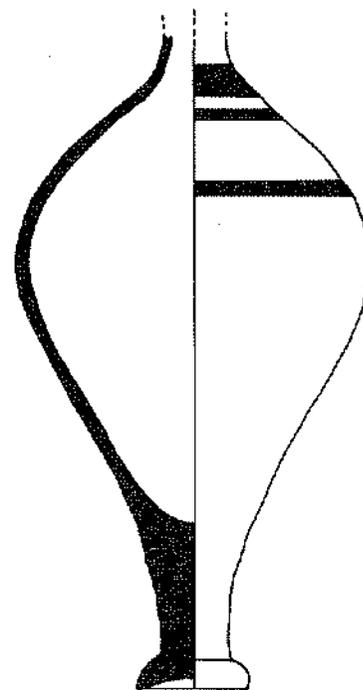
25



26a



26b





Detalle de la decoración en estilo narrativo (Liria-Oliva) existente en un vaso de forma 24.  
Cerro de San Miguel de Liria. (Museo de Prehistoria del S.I.P. de Valencia.)



Vaso de borde dentado (forma 22a) con tapadera que encaja en el borde. Decoración de estilo de representaciones vegetales. La tapadera lleva una larga inscripción ibérica. Cerro de San Miguel de Liria. (Museo de Prehistoria del S.I.P. de Valencia.)



Sombrero de copa típico (forma 17b) con decoración de estilo de representaciones vegetales.  
Cerro de San Miguel de Liria (Museo de Prehistoria del S.I.P. de Valencia.)



Pequeña urna con asas y tapadera (forma derivada de la 6) con decoración de estilo geométrico. Cerro de San Miguel de Liria. (Museo de Prehistoria del S.I.P. de Valencia.)

## LA INFLUENCIAS PUNICAS

Anotaciones acerca de la dinámica histórica del poblamiento fenicio-púnico en Occidente a la luz de las excavaciones arqueológicas en el Cerro del Mar

## LAS INFLUENCIAS PUNICAS

Anotaciones acerca de la dinámica histórica del poblamiento fenicio-púnico en Occidente a la luz de las excavaciones arqueológicas en el Cerro del Mar.

Por OSWALDO ARTEAGA

### I

#### INTRODUCCION

Para poder hablar con claridad de las cuestiones púnicas<sup>1</sup> que se confrontan en la Península con el desarrollo propio de las «culturas ibéricas tardías»<sup>2</sup>, es decir, con aquellas existentes desde mediados del siglo IV a.C. hasta la romanización<sup>3</sup>, es necesario delimitar previamente lo que concierne al sustrato semita derivado de las colonias fenicias fundadas en la costa meridional, por una parte, y lo que se refiere a la actuación cartaginesa del tiempo de los Barcas, por otra.

Es decir, que hace falta esclarecer, antes de la época del desembarco de Amílcar en la isla gaditana (237 a.C.), la forma en que habían pervivido los elementos semitas en la franja costera peninsular<sup>4</sup>, sin olvidar explicar el carácter variado que tuvieron sus relaciones con las poblaciones del interior, bien fueran las de la zona tartésica, primero<sup>5</sup>, bien fueran las de las zonas turdetanas<sup>6</sup> e ibéricas propiamente dichas, después.

De la misma manera resulta imprescindible contrastar las distintas cadencias que tuvo la actuación «internacional» de Cartago, a lo largo de su historia, tanto en lo que compete a Sicilia, Cerdeña, Ibiza, etc., como en lo que toca a las comunidades pertenecientes al «Círculo del Estrecho»<sup>7</sup>.

Solamente así creemos que se pueden orientar explicaciones concretas acerca de las etapas históricas de lo púnico occidental<sup>8</sup>, sin confundirlo con lo púnico cartaginés, comprendiendo la existencia de diversos tipos de relación, entre Cartago y Occidente, a través de las distintas épocas.

\* \* \*

Desde los trabajos arqueológicos realizados, sobre todo, en el Norte de Africa<sup>9</sup>, los investigadores españoles han encontrado un camino a seguir, bastante promisor<sup>10</sup>, con respecto al estudio de las cuestiones fenicio-púnicas de la Península Ibérica, que algunos autores habían venido tratando de poner en evidencia<sup>11</sup>.

A la par que los nuevos descubrimientos<sup>12</sup>, los trabajos bibliográficos recientes se han venido ocupando cada vez con mayor insistencia del problema de las «pervivencias de los elementos semitas», también a tenor de la comparación de los datos aportados por las fuentes escritas<sup>13</sup>, la numismática<sup>14</sup> y la epigrafía<sup>15</sup>.

Sin embargo, en lo que respecta a la Península Ibérica no se ha acabado de establecer, desde el punto de vista arqueológico, una concatenación de series estratigráficas precisas, entre yacimientos pertenecientes a los siglos VIII al IV a.C. y los que ofrecen niveles de los siglos III al I a.C., siendo estos últimos los menos investigados.

Como pasa con los asuntos del «horizonte ibérico tardío», cuyo estudio no marcha como fuera de desear en todas las comarcas de la Península Ibérica, esta falta de concatenación puede deberse en gran parte a la manera en que se dividen los arqueólogos profesionales en sus investigaciones, bien sea ocupándose de las parcelas que se consideran propias de la competencia de los «pre-historiadores», bien sea dedicándose a las que se suponen dadas a la «Historia Antigua», siendo bien pocos los que abordan paralelamente las distintas facetas que pueden referirse al llamado período «de las invasiones» y de «las colonizaciones». Es decir, las facetas propias de la dinámica protohistórica<sup>16</sup>, sin cuyo esclarecimiento no se puede comprender el pasado prerromano.

La causa principal, de todas maneras, creemos que radica en la misma manera en que se presentan los estratos arqueológicos relacionados con los siglos VIII al III a.C., no siempre superpuestos en una misma secuencia, como ocurre, por ejemplo, en los poblados de la baja Andalucía. Así queda patente en los ambientes costeros que permiten abordar el desarrollo de las pervivencias púnicas y los vemos también en el Cerro del Mar, el yacimiento que aquí vamos a presentar, partiendo desde niveles que comienzan desde el siglo IV a.C., sin que podamos concluir si la llegada de sus pobladores, obedeciendo a reestructuraciones locales, estaba conectada con fenómenos de mayor alcance histórico.

Traslados del poblamiento, sin acudir siempre a razonamientos migratorios, que también existieron, hubieron de ocurrir en casi todas

las áreas fenicio-púnicas de Occidente. Esto parece atestiguarlo en áreas como la de Cádiz, Málaga, Almuñécar y Adra, que tuvieron sin duda etapas de florecimiento continuo, alternando con coyunturas de reestructuración, que son las que no siempre coinciden reflejadas en la verticalidad estratigráfica de un solo yacimiento.

Estas coyunturas obedecían muchas veces a causas generales, otras tantas a necesidades comarcales y locales, siendo posible estudiarlas primeramente durante las fases del llamado «Horizonte de Colonización»<sup>17</sup>, un poco después en las etapas propias del afianzamiento púnico occidental<sup>18</sup>, y por último en el período de desarrollo previo a la romanización, que algunos investigadores hacen culminar en una fase «neo-púnica»<sup>19</sup>.

Por ello mismo pensamos que la arqueología debe abandonar la búsqueda de poblamientos secularmente estáticos y adoptar una metodología más de acuerdo con las vicisitudes históricas de un poblamiento dinámico, haciendo depender los programas de investigación de las características topográficas de cada caso. Solamente así se puede avanzar más rápidamente, evitando errores de interpretación como algunos que se han venido cometiendo: bien al negar la antigüedad de los datos referidos al «Horizonte Colonial», sólo porque el yacimiento excavado por el investigador hubiera comenzado, en épocas posteriores<sup>20</sup>, bien al asegurar la continuidad temporal entre los niveles antiguos y modernos de un mismo poblado, en casos en que sólo se trataba de una mera superposición estratigráfica<sup>21</sup>, motivada por el abandono temporal del sitio y por una nueva ocupación.

En este sentido, sin olvidar que lo dicho para Cádiz, Málaga, Almuñécar y Adra sirve para otras áreas protohistóricas y prerromanas, puede decirse que los distintos ambientes arqueológicos que se vienen excavando en los alrededores de Torre del Mar (fig. 2), a los que se suma el yacimiento que ahora estudiaremos, constituyen un ejemplo comarcal a tener en cuenta, de lo que es necesario organizar para buscar una lectura arqueológica ininterrumpida, acerca de lo que se romanizaba en estos ámbitos costeros (fig. 13), ocupados durante tanto tiempo por el poblamiento semita.

## LAS EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN EL CERRO DEL MAR

Las excavaciones arqueológicas en el Cerro del Mar forman parte del amplio programa de investigaciones que el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid viene llevando a cabo, durante los últimos quince años, en los alrededores de Torre del Mar, provincia de Málaga (figs. 1, 2 y 3).

Este importante yacimiento malagueño fue valorado inicialmente por el profesor A. Schulten<sup>22</sup> y antes que nosotros hubiésemos excavado los cortes 9 y 10, que sirven de base a la presente ponencia, había sido explorado parcialmente mediante los sondeos que aquí realizaron los profesores H. G. Niemeyer y G. Gamer.

Los trabajos efectuados por el Dr. Niemeyer, en la parte más alta del cerro, pusieron al descubierto algunos restos de edificaciones y dos fases claras de habitación. La primera de ellas fechada hacia el siglo I a.C. y la siguiente durante el siglo I d.C., teniendo esta última un posible tope cronológico hacia la época Claudio-Nerón. Asimismo, en esta campaña de 1964, se apreciaron contados hallazgos de superficie, distintos a los aparecidos en el área excavada, unos pertenecientes a períodos predecesores, otros relacionados con momentos posteriores<sup>23</sup>.

Estos resultados quedaron ampliados sensiblemente con los de la campaña de 1971, realizada por el Dr. Gamer. Su corte se encontraba en cotas topográficas más bajas, en la ladera Oeste del cerro. En un sector mucho más orientado hacia la vega del Vélez, teniendo por frente a la factoría fenicia de Toscanos, que se divisa al otro lado del río.

Nuevamente se documentaron algunas edificaciones y diversos hallazgos de la época romana imperial. Sin embargo, por debajo, se confirmaron esta vez otras evidencias de ocupación, siendo fechadas las más antiguas por su asociación con cerámica de figuras rojas y las siguientes por la presencia de cerámica campaniense<sup>24</sup>.

Dadas las limitaciones del espacio en que aparecieron estos estratos, en el extremo inferior del corte excavado, la dirección del Instituto Arqueológico Alemán se ha visto en la necesidad de proseguir los trabajos, con el propósito de redondear el conocimiento de la secuencia, a todas luces de suma importancia para el esclarecimiento de la romanización en el ámbito geográfico del bajo Vélez.

Los nuevos sondeos estratigráficos fueron desarrollados durante el otoño de 1976<sup>25</sup> y han sido continuados en una reciente campaña efectuada en 1978, todavía inédita.

Se han excavado seis cortes (números 5 al 10) (lám. I) en la misma ladera del cerro explorada por el doctor Gamer, llegando los dos últimos a alcanzar una potencia de más de cuatro metros, entre la superficie y el firme de la pizarra.

Los resultados corroboran lo conocido para la época romana imperial y clarifican la existencia de seis fases previas, comenzando a partir de la que se fecha hacia finales del siglo V a.C., si no desde comienzos del siglo IV a.C.

Durante la campaña de 1978 se realizaron también otros cortes, en el extremo sur de la misma ladera Oeste, donde se habían recogido superficialmente varios fragmentos de cerámica fenicia, que hacían sospechar la probabilidad de encontrar otras evidencias, cronológicamente anteriores a las que hasta entonces se hallaban documentadas en el lugar<sup>26</sup>.

Efectivamente, pertenecían a una necrópolis fenicia de finales del siglo VII a.C. y principios del siglo VI a.C., que había sido totalmente destruida por las construcciones de época romana que aquí aparecieron. Estas últimas consisten en varias piscinas para la fabricación de garum, localizadas en el extremo actual de la ladera, mientras que al lado, un poco más arriba, se trataba de varias casas, cuyos pavimentos se nivelaron a mayor profundidad que la superficie natural de la pizarra. Es decir, que tanto las piscinas como las casas se hallaban semiexcavadas en el firme, comprendiéndose así la destrucción de la necrópolis<sup>27</sup>.

ESCUELA DE ARTES APLICADAS  
A LA RESTAURACION

III Avda. de los Reyes Católicos, s/n.  
Madrid-3

## OBSERVACIONES ACERCA DE LAS AREAS OCUPADAS POR EL POBLAMIENTO DE EPOCA ROMANA IMPERIAL EN EL CERRO DEL MAR Y EN SU ENTORNO GEOGRAFICO INMEDIATO

En los cortes 9 y 10 ha quedado confirmada la existencia de un área ocupada por grandes edificios, de diferentes épocas (láms. II y III). El más reciente es de la época romana imperial y parece haber funcionado como almacén de una factoría de «garum» (lám. III).

A tenor de lo observado en otras construcciones que se documentan en el cerro y en las que se hallan en su entorno geográfico inmediato, cabe concluir que aquí funcionaban durante aquellos tiempos varias zonas de utilización concreta. Es decir, que el espacio se encontraba organizado de una manera racional.

Por lo tanto, puede decirse que la función de cada una de estas zonas, así como la interrelación de las mismas, únicamente se pueden comprender mediante un análisis de estratigrafía horizontal y la confrontación topográfica con las demás evidencias contemporáneas, que se conocen en la cuenca baja del río de Vélez.

En principio, la organización del espacio ocupado puede irse resumiendo de la siguiente manera:

a) Un sector de complejos industriales, en la parte más baja de la ladera, al cual pertenecen las piscinas para la salazón del pescado y el edificio para los almacenajes de la producción.

Vale la pena resaltar aquí la documentación de algunas porciones de sal común<sup>28</sup> y de huesos de pescado, hallándose estos últimos muchas veces en el interior de ánforas tipo Dressel 7-11 (fig. 12), pudiendo ser sometidos a estudio para la determinación de las especies utilizadas<sup>29</sup>.

b) Una zona residencial, en la plataforma más alta del cerro, con edificaciones bastante cuidadas, de planta compleja, justo al lado de la cisterna que había descubierto Schulten y que sin duda facilitaría el abastecimiento de agua dulce. Este núcleo dominaba una amplia panorámica, tanto con respecto al mar, como en relación al entorno costero. Por los materiales cerámicos y por la estructura de las construcciones, actualmente bastante destruidas<sup>30</sup>, puede suponerse que allí habitaban personas pertenecientes a una clase social no estrictamente baja: como pudieran ser las que tenían el papel más destacado en el desenvolvimiento de la factoría.

c) Otra zona habitable, de aspecto mucho más pobre, constituida por varias casas individuales, de planta más o menos rectangular, intercaladas entre las construcciones de la cima y las piscinas citadas en la parte más baja de la ladera. Las evidencias materiales permiten suponer que estas casas pudieron estar destinadas al grupo que llevaba a cabo el trabajo marineroy otros oficios paralelos que estos tipos de industrias necesitan. Destaca un alto porcentaje de cerámicas comunes, frente a un mínimo de objetos de mayor valor relativo. La sigillata, por ejemplo, no resulta tan numerosa como en la cima. Abundan sin embargo los anzuelos de bronce, siendo

más de treinta las piezas computadas, a pesar de las pocas casas excavadas. También aparecen otros implementos, tanto en hueso como en metal, similares a los que todavía se utilizan para la reparación de redes de pescar: corroborándose así una vez más el sistema de la «pesca de arrastre», que sería sin duda de vital importancia para la industria y la producción del garum.

Para finalizar, como antes habíamos apuntado, este conjunto del Cerro del Mar, que sin duda se encuentra todavía incompleto<sup>31</sup>, debe ponerse en relación estrecha con otros yacimientos circunvecinos: tales como son los de carácter funerario de que se tienen noticias o datos concretos<sup>32</sup>, pero más que nada con el relevante complejo localizado en el cortijo de los Toscanos, constituido por grandes edificaciones, mucho más monumentales que las que descubrimos al otro lado del río<sup>33</sup>. Estas edificaciones monumentales aparecen superpuestas y otras veces adosadas a los estratos y construcciones pertenecientes a la época fenicia, sin guardar a nuestro entender ninguna solución de continuidad temporal con ellas<sup>34</sup>. Sin embargo, testimonian por sí mismas que el yacimiento romano alcanzaba a tener en el lugar una importancia destacada, parecida a la que había tenido el establecimiento fenicio, hallándose dicho centro probablemente dedicado a la administración de las actividades portuarias y mercantiles más importantes de la zona, sino también a otros efectos del centralismo socio-económico y político, sin olvidar aquellas cuestiones que pudieran haberse relacionado con el culto<sup>35</sup>.

En consecuencia, son estas generalidades arqueológicas las que comportan los datos materiales propicios para la explicación de las etapas plenamente «romanizadas»<sup>36</sup>, en el área vecina a Torre del Mar, donde las tradiciones fenicio-púnicas se tienen firmemente comprobadas.

Tratar de esbozar la manera en que la romanización de los elementos púnicos pudo haber funcionado, sin que los mismos se hubiesen encontrado en ningún momento desconectados de la situación histórica de la Península Ibérica, ni aislados de la panorámica del mundo mediterráneo y norteafricano, es el propósito fundamental de esta ponencia: siempre de acuerdo con los resultados obtenidos en el Cerro del Mar.

A continuación expondremos el desarrollo estratigráfico de los cortes realizados en las campañas de 1976 y 1978, desde los niveles más antiguos que se conocen hasta los romanos imperiales que acabamos de referir.

### LAS DOS PRIMERAS FASES DEL CERRO DEL MAR Y LOS NIVELES ARQUEOLÓGICOS DEL SIGLO V-IV a.C.

Los estratos más antiguos que se conocen hasta el presente, en las excavaciones del Cerro del Mar, han sido documentados por primera vez en la campaña de 1976<sup>37</sup> y corroborados en la del año 1978. No parecen remontarse más allá de finales del siglo V a.C., mientras que las perspectivas históricas que se traducen del complejo material resultan mejor comprendidas durante el siglo IV a.C., acaso sin alcanzar el siglo III a.C.<sup>38</sup>

Aunque los futuros trabajos pudieran poner en evidencia otras fases precedentes<sup>39</sup>, estos niveles siempre servirían para indicar un cambio notable en la estrategia adoptada por el poblamiento del bajo Vélez, en tiempos avanzados del período que llamamos de «afianzamiento»<sup>40</sup>, pero todavía anteriores a la «romanización» de los elementos púnicos que aquí trataremos de analizar, como propios de un «tercer horizonte histórico» en la zona.

En el momento actual de los trabajos de Torre del Mar, teniendo a la vista la cronología final que reciben los yacimientos de Toscanos<sup>41</sup>, Alarcón<sup>42</sup> y Peñón<sup>43</sup>, hacia las primeras décadas del siglo VI a.C., puede decirse que lo que continuamos sin saber es dónde se halla localizado el poblamiento correspondiente al siglo VI-V a.C. al cual pertenecía la necrópolis Jardín<sup>44</sup>.

Los resultados de 1976-78, que muestran hallazgos posteriores a los de Jardín, han sido obtenidos en unos espacios bastante reducidos, que se encuentran en el extremo de los cortes 9 y 10, casi lindando con el camino vecinal que bordea el cerro por esta parte, impidiendo la prolongación inmediata del área excavada, hacia esos tramos finales de la ladera.

Se trata de unos niveles previos a la construcción de un pequeño zócalo de muro descubierto en el corte 10, así como también de otros que se superponen, pertenecientes al momento de su destrucción.

Se comprende así la existencia de dos fases claras de habitación, que ahora citaremos en conjunto, atendiendo a la homogeneidad de los hallazgos, para no detenernos excesivamente en la exposición.

Dentro del complejo de materiales con una tipología claramente definida destacan cuatro fragmentos de figuras rojas. Dos de ellos pertenecen a estratos profundos (fig. 4), mientras que los restantes aparecen en los niveles de la fase posterior (figs. 5, a, b).

En ambos horizontes abundan las cerámicas de pasta clara, con una tipología que debe homologarse con otras de la misma época y tradición cultural (fig. 6). En algunos casos, cuando la pintura se conserva<sup>45</sup>, se documentan fragmentos pintados a base de «bandas estrechas»<sup>46</sup>, de color rojo, combinadas con otras más delgadas de tonalidad negruzca (figs. 7, a-d). Este tipo de decoración pintada, con tendencia a la policromía, refleja sin duda la pervivencia de los antiguos gustos decorativos, arraigados en esta zona costera durante varios siglos de prolongada ocupación (fig. 13). En consecuencia, si calificamos a estas cerámicas como «púnicas», aunque sea atendiendo a la acepción más occidental del término, no creemos que resulte inapropiado.

Si bien no faltan galbos parecidos a los de algunas formas ibéricas antiguas (fig. 7,h)<sup>47</sup>, esta clasificación púnica puede ser apoyada en el hecho de que la bicromía funcionaba en el Cerro del Mar durante el siglo IV a.C., todavía a base de tonalidades rojas y negruzcas, mientras que por estas fechas, en los ambientes ibéricos del interior, las cerámicas pintadas mostraban una decoración eminentemente geométrica, con claro predominio de la monocromía.

Al lado de las cerámicas de cocina, que citamos aunque sea de pasada, existen otros hallazgos que demuestran la pervivencia púnica en el Cerro del Mar. Destacamos la presencia de algunos fragmentos de huevos de avestruz, así como algunos trozos de paredes y de fondos de platos de «barniz rojo», con una tipología avanzada (fig. 5, c, d)<sup>48</sup>.

No podemos finalizar el enunciado de los hallazgos relacionados con las primeras fases del yacimiento sin hacer mención de las ánforas tipo Mañá A/B (fig. 8), que en el dibujo reconstruimos más bien como Mañá «A», de manera tentativa y provisional.

No sabemos todavía si coexistían con las ánforas tipo García Bellido (fig. 9), que aparecen en la tercera fase de habitación que trataremos después.

Pero en cualquier caso, todas estas evidencias hablan en favor de la existencia de unos horizontes de ocupación, en el Cerro del Mar, caracterizados por unos materiales que se adscriben claramente a la tradición púnica: que debía ser la propia del bajo Vélez, en tiempos en que la Península Ibérica se encontraba bastante influenciada por las relaciones que se habían venido manteniendo con el mundo griego<sup>49</sup> y las comunidades ibéricas desarrollaban una de las etapas más relevantes de su historia<sup>50</sup>, contando con importantes centros culturales, que no sólo asimilaban los estímulos llegados desde el exterior,

sino que habían alcanzado suficiente capacidad para irradiar los suyos propios <sup>51</sup>. Este parece ser el caso de la alta Andalucía, tantas veces expuesta a la aceptación de corrientes extrañas, para ahora mostrar un florecimiento de envergadura inusitada.

A la vista de lo que ocurre en la baja Andalucía, en la Meseta Sur y en el Sudeste, donde no faltan evidencias que corroboren la importancia alcanzada por las tierras altas andaluzas, la pervivencia de lo púnico no dejaba de convertirse en una cierta «resistencia».

Por lo tanto, creemos que para la correcta interpretación de tales pervivencias no basta con demostrar que existían. No basta con probar que habían alcanzado hasta el siglo IV a.C. y que después se habían continuado proyectado en el tiempo, hasta llegar a la romanización. Es necesario confrontar este resultado con lo que transmiten las fuentes escritas, conjugarlo todo con las evidencias del mundo circundante, tanto peninsular como mediterráneo, para captar realmente su dinámica. Es decir, que no podemos conformarnos con una mera constatación del sustrato fenicio-púnico, sino que además debemos esforzarnos en esclarecer la manera de su integración en el discurso histórico, puesto que no funcionaba aislado en sí mismo.

Así, por ejemplo, vemos como los fragmentos griegos nos plantean el problema de las relaciones comerciales mediterráneas, justamente antes del momento en que se agudizan nuevamente los intereses que confrontaban a las «potencias económicas y políticas» del Mediterráneo Occidental <sup>52</sup>.

Las ánforas tipo Mañá «A» (?) (fig. 7), por su parte, podrían obligarnos a buscar paralelos fuera del ámbito puramente púnico, haciendo notar cómo a través del tiempo y partiendo de las variantes que parecen más antiguas habían acabado por mostrar una distribución bastante heterogénea, puesto que aparecen en yacimientos de distinta caracterización etnológica, cronológica y cultural <sup>53</sup>, siendo casi imposible fecharlas, como no sea por el contexto en que se encuentren.

Lo que sí parece claro es que estas dificultades de clasificación vienen dadas por la misma complejidad alcanzada por el movimiento económico, comercial y productivo del Occidente mediterráneo, ya desde épocas antiguas: que no solamente a partir de los períodos más próximos a la romanización. Nosotros diríamos que con Roma se estimula lo que con los griegos y fenicios se había comenzado a fomentar.

En consecuencia, de manera paralela con el crecimiento de los

conflictos mediterráneos y peninsulares de que nos hablan las fuentes escritas, cabe destacar la importancia que alcanzaban las capacidades productivas en estos territorios, que no sólo las de explotación, como eran por ejemplo las de tipo minero, aunque no sepamos con detalle la manera en que las mismas se fueron potenciando: bien desde el fomento de unas actividades agrícolas cerealistas, viticultoras y olivareras <sup>54</sup>, bien desde la concurrencia de otras propias de la ganadería y la pesca organizada <sup>55</sup>, lográndose en determinados renglones económicos unos niveles de no pequeña escala.

Como hipótesis de trabajo podemos admitir que desde principios del siglo VI a.C., con la propagación de los fenómenos referidos al «horizonte ibérico antiguo» <sup>56</sup> y la plasmación de sus distintas áreas culturales se fueron organizando también importantes sistemas de producción.

Así no es de extrañar que antes de finales del siglo III a.C., cuando los intereses económicos mediterráneos y peninsulares vuelven a cambiar, hubiera existido también una cierta «evolución» y «proliferación» de los tipos de ánforas que aquí nos ocupan, habiendo derivado de lo que las ánforas fenicias habían significado primero, para después significarlo las ánforas tipo Mañá «A» más antiguas que se conocen.

Para clarificar un poco este proceso, todavía no debidamente estudiado como se merece <sup>57</sup>, es necesario reconocer que las ánforas tipo Mañá «A» más antiguas <sup>58</sup>, siendo prototipos de otras derivadas, habían evolucionado a su vez de las ánforas fenicias en forma de saco, con el hombro carenado <sup>59</sup>, a las cuales habían llegado a sustituir, no sólo tipológicamente sino también en los mercados que se extienden desde el Sur de la Península hasta las costas del Languedoc Occidental <sup>60</sup>.

Lo cual, dicho con otras palabras, viene a demostrar que durante los siglos V y IV a.C. ocurrieron cambios notables, con relación a los monopolios que imperaban durante la segunda mitad del siglo VII a.C. y buena parte del siglo VI a.C., cuando los fenicios habían jugado un papel relevante en las relaciones comerciales, para después verse superados por los griegos focenses <sup>61</sup>.

Cuando entramos en el horizonte cronológico del siglo IV a.C., que es el correspondiente a las primeras ánforas estratificadas en el Cerro del Mar, como puede comprenderse, no podemos evitar las dificultades que comporta la citada «proliferación de formas», ni

dejar de vernos limitados por la falta de estudios decisivos sobre las mismas.

Los fragmentos que nosotros tenemos hasta el presente documentados son poco numerosos y por ello creemos necesario extremar la prudencia. No podemos asegurar si estas ánforas procedían, como su contenido, de otros centros púnicos, si eran propias de la región, e incluso si llegaban de otros ambientes no estrictamente púnicos.

## V

### LAS FASES INTERMEDIAS DE LA ESTRATIFICACION DEL CERRO DEL MAR

Vamos a resumir aquí los resultados obtenidos en los estratos intermedios de la secuencia, refiriéndolos más que nada a una edificación de planta rectangular, excavada en el corte 10, que hemos clasificado provisionalmente como almacén (lám. IV). En el estudio definitivo estos niveles se agrupan en tres fases: según se encuentren por debajo del edificio, adosados a sus paredes por el exterior y depositados en el interior.

Los sedimentos cortados por la fosa de construcción del almacén hubieron de tener una mayor potencia, puesto que fueron retirados en gran parte para nivelar el terreno, para ganar la plataforma horizontal sobre la cual se asientan los pavimentos.

La cerámica de pasta clara, relacionada estrechamente con la de las fases anteriores, continúa siendo abundante. Predominan así mismo las decoraciones a base de «bandas estrechas», sin que falten algunos motivos geométricos, parecidos a los de la cerámica ibérica del Hinterland (fig. 7, e, g).

Este último dato debe ser confrontado con el de la presencia de algunos fragmentos, típicamente ibéricos, encontrados por debajo del almacén, así como con la estratificación de otros con decoración de aspecto más avanzado (pueden pertenecer a formas de Kalathos) en los niveles interiores del citado edificio (fig. 7, h).

Un hecho que hasta ahora se corrobora es el de la ausencia de cerámica gris, a pesar de la gran tradición que había tenido en los ambientes fenicio-púnicos del mediodía peninsular. También desaparece en los estratos del almacén y en los posteriores la cerámica

tratada con «barniz rojo», que hasta el horizonte precedente estaba representada por algunos platos de tipología avanzada.

Estos últimos van a quedar sustituidos en el Cerro del Mar por otros sin ningún engobe superficial, cuyas formas son estrechamente iguales a las propias de los platos campanienses<sup>62</sup>. Como estos prototipos no acaban de aparecer en los mismos estratos, por lo visto, tenemos que sospechar que nos encontramos ante imitaciones que vienen a llenar el vacío dejado por aquellos, tal y como viene ocurriendo en algunos ambientes púnicos del Mediterráneo Occidental<sup>63</sup>.

En consecuencia, como ya hemos observado en la campaña de 1976<sup>64</sup>, las últimas importaciones griegas del Cerro del Mar se detienen en la primera mitad del IV a.C., para no aparecer otras que no sean las importaciones *campanienses* «A» tardías asociadas a la *campaniense* «B», quedando un vacío en los estratos, correspondiéndose con la cronología que reciben en otros puntos del Mediterráneo las cerámicas *proto-campanienses*<sup>65</sup> y las *campanienses* «A» más antiguas<sup>66</sup>.

Estos datos, que deben ser revisados en futuras campañas, tienen que irse tomando en cuenta<sup>67</sup>, por si nos encontramos por primera vez en la Península con evidencias arqueológicas corroborativas de lo dicho por las fuentes escritas: en relación con los cambios profundos ocurridos a partir del mediados del siglo IV a.C.<sup>68</sup> y en el transcurso del siglo III a.C.<sup>69</sup>, en estrecha conexión con los sucesos remarcados por las Guerras Púnicas<sup>70</sup> y denunciados por los tratados entre Roma y Cartago<sup>71</sup>.

Por el momento las coincidencias parecen flagrantes y vale la pena correr el riesgo de intentar la búsqueda de posibles interpretaciones: que no tienen por qué ser dadas como decisivas.

En este sentido resulta sumamente importante el impulso que vienen recibiendo los estudios dedicados a las cerámicas *proto-campanienses* y *campanienses*<sup>72</sup>, al tiempo que se patentiza la necesidad de confrontar los resultados obtenidos en el nordeste y sudeste, con los que se puedan establecer en las tierras meridionales de la Península: intentando matizar lo que ocurría en las costas ocupadas por los púnicos y en las comarcas ocupadas por iberos y turdetanos, con el fin de deslindar lo referente a las alianzas que se concertaban, a favor y en contra de los bandos beligerantes.

Para que las deducciones cuenten con un mayor apoyo, tampoco deben existir dudas acerca de las posibilidades de conocimiento que se abren al intentar confrontar la dispersión de aquellos productos

cerámicos, con las áreas de influencia que marcaban los tratados: sin olvidar al mismo tiempo la comparación paralela de otros elementos materiales de alta significación económica, como eran las ánforas y en el momento más avanzado las cecas monetarias.

En el Cerro del Mar, aunque todavía no sean numerosas <sup>73</sup>, se tienen estratificadas varias formas de ánforas, en los niveles intermedios de la secuencia, que ahora tratamos, como también en los de la fase siguiente, que veremos a continuación.

En los estratos de las fases intermedias, por lo menos en apariencia, destaca una cierta sucesión entre las ánforas tipo García Bellido (fig. 9) y las ánforas cilíndricas, dentro de las cuales hay fragmentos del tipo Mañá «D» (fig. 10).

La distribución de las tipo García Bellido, hasta ahora predominantemente occidental <sup>74</sup>, en sitios de relación púnica <sup>75</sup>, queda reflejada en nuestro yacimiento alrededor de la primera mitad del siglo III a.C., si es que no hasta después <sup>76</sup>. Parece poderse confrontar con la que observan las cerámicas protocampanienses, que hasta ahora no se conocen al sur de Murcia <sup>77</sup>, e incluso con la propia de las campanienses «A» más antiguas, hasta ahora inexistentes en el yacimiento. Es decir, que pudiéramos encontrarnos ante la posibilidad de constatar el funcionamiento de dos grandes áreas de influencia, con un punto de fricción común en aquellos territorios que se ponen como límite en el tratado del año 348 a.C.

Así mismo, aunque no podamos todavía precisar en el Cerro del Mar la frecuencia cronológica de las ánforas tipo Mañá «D» <sup>78</sup>, por las evidencias con que contamos, estratificadas alrededor de la segunda mitad del siglo III a.C., acaso fuera tentador pensar que el apogeo de su propagación comercial había coincidido con el afianzamiento de los cartagineses en la Península: visto todo ello no solo en función de las actuaciones militares, sino también en razón del interés que ellos tenían en controlar directamente el funcionamiento de contados factores económicos, que como nunca resultaban fundamentales para el éxito de su política «internacional» <sup>79</sup>.

Así lo pueden probar, después del desembarco de Amílcar en Cádiz, hacia el año 237 a.C., las campañas de «pacificación por la fuerza» que llevaban a cabo los caudillos púnicos <sup>80</sup>, el control mantenido sobre ciertas rutas del comercio de exportación <sup>81</sup>, los pactos establecidos con algunos régulos indígenas, incluso formalizándolos mediante el matrimonio <sup>82</sup>, la intensificación de las explotaciones mineras <sup>83</sup> y las acuñaciones monetarias que se intentaban imponer,

bien desde Cartago Nova, la capitalidad fundada por Asdrúbal, bien desde Gades, el centro más importante de los púnicos occidentales <sup>84</sup>.

En un sentido amplio, creemos que la presencia de los Barcas significaba una búsqueda de compensación, con respecto a lo que los cartagineses habían perdido con la Primera Guerra Púnica, pero también una continuidad agudizada de cuanto se venía debatiendo en el Mediterráneo Occidental, a partir de finales del siglo VI a.C., tanto en lo referente a Sicilia <sup>85</sup>, como en lo tocante a la Península Ibérica <sup>86</sup>. Desde entonces, hasta la caída de Cádiz (206 a.C.) hay que tener en cuenta tres siglos conflictivos, no sólo para los pobladores púnicos de las costas meridionales, puesto que también existen muestras de intranquilidad en las tierras del Hinterland, pobladas por otras gentes «afectadas» <sup>87</sup>.

\* \* \*

Esperando que nuevas precisiones vengan a desmentir o corroborar este cuadro hipotético, hemos creído conveniente ensayar algunas maneras de interpretación, para animar las discusiones: con la seguridad de que las respuestas decisivas sólo se pueden ver agilizadas mediante el planteamiento de preguntas concretas.

En consecuencia, por lo dicho anteriormente, siguiendo la línea metodológica que nos hemos impuesto, creemos que el estudio comparativo de las importaciones púnicas y romanas, durante los mencionados siglos conflictivos, puede revelarnos algunas pautas. Unas pautas lógicas, tendientes al esclarecimiento de una dinámica económica compleja. Una dinámica que sin duda nos obliga a superar las excesivas simplificaciones que se habían venido estableciendo, al pensar que generalmente «los hechos políticos y militares funcionaban por una parte, mientras que los hechos económicos y comerciales lo hacían por otra», es decir, de una manera supuestamente desconexa <sup>88</sup>.

## VI

### LA PANORAMICA MEDITERRANEA OCCIDENTAL Y PENINSULAR DE LOS SIGLOS II y I a.C., VISTA DESDE LOS ESTRATOS DEL CERRO DEL MAR

Por encima de los últimos niveles del gran almacén perteneciente a la fase anterior, que ya conocían la presencia de la cerámica tipo

campaniense «B», se superponen varios estratos potentes, caídos algunos de ellos desde tramos superiores de la ladera Oeste del cerro <sup>89</sup>, en tiempos todavía anteriores a la época romana imperial, de la cual hemos hablado en las páginas iniciales de esta ponencia.

Estos estratos, previos a los que muestran la presencia de las «sigillatas itálicas», se caracterizan principalmente por cuatro factores que vale la pena enumerar:

- a) La continuidad, en forma predominante, de los materiales cerámicos propiamente púnicos.
- b) La presencia, ahora masiva, de importaciones campanienses.
- c) La existencia de potentes capas de escorias de fundición.
- d) La estratificación de ánforas tipo Mañá «C», hasta asociarse con algunos fragmentos de las Dressel I (Lamboglia I-B).

Los materiales púnicos continúan estando caracterizados por cerámicas cuidadas de pasta clara, como también por otras de cocina, que completan la significación de una fase de «habitación». En conjunto ofrecen una idea bastante clara sobre la continuidad del poblamiento comarcal, después de la caída de Cádiz y del hundimiento de la influencia cartaginesa directa en la Península <sup>90</sup>.

Destacan algunos fragmentos, poco numerosos, pintados de manera bicroma, mientras que al lado de los tipos de vasijas corrientes predominan ahora los cuencos. Aparecen asimismo unos fragmentos de lucernas y de ungüentarios, así como pitorros de «biberones» y trozos de cantimploras, cuyos paralelos se reparten entre los ambientes púnicos del Norte de Africa <sup>91</sup> y los yacimientos propios del «horizonte ibérico tardío» <sup>92</sup>, que se hallaban igualmente relacionados con las corrientes comerciales del momento e influenciados por los fenómenos referidos al helenismo, que se venía propagando por todo el Mediterráneo <sup>93</sup>.

En consecuencia, creemos que estos hallazgos del Cerro del Mar, a pesar de su aspecto «poco importante», son un documento valioso, que sirve para mostrar indirectamente la pervivencia del sustrato local y su integración tangible en la panorámica marcada por los nuevos tiempos. Son un documento que nos traduce un proceso nada decadente, como pudiera suponerse, sino una pujante reacción, que luego habremos de justificar mediante otros detalles. Es decir, algo similar a lo que observaríamos en Abdera, Sexi, Malaca y Gadir, si nos fijamos en lo que se desprende del hecho numismático, que sin duda es un espejo que refleja la importancia económica alcanzada por estas ciudades <sup>94</sup>, mientras que paralelamente se potenciaban

otras tantas en las costas meridionales de la Península Ibérica <sup>95</sup> y en el Norte de Africa <sup>96</sup>.

Estas evidencias acrecientan su interés si recordamos, aunque sea de pasada, que después de mediados del siglo II a.C. y hasta finales de la República, al afianzarse los intereses económicos entre estas comunidades «neo-púnicas» y los romanos, se sentaban las bases de cuanto iba a ocurrir en la época romana imperial. Se sentaban las bases de la «romanización» de los elementos púnicos del Mediterráneo Occidental.

\* \* \*

La romanización, en cierto sentido, funcionaba como un fenómeno de «asimilación».

Como no atentaba contra las estructuras socio-económicas imperantes había sido «aceptada» por los púnicos occidentales, con la natural «aquiescencia» de las clases superiores, al calor de los nuevos condicionamientos que se forjaron, a partir de la «entrega pacífica» de Cádiz <sup>97</sup>. Puede decirse incluso que se había «adoptado» una nueva manera de vivir. Solamente así podríamos explicar la profunda transformación que se observa, con respecto a la cultura material. Es sorprendente el contraste entre las evidencias púnicas de la *época republicana* y las que se aprecian a partir de la *época de Augusto*, cuando todo resume «tipología romana».

\* \* \*

La llegada masiva de la cerámica campaniense «B» al Cerro del Mar <sup>98</sup>, así como también la propagación comercial de las ánforas tipo Mañá «C» (fig. 11), hasta circular contemporáneamente con las ánforas itálicas tipo Dressel I (Lamboglia I-B) <sup>99</sup>, coinciden con el período en que se documentan importantes actividades metalúrgicas en nuestro yacimiento, a pesar de que no se encuentra en una comarca eminentemente minera <sup>100</sup>.

Estos datos merecen ser analizados de manera conjunta, con otros muchos existentes, a la hora de estudiar el funcionamiento del nuevo sistema de relaciones que ahora venimos subrayando. Un sistema que sin duda era mostrativo de la compenetración que iban alcanzando los intereses romanos y púnicos occidentales, mucho antes de la época imperial. Mostrativo de la instauración de nuevos mo-

nopolios, en los cuales acabaron por sentar su hegemonía los vencedores de la Segunda Guerra Púnica.

Pero a pesar de todo, queda claro que los siglos de la historia fenicio-púnica en Occidente no habían pasado en balde. Las pervivencias del sustrato, la adaptación de aquellas gentes a las diversas circunstancias que se suscitaron a través del tiempo (fig. 13) y su arraigo a las estructuras tradicionales, son factores que no se pueden desligar de la continuidad del poblamiento y de su fijación a unos territorios determinados. Esto último es precisamente lo que hemos intentado definir en esta ponencia, a tenor de los resultados estratigráficos obtenidos en la excavación del Cerro del Mar.

## NOTAS

<sup>1</sup> Utilizamos el término «púnico» de manera más generalizada. Aunque pueda parecer inapropiado, queremos referirnos también al poblamiento que, sin ser «cartaginés», podía haber formado un sustrato semita, con fuerza suficiente como para pervivir durante varios siglos, en las tierras abarcadas por las antiguas colonias fundadas por los fenicios, en las costas del Mediterráneo Occidental.

<sup>2</sup> Consideramos «culturas ibéricas tardías» a todas las que funcionaban en las tierras propias de aquella tradición, dentro de una nueva panorámica histórica. Esta nueva panorámica se corresponde con un «tercer período» de la cultura, siguiendo la sistematización que hemos venido proponiendo, a partir del esquema hipotético señalado en O. Arteaga y M. R. Serna, *Los Saladares, 71, Noticiario Arqueológico Hispánico* «Arqueología, 3», Madrid, 1975, p. 33; Nuestro criterio sobre un «Horizonte Ibérico Tardío», a continuación de los periodos Antiguo y Pleno, ha sido expuesto en O. Arteaga, *Simposio sobre los Orígenes del Mundo Ibérico*, Barcelona-Ampurias, 1977, en prensa; en reciente trabajo indicamos la necesidad de buscar una subdivisión más afinada en esta «tercera época ibérica», contemplando los problemas propios de una primera fase a partir de mediados del siglo IV a.C., los de una segunda fase durante la actuación militar de los Barcas en la Península, y los de una tercera fase a partir de la caída de Cádiz.

<sup>3</sup> Nos concretamos a los elementos que se reflejan en la cultura material, sin prejuzgar acerca de la mayor o menor pervivencia que tenían otros factores importantes del sustrato.

<sup>4</sup> Para una idea general la continuidad del poblamiento semita, de manera similar a como podía producirse en otras áreas costeras de la Península, vale la pena observar lo que reflejan los yacimientos excavados en la zona de Torre del Mar.

<sup>5</sup> Por nuestra parte, sin ignorar la «problemática tartésica» del ámbito Guadiana-Tajo-Extremadura, venimos aceptando que en la Baja Andalucía se encontraban los núcleos principales de la cultura. Así mismo creemos que existían otras áreas de relación, entre las cuales destacamos la que abarcaba hasta el Cabo de la Nao, antes del florecimiento de «lo ibérico».

<sup>6</sup> Hacemos mención de lo turdetano para referirnos a la cultura prerromana que se continuaba desarrollando en las áreas principales del antiguo reino de Tartesos, estableciendo así una diferencia con respecto a las poblaciones que se había visto influenciadas de alguna manera por la «cultura tartésica», y también en relación con las gentes propiamente ibéricas.

<sup>7</sup> Utilizamos el concepto expuesto por el profesor M. Tarradell, pero considerando que Cádiz constituía un núcleo capital para todas las colonias fundadas en las costas atlánticas y mediterráneas cercanas a Gibraltar.

<sup>8</sup> Como hemos dicho anteriormente, no encontramos otro término mejor para referirnos a las gentes que se quedaron a vivir en la Península, siendo descendientes de los fenicios que iniciaron la colonización propiamente dicha.

<sup>9</sup> Una panorámica general sobre la situación arqueológica, hasta los años cincuenta, puede verse en: M. Tarradell, *Marruecos Púnico*, Tetúan, 1960; ver también lo dicho en G. Vuillemot, *Reconnaissances aux Échelles Púniques d'Oranie*, Autun, 1965.

<sup>10</sup> Importantes puntos de vista al respecto pueden encontrarse en M. Tarradell, *Economía de la colonización fenicia*, «Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica», Barcelona, 1968, pp. 81-97; la historia de la investigación y las nuevas perspectivas, así como una buena recopilación bibliográfica, pueden consultarse en M. Pellicer, *Historiografía Tartésica* «Habis», 7 Sevilla, 1976, pp. 229-240; M. Pellicer, L. Menanteau y P. Rouillard, *Para una metodología de la localización de colonias fenicias en las costas ibéricas: El Cerro del Prado*, «Habis», 8, Sevilla, 1977, sobre todo pp. 217-227.

<sup>11</sup> A. García Bellido, *Fenicios y Cartagineses en Occidente*, Madrid, 1942. Los trabajos dedicados al tema por otros autores antiguos y modernos quedan reseñados en los recientes trabajos del profesor M. Pellicer, citados en la nota anterior.

<sup>12</sup> Destacan sobre todo las excavaciones realizadas por el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, en la zona malagueña de Torre del Mar, cuya bibliografía hasta comienzos de los años setenta se encuentra recopilada en H. Schubart, *Las excavaciones de Torre del Mar y el panorama arqueológico de las fundaciones de colonias en la costa mediterránea de la Península Ibérica*, «Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia», 11, Valencia, 1975, pp. 199-206. Los trabajos posteriores, aparte de los que allí se citan en prensa, quedan asentados en la revista *Madriditer Mitteilungen*, números 16 (1975) al 19 (1978).

<sup>13</sup> García Bellido, *Fenicios y Cartagineses...*, op. cit. *supra*, nota 11. Últimamente, más centrados en la problemática de las «pervivencias», pueden verse: M. Koch, *Observaciones sobre la permanencia del sustrato púnico en la Península Ibérica*, «Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica», Salamanca, 1974, Salamanca, 1976, pp. 191-199; J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania Romana*, Bilbao, 1978, sobre todo pp. 634 ss.

<sup>14</sup> Además de obras generales y artículos especializados, como son los de A. M. Guadian, *Las monedas de Gades*, «Monografías sobre Numismática Antigua», 2, Madrid, 1963; Idem, *Numismática Ibérica e Ibero-romana*, «Bibl. Archaeológica», VI, C.S.I.C., Madrid, 1969; O. Gil Farres, *Historia de la moneda española*, Madrid, 1976, entre otras, puede verse A. Beltrán, *El alfabeto monetario llamado libio-fenicio*, «Numisma», 13, 1954, p. 49 ss.; Idem, *Monedas hispánicas con rótulos púnicos*, «Numisma», 27, 1977, pp. 9 ss.

<sup>15</sup> Lo referente a la Península Ibérica también en M. G. Guzzoatnadi, *Le iscrizioni fenicie e puniche delle colonie in Occidente*, «Studi Semitici», 28, Roma, 1967; pp. 137-155. Cuestiones de toponimia en J. M. Solá-Solé, *Toponimia fenicio-púnica*, «Enciclopedia Lingüística Hispánica», I, Madrid, 1960.

<sup>16</sup> A medida que se van desarrollando los estudios protohistóricos en la Península, como ocurre en otros países de Europa, se radicalizan los especialismos. Así por ejemplo se aprecian dedicaciones polarizadas hacia «lo griego», «lo fenicio», «lo tartésico», «lo indoeuropeo», como si las cuestiones que se separan en una justa repartición del trabajo investigativo hubieran estado «desconectadas» en la realidad.

<sup>17</sup> Nos referimos a una primera etapa de las actividades fenicias en Occidente, que en la costa malagueña parecen haber comenzado a cristalizar alrededor del 800 a.C. si no desde un poco antes, según pruebas de Carbono-14 obtenidas recientemente por el Dr. H. Schubart en los niveles más antiguos del Morro de Mezquitilla. Esta etapa inicial pudo haber finalizado a principios del siglo VI a.C., después que las relaciones mantenidas con los griegos focenses se habían afianzado.

<sup>18</sup> Se trata de una segunda etapa, alrededor de los siglos VI y V a.C., pudiendo haber alcanzado parte del siglo IV a.C. Su comienzo parece fijarse en torno a las fechas de la caída de Tiro.

<sup>19</sup> Esta tercera etapa se ajusta bastante a la periodización propuesta para el «Horizonte Ibérico Tardío», contando con una fase antigua prebárquica, con otra intermedia alrededor de la Segunda Guerra Púnica y una final a partir de la caída de Cádiz.

<sup>20</sup> Es como si en la zona del Vélez no se hubiera realizado la excavación de los

Toscanos y nosotros nos viésemos tentados a considerar que la colonización fenicia había comenzado a partir de las fechas que reflejan los estratos del Cerro del Mar.

<sup>21</sup> Aunque parezca una cosa sabida, hasta nuestros días, muchos arqueólogos confunden «superposición estratigráfica» con la «continuidad temporal de los estratos», que no siempre queda justificada.

<sup>22</sup> Ver por ejemplo: A. Schulten, *Archäologischer Anzeiger*, 1922, p. 37; idem., *Archäologischer Anzeiger*, 1940, pp. 96 ss.; idem., *Archäologischer Anzeiger*, 1943, pp. 23-32.

<sup>23</sup> H. Schubart, H. G. Niemeyer, M. Pellicer, *Toscanos*, «Excavaciones Arqueológicas en España», 66, Madrid, 1969, pp. 22-36.

<sup>24</sup> G. Gager, *Die Grabung auf dem Cerro del Mar 1971*, «Madrider Mitteilungen», 13, Heidelberg, 1972, pp. 184-189.

<sup>25</sup> O. Arteaga, *Vorbericht über die Grabungskampagne 1976 auf dem Cerro del Mar*, «Madrider Mitteilungen», 18, Heidelberg, 1977, pp. 101-105.

<sup>26</sup> Arteaga, *Vorbericht...*, op. cit. *supra*, nota anterior, lo dicho en pp. 113-115.

<sup>27</sup> Los resultados referentes a la necrópolis fenicia serán dados a conocer por separado.

<sup>28</sup> Análisis microscópico realizado sobre muestras obtenidas en el interior de una vasija. Se trataba de masificaciones de pequeños huesos de pescado y materia orgánica (en su tiempo probablemente grasienta). La poca posibilidad de que hubieran existido salinas en la zona próxima al yacimiento parece evidente. De todas maneras no se puede descartar la importación de sal, en grandes cantidades, desde otros lugares controlados por los púnicos y después por los romanos, con el fin de abastecer las necesidades industriales de la factoría. Acerca de estos problemas relacionados con el comercio de la sal, tratados por la investigación moderna, puede verse también el antiguo trabajo de J. Vila Valenti, *Notas sobre la antigua producción y comercio de la sal en el Mediterráneo Occidental*, «I Congre. Arq. Marruecos Español», Tetuán, 1953, Tetuán, 1954, pp. 225-234.

<sup>29</sup> El contenido de estas y otras ánforas ha sido analizado por el Prof. Dr. J. Boessneck, del Institut für Palaeoanatomie, Domestikationsforschung und Geschichte der Tiermedizin der Universität München, comprobándose el predominio del atún y de la caballa.

<sup>30</sup> Ver lo dicho en Arteaga, *Vorbericht...*, op. cit. *supra*, nota 25, pp. 113-115.

<sup>31</sup> En el límite sur de la ladera Oeste del cerro, así como en el límite norte de la misma, existen restos de construcciones sin excavar. Se han documentado restos cerámicos pasados de fuego, en suficiente cantidad como para sospechar la existencia de un horno cercano.

<sup>32</sup> Las noticias se refieren a tumbas romanas en las cercanías de Toscanos y el Peñón. Por otra parte se tienen evidencias de una necrópolis en la zona de Vega de Mena, al lado del Cerro del Mar.

<sup>33</sup> Ver sobre todo H. G. Niemeyer, *Toscanos. Vorbericht über die Grabungskampagnen 1973 und 1976*, «Madrider Mitteilungen», 18, Heidelberg, 1977, pp. 74-92.

<sup>34</sup> Para comprender la secuencia existente, entre los estratos fenicios de Toscanos y la fase correspondiente a la llamada «muralla» de sillares, hace falta intercalar las propias de Peñón-Alarcón-Jardín-Cerro del Mar, desde finales del siglo VII a.C. hasta la época romana.

<sup>35</sup> Dentro de las grandes edificaciones romanas de la colina de Toscanos existen algunas destinadas sin duda al servicio de las cuestiones mercantiles, pero también se tiene excavada una que parece ser un templo.

<sup>36</sup> Utilizamos esta palabra salvaguardando siempre las posibilidades del sustrato, como más adelante trataremos de mostrar. Ello no quiere decir que se descarte la probabilidad de que también hubieran existido elementos itálicos en la zona, lo cual parece comprobado en muchas otras comarcas, donde incluso funcionaban «sociedades» itálicas a la cabeza de la explotación minera y productiva.

<sup>37</sup> Arteaga, op. cit. *supra*, nota 25.

<sup>38</sup> Una cronología definitiva no se puede pronunciar, por lo menos hasta no contar con el estudio detallado de todas las importaciones cerámicas y de las piezas monetales, hallándose estas últimas en fase de limpieza.

<sup>39</sup> Se programa una nueva campaña de excavaciones, para octubre de 1980, para intentar completar la documentación estratigráfica en la ladera Oeste del cerro:

<sup>40</sup> Para una periodización general de los diversos datos arqueológicos procedentes de los ambientes fenicio-púnicos ver lo dicho en las notas 17, 18 y 19 de este trabajo.

<sup>41</sup> Schubart, Niemeyer, Pellicer, op. cit. *supra*, nota 23.

<sup>42</sup> H. Schubart, H. G. Niemeyer, G. Lindemann, *Toscanos, Jardín y Alarcón*, «Noticiario Arqueológico Hispánico», «Arqueología», 1, Madrid, 1972, pp. 11 ss.

<sup>43</sup> Las recientes excavaciones llevadas a cabo por el profesor H. G. Niemeyer en el Cerro del Peñón, con éxito sorprendente, aportan nuevos datos a tener en cuenta, procedentes de una estratificación de finales del siglo VII a.C. y principios del siglo VI a.C., con importaciones griegas y etruscas, que auguran importantes novedades en el futuro.

<sup>44</sup> H. Schubart, *Jardín. Vorbericht über die Grabungskampagne 1976 in der Nekropole des 6./5. Jhs. v. Chr.*, «Madrider Mitteilungen», 18, Heidelberg, 1977, pp. 93-97, con la bibliografía anterior.

<sup>45</sup> A diferencia de la cerámica ibérica de los siglos V-IV-III a.C., la púnica del Cerro del Mar presenta muchas veces una pintura que se pierde fácilmente al ser frotada o mojada.

<sup>46</sup> En relación con el problema de estas cerámicas que venimos llamando de «bandas estrechas», pueden resumirse ciertas coincidencias, de sumo interés. Destacan, por ejemplo: la aparición de cerámicas ibéricas decoradas de esta manera; la presencia de cerámicas fenicias que adoptan la misma norma a partir de principios del siglo VI a.C. y la llegada a la Península de cerámicas griegas con bandas de anchura igualmente limitada. En casos en que la bicromía se gana a base del color rojo y delimitantes negruzcos queda claro que la relación entre tradición fenicia y orígenes de la cerámica ibérica queda clara. No resulta así cuando el hecho ocurre en zonas próximas a la costa, donde las mismas cerámicas fenicias se hallaban muchas veces «influenciadas» por el contacto con los griegos.

<sup>47</sup> Comparar por ejemplo con algunos perfiles de cerámicas presentados en Arteaga y Serna, op. cit. *supra*, nota 2, pp. 70-72 y lám. 33, entros otros.

<sup>48</sup> Para la ubicación de estas formas avanzadas (período de afianzamiento señalado en la nota 18) con respecto a las formas del momento anterior (fases coloniales referidas en la nota 17), ver el problema del barniz rojo en general remarcado en A. Arribas, O. Arteaga, *El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalquivir (Málaga)*, «Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada», 2, 1975. Para la cronología de los platos fenicios occidentales ver sobre todo H. Schubart, *Westphönizische Teller*, «Riv. di Studi Fenici», 4, 1976, 179 ss. La estratificación y fechación de platos hasta mediados del siglo IV a.C. en Arteaga, op. cit. *supra*, nota 25, fig. 3. Algunas formas imitando cerámica campaniense del siglo III a.C., conocidas en la zona malagueña, pudieran marcar un tope más avanzado para la utilización del engobe rojo.

<sup>49</sup> Estas relaciones constituían una continuidad de las que se venían estableciendo anteriormente y no se quedaban limitadas al nordeste peninsular. A través del Sudeste y Levante pueden rastrearse hasta la Meseta Sur y Andalucía, coincidiendo de manera flagrante con la distribución que muestran las piezas escultóricas que se adscriben al arte ibérico, si bien con claras particularidades que entroncan con lo griego.

<sup>50</sup> Nos referimos al «Horizonte Ibérico Pleno», que puede ser fechado entre 450 y 350 a.C., aproximadamente.

<sup>51</sup> Muchos avances técnicos y culturales que se plasmaban durante el siglo V a.C., en la Alta Andalucía, fomentados sin duda por el contacto con los griegos, se propagaban luego hacia otras regiones de la Península. Este fenómeno marchaba paralelo con el encumbramiento de comunidades como las que se encontraban en los alrededores de Cástulo y Porcuna (Jaén), sin que hasta el presente haya sido valorado con la suficiente importancia que merece.

<sup>52</sup> En el momento en que llegan las últimas importaciones griegas al Cerro del Mar (segundo cuarto del s. IV a.C.) nos encontramos en los tiempos inmediatamente previos al tratado del 348 a.C., que es el que va a limitar las áreas de influencia comercial alrededor de Mastia. El sur para los púnicos, el norte para los griegos (que se alineaban con otros aliados de Roma).

<sup>53</sup> Ante la dificultad de saber la forma total de estas ánforas hemos preferido llamarlas Mañá A/B, aunque por algunos fondos y paredes encontrados parece que se trata de derivaciones propias de la Mañá «A».

<sup>54</sup> Si se puede sospechar que en estas fechas muchas de estas ánforas contenían

vino o aceite, en el caso que sea, se están dando pasos hacia la interpretación de que existían cultivos de la vid y del olivo bastante generalizados.

<sup>55</sup> De la misma manera, tampoco parece improbable pensar que desde los siglos VI a.C. y V a.C. no se hubieran comenzado a sentar las bases de las futuras producciones derivadas de la utilización racional de las salinas y de la pesca.

<sup>56</sup> Estos problemas han sido tratados de manera general en el Simposio sobre los Orígenes del Mundo Ibérico, celebrado en Barcelona y Ampurias, en la primavera de 1977.

<sup>57</sup> No contamos con un estudio comparativo de todas las ánforas peninsulares prerromanas. En el estado actual de la investigación se continúa manejando el trabajo de J. M. Maña, *Sobre tipología de Anforas Púnicas*, «IV Congr. Arq. del Sudeste», Alcoy, 1950, Cartagena, 1951, pp. 203-210, que sin duda resulta válido de cara a la diferenciación tipológica de algunas ánforas, pero no para la seriación cronológica de todas las variantes que se conocen.

<sup>58</sup> Una buena fecha para las ánforas tipo Maña «A» más antiguas se desprende de las excavaciones de Ampurias, así como también de algunas asociaciones documentadas en el Sur de Francia, con cerámicas griegas y etruscas. Ver al respecto M. Almagro Basch, *Tipología y cronología de las ánforas griegas en Ampurias*, «I Congreso Arqueológico del Marruecos Español», Tetuán, 1953, Tetuán, 1954, pp. 289-295; Y. Solier, *Cerámiques puniques et ibéro-puniques sur le littoral du Languedoc du VIème siècle au début du IIème siècle avant J.C.*, «Omaggio a Fernand Benoit, II, Rivista di Studi Liguri», Bordighera, 1972, pp. 132-133.

<sup>59</sup> Nos referimos al ánfora común en todos los yacimientos fenicios del Mediterráneo Occidental, de remoto origen cananeo.

<sup>60</sup> Durante la segunda mitad del siglo VII a.C. las ánforas fenicias se propagan de Sur a Norte, alcanzando Cataluña y el Languedoc Occidental. Desaparecen del mercado a partir del primer tercio del siglo VI a.C., cuando se ven suplantadas por las ánforas tipo Maña «A» más antiguas, que en principio parece que también tenían una procedencia meridional.

<sup>61</sup> Las relaciones comerciales llevadas a cabo, de manera pacífica, durante finales del siglo VII y principios del VI a.C., no pueden ponerse en duda. Incluso puede apreciarse como algunas cerámicas fenicias llegaban a imitar formas griegas, en el momento en que los elementos focenses representaban un importante papel en Occidente, incluyendo las costas meridionales. En un primer momento circulaban en los intercambios las ánforas carenadas (citadas en la nota 59), mientras que a partir del 580 a.C. lo hacían las tipo Maña «A» más antiguas. Este dato resulta sumamente revelador, sobre todo pensando que la distribución de ambos elementos llegaba hasta los alrededores de Ampurias y como mucho hasta el Languedoc Occidental, teniendo mucha menor importancia en la zona de Marsella.

<sup>62</sup> Se trata sobre todo de imitaciones de la forma 23 de Lamboglia.

<sup>63</sup> Sin llegar a una revisión exhaustiva puede decirse que imitaciones como las del Cerro del Mar, sobre formas de la campaniense del siglo III a.C., no son extrañas en los ambientes púnicos del Mediterráneo Occidental. Ver por ejemplo lo dicho en M. Tarradell, *Marruecos Púnico*, Tetuán, 1960, p. 82, fig. 12 (procedencia: Emsa); J. P. Morel, *Kerkouane. Ville punique du Cap Bon: Remarques archéologiques et historiques*, «Mélanges de l'École Française de Rome», 81, 1969, fig. 36.e; M. Ponsich, *Les céramiques d'imitation: la campanienne de Kouass*, «Arch. Esp. Arq.», 42, 1969, figs. 3-4; M. del Amo, *La cerámica campaniense de importación y las imitaciones campanienses de Ibiza*, en «Trabajos de Prehistoria», 27, Madrid, 1970, pp. 201-244, fig. 3, etc.

<sup>64</sup> Arteaga, *op. cit. supra*, nota 25.

<sup>65</sup> Para la cerámica protocampaniense se desprende una cronología alrededor de la primera mitad del siglo III a.C. Ver al respecto J. P. Morel, *Études de céramique campanienne, I. L'atelier des petites estampilles*, «Mélanges de l'École Française de Rome», 81, 1969, 59-117. Para la Península Ibérica ver el estado de la cuestión en E. Sanmartí Grego, *El taller de las pequeñas estampillas en la Península Ibérica*, «Ampurias», 35, Barcelona, 1973, pp. 135-173 (ver mapa de distribución).

<sup>66</sup> La aparición de la campaniense «A» se coloca a partir del 250/225 a.C. en adelante. Ello no quiere decir que la propagación de su comercio funcione en todo el Mediterráneo desde entonces. Las generalidades y puntualizaciones referidas a esta cerámica pueden seguirse a través de lo dicho en N. Lamboglia, *Gli scavi di Albintimilium e la*

*cronologia della ceramica romana*, Bordighera, 1950, p. 65; J. P. Morel, *Notes sur céramique étrusco-campanienne: vases à vernis noir de Sardaigne et d'Arezzo*, «Mélanges de l'École Française de Rome», 75, 1963, pp. 7-58, sobre todo pp. 15-16; ídem, *Céramique à vernis noir du Maroc*, «Antiquités Africaines», 2, 1968, pp. 55-76, sobre todo p. 57.

<sup>67</sup> En la campaña de 1978, aunque no salió tanto material campaniense, parece corroborarse lo observado en la campaña de 1966.

<sup>78</sup> Las cronologías del momento tendrían que concordar con las últimas cerámicas áticas de barniz negro y precampanienses, con un tope hacia fines del siglo IV a.C.

<sup>68</sup> Siglo apropiado para confrontar de cara al Occidente del Mediterráneo los problemas relacionados con la difusión de la cerámica protocampaniense, durante su primera mitad, y con la propia de la cerámica campaniense «A» más antigua, durante la segunda.

<sup>70</sup> Los sucesos que se remarcan con el hecho de las Guerras Púnicas pueden hacerse girar, por lo pronto, alrededor de los años 264/241 a.C. y 218/206 a.C., tratando de conciliar los datos de la arqueología con los que aportan las fuentes escritas, aunque solo sea de una manera provisional. Es decir, antes de intentar matizaciones por áreas y precisiones más complejas.

<sup>71</sup> El tratado del 348 a.C., como bien se comprende, no hacía otra cosa que concretar lo que ya se traducía en los tiempos del tratado del 509 a.C., cuando las actividades griegas anteriores al cierre del Estrecho por los púnicos se habían venido concretando a través de los puertos levantinos y del Sudeste, siendo éste un indicio de que las relaciones mantenidas entre fenicios y focenses, hasta comienzos de la segunda mitad del VI a.C., habían cambiado de signo. Ya hemos dicho que los intereses griegos se proyectaban hacia la Meseta Sur y hacia Andalucía. Por lo mismo vemos como la actuación de Amílcar, en torno a los puertos allicantinos, también servía para estorbar aquellas relaciones. La noticia de un régulo oretano apoyando a los habitantes de Elche puede cobrar así mayores posibilidades de certeza, pues no sólo quedaban afectados los intereses «exteriores» sino también los de algunas comunidades ibéricas comprometidas en el mantenimiento de los mismos. Acaso por los puertos situados al norte del Peñón de Ifach hubieran continuado los contactos con el interior, e incluso acrecentados a partir de la presencia del caudillo púnico en las cuencas del Segura y del Vinalopó. Si ello fue así, podríamos encontrarnos con la posibilidad de sospechar la importancia de Sagunto, en un lugar tan estratégico de la ruta Liria-Casinos, con respecto al mar.

<sup>72</sup> Es importante la labor que en tal sentido viene realizando entre nosotros el Dr. E. Sanmartí, siguiendo las directrices del profesor J. P. Morel en este tipo de investigaciones. Ver recientemente E. Sanmartí Grego, *La cerámica campaniense de Emporion y Rhode*, I, «Monografías Emporitanes», IV, Tom. I, Barcelona, 1978.

<sup>73</sup> Los intentos comparativos que aquí llevamos a cabo con relación a las ánforas púnicas, por lo tanto, no deben considerarse totalmente maduros. Hace falta un mayor número de datos estratigráficos, de cara al Mediterráneo Occidental, antes de poder cerrar decisivamente conclusiones.

<sup>74</sup> Fueron dadas a conocer en A. García Bellido, *Novedades Arqueológicas de la Provincia de Málaga*, «Arch. Esp., Arq.», 36, Madrid, 1963, El primer estudio detallado se debe sin embargo a R. Pascual Guasch, *Un nuevo tipo de ánfora púnica*, «Arch. Esp. Arq.», 42, Madrid, 1969, pp. 12-19. En el yacimiento norafriicano de Kuass se fechan con seguridad en el siglo III a.C., como ocurre en el Cerro del Mar. Sin embargo, sabemos que existen algunas variantes, pero no si se hallaban escalonadas en el tiempo. Algunos autores opinan que pudieron haber arrancado desde el siglo IV a.C., pero tampoco hay pruebas para adoptar una postura contraria, como no la hay para asegurar el momento en que desaparecieron del mercado. Este último dato resultaría de vital importancia, de cara a saber si tuvieron un momento de confrontación con las ánforas púnicas de cuerpo cilíndrico: si bien esto parece desprenderse de la cronología del IV-III a.C. que estas últimas vienen recibiendo, por parte de algunos estudiosos.

<sup>75</sup> Por lo menos los ejemplos más numerosos vienen apareciendo hasta el presente en yacimientos relacionados con lo púnico occidental. A la recopilación dada por Pascual Guasch (*Arch. Esp., Arq.*, 42) hemos de añadir por nuestra parte la existencia de estas ánforas en la Vega de Mena (núcleo de poblado sin excavar, vecino al Cerro del Mar), en el Morro de la Mazquitilla (un ejemplar rescatado por el Prof. H. G. Nieme-

yer, actualmente en el Museo de Málaga, que parece haberse hallado junto con un plato imitando la forma 23 de Lamboglia, lo cual vendría bien para confirmar la cronología de los fragmentos estratificados en nuestro yacimiento). Por último queremos apuntar la existencia de otros ocho ejemplares, que hemos podido observar en el material fotográfico mostrado por sus descubridores. Según información obtenida de uno de ellos parece que se trata de un pecio hundido frente al citado yacimiento del Morro de la Mezquitilla.

<sup>76</sup> A falta de material comparativo más amplio, como decimos en la nota 74, esto no se puede negar rotundamente.

<sup>77</sup> Sanmartí, *El taller de las pequeñas estampillas...*, op. cit. *supra*, nota 65.

<sup>78</sup> Corrientemente se vienen fechando, por ejemplo en Cartago y en Ampurias, en los siglos IV-III a.C.

<sup>79</sup> El programa militar de Amílcar encerraba connotaciones económicas. Debía conseguir la explotación sistemática de los recursos peninsulares, para poder cumplir con lo que le había confiado el gobierno cartaginés, en beneficio del estado púnico. Directamente, la dominación del sur peninsular perjudicaba los intereses de los «aliados de Roma», puesto que ellos controlaban el floreciente comercio que se llevaba a cabo entre las costas levantias y la Alta Andalucía.

<sup>80</sup> Aquí no podemos extendernos en un análisis más detallado. Sin embargo, no queremos dejar de subrayar que las campañas militares ocultan un trasfondo socio-económico, tanto en los hechos de resistencia asumidos por parte de algunas comunidades ibéricas, como en los de acatamiento asumidos por otras.

<sup>81</sup> Después de la «dominación» de Andalucía, Amílcar concentra sus esfuerzos estratégicos en torno en Akra Leuka. Es decir, cerca de la costa, al lado de uno de los puertos que servían al mercado greco-ibérico. Otro hecho que debe ponerse en relación con las dificultades creadas por esta estrategia es sin duda el del apoyo brindado por Orisson, el rey oretano (zona de explotación minera importante) a los iberos de la ciudad de «Helike», sitiada por el caudillo púnico, en la ruta comercial entre Andalucía y los puertos alicantinos.

<sup>82</sup> Después de la actuación militar de Amílcar, su sucesor, Asdrúbal, combina lo militar con la diplomacia. Antes de las *conquistas* de Aníbal, la política de Asdrúbal había alcanzado indudables éxitos. Además de casarse con la hija de uno de los rémulos, como hace Aníbal, había sido nombrado por los mismos iberos *Strategós Autokrátor*.

<sup>83</sup> Durante la actuación cartaginesa en la Península la economía de su estado se había ido saneando, hasta tal punto que por entonces se inician en Cartago las acuñaciones de grandes piezas de plata. La minería de los alrededores de Cartagena y de Cástulo se hallaba bajo el control púnico. La mina *Baebelo*, cerca de Cástulo, daba a Aníbal 300 libras de plata cada día.

<sup>84</sup> Es interesante observar la localización de estas dos cecas, en relación con la política económica del momento y en comparación con las que funcionan después de la Segunda Guerra Púnica.

<sup>85</sup> Las guerras de Sicilia y los problemas referidos a tierras de la Península Ibérica no deben ser considerados como hechos totalmente independientes. La misma participación de los elementos ibéricos en Sicilia, escalonada desde finales del siglo VI hasta las Guerras Púnicas sirve para comprobar que las comunidades peninsulares no se mostraban indiferentes ante los conflictos mediterráneos. Posiblemente la participación de estos mercenarios ibéricos encerraba otro interés, que no solo el personal afán de lucro.

<sup>86</sup> No se trata, por lo que venimos viendo, de un único momento conflictivo en la Península, sino de varios sucesos, a veces críticos, concatenados a través de los siglos V-IV y III a.C.

<sup>87</sup> Los sucesos peninsulares acaecidos entre 509 y 350 a.C., por poner unas fechas, observan muchas veces connotaciones ideológicas y se plasman en algunos hechos de violencia, aunque ello no quede reflejado suficientemente en las fuentes escritas, por razones que aquí no compete discutir. Aunque corren paralelos con lo que ocurría entre fechas como las de Himera (480 a.C.), Selinunte (409 a.C.), Akragas (406 a.C.), Siracusa (405/404 a.C. Y 397/395 a.C.), Krimisos (341 a.C.), etc., tiene su momento álgido a finales del siglo V a.C. Durante la segunda mitad de este siglo se aprecia una reestructuración del poblamiento ibérico, con claras preocupaciones defensivas,

sobre todo en la mayoría de las áreas que podían verse afectadas por los hechos que aquí venimos señalando. También ocurren destrucciones sistemáticas de necrópolis y de monumentos que reflejan la importancia que habían venido teniendo las relaciones con los griegos. Hace falta tener en cuenta la panorámica amplia de tales conflictos, para no achacarlos siempre a la actuación militar de los Barcas, sino también a actuaciones anteriores, llevadas a cabo por los «aliados» de los bandos contendientes también.

<sup>88</sup> Las argumentaciones que ahora tratamos de exponer sirven al mismo tiempo para llamar la atención sobre este particular.

<sup>89</sup> En las excavaciones de 1978 el Dr. Garner pudo detectar la presencia de un horno de fundición, en relación con estos estratos.

<sup>90</sup> Ver en el caso concreto de la zona de Torre del Mar el cuadro cronológico que se obtiene al respecto (fig. 13 de este trabajo).

<sup>91</sup> Con relación a las tierras africanas más próximas al Cerro del Mar puede verse, entre otras obras: Tarradell, *Marruecos Púnico...*, op. cit. *supra*, nota 63; G. Vuillemot, *Reconnaissances aux Échelles Puniqes d'Oranie*, Autun, 1965.

<sup>92</sup> En las actas de esta misma Mesa Redonda se presentan materiales referidos a la cultura ibérica tardía.

<sup>93</sup> Ver lo dicho con gran acierto por Tarradell, *Marruecos Púnico*, op. cit. *supra*, nota 63, p. 249.

<sup>94</sup> Ver mapa de distribución en Guadan, *Numismática...*, op. cit. *supra*, nota 14, entre pp. 150 y la 151, así como también el mapa intercalado entre pp. 160 y 161, con la inclusión de Abdera.

<sup>95</sup> Entre otros, ver lo dicho en *obrs. cit.* nota 14.

<sup>96</sup> Este fenómeno, reflejado también con la extensión de la vida urbana a lugares no estrictamente costeros, ha sido remarcado suficientemente por Tarradell, *Marruecos Púnico*, op. cit. *supra*, nota 63, pp. 325-327.

<sup>97</sup> Es importante recordar que Magón, el hermano de Aníbal, después de fracasar en su intento de recuperar la plaza de Cartagena, trata de volver a Cádiz sin conseguirlo porque los gaditanos le cierran las puertas, demostrando un claro interés particular. La ciudad, que había quedado como un último reducto del imperio cartaginés, se entrega de manera pacífica a los romanos.

<sup>98</sup> La campaniense «B» aparece asociada a la campaniense «A» tardía, siendo esta última minoritaria.

<sup>99</sup> Las ánforas Maña «C» contenían al parecer «garum». Cerca de un ánfora rota de este tipo hemos documentado una buena cantidad de este producto. Si se puede asegurar este hecho también parece probable pensar que estos recipientes iban a ser suplantados por las Dressel 7-11, cuando las producciones occidentales entran de lleno en la época imperial. Anteriormente habían circulado en los intercambios, entre Italia y la Península, como contrapartida de las cerámicas campanienses y de alguna manera se entrecruzaban con el comercio de los vinos itálicos (ánforas Dressel 1, Lamboglia 1B) y greco-itálicos. Lo apuntado por el profesor Tarradell, con respecto a las marcas observadas en ánforas de Melilla, cobra para nosotros un interés inusitado. Un análisis detenido de estas ánforas podría permitir la matización de distintas fases de circulación y relación, antes de la época de Augusto y después de la Segunda Guerra Púnica.

<sup>100</sup> Ello demuestra la existencia de un comercio interior y de elaboraciones «in situ».

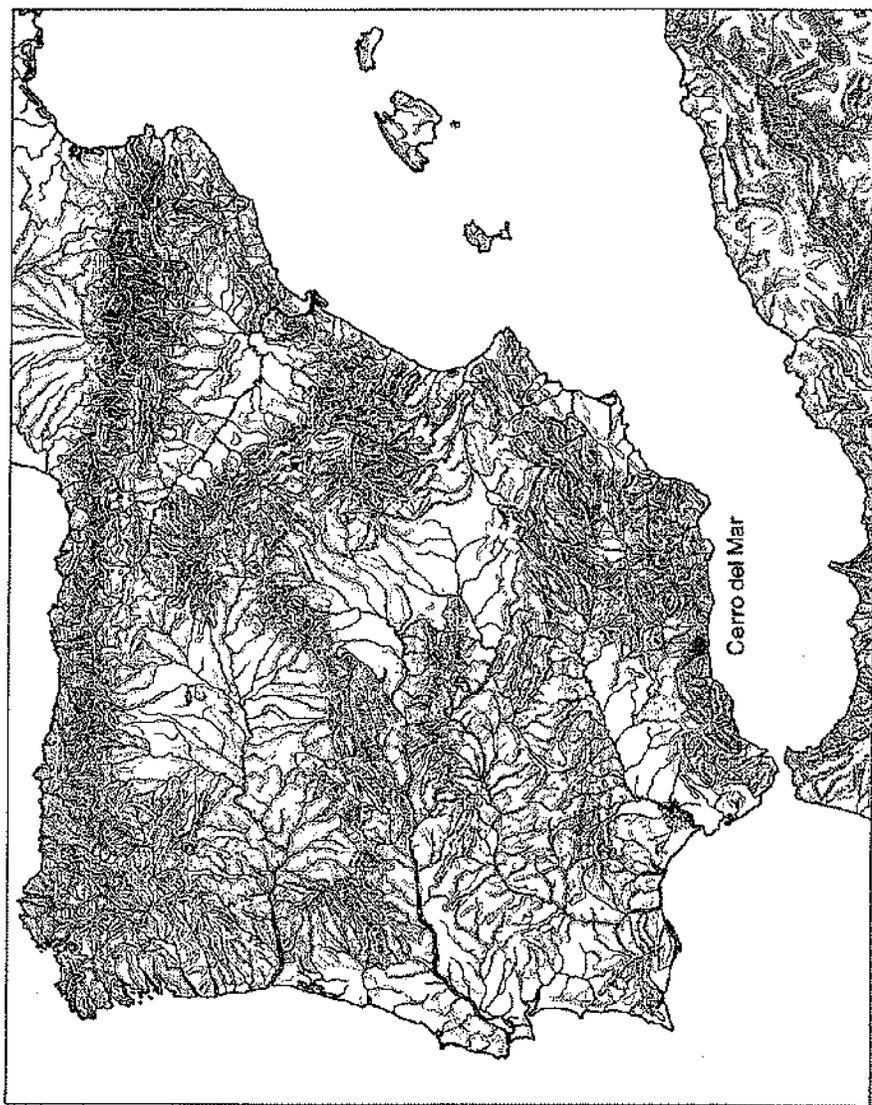
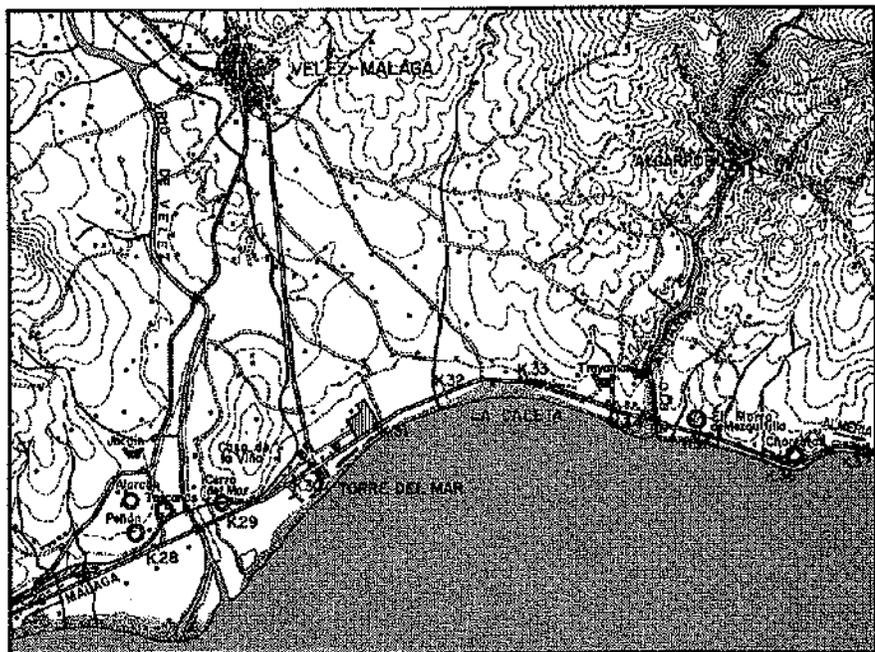


Fig. 1. El Cerro del Mar, en la costa meridional de la Península Ibérica.



Fig. 2. Los yacimientos excavados en las cercanías del Cerro del Mar (Bajo Vélez).



0 500 1000 2000 3000 4000 5000 10000m.

Fig. 3. Los yacimientos fenicio-púnicos excavados en los alrededores de Torre del Mar (Bajo Vélez y Bajo Alagarrobo).

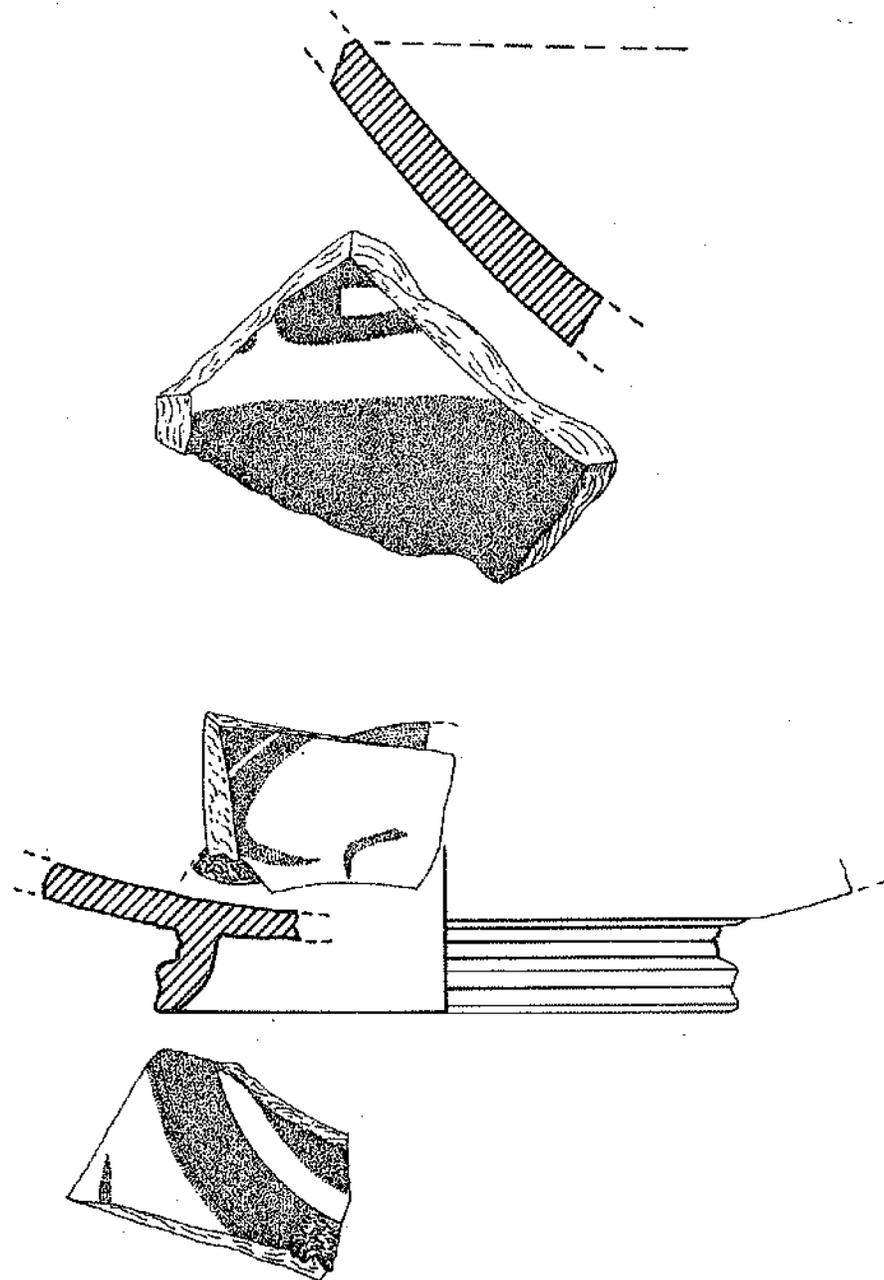


Fig. 4. Cerámica de figuras rojas (campaña de 1978).

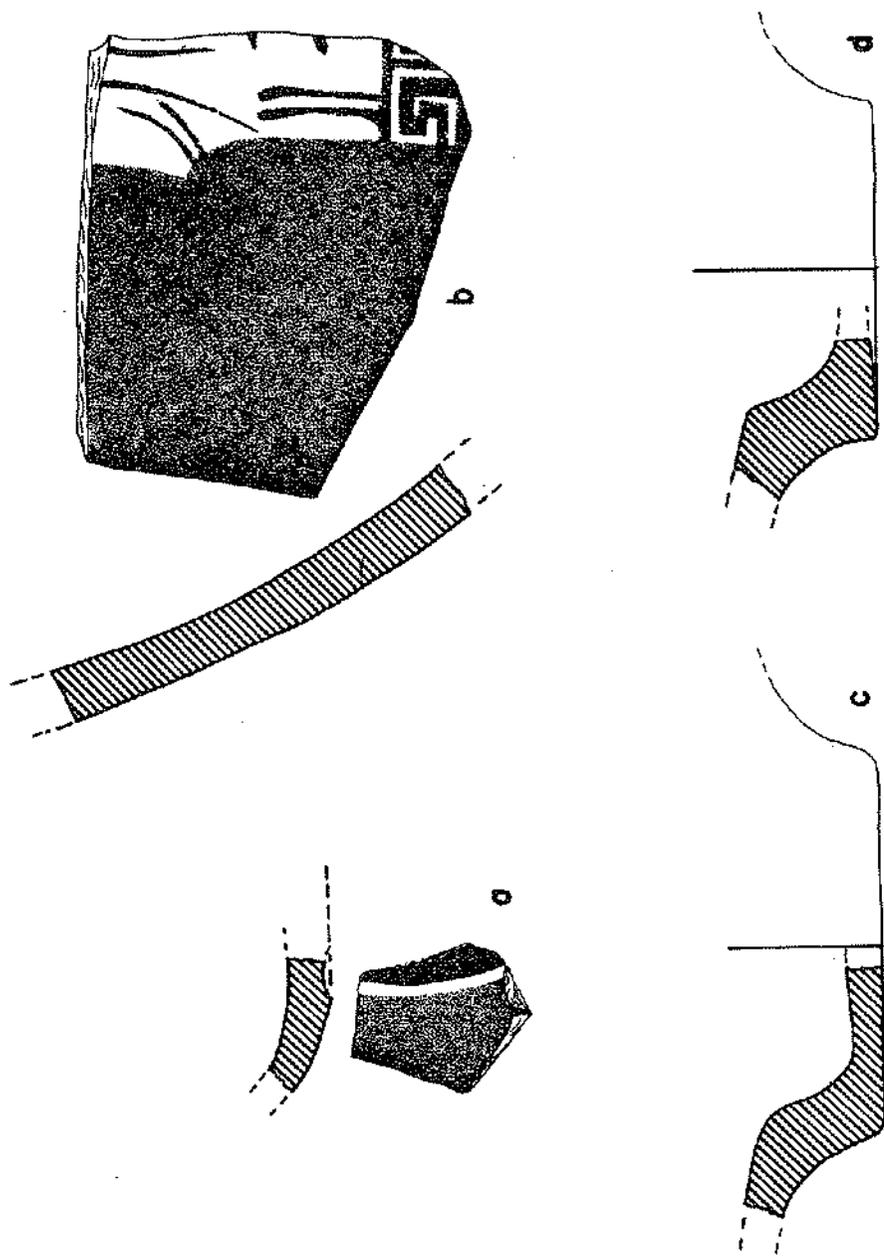


Fig. 5. Cerámicas de figuras rojas y platos de «engobe rojo» (campana de 1976).

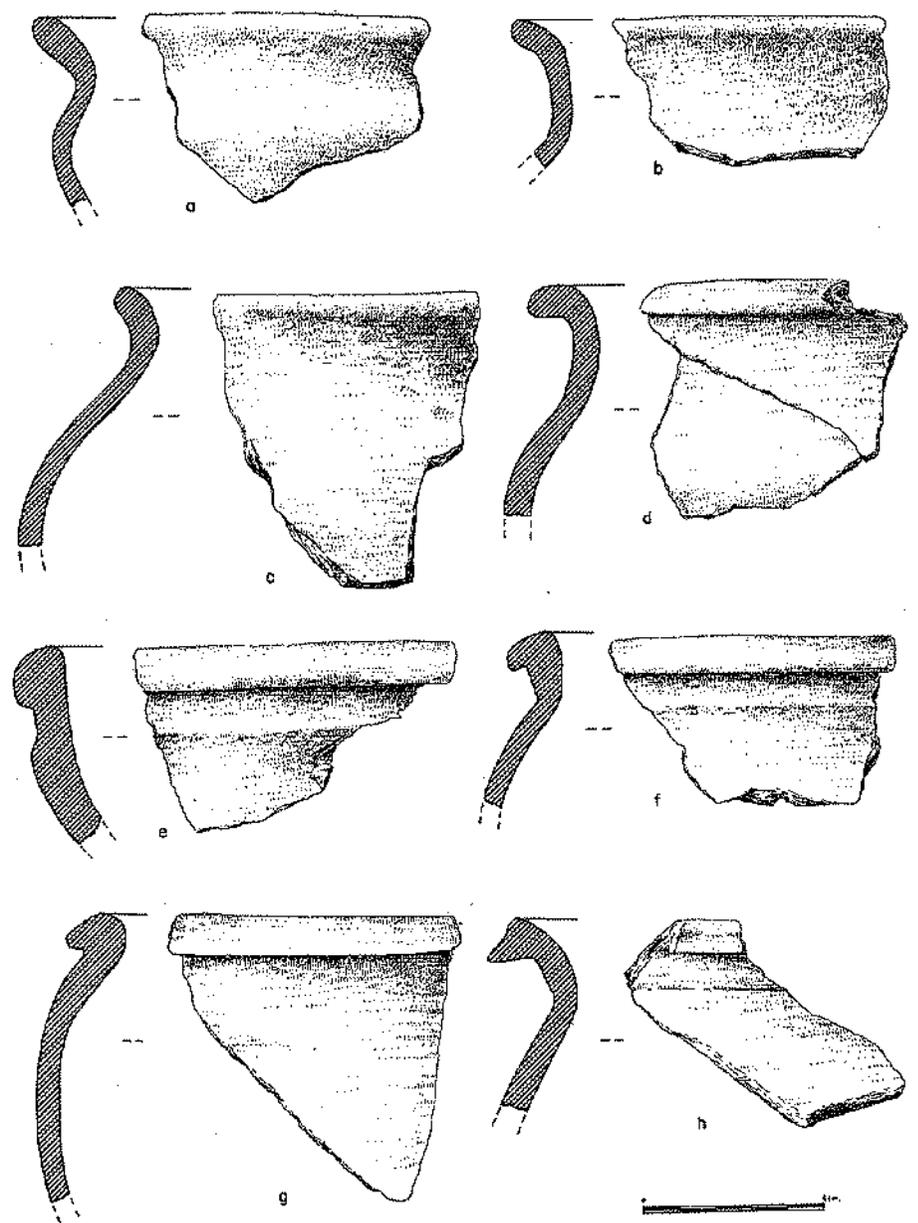


Fig. 6. Cerámica púnica de pasta clara.

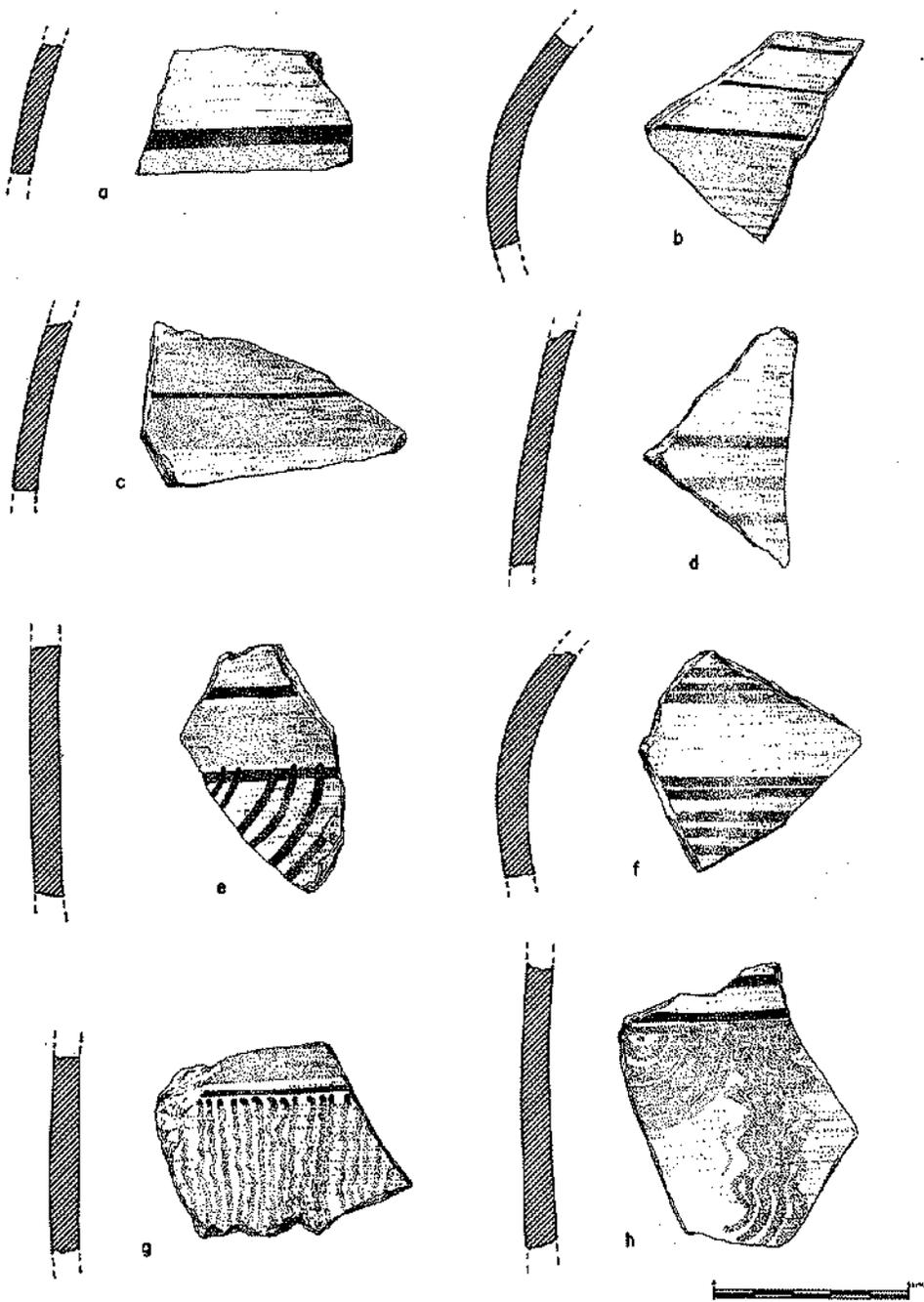


Fig. 7. Cerámica pintada del Cerro del Mar.

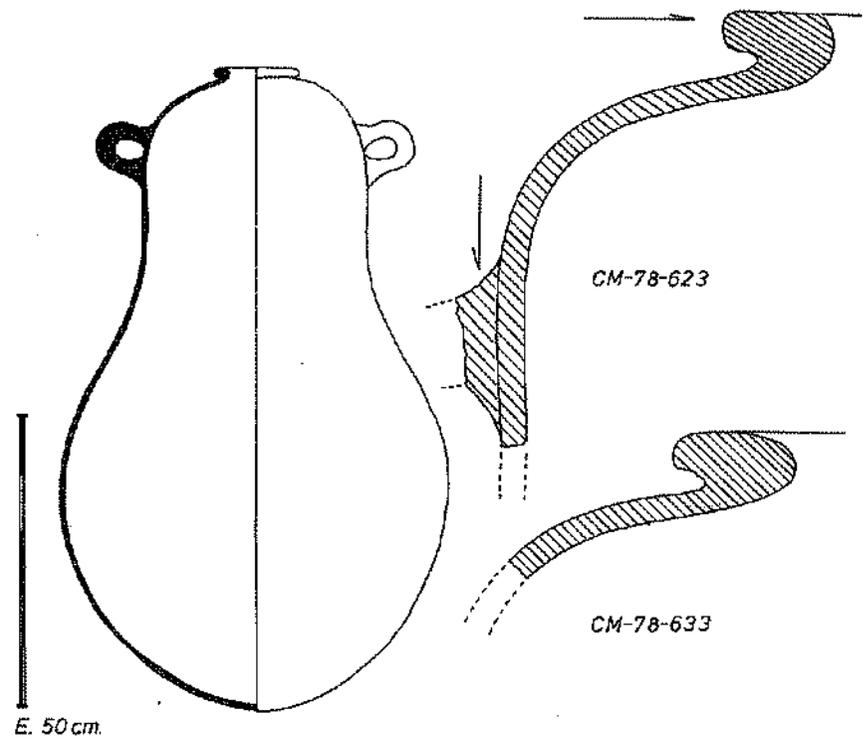


Fig. 8. Fragmentos de ánfora tipo «Mañá-A».

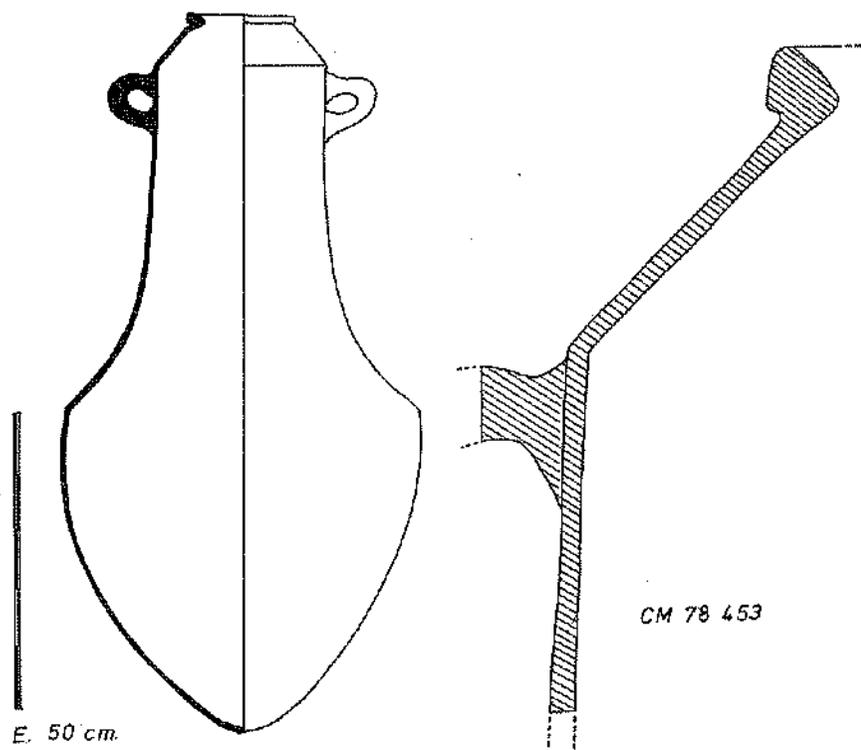


Fig. 9. Fragmentos de ánfora tipo «García Bellido».

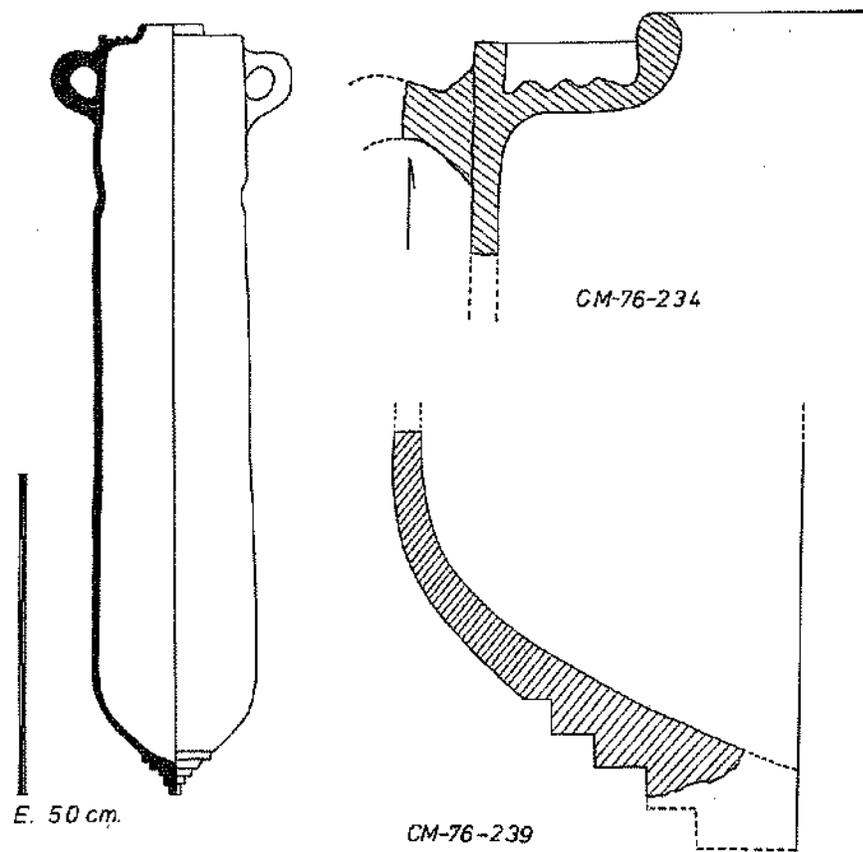


Fig. 10. Fragmentos de ánfora tipo «Mañá-D.».

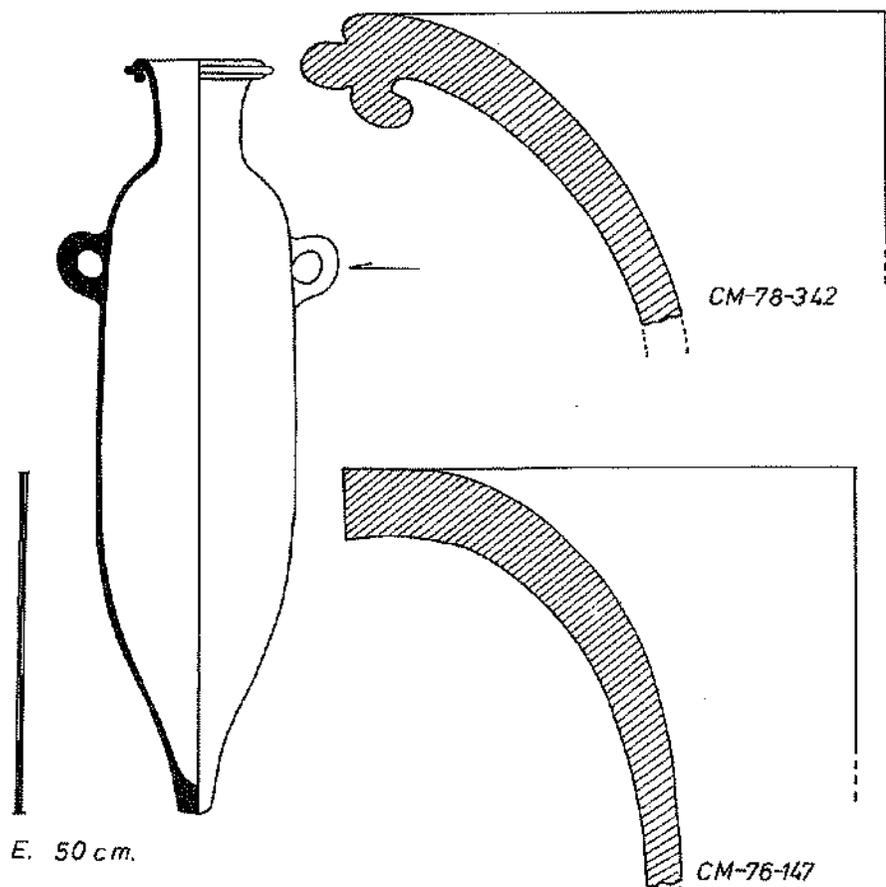


Fig. 11. Fragmentos de ánfora tipo «Mañá-C».

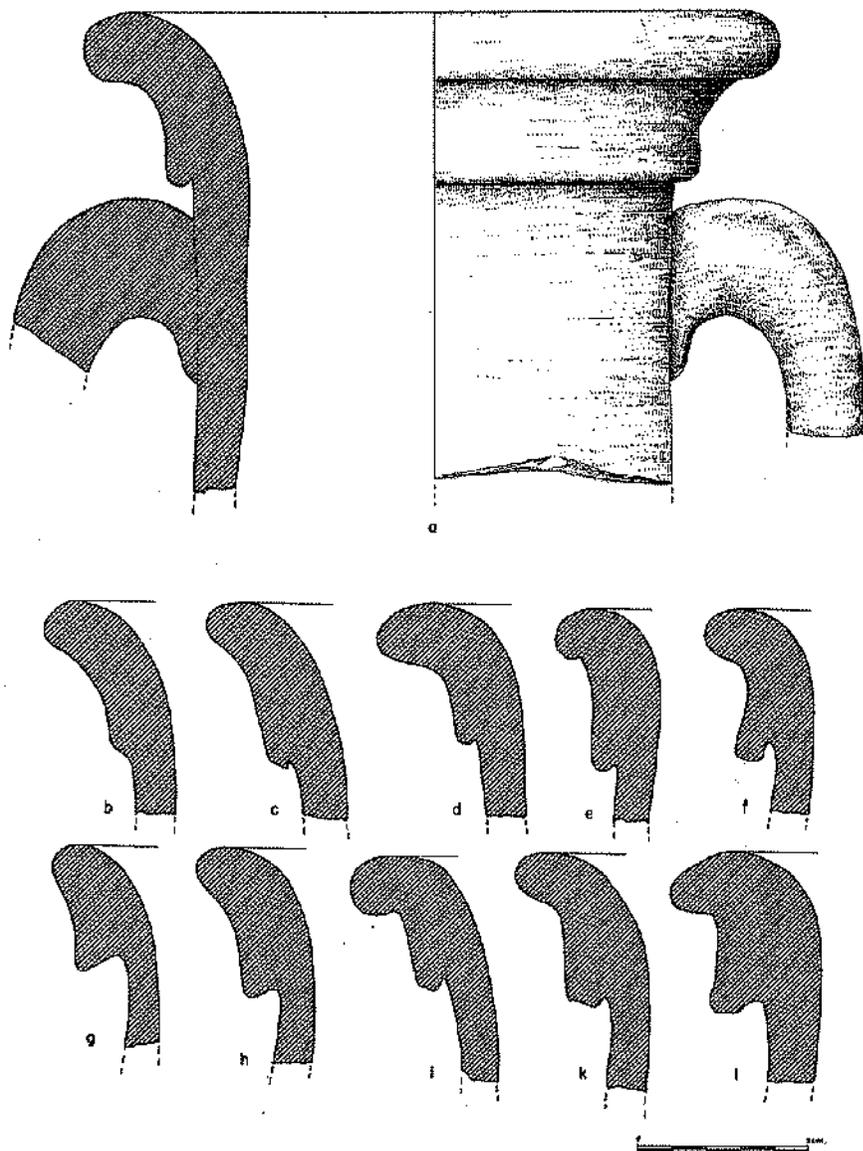


Fig. 12. Fragmentos de ánfora tipo «Dressel 7-11».

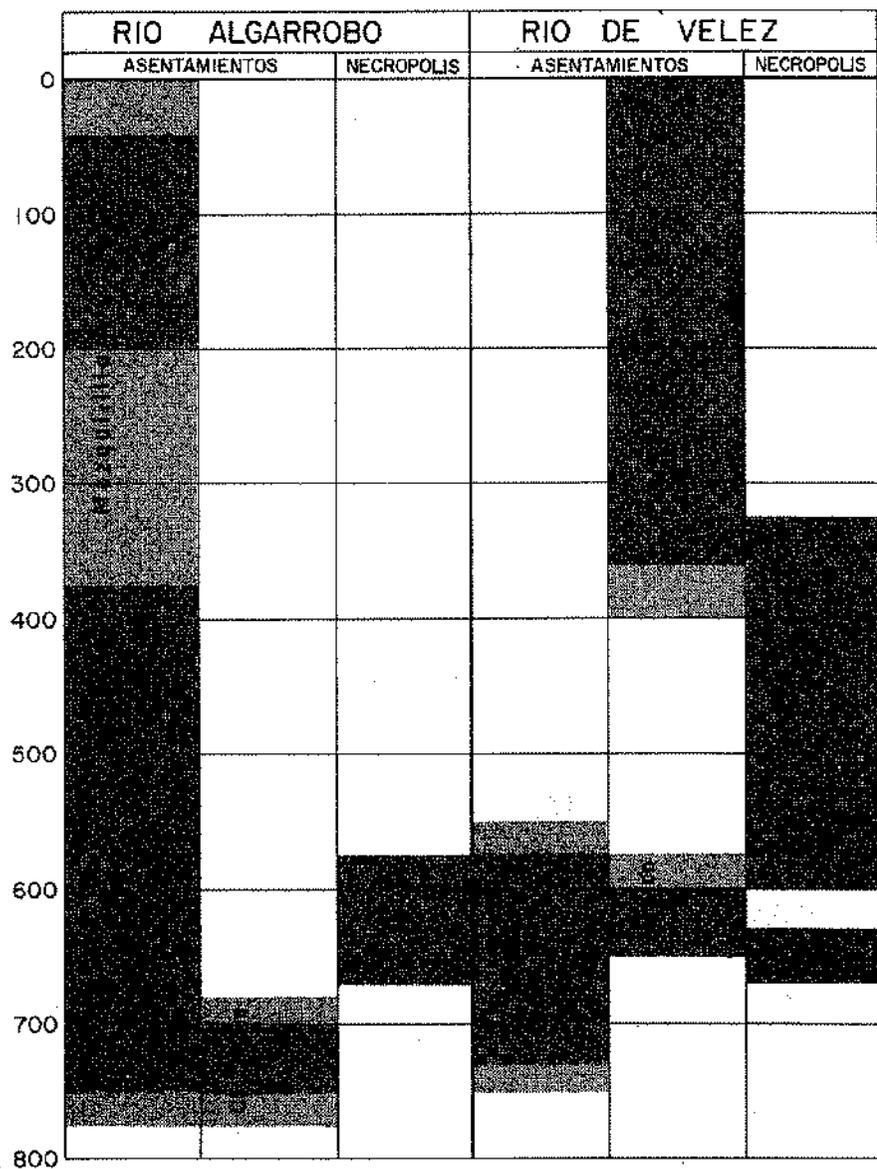


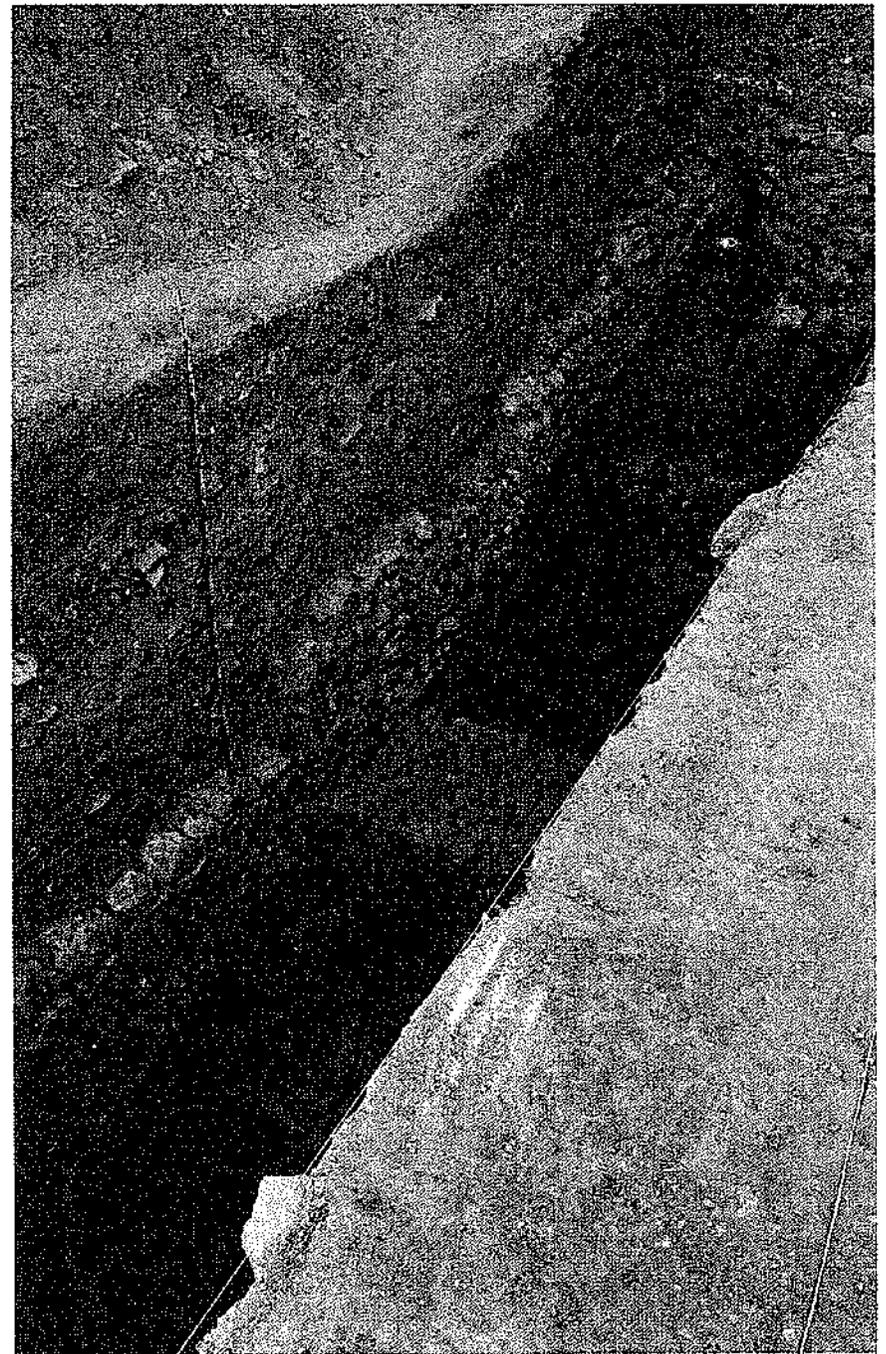
Fig. 13. Los siglos de la pervivencia fenicio-púnica según los resultados arqueológicos obtenidos en los alrededores de Torre del Mar (Málaga).



Lám. I. Los cortes de la campaña de 1976. En el primer plano, el corte 9 del Cerro del Mar.



Lám. II. El corte 9 del Cerro del Mar. Superposición de edificaciones de distintas épocas.



Lám. III. El corte 10 del Cerro del Mar. Primer plano del almacén de época romana imperial.



Lám. IV. El corte 9 del Cerro del Mar. Primer plano del almacén pre-augústeo.



Lám. V. El corte 10 del Cerro del Mar. Superposición del almacén de época imperial (derecha) al de las fases pre-augústeas (izquierda).

**LAS CERAMICAS DE BARNIZ NEGRO  
Y SU FUNCION DELIMITADORA DE LOS HORIZONTES  
IBERICOS TARDIOS (SIGLOS III-I a.C.)**

## **LAS CERAMICAS DE BARNIZ NEGRO Y SU FUNCION DELIMITADORA DE LOS HORIZONTES IBERICOS TARDIOS (SIGLOS III-I a.C.)**

Por E. SANMARTI GREGO

### **INTRODUCCION**

En el año 1961, en el marco de su trabajo sobre la estratigrafía comparada y cronología de los poblados ibéricos valencianos, el Prof. M. Tarradell escribía: «El problema de poder fechar con la mayor exactitud posible yacimientos y materiales es fundamental. La cronología no sólo es indispensable para comprender e interpretar cualquier fenómeno histórico, sino que (en este caso) es decisiva para poder decidir hasta qué punto el mundo ibérico es un reflejo del impacto de las colonizaciones prerromanas (griega y fenicio-púnica) o de las influencias romanas, posición esta última sostenida por algunos investigadores hace pocos años. No se trata, pues, de un mero problema erudito, sino de algo fundamental para el estudio de una civilización que representa un momento destacado del mundo mediterráneo antiguo en Occidente» y continuaba diciendo, unos párrafos después: «La aparición del estudio de Lamboglia, con sus divisiones de la campaniense en tres tipos, A, B y C, fechados, ha revolucionado el estudio de un mundo en el que faltan de un modo desesperante las precisiones cronológicas. Es posible, incluso muy probable, que con el tiempo, y disponiendo de mayores elementos de información, la datación de la campaniense hoy en uso pueda afinarse más. Pero lo que puede darse como sentado es que, en líneas generales estamos ante unas fechas para cada tipo que parecen sólidas. La campaniense aparece con mayor o menor abundancia en todos los yacimientos ibéricos, con frecuencia en grandes cantidades, cosa que, en un ambiente en que las fechas a través del material indígena son tan difíciles de obtener, constituye un dato precioso.»

Estas frases del Prof. Tarradell, pueden sin duda ser tomadas como una excelente referencia introductoria a nuestra ponencia, pues en ellas están concentrados los principales aspectos que tendremos que tocar en la misma y que tomados como punto de partida incitan a preguntarse, en primer lugar, hasta qué punto la cerámica campaniense sigue teniendo un valor cronológico importante para la arqueología ibérica desde el siglo III en adelante; después, y en segundo lugar, en qué medida el progreso de su estudio ha permitido afinar más en lo concerniente a las precisiones cronológicas relativas a las grandes producciones de difusión internacional (A, B y en menor medida C). Por último, y superando el marco demasiado estrecho de las producciones definidas por N. Lamboglia, que el texto de Tarradell también refleja, debemos cuestionar si la evolución del estudio de la cerámica de barniz negro hallado tanto en Italia como en el extremo occidental del *Mare Nostrum* ha permitido detectar nuevas producciones que, en alguna medida, hayan podido ser de alguna ayuda en relación al problema de la cronología de ellas mismas y de los yacimientos peninsulares en los que hayan podido ser encontradas.

Nuestra exposición debutará por la última de nuestras preguntas en la seguridad de que al llegar a la primera que hemos formulado, ésta tendrá una respuesta afirmativa que será corolario de las anteriores.

## 1. EL PROBLEMA DE LAS PRODUCCIONES DEL SIGLO III ANTERIORES A LA CAMPANIENSE A

La tendencia manifiesta a partir de la aparición del trabajo de Jean-Paul Morel sobre la cerámica campaniense de Cerdeña y Arezzo, aparecido en 1963, de restringir el término de campaniense A a la cerámica producida en Ischia y en las riberas del Golfo de Nápoles para la exportación a Occidente, dotada de unas características intrínsecas, sobre todo en lo relativo a pasta y barniz, unívocas e irrepetibles, hizo que poco a poco se impusiera una óptica nueva que permitió ver que en la *Classificazione preliminare* se habían clasificado como campaniense A, dándoles número de forma, vasos de pasta más o menos rojiza que ni por sus características de pasta, barniz o decoración, ni por su lugar de origen, ni por su cronología podían ser colocados dentro de la producción fabricada en el Golfo de Nápoles (Lamboglia, 1952). Tal ocurrió con los vasos de la forma

Lamboglia 27a y 27b, que, como demostró Morel en 1969, pertenecían a un centro de producción ubicado en la misma ciudad de Roma o en la zona del Lacio que estuvo activo durante la primera mitad del siglo III.

### 1.1. Producciones itálicas

#### 1.1.1. *El taller de las pequeñas estampillas*

Este taller, que trabajó, según las más recientes investigaciones, hacia el  $285 \pm 20$  (Morel, 1978), fabricó sobre todo copas de la forma Lamboglia 27a y 27b decoradas con rosetas o palmetas múltiples en relieve y con la particularidad de que las palmetas se imprimían todas ellas en la misma dirección según ejes paralelos, lo cual contrasta con las de la campaniense A posterior, que siempre son radiales (Morel, 1969). La importancia de esta producción estriba en el hecho de que fue exportada por vía marítima hacia las costas del Golfo de León y de la Península Ibérica, lo cual la convierte en un instrumento de trabajo importantísimo a la hora de fechar nuestros yacimientos indígenas (Sanmartí, 1973). De otra parte, el hecho de que el límite meridional de su expansión en la Península parezca, por ahora, quedar situado en la zona murciana, nos ha hecho suponer que no progresó más hacia el Sur por no permitirlo el tratado romano-cartaginés del 348 a.C., que fijaba el límite de la influencia de Roma y de sus aliados en la Península en *Mastia Tarseion* (Cartagena) (Sanmartí, 1973).

Por otra parte, el conocimiento de la existencia de restos de este taller en el extremo Occidente ha sido del mayor interés puesto que por su asociación a otros materiales de barniz negro, singularmente en la necrópolis de Ensérune (Mouret, 1927; Gallet de Santerre, 1968) y de estratigrafía de la Ciudadela de Roses, ha permitido fechar ciertas producciones de cerámicas barnizadas de negro producidas en esta última localidad y que le son contemporáneas.

### 1.2. Producciones occidentales

#### 1.2.1. *El taller de las páteras de tres palmetas radiales*

Hace ya algunos años tuvimos la suerte de poder estudiar los materiales de barniz negro hallados por el Prof. J. Maluquer de

Motes en sus excavaciones de la Ciudadela de Roses. Estos materiales, procedentes del estrato 3 de su excavación, eran de aspecto muy antiguo y se componían únicamente de restos del taller de las pequeñas estampillas, de fragmentos muy abundantes de vasos, singularmente de las formas Lamboglia 26c y 27a y 27b (plato y copa), algunos de ellos deformados por la acción de una cocción demasiado intensa; de buen número de platos y copas de los talleres occidentales Nikia-Iwn.c; restos menores de algunas producciones de las que más adelante daremos cuenta y de unos pocos fragmentos de campaniense A muy antigua.

El análisis de estos materiales permitió aislar una producción de cerámica de barniz negro fabricada en *Rhode* a lo largo de los tres primeros cuartos del siglo III con un momento álgido hacia el 250 a.C. y a la que denominaremos taller de las páteras de tres palmetas radiales (Sanmartí, 1978). Este taller fabricó las formas Lamboglia 21d, 23, 24b, 25a, 24B, 25B, 26c, 27a, 27b, 28a, 31, 34, 36, 40, en sus diversas variantes, 42C, 43b 43c, 44, 45 y 49, debiéndose advertir que muchos de los vasos utilizados por N. Lamboglia para ilustrar formas de la campaniense A, vasos que en su mayoría son de la necrópolis de Ensérune, (Mouret, 1927), pertenecen en realidad a este taller y son anteriores a la llegada de las primeras importaciones de campaniense A a las costas del Mediterráneo occidental. Esta *contaminación* del repertorio de la campaniense A con formas de vasos anteriores a ella ha contribuido a enmascarar durante largo tiempo la extremada originalidad de las producciones occidentales de Roses al hacer pensar que sus formas típicas pertenecían a la campaniense A. Esta «ocultación» hizo que hasta que no se pudieron estudiar los materiales del estrato 3 de la Ciudadela de Roses, asociados a pequeñas estampillas, con la presencia de un horno cerámico y piezas deformadas, estas cerámicas fueran consideradas por los investigadores pertenecientes a la campaniense A.

El taller fabricó sobre todo páteras de la forma Lamboglia 26c y copas de la forma Lamboglia 27a y b, con tres arcillas distintas: anaranjada, blanca o amarilla clara y roja agranada. Las páteras pueden estar decoradas con las tres palmetas radiales, en ocasiones impresas alrededor de un circulillo central, que dan nombre al taller o con grandes rosetas, también en relieve, que por regla general son de ocho pétalos; y las copas, que parecen imitaciones, en cuanto a la forma, de las del taller de las pequeñas estampillas, sólo presentan decoración de rosetas únicas, característica que las aleja de los

prototipos itálicos imitados, en los que las rosetas son múltiples.

Por lo que respecta a su origen y cronología, estamos persuadidos de que el taller de Roses fue la continuación en el siglo III de una producción precampaniense autóctona que debutó en el siglo IV, y que luego, modificado, trabajó desde el primer cuarto del siglo III hasta el tercero del mismo siglo, momento en que desapareció por razones que desconocemos, pero de las que no fue ajena la llegada de las primeras importaciones de la campaniense A iniciadas por aquellas fechas.

La difusión de los productos de este taller occidental abarca el Languedoc occidental, Rosellón y la fachada mediterránea de la Península hasta la zona murciana con una penetración hacia el área ilergeta (Barbera, 1964-65; Junyent, 1974), que los consumió abundantemente, y también hacia la Ilercavonia occidental (Sanmartí, 1975) y Sedetania, siendo Azaila el punto más interior a donde llegaron estos productos (Beltrán Lloris, 1976). Fuera de la Península hay documentada una pátera en el pecio cartaginés del Cabrera (Cerdá, 1978) y una base con roseta en el Monte Vico de Ischia.

#### 1.2.2. *El taller de las páteras de tres palmetas radiales impresas sobre la banda de estrías decorativas*

Su conocimiento primitivo lo tuvimos también al estudiar los materiales del estrato 3 de la Ciudadela de Roses.

Se trata de páteras de la forma Lamboglia 26 decoradas con tres palmetas radiales en relieve, de forma cuadrangular, *impresas siempre sobre la banda de estrías decorativas*. La difusión de estos productos es claramente occidental y no excede de las áreas del Languedoc occidental, Rosellón y Cataluña. Su cronología es la misma que la de la producción anterior (Sanmartí y Solier, 1978).

#### 1.2.3. *El taller de las pateritas de la forma Lamboglia 55*

Fabricó pequeñas páteras horizontales de la forma Lamboglia 55 con cronología semejante a la de los talleres que acabamos de ver. También produjo, al parecer, platos de pescado de la forma Lamboglia 23. Por ahora, se documenta su presencia en Roses, Ampurias, necrópolis de Cabrera de Mar y pecio cartaginés de la isla de Cabrera (Sanmartí, 1978).

#### 1.2.4. *El taller de las rosetas nominales*

Fabricó páteras de la forma Lamboglia 26c y copas de la forma Lamboglia 27a con pastas claras decoradas con rosetas de tres pétalos entre las que se intercalan las letras griegas  $\pi$ .A. P ó K.A. K.A. Su dispersión es únicamente catalana y Languedociense occidental, habiendo sido encontrados sus productos en Mas Castellar (cerca de Vilafranca del Penedés), Ullastret, Illiberis (Elna), Pech-Maho y Ensérune. Su cronología debe ser situada a caballo del 250 a.C. (Solier y Sanmartí, 1978).

#### 1.2.5. *Los talleres Nikia e Iwn. c.*

Fueron los primeros talleres de cerámica de barniz negro occidental estudiados monográficamente. Fabricaron páteras de la forma Lamboglia 26, copas de la forma Lamboglia 27 y kylikes de la forma Lamboglia 42c, con dos arcillas. Una, de tono rosado, utilizada tanto por Nikia como por Iwn.c, y otra, de color amarillo o beige claro, empleada únicamente por Nikia.

La cronología de este taller ha sido muy discutida, pero se puede pensar que ya estaba activo hacia el 250 a.C. Hay razones que inducen a creer que hubo una estrecha relación entre Nikia e Iwn.c y el taller de las páteras de tres palmetas radiales de Roses. Yves Solier supuso que su centro de producción tuvo que estar en el Golfo de Roses, en razón de la distribución catalano-languedociense occidental de estos productos, quizás en Ampurias (Solier, 1969).

#### 1.2.6. *El taller de los kylikes de la forma Lamboglia 42c de Covalta*

A falta de mejor nombre, hemos denominado así a una producción de kylikes de la forma Lamboglia 42C, hasta ahora sólo documentados en el poblado Covalta y en el del Peñón de Ifac. Se reconocen por sus pastas claras y por su decoración de cuatro palmetas ovaladas en relieve, de dibujo muy fino, situadas algunas veces alrededor de un círculo central (Vall de Plá, 1971; Aranegui, 1978).

Según M.<sup>a</sup> Angeles Vall de Plá se trata de una producción acaso peninsular, de taller no localizado, en el que se fabricarían vasos inspirados directa o indirectamente en formas áticas derivadas de

éstas, durante los últimos años del siglo IV y la primera mitad del siglo III. La presencia también en Covalta de productos del taller de las páteras de tres palmetas radiales abona esta cronología. A nuestro modo de ver, este taller debió estar activo en un punto indeterminado del área contestana o mastiena, sectores ibéricos que durante todo el siglo IV estuvieron recibiendo importaciones de cerámica ática de barniz negro que a la larga pudieron suscitar imitaciones locales en estas zonas tan abiertas a las influencias externas y tan creadoras.

#### 1.3. *Conclusiones respecto a las producciones del siglo III*

Hemos visto que gracias a poder contar con un elemento cronológico de primer orden cual es la producción del taller de las pequeñas estampillas, así como merced a las indicaciones proporcionadas por la estratigrafía de la Ciudadela de Roses, de la necrópolis de Ensérune y de otros yacimientos, se ha podido llegar a determinar la existencia de unos productos fabricados en la zona del golfo de Roses que alimentaron de cerámica de barniz negro el mercado occidental constituido por el mundo ibérico que abarca desde el río Hérault hasta la zona murciana, y que la zona del sur valenciano conoció también la existencia de una producción probablemente autóctona que compartió con el taller de las páteras de tres palmetas radiales el favor de los contestanos. Hay que insistir mucho en el hecho de que las producciones de cerámica de barniz negro occidentales prácticamente monopolizaron el mercado languedociense y peninsular, pues sólo tuvieron que compartir su primacía con los productos del taller de las pequeñas estampillas que numéricamente, sin embargo, les son siempre inferiores. Casi de manera axiomática se puede decir, pues, que los tres primeros cuartos del siglo III fueron en la gran zona geográfica comprendida entre el Hérault y el Segura un período de autarquía que únicamente se vió truncado al cesar la producción de cerámica de barniz negro en *Rhode* en el tercer cuarto del siglo III e iniciarse las importaciones de campaniense A. El final de la llegada de estos productos a la zona sur debió de estar sin duda mediatizada por la empresa bárquida que debió eliminar la influencia comercial y política de los aliados helénicos de Roma que desde el tratado del 348 disfrutaban de una zona de influencia que alcanzaba hasta *Mastia*.

No queremos acabar este apartado sin decir que lo que ocurrió durante el siglo III al sur de Cartagena es por ahora un misterio en tanto no se estudien los conjuntos de barniz negro que sin duda deben existir en museos y colecciones. Sólo cabe decir que, de ser cierta nuestra suposición de que el tratado del 348 impidió la llegada de los productos del taller de las pequeñas estampillas y también de *Rhode* al sur de *Mastia Tarseion*, la zona reservada al comercio y a la influencia púnica hubo de alimentarse de unos productos importados o autóctonos que por ahora desconocemos completamente.

## 2. LA CAMPANIENSE A Y LA FACIES DE LAS CERAMICAS DE IMPORTACION EN LOS SIGLOS II y I a.C.

### 2.1. La campaniense A

El concepto de campaniense A debe de ser reservado de forma restrictiva para la producción de Ischia y del Golfo de Nápoles (Morel, 1978). Se trata de una cerámica que ha sido siempre considerada como perteneciente a los siglos III y II a.C. Sin embargo hoy queda bastante claro que en lo relativo a su *facies de exportación* esta cerámica sólo comenzó a ser comercializada en Occidente a partir del último cuarto del siglo III, sin perjuicio de que 25 años antes hubiesen llegado algunas muestras esporádicas de la misma al litoral ibérico, tal como lo demuestran media docena de fragmentos recogidos en el estrato 3 de la Ciudadela de Roses que se pueden fechar hacia el tercer cuarto del siglo III. Podemos decir que la expansión hacia la Península y el Languedoc de la campaniense A fue consecuencia de la implantación del conquistador romano a raíz de la Segunda Guerra Púnica.

La campaniense A fue una cerámica fabricada exclusivamente para la exportación y su expansión, como bien ha referido J. P. Morel (1978), se debió a la dominación política y económica de la Campania por parte de Roma. Su despegue coincidió con el final de la guerra y, significativamente, con la fundación del *Portorium* de Pozzuoli (199) y con la de la colonia romana de *Puteoli* (194). Así, de ser una cerámica que vegetaba en la isla de Ischia durante todo el siglo III, se convirtió, junto con las ánforas greco-italicas

contenedoras del vino campaniense, en la compañera de la expansión imperialista de Roma en nuestra Península.

Es necesario desmitificar la carga de protagonismo que la campaniense A ha tenido y tiene. La expresión «imitación a la campaniense A» tan frecuente en la literatura científica y que se utiliza cuando un vaso presenta una pasta rojiza y una forma más o menos parecida a alguna de las repertoriadas por N. Lamboglia como perteneciente al tipo A, ha de ser en extremo matizada, pues en ocasiones —cual ocurre con la producción del taller de las páteras de tres palmetas radiales—, la pretendida imitación estuvo en uso mucho antes de que el tipo A apareciera en los mercados del Mediterráneo occidental. Es preciso terminar de una vez para siempre con la idea de que las producciones universales A, B y C fueron el prototipo y paradigma de todo lo demás, y pensar que estas cerámicas en realidad no fueron sino las protagonistas afortunadas de una coyuntura económica favorable que hizo de ellas los sujetos, entre otros muchos elementos de intercambio, de la expansión económica romana en la Península durante buena parte de los dos siglos anteriores a Cristo (Morel, 1978).

Michel Py y también Jean-Paul Morel han establecido, independientemente, unas seriaciones para la campaniense A que *grosso modo* coinciden. Habrían existido, según estos autores, una campaniense A primitiva (siglos IV y primera mitad del III) y una campaniense A arcaica (segunda mitad del siglo III), que no habrían sido exportadas, siendo ambas anteriores a una campaniense A clásica, de exportación, que se dividiría en antigua (220-180), media (180-100) y tardía (100-50) (Py, 1976; Morel 1978).

Esta cerámica campaniense A clásica, de exportación, ha sido agudamente denominada por Morel una cerámica «retro», debido a su carácter conservador, lo que explicaría en gran manera el por qué ha sido fechada más antigua de lo que en realidad le correspondía. Es una cerámica arcaizante, no sólo por sus formas, que en gran medida, como hemos tenido ocasión de ver, son las del taller de las páteras de tres palmetas radiales —y ello nos ha llevado a pensar sí los productores de la región de Nápoles no habrían prospectado antes el mercado ibérico con el objeto de ver cuáles eran las formas y decoraciones de los vasos que eran del gusto de los que iban a ser muy pronto sus clientes—, sino también por sus decoraciones impresas y pintadas, que más bien parecen propias de otras producciones itálicas e, incluso occidentales (utilización, por ejemplo, de una

gran roseta con plumas por la forma ápoda Lamboglia 33a, que es típica del taller de las páteras de tres palmetas radiales), corrientes durante los tres primeros cuartos del siglo III (Morel, 1978), así como también por su utilización de arcillas no calcáreas (Picon, Vichy, Chapotat, 1971).

Es evidente que con la llegada del siglo II se inicia una importación de cerámica campaniense A que parece será masiva y que habrá de durar todo el siglo y buena parte del siguiente. Ahora bien, hasta el momento presente prácticamente es imposible cuantificar la medida de la «masividad», y rogamos se nos perdone el término, de estas importaciones. Es triste decirlo, pero no nos debemos hacer ilusiones en cuanto a lo que nos pueden aportar en este sentido los estudios sobre la cerámica campaniense en nuestro país. Nuestra falta de estudios monográficos sobre cerámicas de importación en yacimientos ibéricos es, en un término hoy muy de moda «tercermundista» y lo mismo ocurre en cuanto a lo que se refiere a las producciones del siglo III que veíamos anteriormente.

Unos pocos datos aprovechables nos pueden dar la medida de su importancia numérica en Occidente a lo largo del siglo II, y los vamos a presentar a continuación.

El primero de ellos se refiere a la ciudad de Ampurias donde, en la estratigrafía de la Muralla Robert hallamos que en su estrato más profundo, el VII, fechado entre el 175 y el 125, la campaniense A representa el 86,5% del total de la cerámica de barniz negro en él representada, que asciende a 57 fragmentos, correspondiendo el restante 13,4% a una producción, el tipo ampuritano D, consistente en una imitación hecha con pasta clara, muy fiel, de la campaniense A. Del mismo modo, el estrato V de la excavación de 1969 en el campo Tófol, situado al norte del foro de Ampurias, la campaniense A representa el 91,1% de la cerámica de barniz negro recogida. Dicho estrato se fecha también entre el segundo y el tercer cuarto del siglo II (Sanmartí, 1978 a).

Si de Ampurias nos trasladamos a la zona ilergeta, donde un poblado, el Tossal de les Tenalles de Sidamunt (Segriá, Lérida) ha sido objeto, en lo que a su barniz negro se refiere, de uno de los pocos trabajos monográficos buenos con los que poder contar, observamos que la cerámica campaniense A en él recogida asciende a 866 fragmentos frente a 10 de precampaniense y 31 de campaniense B, lo que prueba de manera contundente la importancia de la penetración de la campaniense A en aquella zona (Barbera, 1964-1965).

Finalmente, traeremos a colación un yacimiento del Languedoc oriental cercano a Nimes, en una zona que permanecería autónoma mucho más tiempo que no la parte oriental de la Península. Este yacimiento, el *oppidum* de Nages, posee una estratigrafía extramuros correspondiente a un vertedero en la que la presencia de la campaniense A desde el estrato 9c, fechado entre el 225 y el 200 y el estrato 2, fechado entre el 150 y el 125 a.C., oscila desde el 69,5% hasta un 100%, lo que demuestra la intensidad de su consumo en dicho yacimiento que no decae en toda la secuencia puesto que incluso en el estrato en la que está menos representada, el 9b (200-175) alcanza, sin embargo, una presencia relativa del 75% (Py, 1978).

A través de ejemplos nos es dado ver que, en lo que a ellos afecta, la campaniense A, si conoció una intensa exportación hacia las costas del Mediterráneo occidental, pero, lo que demuestran estos pocos puntos, uno de los cuales es incluso extrapeninsular, ¿puede acaso ser considerado válido para todo el resto del mundo ibérico? Si hemos de ser realistas, nos vemos obligados a reconocer que esta pregunta no tiene respuesta en tanto no tengamos una mayor cantidad de estudios de nuestros yacimientos de época ibérica tardía.

De todos modos sí que podemos decir, pues la experiencia prospectora o de visita de museos de muchos de nosotros así nos permite afirmarlo, que la campaniense A es moneda corriente en muchos de los yacimientos indígenas de la fachada mediterránea de nuestro país a lo largo del siglo II y parte de la siguiente centuria, si bien, e insistimos nuevamente en ello, no estamos en condiciones de saber hasta qué punto fue intensa su presencia en ellos.

## 2.2. Otros productos cerámicos importados contemporáneamente con la campaniense A

Nuestra propia experiencia nos ha venido a demostrar que con alguna anterioridad a las primeras importaciones de campaniense B, que de un modo tímido se iniciaron en el tercer cuarto del siglo II, para luego hacerse más importantes en el último cuarto de dicho siglo, y contemporáneamente con ellas, hubo una cierta importación de productos etruscos de barniz negro que por ahora quedan localizados en el área catalana y también en Cartagena. Se trata de productos del taller de las asas en forma de oreja, del taller de los vasos con asa en forma de bucle y del taller de los vasos hondos

con asas aplicadas y decoración de ovas impresas sobre el borde (Sanmartí, 1978 a). Los dos primeros son muy minoritarios, pero el tercero, al que creíamos igualmente poco representado aquí, empieza a aparecer ahora con mayor intensidad en la zona central catalana y tanto es así que el yacimiento de Prats del Rei, probable antecedente del *Municipium Sigarrensis*, ha librado hasta ahora nada menos que 23 vasos de este tipo. Su presencia parece que fue notable en Guissona, la antigua Ieso, así como en el poblado de Sant Miquel de Sorba, donde no sólo conocemos restos de tres vasos importados sino también abundantes fragmentos de piezas de este tipo imitadas localmente a mano por los indígenas (Sanmartí, 1976).

Esta importaciones de origen etrusco podrían ser indicativas quizá de unos contactos previos, a lo largo de los tres primeros cuartos del siglo II, entre Etruria y la Península, preanunciando lo que habrían de ser las importaciones de la cerámica campaniense B, producción que de algún modo tiene filiación genética con estas cerámicas anteriores.

Ni que decir tiene que estas importaciones etruscas jamás se permitieron el lujo de disputarle su primacía a la campaniense A, que no habrá de encontrar un competidor hasta la llegada de la campaniense B.

### 2.3. La campaniense B y la campaniense A tardía

Hacia el tercer cuarto del siglo II, y sobre todo un cuarto de siglo más tarde, hará su aparición en los mercados del este peninsular una cerámica que supondrá una cierta renovación, tanto por lo que a su repertorio de formas y decoración se refiere, cuanto a su fabricación, que será hecha a base de la utilización de arcillas calcáreas, característica que la separa radicalmente del tipo A (Picon, Vichy, Chapotat, 1971). Esta cerámica, la campaniense B, tiene un origen etrusco y nace de la evolución de producciones anteriores, tales como el grupo de Malacena y el del taller de las asas en forma de oreja, pudiéndose decir con razón, a la vista de algunas de sus formas, que éstas tienen un probable antecedente toreútico, como ocurre, por ejemplo, con la forma Lamboglia 6.

En estos últimos tiempos se ha reconocido también la existencia de una cerámica de barniz negro de tipo B en Cales, en el límite entre Etruria y la Campania, donde N. Lamboglia había supuesto,

ya en 1950, que la campaniense B había sido fabricada. Asimismo, actualmente J. P. Morel sitúa una producción de vasos de forma campaniense B, decorados con emblemas romboidales sobre el fondo interno, en la Campania septentrional. Estas producciones no propiamente etruscas han sido denominadas por J. P. Morel de forma provisional B-oides (Morel, 1978).

La cerámica campaniense B es, pues, contemporánea de un período de mayor penetración política de Roma en la Península, de manera que la hemos de encontrar ya en núcleos de población propiamente romanos que aparecen a partir de mediados del siglo II y aún después, cuales son, por ejemplo, *Corduba* (152), *Valentia* (138 probablemente); *Pollentia* (123), *Baetulo* (fundada hacia el primer cuarto del siglo I a.C.). Asimismo, la hallaremos en núcleos indígenas situados bastante al interior, principalmente en el centro catalán y en el valle del Ebro y sus afluentes, a los cuales había llegado también anteriormente, aunque en mucha menor cantidad, la campaniense A (Fatás, 1973). Así sucedió, por ejemplo, en Azaila, donde el momento culminante de su esplendor parece coincidir con la primera mitad del siglo I, cuando llegan a esta ciudad grandes cantidades de cerámica importada, no solo campaniense B, sino también imitaciones de la misma, producidas muy probablemente en la misma Península (Beltrán Lloris, 1976).

Coincidiendo en el tiempo con la mayor importancia económica de la campaniense B, el tipo A sufre ciertas modificaciones. Por un lado desaparecen a lo largo de la segunda mitad del siglo II las decoraciones de palmetas impresas sobre el fondo interno, que serán sustituidas por círculos pintados de blanco y acanaladuras circulares incisas; asimismo, se toman prestadas del tipo B ciertas formas (las Lamboglia 1, 3, 6), indicio cierto de que éste se va imponiendo poco a poco y aparecen otras formas anteriormente desconocidas como sucede con el Morel 113, la Lamboglia 5/7 o la Lamboglia 27/55; las paredes de los vasos aumentan de grosor y los pies se verticalizan, y finalmente, la pasta toma un color rojo agranado característico. Este cambio cristaliza claramente hacia el 100 a.C., momento a partir del cual, y hasta mediados del siglo I a.C., podemos hablar de campaniense A tardía. Esta producción tardía la hallaremos, a partir de aquella fecha, junto con la campaniense B y sus imitaciones en proporciones que, *grosso modo*, parecen ser más favorables a sus compañeras que a ella misma (Sanmartí, 1978 a).

#### 2.4. La campaniense C

Se trata de una cerámica de barniz negro de pasta gris rosado o amarronado fabricada en la región de Siracusa y a lo largo del siglo II, que no fue objeto de exportación, al menos hacia nuestra Península, hasta el siglo I a.C. y siempre en cantidades ínfimas. En efecto, al menos por lo que respecta al área ibérica valenciana y catalano-languedociense occidental, esta cerámica es siempre muy minoritaria, de tal manera que, por ejemplo, en un yacimiento como Ampurias, que al ser un puerto importante y redistribuidor recibió todo tipo de producciones, la campaniense C suele aparecer normalmente en los contextos de la primera mitad del siglo I con unos porcentajes que no exceden del 1 ó 2 % (Sanmartí, 1978 a).

En lo que respecta a esta cerámica es preciso ser muy restrictivos en cuanto a atribuciones y no debemos caer en el error de clasificar cualquier fragmento cerámico de pasta de color gris dentro de su producción, pues a lo largo y a lo ancho del Mediterráneo occidental hubo numerosos centros productores de cerámica de barniz negro que utilizaron la técnica de cocción reductora y que nada tuvieron que ver con el tipo C. Este proceder, fruto de una excesiva simplificación, es peligroso pues abre las puertas a la posibilidad de establecer falsas relaciones entre grupos distintos de cerámicas con la consiguiente secuela de errores sobre la cronología, la difusión, la tipología, etc., que, como ya hemos visto en el ejemplo relativo a la campaniense A y las producciones occidentales de *Rhode*, puede ser fatal pues retrasa largos años el progreso de la investigación.

#### 2.5. El fin de las importaciones

A pesar de ciertos indicios provenzales que indicarían que la campaniense A habría continuado siendo importada hasta el 30/20 a.C. (Arcelin, 1978), lo cierto es que numerosas observaciones realizadas en otros lugares (Olbia de Provenza, Lattes, Narbona, Ampurias, *Albintimilum*) indican que los yacimientos costeros habrían dejado de importar campaniense A como resultado de la extinción de los centros productores itálicos hacia el 50/40 a.C. y lo mismo podemos decir con respecto a la campaniense B (Morel, 1978).

#### 2.6. Conclusiones respecto a la producciones de los siglos II y I

Queda claro que la monopolización del mercado ibérico por parte de las cerámicas de barniz negro itálicas durante los dos siglos anteriores a Cristo fue el fruto de la penetración imperialista romana en la Península. De todas formas, debemos matizar esta afirmación, pues las cerámicas importadas sólo fueron una pequeña parte del instrumental vascular de los iberos. Efectivamente, por mucho que fuera su peso específico, no hemos de olvidar que la producción de cerámica por parte de los indígenas tenía una larga tradición y que, en definitiva, éstos producían una de las mejores cerámicas del mundo antiguo, no sólo por sus cualidades técnicas, sino también por sus aspectos formales y decorativos. Tampoco hemos de sobreestimar estas cerámicas considerándolas protagonistas de un hecho comercial de primera magnitud. No hay duda de que tuvieron su importancia, pero si tenemos en cuenta la manera como llegaban a Occidente, estibadas en los espacios libres que dejaban las ánforas en las bodegas de las naves onerarias, comprenderemos que lo más valioso que cargaban estos barcos era el vino y que el comercio de la cerámica, sin dejar de ser muy importante, ocupaba en realidad un lugar secundario tras el de aquél.

Quizá el aspecto más positivo que podemos extraer de la presencia de las cerámicas barnizadas de negro en nuestro país, radique en la importancia que alcanzan a la hora de dar una cronología al estrato o al yacimiento en que aparecen. Y hoy, cuando parece que la investigación está comenzando a estar en condiciones de poder afinar más con respecto a la cronología de los tipos ya conocidos desde la clasificación de Lamboglia y de otros, de cuya existencia ni cabía sospechar en 1950, se abre un campo esperanzador en lo que atañe a la arqueología de época ibero-romana en nuestro país, que muy pronto estará en condiciones de conocer perfectamente, desde un punto de vista arqueológico, el modo de penetración de las influencias itálicas a lo largo del dilatado período de la conquista romana.

### 3. CONCLUSIONES GENERALES

Poco es lo que podemos sintetizar aquí después de las conclusiones parciales relativas al siglo III, por un lado, y a los siglos II

y I, por otro, que ya hemos tenido ocasión de ver más arriba. Sólo quisiéramos insistir aquí en el hecho de los casi 30 años que han pasado desde la aparición de la *Classificazione preliminare* de N. Lamboglia no han transcurrido, ni podrían, en balde. Hoy, afortunadamente, estamos en un momento óptimo en lo referente a estudios sobre cerámicas de barniz negro, que han permitido afinar de un modo muy correcto las cronologías y, lo que es también sumamente importante, han sido capaces de colocar a cada tipo en el lugar que le corresponde, además de detectar la existencia de bastantes otros que, harto injustamente, habían sido relegados a unos lugares de segunda fila a los que de modo alguno eran acreedores. Todo ello ha servido para comprender que a partir de un estudio pionero y generalizador, el de Lamboglia de 1950, se llega, a base de multiplicar las observaciones analíticas, a unas sutilezas de las cuales poco se podía sospechar, incluso 11 años más tarde cuando el Prof. Tarradell escribía las palabras que hemos utilizado para nuestra introducción. Hoy podemos decir con satisfacción que los estudios sobre campaniense están en un período de fecundidad creadora y que, aun sin ánimo de profetizar, les aguarda larga vida\*.

\* El autor agradece muy encarecidamente a la Asociación Española de Amigos de la Arqueología y a su Presidente, D. Emeterio Cuadrado, el haber sido invitado a redactar y presentar la presente ponencia en la Mesa Redonda sobre la Baja Epoca Ibérica celebrada en Madrid los días 23, 24 y 25 de marzo de 1979.

## BIBLIOGRAFIA

- C. Aranegui (1978), *Avance a la problemática de las imitaciones en cerámica de barniz negro del Peñón de Ifuc*, en «Journées d'études de Montpellier sur la céramique campanienne» (= «Archéologie en Languedoc», 1), Sète, pp. 17-20.
- P. Arcelin (1978), *Note sur les céramiques à vernis noir en Provence occidentale*, en «Journées d'études de Montpellier sur la céramique campanienne» (= «Archéologie en Languedoc», 1), Sète, pp. 105-125.
- J. Barberá (1964-1965), *La cerámica barnizada de negro del poblado ilergeta del Tossal de les Tenalles de Sidamoní (Lérida)*, en «Ampurias», XXVI-XXVII, pp. 135-166.
- Beltrán Lloris (1976), *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila*. Monografías Arqueológicas, XIX, Zaragoza.
- D. Cerdá (1978), *Una nau cartaginesa a Cabrera*, en «Fonaments», 1, pp. 89-105.
- G. Fatas (1973), *La Sedetania. Las tierras zaragozanas hasta la fundación de Caesar-Augusta*, Zaragoza.
- H. Gallet de Santerre (1968), *Fouilles dans le Quartier d'Ensérune (Insula n.º 4)*, en «Revue Archéologique de Narbonaise», 1, pp. 39-83.
- E. Junyent (1974), *Cerámica barnizada de negro del poblado ibérico de Margalef, en Torregrosa, Lérida*, en «Miscelánea Arqueológica. Aniversario de los Cursos Internacionales de Prehistoria y Arqueología en Ampurias», I, Barcelona, pp. 379-396.
- N. Lamboglia (1952), *Per una classificazione preliminare della ceramica campana*, en «Atti del I Congresso Internazionale di Studi Liguri», Bordighera, pp. 139-206.

- J. P. Morel (1963), *Notes sur céramique étrusco-campanienne: vases à vernis noir de Sardaigne et d'Arezzo*, en «Mélanges de l'Ecole Française de Rome», LXXV, pp. 7-58.
- J. P. Morel (1969), *Etudes de céramique campanienne. I. L'atelier des petites estampilles*, en «Mélanges de l'Ecole Française de Rome», LXXXI, pp. 58-117.
- J. P. Morel (1978), *A propos des céramiques campaniennes de France et d'Espagne*, en «Journées d'études de Montpellier sur la céramique campanienne» (= «Archéologie en Languedoc», 1), Sète, pp. 149-168.
- F. Mouret (1927), *Corpus Vasorum Antiquorum, France, fasc. 6, Collection Mouret (Fouilles d'Ensérune)*, Paris.
- M. Picon, M. Vichy, G. Chapotat (1971), *Note sur la composition des céramiques campaniennes de type A et B*, en «Rei Cretariae Romanae Fauterum Acta», XIII, pp. 82-88.
- M. Py (1976), *Note sur l'évolution des céramiques à vernis noir des oppida languedociens de Roque de Viou et de Nages (Gard, France)*, en «Mélanges de l'Ecole Française de Rome», 88, pp. 545-606.
- M. Py (1978), *Aparition et développement des importations de céramique campanienne A sur l'oppidum des Castels (Nages, Gard) d'après les fouilles du dépôt 11*, en «Journées d'études de la céramique campanienne» (= «Archéologie en Languedoc», 1), Sète, pp. 43-70.
- E. Sanmartí (1973), *El taller de las pequeñas estampillas en la Península Ibérica*, en «Ampurias», 35, pp. 135-176.
- E. Sanmartí (1975), *Las cerámicas finas de importación de los poblados pre-romanos del Bajo Aragón (comarca de Matarranya)*, en «Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense», 2, pp. 87-127.
- E. Sanmartí (1976), *Breu aproximació a la cerámica de vernis negro del poblado de Sant Miquel de Sorba*, en «Cypselá», 1 (= «Actes del I Col. Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà»), Gerona, pp. 125-128.
- E. Sanmartí (1978), *L'atelier des patères à trois palmettes radiales et quelques productions connexes*, en «Journées d'études de Montpellier sur la céramique campanienne» (= «Archéologie en Languedoc», 1), Sète, pp. 21-36.
- E. Sanmartí (1978), *La cerámica campaniense de Emporion y Rhode*, I. Monografías Emporitanes, IV, Barcelona.
- E. Sanmartí, Y. Solier (1978), *Les potères à trois palmettes sur guillochures. Note sur un nouveaux groupe de potiers pseudo-campaniens*, en «Revue Archéologie de Narbonaise», 11, pp. 117-134.
- Y. Solier (1969), *Note sur les potiers pseudo-campaniens Nikias et Ion*, en «Revue Archéologique de Narbonaise», 2, pp. 29-48.
- Y. Solier, E. Sanmartí (1978), *Note sur l'atelier pseudo-campanien des rosettes nominales*, en «Journées d'études de Montpellier sur la céramique campanienne» (= «Archéologie en Languedoc», 1), Sète, pp. 37-42.
- M. Tarradell (1961), *Ensayo de estratigrafía comparada y cronología de los poblados ibéricos valencianos*, en «Saitabi», XI, pp. 3-20.
- M.ª A. Vall de Pla (1971), *El poblado ibérico de Covalta (Albaida, Valencia). I. El poblado, las excavaciones y las cerámicas de barniz negro*. Serie de Trabajos Varios del S.I.P., núm. 41, Valencia.

**PLASTICA IBERICA E IBERORROMANA**

## PLASTICA IBERICA E IBERORROMANA

Por M.<sup>a</sup> DEL PILAR LEON ALONSO

Entre las distintas manifestaciones artísticas del mundo ibérico la plástica ha ocupado y ocupa un lugar preeminente. A ello han contribuido factores muy distintos que van desde la abundancia, frecuencia y calidad de los hallazgos hasta la tentación irresistible de referirlos a la esfera del mundo clásico. Es evidente que la extensa gama de manifestaciones artísticas de la plástica ibérica —coroplastia, bronce, relieves, esculturas de bulto redondo— ofrecen al arqueólogo campo extenso para abordar y dilucidar aspectos importantes de la cultura ibérica, y no lo es menos que la etapa que mayor interés ha suscitado es la que sugiere puntos de contacto con la Grecia clásica<sup>1</sup>. En el presente estudio, en cambio, vamos a centrarnos en la última etapa del arte ibérico. Nos interesan fundamentalmente las obras creadas en ese periodo final, tanto las que responden al arte genuinamente ibérico como las que acusan ya los efectos del impacto romanizador. Puesto que el momento de transición está representado con énfasis especial en los relieves y en la gran estatuaria del sur y sudeste de la Península, será este tipo de obra el eje de nuestro estudio, aunque las referencias a las de otro tipo resultarán, a veces, imprescindibles.

Cuando a finales del siglo III a.C. se inicia el proceso de ocupación romana; el arte ibérico está fraguado y maduro. Enumerar ejemplos sería prolijo, pero basta recordar la estatuaria del Cerro de los Santos, Elche, El Cigarralejo, Llano de Consolación, Porcuna. Si desde esta perspectiva miramos hacia delante, observamos que la romanización no establece una clara cesura, puesto que los talleres locales continuaron su labor y tradición. Es más, a pesar del meticuloso programa impuesto por Roma, no llegó a sofocar la chispa

original y personalísima de lo ibérico que dio vitalidad e imprimió a la producción artística hispana un sello peculiar. Este carácter inconfundible suele equipararse con lo «provincial», una vez que los cánones del arte oficial romano adquieren plena difusión en la Península. Podemos hablar, por tanto, de dualidad de corrientes artísticas, fenómeno paralelo al de otros puntos del Imperio. La presión ejercida por la corriente oficial no llegó a encorsetar a la local, de manera que los artistas podían ejercer su arte con libertad conforme a los gustos tradicionales. No resulta, pues, extraño que ésta sea en gran parte la raíz y el reducto del arte popular. Ahora bien, los escultores locales se plegaron también a las nuevas soluciones y fórmulas artísticas de Roma, de ahí que se pueda hablar con propiedad de un arte iberorromano, esto es, de un arte surgido en un ambiente local que asimila parcial o burdamente el nuevo lenguaje artístico y lo interpreta a su manera. Ferri lo designó de forma muy expresiva como un fenómeno de «refracción artística»<sup>2</sup> y es notable su pervivencia, sobre todo hasta comienzos de época imperial. Los testimonios que vamos a analizar son los que conservan latente el espíritu y el gusto locales, aun cuando la nota de localismo se pierda a veces en la emulación del arte romano.

Hemos de empezar por señalar que este tipo de obra obedece a un mimetismo que no rebasa lo puramente formal y externo. Un ejemplo precoz de este hibridismo artístico es la decoración relivaria de la muralla de Tarragona. El relieve de Minerva nos ofrece la interpretación de un tema clásico por canteros locales hacia el año 200 a.C., apenas iniciada la romanización<sup>3</sup>. En esta obra vemos plenamente consolidadas las características entitativas de la plástica ibérica y colegimos un proceso de evolución. El punto de partida, en lo que a la gran plástica se refiere, podemos verlo en la serie relivaria de Osuna (Sevilla), conservada en el Museo Arqueológico Nacional y en el Museo Arqueológico de Sevilla<sup>4</sup>.

Los relieves de Osuna plantean una problemática muy interesante. Como es sabido, aparecieron en su mayor parte empotrados en la muralla durante las excavaciones llevadas a cabo en 1903 por A. Engels y P. Paris y fueron interpretados como restos de un monumento conmemorativo de la victoria de César sobre los pompeyanos en *Urso*, luego *Colonia Genetiva Iulia*. En consonancia con esta apreciación se fecharon poco después del año 45 a.C. Ahora bien, las últimas excavaciones realizadas en Osuna permiten revisar la hipótesis tradicional y situar los relieves en un marco cronológico y funcional más

adecuado<sup>5</sup>. Las precisiones más importantes a este respecto son las siguientes: En primer lugar, la fecha de la muralla republicana de Osuna cae entre los años 50-45 a.C. y establece el término *ante quem* para la ejecución de los relieves, ya que luego fueron reutilizados en la construcción de la muralla como material de contención y relleno<sup>6</sup>. En segundo lugar, los relieves aparecieron en un sector de la muralla contiguo a la zona de necrópolis y de hecho el trazado de la muralla exigió desalojar tumbas que aún estaban en uso y cuyos materiales fueron reutilizados. Por último, la proximidad de una necrópolis sugiere que los relieves, algunos al menos, procedan de ella y de acuerdo con el emplazamiento habría que reconocerles un carácter funerario<sup>7</sup>. Si tenemos en cuenta estos descubrimientos recientes, podemos pensar que la función de los relieves de Osuna era decorar tumbas o monumentos funerarios, tal vez, del tipo que han dejado al descubierto las excavaciones últimas<sup>8</sup>. Que todos no pertenecen al mismo monumento, sospecha que ya albergábamos a causa de las diferencias formales, temáticas y de proporciones. Que su fecha es anterior no sólo a la victoria de César sobre el joven Pompeyo, sino incluso a la época de la construcción de la muralla por este último. Estas premisas son importantes, puesto que atestiguan la filiación netamente local de los relieves y, lo que es más interesante, permiten establecer matices en las tendencias artísticas e influencias.

Los temas representados y ciertos detalles iconográficos bastan para advertir que algunos de los relieves tienen un indiscutible sabor local, mientras que sobre otros gravita el peso del influjo romano. Haremos constar desde un principio que la diferencia, lejos de ser negativa, acredita la calidad de los canteros locales y prueba su esmero y habilidad en temas que les resultaban conocidos. Aquí radica la exquisitez primorosa con que están labradas las escenas del desfile procesional, puesto que los escultores estaban acostumbrados a trabajar ese tipo de piedra y a ese repertorio formal. Con razón observaba García Bellido que los mejores paralelos han de buscarse entre las restantes manifestaciones artísticas de la época<sup>9</sup>, y así se observa en los vestidos, cinturones, vasos de ofrenda, tan similares a los de la estatuaria en piedra y bronce y a los de la cerámica pintada.

Tampoco pueden pasar por alto connotaciones socioculturales inherentes a los relieves de Osuna. Unos están labrados en grandes bloques calizos, sillares de gran potencia cuya función arquitectónica

está atestiguada por la existencia de huecos para grapas y ensamblaje. Determinar su posición en el monumento no es fácil, aunque sí puede afirmarse que servían de revestimiento exterior. En todo caso, es evidente que formaban parte de un monumento lujoso y costoso, mientras que otros relieves tienen un carácter más sencillo, menos ostentoso; son estelas funerarias que decorarían tumbas y el mejor exponente es el relieve del jinete<sup>10</sup>, que es pieza exenta, puesto que la cola, boca y parte inferior de la pata izquierda del caballo rebasan el borde del bloque de caliza; así se desprende también de la forma del mismo. Dificultades similares en el ajuste se observan en el relieve del *cornicen* que está esculpido en un resalte del bloque de piedra cuya parte inferior va decorada con una cenefa de lengüetas que hace esquina y continúa en los lados menores.

En el análisis temático sorprenden dos relieves que al parecer no conectan con claridad ni con el tema militar ni con el ritual. Uno representa a un acróbata o saltimbanqui que anda sobre las manos y flexiona las piernas hacia delante hasta tocar con los pies la cabeza. Otro, muy fragmentado, permite ver la cabeza de un hombre caído atenazada por la garra de un felino. Este tema es conocido y cuenta con paralelos en la serie de leones ibéricos que se enseñorean sobre una presa y cuya función funeraria ha sido puesta de relieve en diversas ocasiones, como más adelante señalaremos. La nota sobresaliente en la serie relivaria de Osuna es la falta de cohesión en el conjunto, indicio que debe mantenernos en guardia y que lleva a establecer dos grupos o series de relieves. Así lo aconsejan también las distintas tendencias estilísticas, una de carácter arcaizante y severo, propensa al naturalismo y a la observación atenta de los detalles; otra retórica y efectista, evocadora de reminiscencias helénicas. La primera tiene cuño local, la segunda no oculta influencia romana. Empecemos con los relieves que integran la primera serie, que son el de la auletris, el de las damas oferentes, el de los soldados indígenas y el jinete.

Las diferencias que acaban de ser esbozadas afectan no sólo al estilo sino también a la composición. Si tomamos como ejemplo las escenas procesionales, nos percataremos de que cada figura tiene entidad en sí misma, de que predominan las líneas verticales y de que el ritmo del conjunto se mantiene lento y ceremonioso. Las observaciones hechas del natural acusan matices finísimos que reflejan un naturalismo consciente. Se han señalado siempre a estos efectos detalles como el peinado y el cinturón de la auletris, cierta-

mente expresivos, pero no es menos importante destacar la habilidad del escultor en la plasmación de las formas, como se aprecia en la vaporosidad de la parte superior e inferior del vestido, en contraste con el talle ceñido, así como en la manga. Sin embargo el escultor no se excede en el modelado ni se recrea en él, sino que opta por una solución sobria. Esta es la causa de la sencilla majestuosidad de ambos grupos, que va desde la forma de sugerir el paso lento del cortejo hasta la naturalidad con que las oferentes sostienen los vasos en las manos. La verticalidad y el linearismo, tan consustanciales a la escultura ibérica, no significan aquí un demérito, sino que cumplen la función de resaltar el empaque de las figuras. Dicho de otra forma, el escultor se vale de ese factor externo para sugerir una característica interna.

Los ensayos y fórmulas para expresar el movimiento y la acción aparecen en el relieve de los soldados indígenas, obra próxima a las anteriores, a juzgar por las características generales. El artista ha hecho gala de idéntica minuciosidad en la observación de los detalles, como se ven en el escudo, en el casco, en el cinturón y en la decoración de la falcata. Es más, nos presenta un tipo iconográfico concreto —el mercenario indígena— en el que se pueden hacer incluso apreciaciones étnicas que, por otra parte, nos confirman los textos antiguos<sup>11</sup>. Este detalle, sobre el que volveremos, es de gran importancia a efectos de la cronología. El problema del movimiento está resuelto con relativa habilidad, pues la figura adolece de esquematismo. Hay pormenores que denotan ingenuidad, como, por ejemplo la forma de llevar el escudo a rastras en plena carrera y en el momento de prepararse para la acometida. También la composición resulta un poco disorgánica. El guerrero que aparece en la cara izquierda del sillar ha sufrido grandes desperfectos, pero aún permite hacer algunas apreciaciones de interés. La figura está vista desde su derecha, al contrario que su compañero, de forma que ofrece al espectador la cara interior del escudo que sostiene con la mano izquierda. Esta actitud no es nueva en la escultura ibérica, sino que tiene precedentes. El más notable es un fragmento de Elche del Museo Arqueológico Nacional<sup>12</sup>, una de esas piezas que proclaman la recepción de la influencia griega en el ambiente ibérico. Porque no es sólo mimetismo formal lo que se produce en este caso, es asimilación del problema de la profundidad y la superposición de planos. A un esquema similar se atiene otro relieve de esta misma serie, conservado en el Louvre, en el que un guerrero avanza y se protege

con el escudo<sup>13</sup>. El contraste que ofrecen los dos guerreros representados en el relieve de Madrid es digno de ser notado, pues a causa de los factores mencionados el guerrero con falcata produce la impresión de ser un relieve más plano.

Técnica y estilo son paragonables con los de las escenas procesionales e incluso coinciden en determinados pormenores, como la forma de hacer los ojos sin que los párpados se corten. En este sentido hay un detalle que resulta elocuente para hacerse idea del arte de estos artistas locales. Aunque todas las figuras están vistas de perfil, la única que tiene el ojo correctamente representado es la auletrís, pues en las demás aparece de frente. Esto indica probablemente que el escultor ha tenido en cuenta el punto de vista principal de la obra. Las figuras que se afrontan —damas oferentes y guerreros— ofrecen como punto de vista principal no el perfil, sino los trescuartos; es decir, la arista del sillar marca el centro. Por el contrario, la auletrís da la espalda a la otra figura, de forma que el espectador tiene el pleno perfil como punto de vista principal. La solución, pues, parece aludir una vez más a las dotes de observación de los artistas.

Llegamos ahora a la cuestión de la cronología. García Bellido estableció para esta primera serie relivaria de Osuna una cronología amplia, entre los siglos III y II a.C. o bien más recientes, para los relieves de escenas procesionales, y hacia el siglo II-I a.C. para los guerreros indígenas<sup>14</sup>. Posteriormente se decidió a rebajar la cronología a consecuencia de la interpretación unitaria buscada a todo el lote relivario de Osuna, que, al ser interpretado como monumento conmemorativo de la victoria de César sobre los pompeyanos, era fechado poco después del año 45 a.C.<sup>15</sup>. Las razones expuestas al principio sobre la fecha de la muralla de Osuna excluyen la posibilidad de una cronología tan baja y a idéntica conclusión lleva el análisis estilístico. Conviene tener en cuenta, que estas piezas no adolecen de arcaísmo, sino de un estilo y un gusto arcaizantes, que es indicio de conservadurismo artístico. El grado de naturalismo, la atenta captación de la realidad y la soltura con que está resuelto el problema de los pliegues de la manga de la auletrís, pongamos por caso, son rasgos que se avienen mal con el arcaísmo. Lo que ocurre, a nuestro juicio, es que el escultor o la persona que encarga el monumento quieren imprimirle un sello concreto que se refleja en una tendencia estilística determinada, aun cuando las soluciones artísticas del momento, que también se reflejan en la obra, propugnan una época más avanzada. En atención a estas razones debe

prevalecer la primera cronología propuesta por García Bellido, pues, como él mismo observó, el cinturón de la auletrís es un indicio cronológico claro. El escultor se ha interesado por reproducir con exactitud la decoración del mismo a base de dos volutas y un motivo central en forma de S. La combinación de ambos motivos es muy frecuente en un tipo de placa de cinturón estudiado por Cabré, cuya cronología no va más allá del siglo III a.C.<sup>16</sup>. Este tipo de placa se caracteriza por la técnica de grabado a buril muy fino y por localizarse en el sur de la Península. Se diferencia con claridad del segundo tipo calado y damasquinado que es forma evolucionada y derivada de la anterior, frecuente en Levante y en el interior y cuya cronología oscila entre los siglos IV-I a.C.<sup>17</sup>. Es lógico suponer interrelaciones entre ambos tipos y una pervivencia del primero, como es frecuente en la transmisión y evolución de las modas en objetos de gusto personal, pero en todo caso la exactitud con que está interpretada la decoración del cinturón de la auletrís demuestra que el escultor tiene conocimiento claro de esos motivos. Todo esto indica que hacia una fecha entre finales del siglo III o comienzos del siglo II a.C. han de datarse los relieves de escenas procesionales.

Los guerreros indígenas están esculpidos con una técnica y estilo similares, por lo que no debe quedar muy distante su cronología, aunque hay que establecer matices que permiten rebajarla ligeramente. Los acontecimientos históricos de esta época no se pueden echar en olvido, pues seguramente los relieves se hacen eco de ellos. Los mercenarios indígenas jugaron una baza decisiva en los enfrentamientos bélicos entre romanos y cartagineses a finales del siglo III a.C., pero su papel resultó aún más relevante en el enfrentamiento directo con Roma. Como es bien sabido las hostilidades de los romanos y los pueblos sureños tuvieron especial virulencia durante la primera mitad del siglo II a.C., a consecuencia de lo cual surge una conciencia de «nacionalismo» entre los indígenas, designados indiscriminadamente como lusitanos o iberos, según transmite Diodoro<sup>18</sup>. Las fuentes principales para esta época —Apiano, Estrabón, Livio— insisten en señalar este hecho, que presta un sesgo nuevo a los acontecimientos al entrar en acción Viriato<sup>19</sup>. Esta atmósfera de exaltación local pudo encontrar eco en el ambiente artístico y dar como resultado algo similar a lo que vemos en el relieve de los mercenarios. El estilo de los mismos y los episodios históricos confluyen hacia una cronología de mediados del siglo II a.C.

Al mismo círculo artístico pertenece el relieve del jinete, que es

obra muy interesante. Ante todo permite constatar el atractivo singular que ejerce la forma sobre el escultor ibérico. La anatomía de la figura humana, tan rica en posibilidades para el escultor, no le ofrece excesivo interés, a diferencia de la del animal. Este fenómeno, que también se constata en otros pueblos mediterráneos, representa un campo en el que la plástica ibérica había alcanzado cotas altísimas. Entre los ejemplos más conocidos, selectos y representativos mencionaremos la serie de caballos del Cigarralejo (Murcia) y Fuente la Higuera (Valencia)<sup>20</sup>. Algunas de estas representaciones animalísticas testimonian una vez más la receptividad de los talleres locales y la asimilación de las corrientes artísticas impregnadas de helenismo<sup>21</sup>. Las analogías estilísticas y formales entre el caballo del relieve de Osuna y los del Cigarralejo y Fuente la Higuera quedan de manifiesto a simple vista, pues incluso los menores detalles de la montura, bridas, bocado, guarda-nucas, coinciden. El afán naturalista se compagina con un modelado correcto y conocimiento de las proporciones, a resultas de lo cual la figura del caballo de Osuna resulta lograda. La del jinete, en cambio, es más sumaria e incluso acusa cierta propensión a las soluciones indígenas, así como la estilización del peinado. La cronología de ambos relieves no debe quedar, en consecuencia, muy distante. Aunque la huella del «maestro del Cigarralejo» es aún perceptible en el relieve del jinete de Osuna, también resulta evidente el avance que supone en formas y composición, de aquí que pensemos en una época más evolucionada.

Este es el panorama que ofrecen las últimas manifestaciones de la plástica ibérica en la fase inmediatamente anterior a la presencia romana en España o a comienzos de la misma. Las creaciones artísticas de este período se distinguen con claridad de las posteriores, es decir, de las que podemos llamar ibero-romanas. Entre ellas destacan las que la segunda serie relivaria de Osuna, compuesta por los fragmentos del Museo Arqueológico Nacional, del Museo Arqueológico de Sevilla y del Louvre<sup>22</sup> y por los relieves procedentes de Estepa (Sevilla) del Museo Arqueológico de Sevilla<sup>23</sup>. Las dimensiones de estos relieves son muy diferentes, pero coinciden en los temas y motivos que evidencian la influencia romana, aun cuando desde el punto de vista artístico se detecte aún en ellos el apego a la corriente localista. Como los relieves de la serie anterior, están trabajados en piedra caliza. Empecemos con los procedentes de Osuna.

Reproducen escenas de desfile militar y de lucha. La función arquitectónica y el estilo son los principales elementos de cohesión<sup>24</sup>.

Los soldados forman dos grupos en atención a su vestimenta y armas. Los indígenas visten y calzan las mismas prendas y van armados con *caetrae*, el escudo ibérico descrito en las fuentes<sup>25</sup> y representado en otras manifestaciones artísticas de la época. Uno de los soldados indígenas lleva *loriga* en vez de la túnica corta habitual, pero sostiene una *caetra*, por lo que García Bellido pensó en un representante de las tropas auxiliares reclutadas por los romanos entre los indígenas<sup>26</sup>. El estamento militar representado con más frecuencia es el cuerpo de tropa, con excepción de un personaje representado en un relieve del Museo Arqueológico de Sevilla que bien podría ser un jefe, pues lleva capa sobre la túnica y va precedido por un simple soldado vestido con túnica corta, como todos los demás. El segundo grupo está formado por soldados con uniforme militar romano, es decir, con túnica, *loriga*, *ocreae* y *calligae*. La única figura conservada entera es la del *cornicen* y a ella hemos de atenernos para constatar las diferencias evidentes entre uno y otro ejército, diferencias que el escultor capta con exactitud. Esta apreciación es importante porque refleja el fenómeno propagandístico típico del arte oficial romano. Se trata de que el espectador discierna a simple vista entre un legionario romano y un mercenario lugareño y a partir de ahí hemos de explicarnos el aspecto vulnerable, insuficientemente pertrechado, de los soldados indígenas, mientras que el *cornicen* sirve de ejemplo de la marcialidad que caracteriza a los soldados del ejército romano.

La interpretación de estos relieves es sumamente problemática, pues con la salvedad de la escena de lucha entre el mercenario y el legionario no sabemos si en realidad se trata de una parada militar o de una formación en orden de batalla. Las mismas dificultades se plantean para fechar o interpretar los acontecimientos históricos que pudieran estar representados. La única posibilidad de avance en esta dirección nos la proporciona el estilo de los relieves. Frente al naturalismo, miniaturista en ocasiones, y a la majestuosidad de inspiración clásica de la serie relivaria anterior, nos encontramos ahora con un estilo más suelto y animado de mayor dinamismo. La composición también ha experimentado cambios, pues aunque hay fallos de cohesión entre las figuras, se relacionan unas con otras y prevalece la idea de grupo. La técnica rudimentaria y poco hábil para reproducir los volúmenes configura unas características que trascienden al estilo, entre las cuales el linearismo y la interpretación geométrica de los volúmenes. En la monotonía esquemática de los

pliegues no hace falta insistir, por ser evidente. El juego de volúmenes es tan defectuoso, que las figuras conservan el aspecto de bloque macizo. El modelado está reducido al mínimo y en realidad se limita a la superficie del bloque sobre la que se recortan las figuras. El carácter disorgánico se manifiesta en la superposición o adición de miembros reducidos a formas geométricas y la talla biselada, dura y angulosa resulta una de las características predominantes, como se observa sobre todo en las piernas. Hasta el escultor del *cornicen*, que acredita mejor formación, parece incapaz de evitar ese antinaturalismo; por el contrario, hace gala de mejor criterio en la composición que, inspirada en prototipos helenísticos, adopta forma cerrada y busca efectos retóricos en el movimiento de los paños. Del descuido de la labra nos dan idea detalles como las *ocreae*, pues sólo en una de ellas se ha señalado con incisiones la parte correspondiente a la rótula.

La cohesión estilística de los relieves que integran la segunda serie relivaria debe quedar claramente establecida y no faltan ejemplos para probarlo. Un rasgo característico es la tendencia a crear sensación de profundidad, pero se da el inconveniente de inexperiencia en el establecimiento correcto de planos distintos. El relieve del mercenario caído a los pies del legionario nos presenta una prueba convincente; en él se observa que la intersección de planos es tan defectuosa, que la pierna izquierda del mercenario no queda oculta en el espacio del primer plano, ocupado por la del legionario, sino que atraviesa, por así decirlo, la pierna y *ocreae* de éste. Estas observaciones nos llevan a concluir que el escultor se hace eco de las novedades impuestas y difundidas durante el período helenístico, pero carece de experiencia y formación sólida. Lo mismo se puede decir del relieve del acróbata, notable versión de una escena casi de género.

Si pensamos de nuevo en la Minerva de la muralla de Tarragona nos daremos cuenta de que acredita una mano más hábil y una labra más esmerada, pero que adolece de idéntico antinaturalismo y esquematización formal. Esto significa un enraizamiento profundo de las directrices artísticas locales, ibéricas, hasta el punto de que cabe pensar en escultores ambulantes que se desplazarían conforme fueran reclamados, hipótesis que explicaría la intensa cohesión en lo esencial de la plástica ibérica.

Ahora bien, la esclerosis estilística que determina el análisis formal es comparable a la del ambiente artístico del helenismo itálico<sup>27</sup>, cuestión sobre la que volveremos tras considerar los relieves proce-

dentos de Estepa, hermanos y complemento de los de la segunda serie de Osuna. Se conservan representadas en ellos dos escenas distintas, una pareja de legionarios y la conducción de una víctima al sacrificio. Las analogías estilísticas y las soluciones artísticas comunes indican que los relieves de Estepa y los de Osuna proceden del mismo ambiente y probablemente del mismo taller. Detalles como el esquematismo de los pliegues, la conexión de las figuras con las piernas cruzándose en forma de aspa, las angulosidades de los miembros flexionados y el carácter repetitivo de las actitudes lo demuestran sobradamente. Desde un punto de vista cualitativo los relieves de Estepa despiertan atención por su mayor perfeccionamiento técnico. No sólo la labra es más precisa y cuidada, sino que el escultor llega a plantearse el problema de la anatomía humana o del cuerpo desnudo y plasma soluciones en la figura del joven que lleva cogido al carnero por los cuernos. En cuanto a diferencias hay que señalar las dimensiones mucho mayores de los relieves de Estepa, razón que nos induce a pensar en funciones decorativas diferentes. La escala de los relieves de Osuna, con excepción del *cornicen*, podría adecuarse a un «friso», la de los de Estepa a una «base».

El estilo, como hemos dicho, es básicamente común. La característica más notable es el apego pertinaz a fórmulas que tienden a clarificar y simplificar el tema representado. Esto significa que la disposición de las figuras como si se reflejaran en un espejo, la simetría y la axialidad son recursos o medios de expresión artística utilizados por el escultor en función de una visualización y comprensión fáciles. A esto hay que añadir la delimitación precisa de los contornos, que converge hacia el mismo fin y llega a ser una característica de estilo.

Factores análogos han sido detectados, a diversa escala, en la producción artística de ambientes itálicos helenizados, esto es, recipientes del último helenismo<sup>28</sup>. El afán por lo decorativo y la simplificación de los esquemas compositivos son constantes artísticas típicas desde mediados del siglo II y durante el siglo I a.C.<sup>29</sup>, así como una determinada temática en la que abundan las escenas de lucha armada. Las analogías en los tipos iconográficos de combatientes son dignas de quedar en claro, por cuanto llevan a una mejor comprensión de los relieves andaluces<sup>30</sup>. Un paralelo muy significativo para los detalles de los uniformes, armas y actitudes de los legionarios de Estepa es el friso conservado en el Louvre perteneciente al «ara de Domicio Ahenobarbo»<sup>31</sup>. Desgraciadamente los restos re-

livos del Museo Arqueológico de Sevilla son insuficientes para determinar si el tipo de escena representada en ellos es el mismo que el de los relieves de París; no obstante, hay que señalar que tanto el grupo de los dos legionarios como el de los *victimarii* parecen trasunto de aquéllos. La hipótesis de una versión local de *census* y *lustrum* es sugerente, pero carece, hoy por hoy, de base sólida. Bien es verdad que existen indicios de que en el ambiente indígena romanizado se conocían estas escenas de la vida oficial romana, pues, como ya advirtió García Bellido, los restos relivarios de un toro y un carnero conservados en el Louvre, podrían haber formado parte de un *suovetaurilia* <sup>32</sup>.

Llegamos así a la cuestión de la cronología. Antes de sugerir una fecha hemos de hacer constar el grave inconveniente que supone el desconocimiento del contexto arqueológico correspondiente a estas piezas escultóricas. La existencia de datos mínimos al respecto significaría una ayuda considerable, como es fácil suponer <sup>33</sup>. Hemos de atenarnos, pues, exclusivamente a los datos que proporcionan la temática, la técnica y el estilo de los relieves. En este orden de cosas y a tenor de los paralelos aducidos, la fecha más coherente parece ser la del primer tercio del siglo I a.C., aunque resulta obligado establecer matices. Esta cronología nos parece válida para los relieves de Estepa del Museo Arqueológico de Sevilla sobre la base del parentesco con los del «ara de Domicio Ahenobardo», que son obra de hacia el año 100 a.C., como ha demostrado Coarelli <sup>34</sup>. Por lo que se refiere a los otros relieves de esta misma segunda serie, su fecha puede oscilar hasta mediados del siglo I a.C., término *ante quem* impuesto por la reutilización en la construcción de la muralla de Osuna. Nos inclinamos a pensar que la fecha del primer tercio del siglo I a.C. puede valer también para ellos, puesto que las escenas de carácter militar representadas en ellos podrían aludir a las novedades tácticas introducidas durante las campañas sertorianas, tan vitales y decisivas para los habitantes del sur de España. El decenio 82-72 a.C. fue muy importante en este sentido, ya que por esa época y por influencia directa de Sertorio las bandas y cuadrillas indígenas se convierten en ejército organizado capaz de marchar en formación <sup>35</sup>. No queremos volver a insistir en la dificultad de establecer una cronología precisa sobre bases exclusivamente estilísticas, más aún, en un entorno cultural de fuerte componente indígena <sup>36</sup>. De lo que no hay duda es de que estos relieves representan la romanización del horizonte artístico local.

Atendamos ahora al mundo de los particulares y a las representaciones artísticas de carácter privado. Uno de los testimonios más interesantes es el grupo escultórico procedente del cortijo de Tixe, la antigua Orippe, en las inmediaciones de Sevilla <sup>37</sup>. Se conserva en el Museo Arqueológico de Sevilla y representa a una pareja, sentados y cogidos del brazo. El viste túnica corta con mangas y manto corto —*sagum*— sujeto sobre el hombro derecho con una fibula, ella un vestido largo de pliegues amplios y un chal terciado. El mayor atractivo de esta obra reside en la espontaneidad, hasta el punto de que casi nos permite imaginar la ufana satisfacción con que posan los personajes. Hay en ella todavía mucho de ibérico, de canon indígena, como se deduce de la comparación con figuras sedentes del Cerro y del Llano de Consolación, pero hay también claros síntomas de evolución. Destaquemos la pérdida, o mejor, cierta liberación del esquematismo antinaturalista, la soltura de las actitudes y el lenguaje gestual, balbuciente pero expresivo y concentrado en el ademán enérgico del hombre que cierra los puños y los coloca sobre las rodillas y en la naturalidad con que la mujer pasa el brazo bajo el del marido y pone su mano sobre la de éste. Es el ambiente artístico y sociocultural que evocan las estelas y relieves funerarios del siglo I a.C. y, más concretamente, de época tardorrepublicana o alto-imperial <sup>38</sup>. Nada sabemos de los personajes representados, pero el tipo de representación a tamaño natural indica que es gente principal. Un detalle más sobre el gusto de este tipo de obra es el estuco y policromía, conservada en parte, que prestarían especial realce a la obra. Otra prueba del tradicionalismo artístico de estos talleres locales, pues las damas oferentes del sillar esculpido de Osuna llevan idéntico revestimiento.

En el ámbito iconográfico resulta obligado señalar unas pocas piezas que ilustran con absoluta claridad las interferencias de iberismo y romanización. Entre las más sobresalientes, una figura femenina de piedra descubierta en Puente Genil (Córdoba) y conservada en el Museo Arqueológico de Córdoba <sup>39</sup>. Si la juzgamos por características externas, como el aspecto matronal, la expresión grave, el tipo de peinado y la cabeza velada, sumamos elementos cuyo resultado es a todas luces romano. Pero en el fondo la estatua de Córdoba no es más que una versión evolucionada de las «damas» ibéricas. A pesar del esfuerzo del escultor por adaptarse a un estilo y canon iconográfico diferentes, aflora su formación local y así se reitera al observar la propensión a fórmulas tan características como la bidi-

mensionalidad, la abstracción formal y la incorrección del juego del volúmenes. Rasgos concretos como el peinado, los ojos grandes, la boca pequeña, frecuentes en la iconografía de princesas julioclaudianas llevan a fechar la obra en época altoimperial. Es más, tal vez haya que preguntarse, si el escultor ha querido representar a alguna de ellas (¿Livia?) o a una personificación.

Otro ejemplo interesante es una cabeza hallada en la provincia de Huesca, sobre todo si se considera la distancia de la zona geográfica andaluza y levantina. Está labrada en mármol y en buen estado de conservación<sup>40</sup>. Es un testimonio muy elocuente de la comoción que produjeron en los talleres indígenas las novedades romanas. La cabeza es de una tosquedad tan asombrosa, que sólo puede explicarse por ignorancia y desconocimiento del trabajo del mármol. Este negativismo cualitativo y técnico es revelador, porque resalta la brusquedad de la yuxtaposición de elementos indígenas y foráneos en ambientes más reacios a la romanización. Los mejores paralelos para esta cabeza los encontramos en los cuños numismáticos con efigies masculinas, especialmente en las que denotan una intensa estilización<sup>41</sup>. Atribuir fecha exacta a la cabeza de Huesca es prácticamente imposible, aunque en atención a la procedencia y a las circunstancias históricas de la zona cabe sugerir la de principio del Imperio.

Imposible prescindir de los togados de Museo Arqueológico Nacional y de obras afines, piezas clave en este sentido, puesto que alguno lleva inscrito el nombre en caracteres ibéricos<sup>42</sup>. La cuestión más interesante es que nos encontramos con un dato epigráfico indígena en una forma de representación iconográfica típicamente romana. Ante evidencia arqueológica tan elocuente sobra todo comentario. Una llamada de atención para emparejar el tradicionalismo que supone el nombre grabado en lengua vernácula con el conservadurismo artístico que todavía manifiestan los togados, a pesar del avance que implican en técnica y estilo. No es éste un fenómeno privativo del mundo iberorromano, sino que se constata también en el ambiente itálico en vías de romanizarse. Aducimos como prueba una estela funeraria de un togado, procedente de la necrópolis de Teano (Caserta), que también lleva grabado el nombre en lengua vernácula, o sea, en osco<sup>43</sup>. Los togados del Museo Arqueológico Nacional vienen a demostrar, que a finales de la República los hispanos tienen asimilados los patrones iconográficos romanos, es decir, la estatua togada y su complemento indispensable, el retrato. Pero,

salvo raras excepciones, dichos patrones fraguan en talleres locales, de aquí que se pueda rastrear la huella artística indígena.

Lo mismo ocurre con un grupo de estelas funerarias procedentes en su mayor parte del sur y sudeste<sup>44</sup>, y que representan togados cuya cronología tardorrepublicana o altoimperial revela que el proceso romanizador estaba formalmente consolidado<sup>45</sup>. Que el sustrato artístico local había jugado un papel decisivo, como catalizador, es algo que no se puede poner en duda.

No podemos terminar sin una alusión a la escultura zoomorfa. El tema de las representaciones animalísticas ibéricas merece mayor atención de la que podemos prestarle en este estudio somero, pues requiere un detenido análisis tipológico y estilístico. Los criterios básicos de una primera sistematización fueron establecidos por García Bellido<sup>46</sup> y posteriormente ampliados por Blanco que distinguió tres fases, la primera entre los siglos V-IV, la segunda entre los siglos III-II y la tercera a finales de la época republicana<sup>47</sup>. Las dos últimas son las que caen dentro del ámbito cronológico de este estudio y se caracterizan por la preeminencia dada a la figura del león y por un estilo realista acomodado a los cánones locales<sup>48</sup>. En general los leones ibéricos adolecen de tosquedad y rutina en la interpretación de las formas anatómicas, hecho que se debe relacionar con una producción artística en serie y poco esmerada. La simbología funeraria de este tipo de león está atestiguada desde antiguo<sup>49</sup> y su función era decorar tumbas. Cabe sospechar, que los escultores serifican la producción y la atienden sin particular detenimiento.

El toro votivo de Ronda (Málaga) merece mención especial más por su significado que por su calidad artística. Estilística y formalmente se alinea junto a las numerosas representaciones animalísticas indígenas, pero el *dorsuale* que lleva sobre el lomo explicita el contenido e inspiración romana de la obra<sup>50</sup>. La decoración de la base con un motivo de lengüetas reitera el influjo romano, como en el relieve del *cornicen*.

Tras estas consideraciones hemos de hacernos una última pregunta. ¿Desaparece el componente indígena, ibérico, con la total integración de España en la órbita de Roma? Evidentemente sí<sup>51</sup>. Las corrientes artísticas venidas de la Urbe encuentran gran acogida y aceptación entre la clientela hispana por razones diversas y en ellas se diluye hasta desvanecerse el componente ibérico. Pero hay algo en el proceso de creación artística que no es susceptible de decaimiento ni sucumbe a imposiciones o influencias. Es el germen siem-

pre fecundo del arte popular y es ahí donde perdura el rescoldo indígena. En ocasiones emite destellos claros que se reflejan en las figuritas de bronce, en los exvotos, en la coroplastia; en las llamadas artes menores que conservan un cierto sabor local. Otras veces se enquistada y acantona en «provincialismo», un fenómeno artístico con suficiente entidad como para configurar un estilo. Pero cuando esto ocurre la Península está tan romanizada, que los vestigios de la etapa anterior adquirirían connotaciones negativas en relación con los adelantos y novedades importadas de Roma.

## NOTAS

<sup>1</sup> Extensa bibliografía sobre el tema en A. García Bellido, *Arte ibérico*, en «Historia de España», 13, dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid, 1954, 443 ss.; *Arte ibérico*, en «Ars Hispaniae», I, Madrid, 1947, 217 ss.; *Iberische Kunst in Spanien*, Mainz, 1971; A. Blanco, *Die klassische Wurzeln der iberischen Kunst*, MM, 1, 1960, 101 ss.; W. Trillmich, *Ein Kopffragment aus Verdolay bei Murcia*, MM, 16, 1975, 208 ss.

<sup>2</sup> S. Ferri, en *Scritti in onore de B. Nogara*, Città del Vaticano, 1937, 173 ss.; *Bollettino d'arte*, XXXI, 1937-38, 1 ss.

<sup>3</sup> W. Grünhagen, *Bemerkungen zum Minerva-Relief in der Stadtmauer von Tarragona*, MM, 17, 1976, 209 ss., láms. 41-43.

<sup>4</sup> A. García Bellido, *La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reintegradas en España en 1941*, Madrid, 1943, 73 ss.; *Ars Hispaniae*, 236 ss.; *Historia de España*, 541 ss.; *Iberische Kunst*, 44 ss. Sobre Osuna en la antigüedad, cf. A. Tovar, *Iberische Landeskunde*, I, Baden-Baden, 1974, 128 ss.; R. Thouvenot, *Essai sur la province romaine de Bétique*, París, 1973, 438 ss.

<sup>5</sup> R. Corzo, *Osuna de Pompeyo a César. Excavaciones en la muralla republicana*, Sevilla, 1977.

<sup>6</sup> R. Corzo, *op. cit.*, 17, 59.

<sup>7</sup> R. Corzo, *op. cit.*, 11 ss., 22 ss.

<sup>8</sup> R. Corzo, *op. cit.*, 18 ss.

<sup>9</sup> A. García Bellido, *La Dama*, 78 ss.; *Iberische Kunst*, 44 ss.

<sup>10</sup> R. Corzo se inclina también por la posibilidad de que se trate de una estela. *Op. cit.*, 59.

<sup>11</sup> App. *Iber.*, 67. Otras referencias, en A. García Bellido, *La Dama*, 95 ss.

<sup>12</sup> A. Blanco, *op. cit.*, 118, lám. 25b.

<sup>13</sup> A. García Bellido, *La Dama*, fig. 91; *Historia de España*, fig. 477; J. Harmand, *L'armée et le soldat à Rome de 107 à 50 avant notre ère*, París, 1968, fig. 4.

<sup>14</sup> A. García Bellido, *La Dama*, 102; *Historia de España*, 547 ss.

<sup>15</sup> A. García y Bellido, *Iberische Kunst*, 44 ss.

<sup>16</sup> J. Cabré, *Decoraciones hispánicas*, I, AEAA, 11, 1928, 95 ss.

<sup>17</sup> J. Cabré, *Broches de cinturón de bronce*, AEAA, 38, 1937, 93 ss.

<sup>18</sup> Diod., 31, 42.

<sup>19</sup> FHA, IV, 96 ss.

<sup>20</sup> E. Cuadrado, *Excavaciones en el santuario ibérico del Cigarralejo*, IM, 21, Madrid, 1950; A. García Bellido, *Iberische Kunst*, 52, ss., figs. 90-94.

<sup>21</sup> A. Blanco, *op. cit.*, 112 ss.

<sup>22</sup> A. García Bellido, *Historia de España*, 554 ss.; J. Harmand, *L'armée et le soldat à Rome de 107 à 50 avant notre ère*, París, 1967, fig. 5.

<sup>23</sup> A. García Bellido, *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid, 1949, 403 ss., 424, láms. 285 y 306; C. Fernández Chicharro, *Catálogo del Museo Arqueológico de Se-*

*villa*, Madrid, 1969, 50, núm. 23-24. Sin reproducción fotográfica. De uno de los relieves de Estepa hay fotografía en el Catálogo del Museo de 1957, lám. XI. Sobre Estepa en la antigüedad, A. Tovar, *op. cit.*, 126 ss.; J. Hernández Díaz y otros, *Catálogo arqueológico y artístico de la provincia de Sevilla*, Sevilla, 1955, IV, 33.

<sup>24</sup> Sobre la escala, huellas de grapas, etc., cf. A. García Bellido, *La Dama*, 123 ss.

<sup>25</sup> Strab., III, 3, 6.

<sup>26</sup> Sobre la importancia de los *auxilia* en el ejército regular romano, J. Harmand, *op. cit.*, 41 ss.; sobre el armamento en general, 55 ss., y sobre el de las tropas auxiliares, 75 ss.

<sup>27</sup> B. M. Felletti Maj, *La tradizione italica nell' arte romana*, Roma, 1977.

<sup>28</sup> A. H. Borbein, *ZUR Bedeutung symmetrischer Kompositionem in der hellenistisch-italischen und spätrepublikanisch-römischen Reliefplastik*, «Hellenismus in Mittelitalien», II, Göttingen, 1976, 502 ss.

<sup>29</sup> W. Johannowsky, *La situazione in Campania*, «Hellenismus in Mittelitalien», I, Göttingen, 1976, 280 ss., figs. 1-3; A. H. Borbein, *op. cit.*, 527 ss.; R. Bianchi Bandinelli, *Rome. Le centre du pouvoir*, París, 1969, 58 ss.

<sup>30</sup> G.-Ch. Picard, *Recherches sur la composition Héraldique*, MEFRA, 85, 1973, 170 ss., figs. 4, 6 y 7; A. H. Borbein, *op. cit.*, figs. XII-XVIII; R. Bianchi Bandinelli, *Los etruscos y la Italia anterior a Roma*, Madrid, 1973, fig. 372.

<sup>31</sup> J. Charbonneaux, *La sculpture grecque et romaine au Musée du Louvre*, París, 1963, 130 ss.; H. Kahler, *Seuthiasos und Censur. Die Reliefs aus dem Palazzo Santa Croce in Rom*, Berlin, 1966, 14 ss., 24 ss., láms. 4-5; B. M. Felletti Maj, *op. cit.*, 175 ss. García Bellido, en *La Dama*, menciona la similitud de las *ocreae* en ambas obras.

<sup>32</sup> A. García Bellido, *La Dama*, 113 ss., figs. 71 y 107.

<sup>33</sup> Cf. la opinión de R. Corzo en *op. cit.*

<sup>34</sup> F. Coarelli, *L'ara di Domizio Enobarbo e la cultura artistica in Roma nel II secolo a.C.*, «Dial. Arch.», II, 1968, 337 ss.; *Architettura e arti decorative in Roma*, «Hellenismus in Mittelitalien», I, 27; cf. otras opiniones en 32 ss.

<sup>35</sup> Plut., *Sertorio*, 12. Cf. además FHA, IV, 160 ss.

<sup>36</sup> Cf. la opinión de R. Bianchi Bandinelli, *Rome. Le centre...*, 27; F. Coarelli, *Dial. Arch.* IV-V, 1971, 272 ss.

<sup>37</sup> C. Fernández Chicharro, *op. cit.*, 52, núm. 34, lám. XIII; A. García Bellido, *Iberische Kunst*, 46 ss., fig. 74; *Esculturas*, 310 ss., lám. 249. Sobre *Orippe*, A. Tovar, *op. cit.*, 145; J. Hernández Díaz y otros, *op. cit.*, 5 ss.; R. Thouvenot, *op. cit.*, 398, 485. Sobre hallazgos recientes procedentes de esta localidad, M. Bendala Galán y M. Pellicer Catalán, *Nuevos hallazgos en el solar de la antigua Orippe (Dos Hermanas, Sevilla)*, «Habis», 8, 1977, 321 ss.

<sup>38</sup> P. Zanker, *Grabreliefs römischer Freigelassene*, JdI, 90, 1975, 267 ss.

<sup>39</sup> M. Tarradell, *Arte ibérico*, Barcelona, 1968, fig. 27.

<sup>40</sup> R. Puertas, *Dos nuevos retratos romanos de la provincia de Huesca*, AEspA, 45-47, 1972-74, 153 ss., figs. 4-6.

<sup>41</sup> A. Vives, *La moneda hispánica*, Madrid, 1924, láms. XXII ss.; A. Guadán, *Numismática ibérica e iberromana*, Madrid, 1969, láms. 20 ss.; A. Domínguez Arranz, *Las cecas ibéricas del valle del Ebro*, Zaragoza, 1979.

<sup>42</sup> A. García Bellido, *Dos datos cronológicos relativos a la escultura y la epigrafía ibéricas*, en «Estudios dedicados a Menéndez Pidal», Madrid, 1952, 507 ss.; *Historia de España*, 521 ss., figs. 424-425.

<sup>43</sup> R. Bianchi Bandinelli, *Los etruscos*, fig. 387.

<sup>44</sup> A. García Bellido, *Sobre un tipo de estela funeraria de togado bajo hornacina*, AEspA, 40, 1967, 110 ss.

<sup>45</sup> Los mejores paralelos, en P. Zanker, *ibid.*

<sup>46</sup> A. García Bellido, *Historia de España*, 574 ss.

<sup>47</sup> A. Blanco, *Orientalia*, II, AEspA, 33, 1960, 37 ss.

<sup>48</sup> Cf. además A. García Bellido, *Esculturas*, 311 ss., 427 ss., láms. 250-51, 309; J. M. Blázquez, *Figuras animalísticas turdetanas*, en «Homenaje a D. Pío Beltrán. Anejos de AEspA», VII, Madrid, 1974, 87 ss.

<sup>49</sup> A. Blanco, *Excavaciones arqueológicas en la provincia de Jaén*, en BIEG, 6, 1959, 177 ss.

<sup>50</sup> J. M. Luzón, M. P. León, *Esculturas romanas de Andalucía*, en «Habis», 2, 1971, 246 ss.

**EL PESO DEL MUNDO GRIEGO EN EL ARTE IBERICO**

## EL PESO DEL MUNDO GRIEGO EN EL ARTE IBERICO

Por JUAN MALUQUER DE MOTES

Creo que puede tener cierto interés en esta Mesa Redonda evocar los condicionamientos y connotaciones del arte ibérico. Para ello es necesario fijar de antemano unas premisas claras si queremos entendernos, y en primer lugar lo que entendemos por mundo ibérico. Al referirnos a mundo ibérico nos ceñiremos estrictamente al habitado por pueblos que hablaban una misma lengua, la que llamamos ibérica. Esta ocupa un área bien establecida por los lingüistas mediante el trazado de isoglosas.

Los pueblos ibéricos ocupan un área extensa, no siempre bien uniforme, que cubre desde el norte del Pirineo, desde la raya del río Hérault, e incluye la totalidad de la fachada del Levante peninsular con la mitad de Andalucía hasta una línea que, englobando la gran ciudad de Cástulo y su distrito minero y Obulco, se pierde luego en el litoral malagueño. Queda sin duda excluido del territorio ibérico propiamente dicho el sudoeste peninsular y en concreto el Bajo Guadalquivir, que constituye el dominio lingüístico turdetano.

Un segundo aspecto que conviene clarificar es el hecho de que en la bibliografía arqueológica reciente aparezca constantemente una vacilación inadmisibles en la aplicación de la palabra orientalizante. Si queremos estudiar el mundo ibérico de baja época, y no podemos desglosarlo de lo ibero más antiguo, tenemos que ponernos de acuerdo en lo que es el fenómeno orientalizante.

En todo el mundo investigador y más aún en el dominio de la Historia del Arte, el concepto de orientalizante como período tiene un sentido muy preciso. Se trata de una reacción de sensibilidad que aparece en el Mediterráneo de modo característico durante el siglo VII a.C. y de un modo más amplio entre mediados del si-

glo VIII a.C. y mediados del VI a.C., aunque en este último siglo sólo es correctamente utilizable para nuestro extremo occidente.

Esta reacción o moda orientalizante afecta básicamente a tres áreas distintas: Grecia, Italia (en particular Etruria) y Norte de Africa, y la Península Ibérica. En cada uno de estos territorios tiene una respuesta algo distinta según la idiosincracia de los respectivos pueblos o cuando menos ofrecerá en cada caso características propias. Es decir, que hemos de separar el simple concepto de oriental del de orientalizante. Elementos orientales aparecen en Occidente en múltiples ocasiones históricas desde la época neolítica y eneolítica hasta el cristianismo y nuestros días, y no obstante no calificaremos de épocas orientalizantes más que la mencionada del siglo VII a.C.

Orientalizante es un concepto puramente occidental aplicable a una reacción de nuestra sensibilidad que alcanza entre nosotros y solamente entre nosotros hasta mediados del siglo VI a.C. cuando ya ha sido superada tanto en Grecia como en Etruria. No es lo mismo la generalización de un gusto orientalizante o de un estilo orientalizante, que llega a marcar una verdadera imitación incluso en las propias producciones occidentales, que la presencia de manufacturas orientales genuinas que por su propio exotismo han sido importadas y valoradas siempre. Si no nos ponemos de acuerdo en el uso del término orientalizante difícilmente podremos paralelizar nuestro fenómeno con lo que acontece en las restantes tierras mediterráneas.

Hecha esta observación, yo querría recordar que tradicionalmente se ha valorado el arte ibérico, pese a su personalidad, como verdadera hijuela del arte griego, y éste ha sido el criterio generalmente aceptado durante más de medio siglo. Sin duda ha sido la escultura ibérica y su gran concentración en el Sudeste, la zona más helenizada de la Península, la que orientaba toda la valoración hacia el arte griego. Piezas tan extraordinarias como la Dama de Elche o las esfinges de Agost, Haches, etc., contribuían poderosamente a esa visión.

Pero hay que tener en cuenta que para interpretar cualquier hecho cultural capaz de calificar un pueblo es preciso no fijarse sólo en un elemento, sino en la totalidad de la cultura, y en el campo de las investigaciones ibéricas se han producido en los últimos años novedades importantes que habrá que tener presentes.

La primera de esas novedades es el hecho de que la crítica de las antiguas fuentes escritas permite valorar el verdadero impacto

semita hacia el siglo VIII a.C., abandonando el legendario siglo XII a.C., que se atribuía a la fundación de Gadir. Aquella altísima antigüedad de la fundación de Cádiz ya orientaba necesariamente hacia el mundo fenicio cuantos elementos orientales hubieran podido alcanzar el occidente tartésico y luego ibérico. Ahora bien, esa renuncia (por el momento hasta que no se hallen pruebas claras) de los siglos XII-IX, también actúa sobre lo que se admite del mundo griego colonial, ya que en éste ha sucedido un fenómeno paralelo aunque inverso.

Al afinarse la crítica histórica sobre la más antigua colonia griega del Mediterráneo, Cumas, gracias al argumento arqueológico que ofrecen las necrópolis indígenas amortizadas por la construcción de la muralla de la colonia griega, se acepta sin paliativos la cronología baja del siglo VIII para esa ciudad, coincidiendo por lo mismo con la presencia fenicia en nuestro Occidente. Es decir que al renunciar un poco a las disquisiciones fundadas únicamente en las fuentes escritas y al valorar los datos arqueológicos se han aproximado cronológicamente los dos impactos, fenicio y griego antes considerados separados por más de medio milenio.

Esa coincidencia de ambos impactos, semita y griego en el siglo VIII es muy importante si tenemos en cuenta que un mundo que se ha tenido muy abandonado, que es el del posible contacto de los rodios con occidente, empieza a poder ser ampliado con hallazgos arqueológicos que nos llevan a la totalidad del siglo VII en el área ibérica de Catalunya, de la desembocadura del Ebro e incluso del norte del Pirineo.

Es decir que tenemos en el bajo Ebro una «terminal» comercial griega hasta cierto punto, y a la vez un problema de influencia fenicia que condicionan las posibilidades de lo que va a ser en el futuro inmediato del siglo VI, el mundo ibérico.

Durante el Symposium de Jerez sobre Tartessos, convocado en 1968 por el Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona, habíamos planteado la posibilidad de un contacto fenicio en Catalunya. Recordaremos que en un momento concreto del siglo pasado había estado de moda atribuir a los fenicios muchos objetos exóticos supuestamente hallados en el sur de la Galia que en su totalidad han sido rechazados por Fernand Benoit. En realidad nos hallamos ante unas actividades comerciales muy poco diferenciadas entre fenicios y griegos hecho que cada día hay que tener más en cuenta.

En el bajo Ebro aparece perfectamente documentada en necró-

polis paleoibéricas una interesante industria de bronce que junto a una gran riqueza de hebillas de cinturón de uno, dos, tres o más garfios, aparecen gran número de cadenas y colgantes en forma de palomas, carneros o colgantes globulares esféricos. Tipológicamente muchos de los elementos de esa industria de bronce van a caracterizar por ejemplo en Sicilia oriental la llamada cultura de Finocchito o fase de Finocchito de la cultura de Pantalica. Aparecen también en necrópolis etruscas del siglo VII e incluso alguno de esos elementos se halla presente en necrópolis emporitanas.

Un análisis de esos bronce, que habían sido señalados hace más de cincuenta años en hallazgos del bajo Aragón como en Les Humbries, puede asegurar la existencia de un taller de bronceistas del que saldrían piezas tan interesantes como el famoso thymiaterion de Calaceite con el celebre caballito de bronce o el de hallazgo reciente en las cercanías de Carcasona, análogo a aquél pero que en lugar de un caballito presenta un ciervo. Una de las características de este taller es el uso de decoraciones sogueadas que aparecen con gran frecuencia técnica de sogueado análoga aparece en trípodes votivos de Cerdeña de inspiración chipriota (cueva Piroso) que también aparecen en la cultura de Finocchito y en láminas de oro de Cerdeña.

Existe por consiguiente un comercio al que también cabría atribuir la distribución de las hebillas de cinturón subtriangulares con garfios de los llamados de tipo ibérico, distintas de las propiamente tartésicas de garfios largos. Esas piezas de cinturón aparecen enriquecidas en el bajo Ebro por las mencionadas cadenas de bronce que cuelgan a veces de los remaches (necrópolis de Mas De Mussols en La Palma, Tortosa).

Esos elementos comerciales de contacto con el mundo mediterráneo occidental (Cerdeña, Etruria y Sicilia oriental), de no ser prueba de un comercio directo etrusco (tema en el que habrá que investigar en el futuro), sólo puede atribuirse a una actividad griega, no fenicia, puesto que estos objetos por el momento son totalmente desconocidos no sólo en el sudeste, sino en el mediodía, en las zonas más integradas al comercio semita fenicio o ya púnico (Villaricos, etc.).

Si tenemos en cuenta la tradición de la circulación por la ruta directa llamada de las islas, por el Mediterráneo occidental, de los rodios de que se hacen eco las antiguas fuentes, hemos de aceptar la existencia de una «terminal» griega en el bajo Ebro a partir de la cual la influencia griega se ejercería en una triple dirección.

Hacia el norte por la costa (fundación de Rhode); hacia el sur por la costa con penetraciones y hallazgos en las tierras de Castellón y quizás hasta la tierras alicantinas, y hacia el interior navegando por el Ebro. Todo ello en el siglo VII-VI a.C.

Todos esos bronce del bajo Ebro tienen una fecha en conexión con la primera aparición en Catalunya de la cerámica propiamente ibérica (urnas a torno decoradas con bandas horizontales pintadas; tapaderas con orejetas perforadas de cierre hermético; olpes con asas geminadas, etc.). En las necrópolis paleoibéricas del bajo Ebro aparece la cerámica propiamente ibérica más antigua claramente importada que será imitada a mano (urnas de orejetas) en lo local, pero que esas cerámicas son tan exóticas como los bronce. Todo ello corresponde a fines del siglo VII o comienzos del VI, y es claramente abusivo calificar esa cerámica de fenicia o de cartaginesa y hacerla proceder del Sudeste, mientras el acompañamiento de bronce no puede documentarse hacia aquellas latitudes.

Junto a esos bronce y a esas cerámicas pintadas ibéricas, aparecen también algunos objetos con paralelos considerados realmente fenicios o mejor semitas, como las ampollas de cuello abultado (un solo ejemplar), que vemos sin embargo asociadas a aryballos griegos o suditalicos. Esa ampolla de la necrópolis de Mas de Mussols en La Palma, Tortosa, que nosotros publicamos, es fechada por Culican aún en el siglo VII y aparece en una sepultura de incineración del siglo VI.

Existe, por consiguiente, en el bajo Ebro, una «terminal» de comercio mediterráneo que no podemos olvidar porque la cronología nos acerca al momento antiguo de impacto fenicio en el sur (siglo VIII). En realidad la fachada mediterránea es la puerta de entrada de un comercio de menos lujo, distinto del que caracterizaba el impacto fenicio al sudoeste, que siempre se caracteriza de un comercio de piezas de lujo. Por estar orientado ese último al tráfico de metales, como es bien sabido, y en nuestro Levante no existen metales ni grandes posibilidades en ese sentido de las tierras interiores inmediatas, ni de las alcanzadas por la ruta navegable del Ebro, ese comercio debe considerarse totalmente desligado del comercio fenicio del sur. Incluso en el caso francamente abusivo de valorar una determinada forma de labio de las ánforas como fenicio o de la misma forma general, la restante cerámica, y desde luego los bronce, no pueden ser considerados como tales. Basta recordar la total ausencia de la mayor parte de las restantes mercancías típicamente fenicias

(esceptuados los escarabeos) y en particular de los objetos de pasta vítrea, a pesar de su abundante presencia en Ibiza en un momento avanzado.

Este comercio mediterráneo de menos lujo, por ello mismo es de un mayor impacto sobre la población indígena, y por lo mismo tiene necesariamente un mayor peso específico en la formación de la cultura ibérica como tal, puesto que la base de recepción es más popular y más amplia que la de piezas destinadas únicamente a una determinada clase social. En ese comercio, sin duda el vino jugaría un papel importante, y su continuación en épocas inmediatamente posteriores quedará asegurada por la introducción de vasijas destinadas exclusivamente al vino como las copas jonias, etc.

Con esos antecedentes el planteamiento global de la cultura ibérica no puede ser resuelto con la simplicidad que últimamente muchos arqueólogos propugnan al supervalorar el elemento semita púnico o el más antiguo fenicio en el sur. Plantearíamos el problema de forma dual. ¿Nace la cultura ibérica como consecuencia exclusiva de un impacto fenicio en el sur y en el sudeste y ocuparía por expansión toda el área ibérica típica señalada antes? Por el contrario, ¿hay que pensar en una continua permeación mediterránea de elementos muy variados que si bien el elemento semita en el sur puede ser importante, no lo es menos el elemento mediterráneo en el Levante y sudeste? En ese caso ese elemento griego prefocense puede ser griego oriental (cuyos sucesores típicos son los focenses históricos), griego rodio o griego chipriota.

Se trataría de un proceso de cristalización de influencias mediterráneas que tienden a su unificación. Con ello es lícito formular hipótesis concretas. Por nuestra parte siempre hemos aceptado la idea de revalorizar el impacto rodio en la formación del mundo ibérico aceptando como posibles las fechas estrabonianas (época de la primera Olimpiada) renovadas más tarde a comienzos del siglo VII paralelamente a la fundación de Gela.

Uno de los problemas que nos ofrece toda consideración global sobre la formación de la cultura ibérica es la falta de conocimiento del proceso global. Hoy conocemos el resultado de muchos sondeos estratigráficos siempre limitados y con valor general muy escaso, pero sabemos muy poco en extensión y en desarrollo horizontal de los establecimientos paleoibéricos. La investigación moderna habrá de plantearse la obtención de un mayor conocimiento en amplitud de todos los distintos momentos cronológicos señalados en las estratigra-

fías, puesto que a pesar de todo continuamos relegados a la valoración de un solo elemento como es la escultura.

La escultura es la única manifestación de la cultura ibérica que cubre cronológicamente toda la serie de la época de un modo relativamente uniforme y continúa siendo el elemento idóneo para poder establecer los distintos períodos, por incidir, no exclusivamente en aspectos materiales limitados como puede ser la cerámica, sino que afecta al ámbito espiritual y religioso. Existen varias posibilidades de establecer períodos en la cultura ibérica a base de la escultura. Recordaremos aquí, a guisa de ejemplo, la periodización que hace años establecía en nuestros symposios Emeterio Cuadrado, y que en general todos podemos aceptar por su misma simplicidad basada en su nacimiento, apogeo y decadencia. La dificultad estriba en el sistema de cortes y sus causas que lo expliquen y justifiquen. El formular subperíodos es siempre muy subjetivo, y aquí es donde juegan un papel esencial los datos puramente arqueológicos y en primer lugar un hecho del que mucho se ha hablado en muchas comunicaciones y que cada día conocemos mejor. Es la sistemática destrucción de la escultura ibérica que se señala de Catalunya a Andalucía y su amortización al ser utilizadas sistemáticamente como materiales de construcción.

Si nos fijamos en el hecho de las destrucciones, con independencia de la propia escultura hallamos que las destrucciones de poblados y santuarios ibéricos cubren una etapa de casi medio siglo. De norte a sur por ejemplo se puede documentar una destrucción general del oppidum de Ullastret no mucho después del año 400 a.C. Las cerámicas áticas más antiguas de las casas destruidas por el incendio general tienen unas fechas que no alcanzan el 425, 420, 415 y posteriores de 10 ó 20 años al cambio de siglo. El margen de utilización de esas cerámicas indica que la fecha última no está muy lejos de 380 a 375 como más bajas. Otros poblados como La Bastida de les Alcuses, acusan su destrucción en época algo posterior pero plenamente dentro de la primera mitad del siglo IV.

La explicación concreta de tales destrucciones no es fácil determinarla. De tratarse de destrucciones muy localizadas es posible su atribución a circunstancias muy concretas. En Catalunya se ha hablado siempre de la posibilidad de una entrada de elementos galos conectada con la expansión de los Volscos Tectosages al norte del Pirineo, pero la argumentación arqueológica que se esgrimía tradicionalmente (la necrópolis de Perelada) no es válida puesto que los

materiales de Perelada son en realidad en buena parte paleoibéricos que habrá de remontar al siglo VI.

La generalización de las destrucciones de Ullastret a Obulco permite sospechar que en la primera mitad del siglo IV a.C. se produjo un hecho general capaz de provocar una extraordinaria inestabilidad en las comunidades indígenas y suscitar unas rivalidades que ahondaran fisuras históricas de sus propios orígenes. Es muy posible además que esa inestabilidad fuera motivada por la introducción de ideas disolventes de conceptos tradicionales religiosos o estructuras sociales, y esa introducción pudo ser sistemáticamente estimulada por los cartagineses ante el desarrollo de un proceso significativo.

La existencia de un tratado entre Roma y Cartago, el llamado segundo tratado de mediados del siglo IV, si tenemos presente los antecedentes de una y otra ciudad, puede interpretarse como el propósito decidido de Cartago de evitar con mucho tiempo de antelación la posibilidad de expansión romana hacia occidente. El que los cartagineses tuvieran presente en esas fechas tal posibilidad equivale al reconocimiento de la existencia de unas corrientes permanentes de intereses vinculados a frentes no controlados, posiblemente amigos en potencia de los romanos (que serán claramente luego los griegos).

Recordemos que para unos y otros el occidente peninsular nuestro era muy distinto. Para los púnicos, vinculados de siempre a los intereses fenicios, era un campo conocido de antiguo cuyas veleidades era preciso vigilar. Para los romanos sólo indirectamente a través de los griegos masolotas el occidente era conocido. Puestas así las cosas es evidente que los púnicos son los más interesados en estimular todo elemento de inseguridad y división que impida la posibilidad de que el mundo indígena ibérico pueda en algún modo ofrecer algún día una acción unitaria. El valor concreto de los elementos ibéricos era bien conocido por sus propias experiencias, por haber sido utilizados como mercenarios en sus tropas desde hacia 150 años. Las destrucciones señaladas en el mundo ibérico constituirían el resultado de la aplicación de un plan sistemático de una acción púnica incansable.

La gran envergadura de ese tipo de plan púnico no debe sorprendernos cuando mucho más tarde hallaremos, en la conquista romana, el mismo proceso de división sistemática de las tribus indígenas siguiendo el propio ejemplo de los cartagineses en el problema de Sagunto.

Los detalles del grave proceso que aboca a las destrucciones sis-

temáticas de poblados y santuarios ibéricos, sólo podrán conocerse con el análisis minucioso de los elementos arqueológicos cuya interpretación no siempre es fácil pero cuyo intento es siempre irrenunciable. En ese estudio resaltarán sin duda el verdadero peso griego o fenicio en el proceso formativo del mundo ibérico y de su arte.

Las novedades son muchas. Una de las más inquietantes es Pozomoro. Es indudablemente uno de los problemas más interesantes puesto que sólo conocemos por el momento la interpretación de su excavador Martín Almagro Gorbea siempre en avances no definitivos. Los problemas que plantea son muchísimos y en primerísimo lugar su propio orientalismo que es el que ha provocado nuestras puntualizaciones sobre ese concepto. Si hemos de aceptar una vinculación neohitita para Pozomoro, no comprendemos ni su aparición a 300 años de distancia de lo propiamente neohitita, ni su existencia en el lugar más alejado del mundo fenicio meridional hispano, y de las terminales comerciales típicamente semitas. Por el contrario, lo hallamos conectado con rutas comerciales característicamente griegas que arrancan de la costa del sudeste. Que sea un elemento de Siria o de esa procedencia mediata, y aparezca vinculado a la zona más helenizada no deja de ser interesante. Pero aparte del arte de Pozomoro, el mismo monumento no está explicado.

Se ha asegurado la posibilidad de que se trate de un Heroon que debería hallarse vinculado a un núcleo urbano que aun se desconoce. Pero la verdadera dificultad de esa interpretación está en el hecho de que si fuera un Heroon no se explicaría que, arruinado por su poca y mala estabilidad al poco tiempo de su construcción, no se reconstruyera. Parece más lógico que constituyera un monumento singular dentro de una necrópolis normal, correspondiendo a una persona o familia de destacado abolengo en cuyas proximidades aparecieran las sepulturas de una verdadera clientela. La fecha atribuida a la construcción, basada en la presencia de cerámica griega de alrededor del 500 a.C., marca claramente un ambiente de preparación de la expansión púnica en Sicilia frenada trágicamente en Himera el 480 pese al esfuerzo de tantos iberos.

Por otra parte la interpretación de los relieves de Pozomoro y del mismo monumento creemos que en todo caso no pueden condicionar el resto y la evolución de todo el arte ibérico. No es lógico pensar que si un elemento cultural neohitita reaparece en Occidente, por la causa que sea, depende de él el desarrollo inmediato de la escultura ibérica, mucho más por el hecho indiscutido de que una gran parte

de ésta corresponde claramente y sin dudas razonables a leyendas y mitos claramente griegos.

Prescindiendo de cronología, y volviendo al carácter del mundo orientalizador, es preciso retener que no podemos admitir ni la unidad del mundo orientalizador ni que todo él proceda de una transmisión fenicia procedente de las ciudades de Siria. Una gran mayoría de elementos orientalizantes ciertamente asiáticos proceden de una transmisión desde Asia Menor, llegados directamente a las ciudades griegas sin intervención semita, incluso en época avanzada. Como ejemplo sirve la consideración de la temática de las luchas entre Hiperbóreos o Arymaspos y Amazonas, grifos, etc., que llega a la Península con la cerámica griega con tal fuerza que se proyectará sobre la escultura, pintura, etc.

Estos elementos mitológicos corresponden a la revitalización, en Grecia, de las antiguas leyendas y mitos (Jason, argonautas, amazonas, etc.) a raíz de la legendaria expedición persa a Tracia y al Ister del 512 a.C. A partir de ese momento, es cuando se pone de moda toda una temática que siendo antigua pasará a ser concebida como elemento orientalizador de baja época y su transmisión no puede atribuirse a Siria ni a Fenicia, sino que es exclusivamente griega. Es otro mundo y no obstante es realmente oriental desde nuestro punto de vista hispano, porque la misma temática aparece en buena calidad en las colonias griegas del Mar Negro y en mala calidad en los mercados de Occidenté.

Esta idea que ofrece la cerámica que aparentemente permite calificar de mala calidad a esos productos queda desmentida por los hallazgos inéditos del Cerrillo Blanco, de Porcuna.

En Porcuna tenemos un nuevo caso de destrucciones. Culmina un área de necrópolis un monumento de tipo desconocido con una extraordinaria riqueza de esculturas ibéricas de variada temática, en la que resaltan indudablemente temas griegos de luchas de grifos y posiblemente amazonas y guerreros. Su carácter griego no ofrece dudas y no se puede pensar en modo alguno en elementos que procedan de una transmisión fenicia. No sabemos si el monumento en cuestión, al que pertenecían las esculturas, llegó a construirse. Podría tratarse de un templo funerario con un doble frontón como le correspondería por su fecha a comienzos del siglo IV, pudiendo corresponder las esculturas a últimos del siglo V.

La necrópolis cubre varios siglos. Por lo menos desde la primera mitad del siglo VI, pero las esculturas, así como los enterramientos

más superficiales corresponden sin duda al tránsito del siglo V al IV. Una fecha de C 14 del enterramiento superior da el año 380 a.C. que coincide con la fecha arqueológica de las cerámicas griegas, cráteras de campana, análogas a las de la necrópolis de Peal de Becerro.

Todas las esculturas aparecen rotas e incluso machacadas y fueron utilizadas en época moderna para levantar una cerca colocándolas en su misma base. Queda incierto si la totalidad de las destrucciones corresponde a la misma época, pero nos parece que en efecto su destrucción coincidirá con las observadas en Cástulo donde vemos en la necrópolis Robarinas el uso como material de construcción de fragmentos de esculturas ibéricas, repitiéndose una vez más lo observado en tantos lugares y que en tierras jiennenses se repite en las necrópolis de La Guardia y Ceal.

La unidad de inspiración griega en la escultura ibérica si exceptuamos Pozomoro, nos parece indiscutible.

Para terminar, la incidencia del mundo griego en la religiosidad íbera es un tema apasionante. En el propio Pozomoro a pesar de que se trata de unos elementos muy difíciles que deberán aun ser valorados definitivamente, yo me atrevería a asegurar que, al igual que se han señalado connotaciones con el mundo oriental, podríamos encontrar elementos claramente griegos, y aunque esos pudieran ser en definitiva orientales para su momento inicial como gran parte de todo el arte griego. La identificación del personaje musculoso masculino con un Reshef o con un Herakles es siempre posible y en cuanto a su tratamiento puede admitirse su aspecto asirio o etrusco indistintamente. También tenemos ahí en Pozomoro temas y elementos que reflejan un occidentalismo claro como es por ejemplo la forma trifásica diríamos, de algunos elementos. El dragón con tres cabezas arrojando lenguas de fuego por la boca, responde a una idea muy europea continental en occidente que en el mundo celta desarrollará personajes con tres formas. El mismo Gerion es personaje con tres cuerpos. La figura de Cacus al interceptar el paso de Herakles en el Tiber con el robo de terneras es muy parecido; la misma escena erótica de Pozomoro, o los personajes con tridentes (hijos de Poseidon), evocan aspectos de los trabajos de Herakles que precisan análisis profundos.

Parece que el mundo de Pozomoro y el mismo Porcuna no están tan desligados como pudiera parecer. Creo que son unos magníficos ejemplos de la gran personalidad íbera para reelaborar mitos y crear incluso una riquísima mitología que de momento solo podemos

sospechar, pero que cada día obtenemos nuevos elementos de juicio. Piezas de gran interés son las dos magníficas piezas de bronce del Museo Arqueológico Nacional que fueron de la Marquesa de Montijo, cuya procedencia giennense parece segura. Se consideraban como los brazos de un trono, pero Martín Almagro que las está estudiando supone que corresponden a un carro por sus extremos zoomorfos con paralelos en Huelva y Ampurias. Los temas incisos que decoran esas piezas parecen próximos por un lado a Pozomoro y Porcuna, y por otro a la famosa pátera de Tivissa. Todas las interpretaciones que hemos oído muestran la posibilidad de una gran influencia griega en la religiosidad del mundo ibérico.

Veamos el panorama teórico de que nos hablan las fuentes. En el mundo griego —y aquí se ha dicho—, no se recuerdan epítetos indígenas para dioses romanos, lo contrario de lo que pasaba en la Galia. Allí conocemos todo el proceso de asimilación de los dioses indígenas que se conocen, primero por su propio nombre individual, luego mantienen el nombre indígena como epíteto del nombre romano al que se le asimiló, luego se perderá el epíteto y sólo quedará el nombre romano. El proceso, con abundantísima documentación en la Galia, no es el mismo que sucede en el mundo ibérico ya que aquí se ha señalado la posibilidad de un Naitin, de un Neto, etcétera.

Pero el mundo mediterráneo que llega aquí, en particular el mundo griego, posee unas divinidades muy claras que las conocemos por la fundación de Massalia con la construcción de un templo a Apolo y otro a Artemis. Hemos de pensar que por consiguiente alrededor de la fachada Mediterránea ibérica tienen que existir advocaciones como esas en las diversas factorías griegas que incluirían o no en los indígenas iberos de los alrededores. Con ello llegamos al problema que nos ofrece la iconografía del lobo que aparecía esta mañana en la pátera de Tivissa, y que es la misma figura del famoso *carmassier* de la cerámica del sudeste del estilo Elche-Archena.

El lobo es en el mundo clásico el símbolo de dos dioses en un determinado momento. Es la advocación cretense de un Zeus Lykaios, el Zeus del monte Ida importantísimo al que se consagran escudos cuyo umbo es la cabeza del lobo exactamente igual a la pátera de Tivissa. En segundo lugar Apolo es un Apolo Lykaios en determinadas zonas de Asia Menor y esa identificación como matador de lobos o al revés como lobo joven es fundamental en relación al mundo focense. Tenemos por consiguiente dos advocaciones clásicas de algo

que está en contacto con dos elementos que tenemos claramente presentes en empresas rodias por ejemplo.

Los rodios junto con los cretenses, fundan la ciudad de Gela. Los focenses vienen directamente. Por lo tanto, el lobo es susceptible de ser interpretado en plan de hipótesis de trabajo, como uno de los grandes dioses del mundo ibérico, o como epíteto de alguno de los grandes dioses ibéricos. Tenemos el caso concreto de la zona más evolucionada del mundo ibérico, el Sudeste. Recordemos el torso de Elche con la cabeza de lobo en la coraza. Se ha interpretado como un guerrero, pero igual puede considerarse como el dios lobo. Creeríamos estar en presencia, aquí en occidente, de una iconografía de Zeus Lykaios o de un Apolo Lykaios. Me inclinaría más por un Zeus que por un Apolo a pesar de la estrecha vinculación focense a ese Apolo por lo menos en la parte meridional de la cultura ibérica. Esa divinidad va a pasar a ser la protectora del mundo subterráneo y va a tener una función funeraria interesante, hasta el punto de ofrecernos la pieza más bella de las arcas sepulcrales del Museo de Jaén. La famosa urna de la zona de Mengíbar, tardía seguramente, cuya tapadera es una piel de lobo con su cabeza, constituye una de las piezas excepcionales del arte ibérico meridional.

Esta vinculación no sólo es posible, sino que podemos recordar dos hechos interesantes. En un momento dado la piel del lobo suplanta a la del león en las representaciones de Herakles. En la pátera de Perotitos, mas distinta de la de Tivissa hay un estrecho paralelismo entre el Herakles que va tocado con la piel del león de Nemea con un personaje que lleva la piel del lobo. Esta constituye en algún momento el distintivo característico de los heraldos hispanos que garantiza su inmunidad.

Por otra parte se halla muy generalizado en el mundo griego focense la idea del personaje tocado con un casco zoomorfo. No olvidemos que uno de los grandes héroes griegos que es Jasón, va tocado con la piel del velloncino de oro que recogió en la Cólquide. Aparece tocado con la cabeza del carnero alado en las monedas de Velia que también circularon en Catalunya y se han hallado en Ampurias.

Podemos afirmar que hay un momento que aparecen unas vacilaciones a la hora de aceptar una divinidad forastera y asimilarla a una divinidad local y yo creo que en ellas el lobo juega un papel importante. No hay que olvidar que en realidad el lobo sagrado que llegaba por el Mediterráneo iba a actuar sobre un área continental

en la que el lobo tiene su papel importante. Recordemos por ejemplo la cantidad y densidad de topónimos en todas las fuentes antiguas epigráficas y toponímicas de la misma Meseta y desde luego del norte de Europa. Y es el mismo caso con el toponimo del tipo de Artemis el culto a ese oso que caracterizará la *Dea Artio* o diosa protectora que sentada bajo un árbol acaricia al oso que con el árbol se mantendrá como símbolo de Berna o Madrid. Es decir se conjugaban en el mundo ibérico estimulado por algo que tenía una iconografía clara en el mundo clásico, un tipo de culto al único animal realmente peligroso que existía y existe aún en la Península Ibérica, el lobo. El león por el contrario era irreal. Como un grifo para un ibero normal, el león era un ser exótico desconocido que muchas veces confundió con el propio lobo.

He dicho antes que yo me inclinaba más bien a considerar que esa divinidad, que creo indudable existía en el mundo ibérico, correspondería a un Zeus Lykaios más que a un Apolo Lykaios. Y decía esto por una razón sencilla que es la unión en la iconografía ibérica del *carossier* y el águila, que vemos en la cerámica de Elche-Archena. El lobo, símbolo funerario del mundo inferior. El águila, dueña del cielo, ambos simbolizarán el poder absoluto del dios supremo.

Finalmente creo tenemos, ese lobo en las monedas de Itirta lo que permite en plan hipotético considerar que Tir en *iuns-tir* se manifiesta como algo sagrado que quizás se podría vincular con Neitir, Neitin iunstir y quizás Neto dios justiciero equiparable al Zeus Lykaios, en la religiosidad ibérica.

Por lo mismo hemos visto como la influencia griega es profunda, no se limita a un escultor que labra más o menos bien y con buena técnica unas esculturas, sino que es una influencia profunda como corresponde a la influencia de una terminal comercial de extrema importancia como fue el Sudeste, que motivará la aparición de los grandes santuarios, para constituir la parte más activa, más importante de la Península en los siglos ibéricos prerromanos, que hay que diferenciar a fondo del área tartésica que posee un substrato anterior distinto, aunque en definitiva depende también del mediterráneo como parecen indicar las famosas estelas.

## LAS MONEDAS IBERICAS Y SUS INSCRIPCIONES

ESCUELA DE ARTES APLICADAS  
A LA RESTAURACION  
Avda. de los Reyes Católicos, s/n.  
Madrid-3

## LAS MONEDAS IBERICAS Y SUS INSCRIPCIONES

Por ANTONIO BELTRAN MARTINEZ

Dentro de la baja época de la cultura ibérica corresponde un papel especial a las monedas, cuya circulación no se inicia antes de la mitad del siglo III a.C. en lo que se refiere a las dracmas de imitación emporitana, desmonetizadas poco antes de que se emitiesen las piezas con tipos especiales de Tarraco, hacia el 175, correspondiendo la mayor densidad de cecas y de acuñaciones a la etapa entre el 133, fecha de la conquista de Numancia, y el 100; el predominio de Bolsca a los años 83 a 72 y el final de las series, con las monedas bilingües, hacia el año 45, truncándose las emisiones con la reorganización económica de César tras la batalla de Munda.

A lo largo del siglo y medio de copiosas emisiones monetarias ibéricas sujetas a la metrología romana, tanto en la plata como en el bronce, los problemas que suscitan las diferencias entre ellas, que inciden sobre una evidente uniformidad resultante de un planteamiento general, están muy lejos de haber sido resueltos satisfactoriamente. Así todo lo referente a la explotación de la plata hispana, a los botines de las campañas militares romanas y al supuesto indigenismo de las monedas y a su relación con los programas de impuestos y contribuciones con que se gravaba a las comunidades hispanas, así como a las exigencias del pago de mercenarios; la relación entre la moneda para grandes pagos, el denario, y las piezas de bronce de consumo local y comarcal, no obstante halladas a mucha distancia del lugar de emisión. Esta cuestión se repite al tratar de explicar la gran densidad de cecas en determinadas comarcas, situadas, a veces, en localidades muy próximas; parece fundamental saber el número de series emitidas y el de monedas dentro de cada serie de bronce, que se ha cifrado en unas diez mil por cuño fijo. mientras

se empleó el de bronce o el de hierro, así como la investigación del desgaste horizontal reflejado en la limpieza de impresión, cuya falta puede ser confundida con el desgaste de uso. Finalmente es primordial la consideración de la moneda ibérica como un alivio para el erario romano, incapaz de atender a la circulación monetaria de los extensos territorios ganados en los siglos II y I a.C., y de nuevo la cuestión del «indigenismo» a la hora de analizar los tipos —cabeza y jinete— y las leyendas, con los alfabetos propios de la península y vigentes desde el siglo VIII en el Sur y, al menos, desde el V en el Este y Sudeste <sup>1</sup>.

De aquí el interés que tiene considerar los rótulos ibéricos y su importancia en la investigación numismática y, por consiguiente, histórica <sup>2</sup>.

Sin entrar en la cuestión paleográfica, por el momento, sí que conviene aclarar que, hasta ahora, no tenemos normas fijas para hacer depender las variantes de razones de evolución cronológica o de localismos, comprobadas, pero inexplicables; así, por ejemplo, la palabra *iunstir* e *iunstir* en el plomo de Alcoy o en Liria, la *r* inicial de Rodurcon, la *s* especial de Sesars y las pequeñas modificaciones no dependientes del ductus ni de la diferente resistencia del material sobre el que se escribe (piedra, bronce, plomo, cerámica) y el elemento activo (buril, pincel, punzón, etc.).

En las monedas, dada la dureza del cuño, no pueden atribuirse las diferencias a prisa o falta de cuidado; por otra parte las distintas formas de cada letra se repiten cuando aparece varias veces en un mismo rótulo. En las letras de la misma época aparece a veces una duplicación del grafismo para obtener un sonido diferente, como  $\mathcal{N} = n$  y  $\mathcal{V} = m$ ;  $\mathcal{Q}$  o  $\mathcal{Q}' = r$  y  $\mathcal{D}$  o bien  $\mathcal{D}' = r$ ; o una derivación de  $\mathcal{M}$  a  $\mathcal{S}$  y  $\mathcal{S} = s$  y  $\mathcal{S}'$ .

Sería de interés para un estudio de la paleografía de las inscripciones ibéricas monetales el poder fechar con exactitud todos los productos de cada ceca. Partiendo de la desmonetización del «argentum oscense» en el primer cuarto del siglo II a.C., los romanos ampararon inmediatamente las acuñaciones con letreros ibéricos, cuyos productos se ajustan al sistema del as, y en el caso especial de  $\mathcal{M}\mathcal{A}\mathcal{V}\mathcal{Q}\mathcal{X}$ , luego Ilerda, quizá continuó la acuñación de plata de los nuevos tipos y sistema, con el mismo letrero geográfico del nombre de la ciudad que había figurado en el citado «argentum oscense» o dracmas ibéricas de imitación emporitana.

Las monedas ibéricas de bronce más antiguas son de gran tamaño

y fueron acuñadas en cecas catalanas, como Lérida y Tarragona, y en Celsa.

Cuando en Tarragona habían sido acuñadas varias series de monedas de bronce aparecieron los denarios y quinarios de plata, con tipo especial en el reverso, es decir jinete con ramo al hombro que conduce por la rienda a otro caballo. De este momento, aunque con larga perduración, son los denarios de una ceca del Sudeste,  $\mathcal{K}\mathcal{A}\mathcal{T}\mathcal{O}\mathcal{M}\mathcal{K}\mathcal{N}$  que Gómez Moreno leyó «Ikalosken», en los que el jinete lleva lanza y caetra.

Las otras acuñaciones de plata no son anteriores al año 133 a.C. y estaban en pleno apogeo hacia el año 100, según demuestran los tesoros monetarios.

Son fáciles de identificar las monedas sertorianas, bajo la influencia de Bolscan, entre el 83 y el 72 e incluso los denarios de la última fase de las guerras, en la que la escasez de plata obligó a fabricar denarios forrados, con alma de cobre y ligera cubierta de plata.

Tampoco hay duda en la fecha final de las acuñaciones de bronce de Indica, porque depende de la fusión de los núcleos griego, ibérico y romano en el municipio de Emporiae, entre el 45-44 a.C. Los ases bilingües de CEL- $\mathcal{K}\mathcal{A}\mathcal{S}\mathcal{V}$  son poco anteriores al año 44 a.C. o de esta fecha, que que el 43 fue constiuida sobre la Celse Ibérica una colonia romana llamada Victrix Iulia Lepida, pudiéndose aplicar la misma datación a las bilingües de Saitabi, Gili, Tamusiens y Osicerda. No debió apartarse mucho de estos años el momento en que Sagunto suprimió el nombre  $\mathcal{D}\mathcal{Q}\mathcal{S}\mathcal{V}$  de sus monedas para constituir con las dos ciudades el municipio saguntino, y por el mismo tiempo Ilerda debió cerrar sus emisiones con el lobo, para acuñar, pasados algunos años, las monedas con el rótulo «Ilerda» o «Munic.Ilerda», con el mismo lobo y la cabeza de Octavio, antes del año 27, en que éste recibió el título de Augusto.

En cada ceca puede determinarse el final de las emisiones ibéricas y el comienzo de las latinas, con más o menos seguridad, según circunstancias particulares; así en Bilbilis las ibéricas van seguidas de las latinas de idénticos tipos. De Segobriga se conocen muchos denarios, algunos forrados, que llegan al tiempo de Sertorio con el rótulo  $\mathcal{M}\mathcal{E}\mathcal{S}\mathcal{P}\mathcal{O}\mathcal{M}\mathcal{E}\mathcal{S}$ ; son ases de arte muy vario y una emisión de denarios y ases que tiene la sigla  $\mathcal{X}\mathcal{N}$ , propia de las monedas de Osca, impuesta por Sertorio durante la ocupación de Segobriga. Otro ejemplo interesante es Tarraco, que puso el rútu-

lo  $\langle \text{S} \text{V} \rangle$  (algunas veces  $\langle \text{V} \text{S} \text{V} \rangle$ ) correspondiente al nombre de la tribu o pueblo de los Csetanos, sus habitantes, en muchas monedas cuyo arte y peso va degenerando; en Tarraco constituyó César, inmediatamente después de su victoria en Munda (45 a.C.), la Colonia Urbs Triumphalis Tarraco, aludiendo la denominación a su triunfo; si admitimos que en esa misma fecha cesaron las emisiones ibéricas en la ciudad, como quiera que no se conocen monedas latinas hasta los años 13 ó 10 a.C., encontraríamos treinta o más años sin acuñaciones, cosa muy rara en una ceca de tan abundantes emisiones hasta entonces, pudiendo pensarse que se siguieran imitando las viejas monedas ibéricas, lo cual parece admisible. Tampoco parece fácil que aparezcan monedas hasta ahora desconocidas de entre los años 45 y 13 a.C.

Estas monedas ibéricas del jinete cuya cronología hemos expuesto, contienen *letreros ibéricos*, bien solos o acompañados de otros latinos que, a veces, aunque no siempre, son equivalentes a los latinos, pero que también pueden ser complementarios. Desde hace muchos años se sabe que la mayoría tienen carácter geográfico o étnico y que, excepcionalmente, corresponden a nombres de magistrados, indudablemente monetales (así en las piezas de  $\uparrow \text{N} \text{U} \text{E} \text{S} \text{E} \text{N}$ , de  $\text{D} \text{D} \text{S} \text{V}$  y de  $\text{M} \text{D} \text{N} \text{U}$ ). Mientras el alfabeto ibérico fue total o parcialmente desconocido en cuanto a la equivalencia fonética de sus signos, fueron distintas y poco acertadas las interpretaciones de dichos rótulos; pero desde la terminación de la lectura por Gómez Moreno, en 1926<sup>3</sup> se ha alcanzado la seguridad en su fonética indígena y han sido posibles las comparaciones con los nombres conservados por los escritores clásicos y la identificación de las ciudades o los grupos étnicos que en las monedas figuran.

Respecto de las inscripciones monetales, lo habitual es que figuren en el reverso y cuando existen también en el anverso, siempre es la del reverso, debajo del jinete, la fundamental. En ellas se contiene el *nombre de una ciudad*, como  $\text{P} \text{Q} \text{V} \text{X} \text{Q} \text{P} \text{X}$  = aregorada, o del *pueblo propio de la ciudad emisora*,  $\text{P} \text{Q} \text{V} \text{X} \text{Q} \text{P} \text{X} \text{S}$  = aregorada-s. Puede ocurrir que figure como principal el nombre del pueblo con una disinencia gramatical,  $\text{I} \text{M} \text{O} \text{N} \text{E} \text{S}$  = bascunes y que en anverso, detrás de la cabeza se halle el nombre de la localidad emisora,  $\text{Q} \text{N} \text{X} \text{X}$  = bengoda, en la citada moneda.

Puede ocurrir que en el anverso figure una sigla, algunas letras o la abreviatura de la misma inscripción del reverso, como  $\text{X} \text{N}$  y  $\text{X} \text{N} \text{M} \text{N}$  de Bolscan, que aluden al pueblo de los bols-

canos, con su capital en Bolscan, Olscan u Osca (Huesca). A esta misma tribu corresponden otros pueblos o ciudades bajo su influencia, marcados con la sigla  $\text{X} \text{N}$ , como  $\text{N} \text{P} \text{A}$  = Inca. También puede ocurrir que la leyenda del anverso no sea sino el principio de la del reverso, como  $\text{X} \text{N}$  y  $\text{X} \text{N} \text{V} \text{H} \text{W}$ , Belgio-m (Cabezo de Alcalá de Azaila).

Raramente hallamos que algunas tribus marcadas en los reversos fueron fracciones de pueblos más amplios, como parece resultar de las monedas que tienen  $\text{N} \text{U} \text{P} \text{X} \text{M}$  = teitiacos en el reverso y  $\text{P} \text{U} \text{X}$  = auta en el anverso. Podría tratarse también de relaciones entre grupos distintos, sin caer en los excesos de las «omonoias» a las que tan aficionado fue el círculo de Antonio Delgado, redactor del «Nuevo Método»; así el caso de Turiasu y Castu ( $\text{A} \text{Q} \text{M} \text{D} \text{S} \text{U} \text{A}$ ) que intentamos encajar históricamente en localidades que hoy son Tarazona y Santa María de Castelo, no lejos de Fitero, en Navarra (cf. A. Beltrán, *Sobre la palabra castu en algunas monedas de Turiasu*, «Numisma», III, 6, Madrid, 1953, p. 23).

Algunas veces, dos ciudades o dos pueblos del mismo nombre, que se repite idéntico o muy parecido en los reversos de sus monedas, sitúan una leyenda diferencial en el anverso, como sucede en el caso de las que tienen el topónimo conterbia, en la forma siguiente:

$\text{X} \text{N} \text{O} \text{Q} \text{P}$  en el anverso y  $\text{A} \text{Q} \text{P} \text{A}$ , en el reverso;

Conterbia y Carbica como sobrenombre. Con la variante

$\text{X} \text{N} \text{O} \text{I} \text{X} \text{U}$ , conteba-com, los de Conteba y también

Carbicom en el reverso  $\text{A} \text{Q} \text{P} \text{X} \text{U}$

$\text{X} \text{N} \text{O} \text{I} \text{X} \text{U}$ , con la inicial del nombre  $\text{X}$  y muchas

variantes de la forma de la *te* ( $\text{O} \text{Q}$ ) y en el reverso Bel,

principio del sobrenombre de la ciudad, tal vez una Conterbia

Belaisca o bien existía una ciudad de la tribu de los Contebacos cuyo nombre era o empezaba por Bel...  $\text{X} \text{N}$ <sup>4</sup>.

Esta aparente sencillez se complica en ocasiones; la leyenda que parece indicar tribu o pueblo en algunos anversos se puede unir con la del reverso; así ocurre con las piezas de  $\text{D} \text{D} \text{S} \text{D} \text{X} \text{S} \text{H} \text{N}$  = arsacos-on, en el anverso y otras con  $\text{H} \text{N}$  en el anverso y  $\text{P} \text{Q} \text{E} \text{P} \text{X} \text{E}$  = arsacos en el reverso y aun otras con  $\text{E} \text{X} \text{H} \text{N}$ , en el anverso y  $\text{D} \text{D} \text{S} \text{D} \text{X} \text{S}$  en el reverso, en cuyo rótulo la palabra *eta* parece común y de no fácil interpretación.

Es indudable que algunos signos finales corresponden a desinencias añadidas al nombre de una ciudad, para designar a sus habitantes, como en  $\text{M} \text{E} \text{X} \text{P} \text{Q} \text{N} \text{E} \text{S}$  = segobírices, que designa

a los de Segobriga y en  $\Lambda \Gamma \Delta \Sigma \Phi \Psi \chi \mu$  = calagóricos, que se refiere a los de Calahorra. Por comparación con las leyendas griegas de las monedas de  $\epsilon \mu \rho \omicron \rho \iota \tau \omega \nu$  y  $\rho \omicron \delta \eta \tau \omega \nu$  que significan «(moneda) de los de Emporion» o «de los de Rodhe», en las piezas ibéricas de  $\uparrow \uparrow \uparrow \uparrow \uparrow \uparrow \uparrow$  = undice-s-ken, se ha traducido unánimemente «(moneda) de los de Undica», y por tanto se ha dado a -sken el valor de genitivo del plural, apareciendo en la misma forma en otras localidades.

Con esta exposición general no terminan los problemas que se plantean a la hora de analizar cada uno de los rótulos geográficos, la relación con las comarcas de circulación o la de nombres de ciudades en monedas distintas a las de tribus amplias en las que están incluidas; así las piezas de Sedeisken, indudablemente de los sedetanos, entre los que estaba incluida Salduba, según el texto de Plinio, que acuñó moneda sincrónicamente con el rótulo  $\Sigma \rho \alpha \lambda \mu \nu \epsilon$  = = Salduie, sin que podamos saber si aquellas piezas eran de circulación acreditada entre toda la tribu y éstas propias del oppidum salluitano, cosa que no es fácil admitir si tenemos en cuenta la relativamente grande difusión de las piezas incluso de bronce por territorios incluso alejados.

Las inscripciones monetales pueden referirse, excepcionalmente, a nombres comunes o a antropónimos, en este último caso, magistrados monetales con toda seguridad. Así la moneda con  $\chi \diamond \delta \delta$  = = bersa, nombre de ciudad, tiene en el reverso  $\diamond \diamond \uparrow \diamond \diamond \uparrow$  -  $\rho \psi \nu$  = cuñucuñu-adin, con la misma terminación -adin que un Viseradin de la lápida de Sinarcas y que un Ilduradin de un alfarero que puso su nombre en ánforas de Azaila.

Otros nombres de magistrado monetales pueden verse en Saetabi, como  $\nu \chi \phi \chi \mu$  = Icordas, en Arse-Sagunto,  $\nu \chi \phi \chi \lambda \epsilon \mu$  = Icorbeles,  $\rho \uparrow \uparrow \Delta \Sigma \mu$  = Biulacos,  $\uparrow \uparrow \uparrow \uparrow \uparrow \uparrow \diamond$  = Balcacaldur,  $\uparrow \uparrow \uparrow \uparrow \uparrow \uparrow \diamond$  = Balcaldidur, y en las monedas de los Indiketes,  $\nu \delta \epsilon \phi \rho \lambda \epsilon \mu$  .  $\rho \chi \rho \iota \varsigma$  .  $\psi \phi \phi \nu$  .  $\mu \epsilon \phi \downarrow \downarrow \downarrow$  .  $\nu \lambda \psi \phi \rho \phi \downarrow \downarrow$

Las formas terminadas en -dur, hacen sospechar que pudo ser nombre de magistrado y no de pueblo el escrito  $\Delta \uparrow \phi \nu \Delta \downarrow$  = = Abarildur.

Otras palabras que aparecen en monedas de Undica como  $\epsilon \chi \uparrow \nu$  = etaban;  $\epsilon \chi \downarrow$  = ebor;  $\epsilon \chi \downarrow$  = etar,  $\epsilon$  = e;  $\epsilon \downarrow \downarrow \downarrow$  = eterter, parecen comunes, pero no tienen, hasta ahora, explicación satisfactoria. Parece que el rótulo  $\epsilon \chi \uparrow \nu$  está otras

veces abreviado en la forma  $\epsilon \cdot \uparrow$  en monedas de la misma ceca y en ases de  $\mu \rho \nu \psi$  = Saiti, Saetabi, o en cecas de la Narbonense y aun quizá ella o la  $\epsilon \chi \downarrow$  en la forma  $\epsilon \chi$  en monedas de la parte de Navarra y está completa en monedas de Arse-Sagunto y en una de plata con  $\mu \rho \nu \chi \rho \epsilon \chi \downarrow$  =saitabietar.

También en Sagunto (Arse) está la palabra común  $\downarrow \chi \downarrow$  o  $\psi \chi \downarrow$  (gidar o cidar), cuya lectura como = plata parece evidente; y  $\rho \phi \xi \rho \nu \xi \circ \epsilon \nu \rho \downarrow$  = ars-bigiscu-egiar, cuyas palabras segunda y tercera aparecen en inscripciones sobre piedra y pintadas sobre cerámica de la región, refiriéndose claramente la primera a Arse.

En síntesis, pues, las inscripciones que aparecen en las monedas ibéricas corresponden al siguiente esquema:

1. Nombres de las ciudades emisoras. En el reverso, debajo del jinete.
2. Nombres de tipo étnico, tribus o pueblos. En el reverso.
3. Nombres de los habitantes de la ciudad emisora, en nominativo del plural o en genitivo del plural. En el reverso.
4. Nombre de la capital (anverso) de una tribu (reverso).
5. Nombres de dos ciudades o grupos étnicos en relación política o económica. Expresión mediante las siglas o inicial o inicial y final del nombre de una ciudad, de influencia de ésta sobre otros territorios, gentes o ciudades. Rótulo principal en el reverso y secundario en anverso.
6. Nombres de magistrados monetarios.
7. Nombres comunes, por excepción.

Un estudio más detenido podría acometer la ordenación de las monedas por la paleografía y variantes de las inscripciones; pero la cronología relativa, en este caso, dependerá de la absoluta si la conocemos a través de los hallazgos y tesoros.

## NOTAS

<sup>1</sup> Un estado de la cuestión y la bibliografía pertinente, en A. Beltrán, *Origen y desarrollo de las comunidades ibéricas*, en «Aspetti Archeologici dell'Occidente mediterraneo». Cuaderni del Centro di Studio per l'Archeologia Etrusco-Italica, 2. Roma, 1978, p. 28.

<sup>2</sup> Entre una extensa bibliografía: J. Maluquer de Motes, *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*, Barcelona, 1968; L. Villaronga, *La evolución epigráfica en las leyendas monetales ibéricas*, «Numisma», 30, 1958, p. 9 A. Domínguez, *Sobre epigrafía nu-*

mismática ibérica, «XV Congreso Nacional de Arqueología», Zaragoza, 1979, p. 821. Cf. A. Beltrán, *Numismática antigua*, Cartagena, 1950.

<sup>3</sup> La investigación del alfabeto ibérico se hizo primero por el sistema de comparación con el alfabeto griego, con lo cual se acertó con algunos signos y se erró en otros; esta fase culminó en la obra de Nicolás Mahudel (1725), continuada por los padres de la Congregación de San Mauro y por Josef Luis de Velázquez y otros autores. Con la comparación de las letras dobles, ibérico y latino, de ciertas monedas, se llegó, casualmente, a la determinación exacta de algunos valores fonéticos de signos como la  $\nabla = e$ ,  $\triangleleft = c$ ,  $\nabla = g$ ,  $\nabla = i$ ,  $\nabla = p$  o  $b$ ,  $\Delta = d$ ,  $\nabla = l$ ,  $\nabla = n$ ,  $\nabla = s$ ,  $\nabla = \dot{s}$ ,  $\nabla = r$ . Más adelante, partiendo de las tradiciones que consideran el alfabeto fenicio como protoalfabeto del griego, otra escuela intentó deducir de éste el ibero y volvieron a obtenerse algunos resultados coincidentes con los anteriores y otros nuevos como  $\nabla = \text{iod}$  (iod) =  $i$ , de Pérez Bayer;  $\nabla = u$  (wau) de Grotefend Jr.,  $\nabla = t$ . Con todos estos elementos y los nombres de lugares de los textos antiguos, Antonio Delgado adelantó la investigación hallando la equivalencia  $\nabla = a$  y las acertadas, aunque empíricas,  $\nabla = m$  y  $\nabla = b$  o  $bu$ . Mientras tanto se pensaba que este alfabeto carecía de vocales, y Heiss, al que hay que considerar como discípulo de Delgado, en este sentido, halló el valor del signo bilitero  $bi$ , ya vislumbrado por Pérez Bustamante, continuador de Pérez Bayer. Otro discípulo de Delgado, Jacobo Zóbel de Sangroniz, acertó con la equivalencia  $H = o$  y amplió el número de signos biliteros con las equivalencias  $\nabla = ga$ ,  $ca$ ;  $\nabla = gi$ ,  $ci$ ;  $\nabla = go$ ,  $co$  y  $\Delta = du$ ,  $tu$ . Finalmente Celestino Pujol y Camps, de la misma escuela, entrevió que  $o$  era igual a  $ba$  y no  $i$ , como habían supuesto los partidarios de las comparaciones del alfabeto ibérico con el griego y que había regido hasta el último cuarto del pasado siglo. La existencia de algunos signos biliteros correspondientes a los sonidos  $b$ ,  $g$ ,  $d$  ó  $p$ ,  $c$ , y  $t$ ; hizo pensar que debió existir una serie completa de quince signos, cada sonido con las cinco vocales. Este hallazgo fue realizado por Manuel Gómez Moreno y sus resultados son definitivos. Su alfabeto es el siguiente:

a	e	i	o	u		
$\nabla$	$\nabla$	$\nabla$	H	$\nabla$		
—						
$\nabla$	s	s	r	r	n	m
$\nabla$	M	$\nabla$	$\nabla$	$\nabla$	$\nabla$	$\nabla$
$\nabla$		$\nabla$	$\nabla$	$\nabla$		
		$\nabla$	$\nabla$	$\nabla$		
ba	be	bi	bo	bu		
	$\nabla$	$\nabla$	$\nabla$	$\nabla$		
ca	ce	ci	co	cu	(ga, gue...)	
$\nabla$	$\nabla$	$\nabla$	$\nabla$	$\nabla$		
da	de	di	do	du	(ta, te...)	
X	$\nabla$	$\nabla$	$\nabla$	$\nabla$		

Alfabeto «Ibérico» monetar de Gómez Moreno (según A. Beltrán, Curso de Numismática).

La historia de la investigación puede verse en distintos trabajos de Pío Beltrán (*Obras completas*, Zaragoza, 1972) y popularizada por este mismo autor en la *Historia de España* de la casa Gallach, I, dirigida por Luis Pericot. Con este alfabeto se leen todas las leyendas monetales y las aportadas por otro tipo de epígrafes. Una comprobación a posteriori de la validez de este alfabeto y la técnica e ideas generales sobre su investigación dimos a conocer en nuestro trabajo *El alfabeto de la zona de las monedas con el finete ibérico*, «Pirineos», XXV, Zaragoza, 1952, p. 495.

<sup>4</sup> Sobre el problema de este nombre, cf. Miguel Beltrán, *Problemas en torno a la ciudad de Conterbia Belaisca*, «Numisma», XXVI, Madrid, 1976, p. 71.

DIQMTAQ	IN	Abarildur, (?) ban.
PNDPN		Alain, Alagón (Zaragoza).
PQDTHM	PQYZ Q	Araticos, arigi, a, Aranda de Moncayo o Arándiga.
PQAPMAM	PM	Arguileos-ur, Arguileos (Osma).
PQCADQ		Aredurgi, hacia Lérida.
PQBDPX	PQBDPX PQQPQX PQQPQX MHM	Aregorada, cerca de Luzaga (Guadalajara).
PQBDX - HM	DQDQHN	Arsacos-on, hacia Navarra.
PQSPHS	HN	Arsaos-on, en Navarra cerca de Jaca.
DQSE		Arsaos-on, en Navarra cerca de Jaca.
PAMSSAN	IN	Arsce, Sagunto.
IMWUH		Auseseq-ban, de los de Ansa, Vich.
IMONAM	IMOMAM RNXX	Bañolo, Badalona.
IMH		Bascones, Barseunes, Bengoda, Los vascos, Pamplona.
RNPSSXW	R	Basti..., hacia Cataluña.
RNPJH	RNPVH RQ R	Belaiscom, bel, los Belos, Soria.
RNHPN	RNXX WX HN	Beligio, bel, be, Azaila (Teruel).
RNPMS	MH, M, P	Bentan Bengoda, eta-on, Navarra.
RNMAM	HMAN, *M, HN	Bilbilis, Calatayud.
XQPMIN	XQPM, XQM	Bolscan, Olsacan, bon, on, Huesca.
QSPAT	Q	Bornescon, Bornes, Born, en el valle del Jaion.
AMH A		Bursau, Borja.
AMMAX A		Caio, ca, (?)
ANMSSA	IMH	Caiscata, ca, Caiscante (Navarra).
ANDQPMAM		Caisesa, bais, valle del Henares.
		Calagorricos, los de Calagurris, Calahorra.



HANΣΥΥ  
 ΠHΔPΣΠ  
 MΔNΧΠ MΠNΨ SAETABI  
 MΠYΠΔΠ  
 MEΔMΠNHM M  
 MEΣΓOMΔΣ MEΣΓOMΣ  
 MEΣΨOMΣ AΠOMΣ M \*N  
 MEAOMΣP MEAOMΣPΣY  
 ΣΠAΔNΨ  
 ΣEΔΠ ΣEΔΠP HM  
 ΣEOMΣ EN ΣEOMΣ  
 PΣPOMΣ \*N  
 ΠΠOMΣM ΠΠ PΠX  
 ΠΠOMΣ ↑  
 ΠMΠHMΠΣ ΠM° ↑  
 ΠΣKKO OSI  
 ΠTΠMΠO FX HM  
 ΠMΨKCKY  
 ΠNOMΣ .....

Oenacum, Oucala, Soria.  
 Rodurcon (?), Navarra (?).  
 Saitabi, Saiti, Aitiva.  
 Samala (?).  
 Segisamos.  
 Segobriges, los de Segóbriga, Saecices (Cuenca).  
 Secotias Lacas, s, bon, Langa (Soria).  
 Segaisa, Segaisacom, Segeda, Belmonte (Zaragoza).  
 Saldute, Zaragoza.  
 Segia, on, Ejeu de los Caballeros.  
 Sedescen, Sedcis, de los Sedetanos, Zaragoza.  
 Sesars, bon, Sesa (Huesca).  
 Uaracos, ua, aulta, Varea de los Berones (Logroño).  
 Uargas, u, Vargas (Logroño).  
 Urouias, ui, u, Borobia (Soria).  
 Usecerde, Convento caesaraugustano, Osera (?).  
 Umanate, eta-on, hacia Treviño?  
 Undicescen, de los de Undica, Ampurias.  
 Ubagiis (?).

Cuadro de los rótulos de las monedas «ibéricas» y equivalencias geográficas (según A. Beltrán ).

## SANTUARIOS Y DIOS EN LA BAJA EPOCA IBERICA

## SANTUARIOS Y DIOSSES EN LA BAJA EPOCA IBERICA

Por M.<sup>a</sup> ROSARIO LUCAS

Poco se puede añadir a cuanto se ha escrito sobre la religión prerromana en el área ibérica<sup>1</sup>. La parquedad de las fuentes literarias y el hermetismo de la epigrafía imponen como fuente principal el análisis de los datos arqueológicos y la interpretación, por fuerza subjetiva, del repertorio figurativo. Sin embargo, no debemos olvidar que si algo pervive, a pesar de los aspectos mutantes y de los posibles influjos, presiones y cambios que inciden sobre las culturas, es precisamente la raíz ancestral religiosa que tan hondamente cala en el alma del hombre prehistórico, cuya mentalidad, profundamente piadosa, despreocupada de deducciones para explicar el origen de una serie de fenómenos ligados a la vida y al comportamiento de la naturaleza, hace que hasta lo más profano pueda tomar un aspecto sagrado y que lo sobrenatural presida, impulse y condiciones los actos más humanos.

Dado el carácter universal de determinadas respuestas ante el fenómeno desconocido y sacralizado<sup>2</sup> es fácil caer en el tópico y es difícil, a partir de datos fragmentarios y de «imágenes sin texto» que se localizan en culturas diferenciadas en el espacio y en el tiempo, hallar una coherencia lógica y una explicación verificable para las manifestaciones que selectivamente vinculamos con el hecho religioso.

La heterogeneidad y el subjetivismo en la elección de datos para argumentar este tipo de estudios inviabiliza la aplicación de un método estrictamente científico y una vez más seguimos en el terreno de conjeturas e hipótesis. Por ello, consciente de lo resbaladizo del tema y de la fragmentación de los documentos, intentaré destacar aquello que, a mi juicio, parece más significativo para abordar la complejidad religiosa del área ibérica en los últimos siglos de su

cultura, cuando el peso del mundo helenístico, púnico y romano inciden sobre nuestra geografía por razones económicas y políticas.

No obstante, antes de entrar de lleno en este momento histórico y a costa de desviarme del estricto marco cronológico, me remontaré a tiempos más preteritos para resaltar algunos aspectos de las poblaciones hispanas y seguir la tradición y el enriquecimiento evolutivo de la religiosidad a lo largo de unos cuantos siglos.

La mítica monarquía de Tartessos y su territorialidad se argumenta por el carácter oriental de una serie de testimonios que por encima de su materialidad nos aproximan a una nueva ideología. A partir de estos elementos se manejan dioses, símbolos, atributos y funciones, enfatizando el impacto causado por el contacto y las relaciones con las gentes mediterráneas entre los siglos VIII-VI a.C.<sup>3</sup>.

Realmente hemos de reconocer que esta fase orientalizante fue rápidamente incorporada en sus aspectos materiales. Así lo demuestra la investigación arqueológica, pero con frecuencia el brillo de las novedades empaña la pervivencia del viejo sustrato espiritual sobre el que recaería el influjo ideológico de las gentes extranjeras.

Almagro Gorbea<sup>4</sup> califica el monumento funerario de Pozo Moro como «el más importante y significativo documento que poseemos sobre la mitología y las ideas religiosas del mundo ibérico» y destaca el valor de los relieves alusivos a una compleja mitología que evidencia mitos sobre la fecundidad, el mundo de ultratumba y probablemente sobre el origen de los dioses y de la monarquía sagrada, mitología que ha tenido que ser asimilada y comprendida por el pueblo que la adopta. El origen de estos mitos parece ser oriental y preclásico, probablemente originario del mundo hurrita y cananeo y transmitido a través de la colonización fenicia, cuya complejidad de elementos se refleja en este campo de influencias religiosas de forma particularmente notable, asimilando cultos y divinidades orientales<sup>5</sup>.

Ahora cabe preguntarse, esa mitología, ¿se formó, realmente, «a posteriori», es decir, tras el contacto y aculturación semita, o existía ya en fermento con anterioridad al período orientalizante?

La respuesta, considerando como precedente la mitología y el reino de Tartessos, exige dos puntualizaciones:

1.<sup>a</sup> Si aceptamos Tartessos gobernado por una monarquía, exponente de una sociedad en el umbral de la revolución urbana<sup>6</sup>, destacada del resto del área peninsular, habremos de aceptar que forzosamente tuvo que desarrollar esa religión vigorosa que siempre

precede, justifica y consolida las formas de gobierno y el dominio territorial<sup>7</sup>. Un fenómeno consecuente de la ascendencia sociopolítica hacia la «historia» sería la adopción de la escritura que, por el momento y dado el estado de la cuestión, no parece calcada del bagaje cultural de las gentes orientales del primer milenio, sino que se manifiesta con una fuerte personalidad que actúa de barrera en los intentos interpretativos<sup>8</sup>.

Si este sistema religioso estaba en marcha y era el fundamento de esa monarquía mítica, difícilmente en tan corto lapso de tiempo, habría sufrido tal revolución que anulara su auténtica identidad.

Si las deducciones son correctas la respuesta será aceptar el peso religioso autóctono; enriquecido si queremos y adoptando para su expresión iconográfica el fecundo repertorio de imágenes orientales, pero siempre, primando la ideología tradicional.

2.<sup>a</sup> Si las profundas transformaciones culturales del mundo tartésico no sólo evolucionaron, sino que *despertaron* al contacto con una mentalidad nueva, hemos de pensar en una ingente presión conceptual y cultural, más allá de la visualización y adquisición de los nuevos elementos, capaz de cambiar las viejas raíces para dar paso a una sociedad emuladora, tendente a aniquilar su propia tradición.

Tal consideración que podría calificarse de «salto histórico», está en desacuerdo con los resultados de la arqueología y por consiguiente parece inexacta.

Las circunstancias nos inclinan por la primera respuesta, y ese sistema religioso catalizador de la sociedad y de la política de la monarquía tartésica sólo puede tener sus raíces, al igual que la cultura material indígena, dentro de la Edad del Bronce<sup>9</sup>.

La documentación más elocuente en imágenes para hallar ese fondo espiritual de la población que conformará la cultura ibérica debe buscarse en la pervivencia del arte rupestre, ya sea esquemático o levantino<sup>10</sup>. A esta documentación se unen ciertos datos culturales que se manejan como paralelos y argumentan el auge de las grandes culturas peninsulares dentro de la Edad del Bronce y el contacto entre Occidente y Oriente, sin apenas ruptura desde el III milenio a.C. hasta la crisis provocada por la irrupción de «los pueblos del mar»<sup>11</sup>.

En síntesis, trato de recordar que los préstamos ideológicos venidos por vía mediterránea son anteriores a la fundación de Cádiz y que una parte de los conceptos sobrenaturales de nuestras pobla-

ciones se enraizaba en el tronco paleoriental que con ritmo evolutivo diferente seguía subsistiendo en ambas orillas del Mediterráneo.

A mi modo de entender, esta comunidad de orígenes orientales explica la aceptación selectiva de algunos aspectos espirituales, ya que la trasposición iconográfica se justifica porque, si exceptuamos el arte rupestre, apenas contamos con tradición figurada en escultura y cerámica.

Como reflejo de ese fondo común de ideas religiosas<sup>12</sup> podemos considerar:

1. Existencia de una divinidad femenina ligada al ritual funerario y a la fecundidad de la naturaleza.

2. Unida a ella y tal vez con un carácter menos prominente, una deidad de carácter masculino, complementaria de la función genésica.

3. La divinidad femenina se asocia, principalmente, con sus caracteres sexuales, con su imagen oculada y con las representaciones que simbolizan o se relacionan con la vegetación, el agua y la fecundidad.

4. La divinidad masculina se asocia a su propio sexo, al sol y a los animales con cuernos (toro y ciervo).

5. Unida a estos dioses, toda una complejidad de ritos y cultos, dirigidos a reforzar y propiciar los poderes sobrenaturales en beneficio de las necesidades humanas. Así se pueden interpretar los actos de violencia, danzas, escenas propiciatorias<sup>13</sup> y el culto a los muertos.

6. Categorías jerárquicas en la representación de escenas con participación inclusive de ejecutantes teriomorfos<sup>14</sup>.

Este sistema religioso, imposible de resumir diferenciando áreas y precisando su evolución cronológica con anterioridad al primer milenio a.C., estaba basado en el animismo mágico de la Naturaleza y en la creencia de unos poderes cósmicos controlados por una divinidad femenina, fecundadora, protectora de vivos y muertos, plantas y animales, cuya esfera de acción tiende a confundirse y competir con la del dios masculino, tal vez su paredro, con funciones específicas y complementarias y en la presencia de escenas de caza, lucha, danza, agricultura, tal vez podamos atisbar la gestación de una mitología etiológica,<sup>15</sup> que dé sentido al ritual y a la escenificación de los cultos.

Salvando el aspecto funerario, poco sabemos de las construcciones religiosas<sup>16</sup>. Hoy parece evidente que hemos de considerar lugares sagrados de larga pervivencia los sitios naturales al aire libre que

albergan el arte rupestre. La altura, el paisaje, el agua, determinados accidentes naturales... o simplemente la orografía del terreno y su aspecto sugestivo incitarían a la veneración de las divinidades y a la evocación de sus poderes<sup>17</sup>.

A esta base, que no podía permanecer estática, se unen las relaciones atlánticas y el aporte traspirenaico de una población de jinetes trashumantes de indole indoeuropea<sup>18</sup>. Así se aceleran la mutación y particularidades de ciertas zonas por circunstancias culturales, entre las que hay que incluir, dentro del primer milenio, la renovación de los influjos mediterráneos, vivificando y enriqueciendo con su elenco iconográfico, antiguos mitos y símbolos. La historia se encargaría de decantar influjos y préstamos: incorporar, rechazar, sincretizar o transformar aquello que convenía y se adecuaba a su identidad conceptual, armonizando el peso de la tradición y de las innovaciones con el dinamismo singularizado de la sociedad ibérica.

Dejando a un lado la compleja problemática sobre la formación de esta cultura y reconocimiento de la importancia que a este respecto tienen las colonizaciones y la fuerza de los contactos humanos y comerciales abiertos al Mediterráneo, al comparar la alta época ibérica con ésta que nos ocupa, tres hechos parecen dignos de destacarse en el plano religioso:

1. Continuidad de los viejos lugares de culto y adopción de nuevos modelos.

2. Desaparición, o al menos decadencia, de la escultura y relieves subordinados en gran parte a construcciones funerarias monumentales, ausentes en esta época.

3. Auge y exuberancia de la pintura vascular, con una temática figurativa impregnada de contenido religioso y mágico.

## LUGARES DE CULTO

En los lugares de culto, es decir en el sitio terrenal donde el hombre sentía la presencia de la divinidad y se acercaba para honrarla o suplicar sus favores, podemos distinguir una serie de modalidades que a grandes rasgos he agrupado en tres categorías, teniendo en cuenta su carácter público y sus relaciones con la colectividad:

a) *Loca sacra libera*: Lugares sagrados de carácter natural, sin modificación humana.

b) *Santuarios*: Terreno sagrado en el que se erige algún edificio, ya sea para albergar la estatua de la divinidad o al servicio de determinadas ceremonias o actos relacionados con el culto y la liturgia.

c) *Templos*: Construcciones religiosas de cierta prestancia y carácter urbano, en honor de deidades o personajes que llegan a alcanzar honores divinos.

*Loca sacra libera*. Conjugando fuentes literarias y arqueológicas el primer tipo de lugares religiosos parece ser el más abundante. A tal categoría podía llegar cualquier accidente geográfico (al aire libre o subterráneo) que por la singularidad de sus características evocara la presencia de lo numinoso o la manifestación de los poderes y atributos sobrenaturales.

Los textos escritos por griegos y romanos aluden a *lugares al aire libre y en cueva* que en ocasiones debieron convertirse en auténticos santuarios que atrajeron el asentamiento de poblados. No se explican mucho los atribuidos a fenicios y griegos, ni tampoco los de carácter indígena<sup>19</sup>. Erróneamente podemos pensar que esta modalidad es un préstamo oriental, pero, como se ha expuesto, la elección de estos sitios sagrados contaba con una larga tradición que se entronca con el Paleolítico y obedece a fenómenos convergentes: razón por la que nuestras gentes se sentirían más identificados con este tipo de santuarios que con los auténticos edificios de culto. El abrigo rupestre de Cogul, con sus inscripciones ibérica y romana, y el covacho de Montfragüe, son un argumento elocuente de la veneración continuada de estos lugares, difíciles de detectar si la huella material no ha sido profunda<sup>20</sup>.

Es casi seguro que no se asociarían, en principio, a un asentamiento determinado, y con certeza nada sabemos sobre la existencia de sacerdocio, aras, altares, oráculos..., aunque dado el carácter emotivo y anímico que tan hondamente cala en las capas populares y que se evidencia más allá del cristianismo, no se puede descartar la realización de ciertas prácticas mágicas y encantamientos dirigidos a conseguir la finalidad práctica y a reforzar la vinculación entre la divinidad y los devotos que suplican los favores o se previenen contra los maleficios controlables por los seres superiores<sup>21</sup>. Esta misma hipótesis puede servir para imaginar la importancia colectiva e individual, fuera cual fuese su origen, rebasando el orden temporal y los límites restrictivos de sociedades y etnias.

Arqueológicamente están mejor documentadas las *cuevas sagradas*,

localizadas casi exclusivamente en la región valenciana, hecho no imputable a un localismo diferenciador sino a la intensa actividad arqueológica del S.I.P.<sup>22</sup>.

Todas presentan ciertas características comunes, base de su sacralidad (inaccesibilidad; agrupamiento, presencia de agua, estalactitas...), sin que socialmente puedan vincularse a un poblado concreto<sup>23</sup>. La presencia de determinados materiales, especialmente los vasitos caliciformes comunes a todas ellas, evidencian el valor de santuario natural en honor de divinidades ctónicas, fecundadoras o salutíferas a las que se dedicaron en la cueva de Les Maravelles (García, Valencia), lucernas, placas rectangulares y exvotos de barro..., no faltando en ésta, o en otras, fusayolas, anillos y otros objetos personales. Libaciones, ofrendas de huevos, carne, fuegos rituales, fragmentación de cerámicas, etc., debieron estar presentes.

El material, acumulado en depósitos o esparcido, presenta, a pesar de las individualidades, características comunes y es lógico que ante estos hallazgos adquiera mayor relieve la cueva votiva de barro procedente de la necrópolis de la Albufereta (Alicante)<sup>24</sup> y que se relacionen estos lugares con divinidades infernales en cuyos ritos la participación del elemento femenino parece segura.

Los materiales más antiguos de algunas de estas cuevas se remontan al neolítico o a la Edad del Bronce, y en opinión de Gil Mascarrell<sup>25</sup> es posible que fueran ya frecuentadas con carácter sagrado «desde finales del V y regularmente en el IV, reapareciendo en la época de la romanización». La cueva de Les Maravelles continúa hasta los siglos II y III d.C. y alguna de ellas debió llegar a tiempos muy recientes<sup>26</sup>.

La idea de sacralizar estos lugares no es nueva ni privativa de esta zona, ya que la Cueva de la Font Major de l'Esplugu en Francolí (Tarragona) demuestra un fenómeno similar al valenciano, con pequeños vasitos en un nivel superpuesto a una ocupación más antigua<sup>28</sup>.

Aparte de referencias veladas, también parece documentado el *culto a las aguas*, en un exvoto de barro procedente de la necrópolis del Cabecico del Tesoro<sup>29</sup>.

Finalmente, otro tipo de lugar sagrado de carácter subterráneo pudieron ser las *minas*. Ciertamente en época orientalizante se vislumbra la presencia en la península de una divinidad relacionada con la minería y el mundo de ultratumba<sup>29</sup>. El hecho puede explicar el hallazgo de exvotos en antiguas minas<sup>30</sup>, algunos marcadamente

ithyphalicos propiciando la fecundidad como sinónimo de bienestar y riqueza.

**Santuarios.** Esta segunda categoría de lugares de culto está integrada por una serie de yacimientos bien conocidos<sup>31</sup>. De su estudio se desprende que la construcción arquitectónica adquiere su carácter por el lugar en que se asienta o por su destino, sin que la modificación humana del terreno imponga el carácter sacro.

Son siempre santuarios rurales y colectivos y a tenor de la sociedad que debió frecuentarlos podría establecerse una serie de matices categóricos. Más restringidos (poblado, tribu o clan) parecen ser La Serreta, en Alcoy (Alicante); El Cigarralejo, en Mula, y Nuestra Señora de la Luz, en Algezares (Murcia) y también Llano de la Consolación y Cerro de los Santos, en Montealegre (Albacete). Frente a ellos se detecta un ámbito sin demarcación estricta en Collado de los Jardines (Santa Elena) y Castillar de Santiesteban, ambos en la provincia de Jaén.

A pesar de estas delimitaciones hipotéticas, nada sabemos sobre la posibilidad de una primacía o capitalidad religiosa que aglutinara las diversas poblaciones de acuerdo con cierta territorialidad política. Si realmente existió no hay duda de que Collado de los Jardines ocupó un destacado lugar.

Llama de atención, a pesar de la fragmentación de los hallazgos, la proximidad entre ellos (Collado-Castellar, Cerro de los Santos-Llano de la Consolación, Cigarralejo-La Luz). Esta cercanía, ¿obedece a una pareja divina o a la doble naturaleza de una misma divinidad? ¿Es simple coincidencia?

Una serie de elementos comunes unifican la dispersión geográfica y argumentan la elección de lugar:

En los santuarios oretanos la presencia de cuevas, manantiales y el paisaje abrupto, se unen a la tradición indígena de lo sagrado en un núcleo de arte rupestre con imágenes reiteradas de la «Diosa Madre»<sup>32</sup>. Arte que también se ha descubierto en la cueva del santuario de Collado de los Jardines. Difícil de catalogar en su estilo muestra un ciervo naturalista en desenfadada carrera, tal vez parte de una composición heráldica que enlazaría el viejo lugar numinoso con el nuevo carácter de la población ibérica<sup>33</sup>.

Es segura la existencia de un «témenos», limítrofe con el camino natural que atravesaba Despeñaperros y que más tarde formaría parte de la Vía Heraklea. Al igual que La Serreta, Cigarralejo y La Luz, se conoce su vinculación con un poblado, no así en Castellar. Llano

de la Consolación y Cerro de los Santos están próximos, como Cigarralejo, a una antigua necrópolis y La Luz debe relacionarse con el poblado del Cerro de Santa Catalina y la necrópolis del Cabecico del Tesoro. Esta zona también puede relacionarse con el núcleo de arte rupestre de Cantos de la Visera, Monte Arabí...

Todos, excepto La Luz, parecen ser muy antiguos y, con posterioridad a su consagración, se edificaron construcciones consideradas como *thesauroi*, que sufrieron destrucciones y reedificaciones. El Cigarralejo desaparece con el poblado en el siglo II a.C., pero los restantes continuaron hasta bien avanzado el mundo romano, en los siglos III y IV d.C.

Existe una cierta unidad en el material utilizado para los exvotos: bronce en Castellar, Collado y La Luz. Piedra en Cigarralejo, Llano de la Consolación y Cerro de los Santos. Barro en La Serreta, materia también presente en Castellar, La Luz y Cigarralejo. Junto a las figuraciones humanas, en las más diversas posiciones, se recogieron también figuras de animales y objetos personales y de valor cultural (p. e., «braserillos de manos» en Despeñaperros y La Luz).

La vinculación a poblados, a pesar del aspecto rústico, lleva a sospechar la dedicación de un espacio a zona sagrada (si no era precisamente este espacio el responsable de la ubicación del asentamiento), eligiendo para tal fin el lugar más prominente o aquel que por sus peculiaridades (cuevas, agua, orografía abrupta, plantas salu-tíferas...) más se acercara a los atributos y funciones de la divinidad consagrada. La presencia de edificios obedecería a ese almacenamiento de exvotos, depositados, al modo oriental, por devotos de toda condición atraídos por el prestigio de la deidad o por la posición dominante del santuario respecto a la población dispersa.

Hoy día la investigación va aportando nuevos descubrimientos y deben revisarse las antiguas noticias sobre otros santuarios, existan o no edificios ligados al culto<sup>34</sup>. Es probable que los influjos mediterráneos difundieran la idea (si no existía) de dioses tutelares, concepto fuertemente arraigado en Oriente, que explicaría, por otra parte, los hallazgos de determinados restos (esculturas, exvotos y ciertos materiales de carácter cultural) sin contexto arqueológico definido, en muchos yacimientos o en sus alrededores.

Nada sabemos de la organización y de los rituales. Tal vez existiera algún tipo de oficiante, bien al modo semita o siguiendo la evolución de los personajes que ya parecen destacarse por su función religiosa en las escenas de arte levantino y esquemático<sup>35</sup>.

La celebración de fiestas cíclicas y la conmemoración de sucesos anuales serían buen pretexto para organizar cultos colectivos, propiciando el acercamiento de las gentes, pactos, ferias, contactos humanos... En suma, relaciones de todo género que aseguraban los favores divinos y el provecho y regocijo humanos sin distinción de condiciones, a la vez que se exaltaba la propaganda de quienes organizaran los actos.

Por los exvotos y ofrendas, imposibles de sintetizar, podemos atisbar las pasiones y emociones humanas y las funciones polivalentes de los dioses. Los hombres suplican la felicidad proyectada hacia sí mismo (curación, fertilidad, protección y éxito en la lucha...) o hacia el bienestar familiar implorando la proliferación de animales y plantas y previniendo, por la eficacia del ritual y del culto, tal vez acompañados de ciertos sacrificios, la adversidad y la desgracia. Los fieles con su presencia y con la entrega de su propia imagen o de sus prendas personales intentan mágicamente aprehender los efluvios divinos o agradecer sus favores, expresando con sus gestos <sup>36</sup> la humildad y subordinación a los seres sobrenaturales.

La búsqueda de la *iconografía divina* a través de los datos conocidos queda borrosa. El ibero tuvo más cuidado en reflejar su efigie que en prodigar o resaltar la imagen de los dioses. Así parece deducirse del análisis de estos materiales, sobre todo en la zona oretana. Echamos de menos un estudio analítico y computado de las figuraciones, objetos, etc., paralelizando la presencia y ausencia de determinados elementos que nos lleven más allá de la idea de divinidades salutíferas, fecundadoras y protectoras de guerreros.

El altar votivo procedente de *Castellar de Santisteban* (fig. 1), clasificado por García y Bellido <sup>37</sup> como capitelillo de indudable estilo celta, ofrece una representación de cuatro rostros humanos de frente que hoy pueden compararse en su expresión y morfología con el relieve fragmentado de Pozo Moro <sup>38</sup> y con el anillo de la Aliseda <sup>39</sup>. Si a ellos unimos las cuatro esculturillas de barro que representan deidades metroacas coronadas con un tocado que expresa soberanía y realeza y además la presencia mayoritaria de figuraciones femeninas, parece evidente que nos hallamos ante una deidad comparable a Astarté. La gruta, el agua y la menor altura del santuario sugieren funciones telúricas y ctónicas, fecundadoras y nutritivas además de salutíferas.

En *Collado de los Jardines*, por el contrario, la presencia masiva de personajes masculinos: guerreros, jinetes, carros... e incluso de una

placa votiva con dos personajes con brazo en alto y palma extendida, cuyo gesto de salutación y afrontamiento se puede interpretar como un pacto <sup>40</sup>, parece conducirnos hacia una divinidad masculina, de carácter guerrero, que aun repitiendo elemento idénticos a los de Castellar amplía sus funciones más allá del bienestar familiar y genésico.

Es posible que esa dualidad de sexos esté ya reflejada en esta zona desde tiempos prehistóricos y que el ciervo representado en la gruta se asocie más a la divinidad masculina que a la femenina; no obstante ante la ausencia de argumentos más firmes y de la revisión exhaustiva de los materiales, se impone una cierta prudencia, aunque no puedo desdeñar la idea de comparar esta divinidad con la rastreada en el NE. a través de la cerámica.

Los *santuarios de Albacete*, demuestran un carácter distinto. Parecen más próximos a divinidades del tipo Deméter-Perséfone, o a una divinidad femenina de doble naturaleza. Por una parte la estrecha vinculación con la vieja necrópolis de la Viña de Mariesparza y con estaciones rupestres en los alrededores (Monte Arabí) <sup>41</sup>. Por otra, a mi juicio, la indudable presencia en ambos santuarios de imágenes divinas entronizadas, repitiendo el mismo gesto de apoyar las manos en las rodillas, carentes de otros atributos que el de su majestad (por el trono o sillón) y el valor mágico del gesto y los collares <sup>42</sup>. A esto se unen los exvotos de piedra humanos, femeninos y masculinos, no guerreros, primando el acto de libación y el acoplamiento de la pareja de distinto sexo, en el Cerro de los Santos y también las diferencias en los exvotos animales: caballos, toros, carneros y macho cabrío, solos o emparejados en el Cerro. Caballos, toros, leones, jabalí y relieve de «despothes» o «potnia» equina en el Llano de la Consolación <sup>43</sup>.

Estos factores y la ubicación de los santuarios induce a pensar en una sociedad con matices diferentes a la oretana, más helénizada, acorde con la arquitectura del edificio del Cerro de los Santos, con su estancia rodeada por un banco en donde se guardaría la imagen o imágenes divinas y las ofrendas a una diosa vinculada a la protección del hogar, de la vida doméstica y del matrimonio (representado en grupos unidos o en figuras de ambos sexos separadas), sin perder su carácter agrario y por supuesto el aspecto ctónico (enfaticado en el Llano) vinculado al dominio telúrico y a la regeneración de la vida, como se manifiesta en los pebeteros.

Un análisis más detenido merece la búsqueda de la divinidad a

quien se consagró el *Cigarralejo*. En los exvotos de arenisca, privan las figuras equinas, enjaezadas, dispuestas en yuntas, yeguas amamantando potrillos, pollinos, etc., junto a escasas representaciones humanas de ambos sexos, nunca desnudas ni exhibiendo armas, ni vasos de libaciones<sup>44</sup>. También hay dibujos de pies y manos, incisos o en relieve, sobre bloques prismáticos<sup>45</sup>, objetos personales, cerámica, etc., como en los otros santuarios. Ninguno de estos exvotos se identifica con la divinidad, a no ser que aluda a ella alguna de las figuraciones o el extraño prisma triangular con enigmáticos pies<sup>46</sup>. Quizás, como muchas de las divinidades indígenas, fuera en origen anicónica. Tal es el caso bien conocido de Epona, la yegua protectora de caballos en el antiguo mundo celta.

Ciertamente para identificar las funciones de esta divinidad que tiende a confundirse y cuya relación con los caballos es indiscutible, hay que partir de tres hechos:

1.º La existencia de caballos, jinetes e incluso la posible doma en el arte rupestre<sup>47</sup>.

2.º La presencia constante, en el ámbito relacionado con Tartessos, de figuraciones de caballos o de circunstancias que vinculan a este animal con el mundo de ultratumba<sup>48</sup>.

3.º Figuraciones en relieves y cerámicas, alusivas indistintamente a una *despothes hippon* o a una *potnia hippon*<sup>49</sup>.

Las yeguas, potrillos, etc., del *Cigarralejo* inclinan por el sexo femenino de una divinidad protectora del ganado de establo, tan útil en la economía doméstica y en el aspecto social y político (montura).

Ciertamente estos datos encajan con el papel de Epona, nombre que como tal es más moderno que el santuario hispano y nunca estaremos seguros, a no ser que se halle alguna inscripción, del nombre indígena de esta divinidad, pero después del argumentado estudio de Linduff tendremos que coincidir con la identificación del carácter tutelar equino de divinidades de ambos sexos e incluso con su naturaleza infernal<sup>50</sup>.

En el caso de Epona, la esfera funeraria, aparte de las inscripciones, parece demostrada por la forma de estela rectangular o arqueada adoptada por los relieves, encajados dentro de un prisma que resalta los bordes. Aspecto formal que se paraleliza con el grupo de relieves del *Cigarralejo* (algunos para ser vistos por ambas caras) y que sigue muy de cerca el adoptado por los conocidos relieves en

que la divinidad, estante y sedente, va acompañada de dos o más caballos evocando la domesticación y la tutela<sup>51</sup>.

La cronología de gran parte de estos relieves es sin duda más antigua que los de Epona y no pueden estar influidos por ellos. Este hecho, la vinculación de los caballos a las tumbas y sobre todo el que uno de estos relieves proceda con seguridad de la necrópolis de Pichocol, en Balones (Alicante)<sup>52</sup> y ostente remate circular como el de Sagunto, me inclina por interpretar su morfología como la versión de la faceta funeraria de la divinidad del *Cigarralejo*, sin que importe demasiado el sexo o el aspecto bifronte (problemas que deben estar ligados al desarrollo cronológico y cultural y a las peculiaridades conceptuales y formales de su evolución, y que en nada desvirtúan la constante que los enraíza). El argumento funerario encajaría perfectamente con el aspecto doméstico, semejante al de las divinidades de Albacete, reforzado precisamente por la aparición de un relieve con figura humana entre cuatro caballos, justamente en el Llano de la Consolación, cuya deidad, hipotéticamente, he paralelizado con Proserpina o Perséfone. Tal vez la protección equina se compartiera y siguiera en estos santuarios después de extinguido *Cigarralejo*, ya que la divinidad continúa en fecha más tardía, como demuestra la cerámica de Elche.

El *Santuario de La Luz* complementaría la esfera de protección a los jinetes, seguramente, por una divinidad próxima en sus atributos a la del Collado de los Jardines, bien como valencia de uno de estos grandes dioses o como diferenciación más específica e individualizada<sup>53</sup>.

La deidad menos problemática es la de *La Serreta*. Sus exvotos, como otros de barro frecuentes en necrópolis, poblados y santuarios, delatan la influencia púnica y el carácter local de buena parte de esta coroplastia, con figurillas solas o agrupadas que resaltan las funciones femeninas, maternas y nutritivas de las diosas curótrofes, semejantes a Isis. Las imágenes son tomadas de modelos griegos, adoptados por los púnicos y comparables, en buena parte, a las terracotas de Ibiza, en donde Tanit no debe de estar lejos<sup>54</sup>.

Este tipo de representaciones, como en Albacete, demuestran los préstamos extranjeros en la antropomorfización de los dioses y en la personificación de funciones que tienden a confundirse y que no repugnarían a la mentalidad indígena, sincretizando la diversificación de ciertos poderes o incorporando al panteón divinidades latentes en el espíritu, sin expresión plástica definida<sup>55</sup>.

**Templos.** Entre los auténticos edificios dentro del área urbana hemos de recordar el supuesto templo de Helike, destruido con anterioridad a este momento<sup>56</sup>. La advocación y veneración debió de continuar, como se desprende de la emisión monetaria con el emblema de un templo dedicado a Juno, la Tanit púnica o la gran diosa femenina de tradición hispánica.

También Azaila, otra de las ciudades de cierta importancia en el mundo ibérico, debió de contar con un pequeño templo a la entrada de la acrópolis ibérica, según deduce Cabré por el hallazgo de un torito de bronce asociado a un ara. A la última época de este yacimiento corresponde sin ninguna duda el templo «in antis», también en la entrada<sup>57</sup>. En él se descubrieron las famosas cabezas de bronce interpretadas por Nony<sup>58</sup> como una Niké con brazo extendido coronando a un hombre joven que lleva un caballo por la brida, tal vez un jefe local venerado después de su muerte<sup>58</sup>. M. Beltrán identifica la figura masculina con Quinto Iuno Hispano al que sus compatriotas levantarían este monumento entre los años 54-53 y 49 a.C. para honrar su memoria<sup>59</sup>. Esta divinización humana, el culto personal, debió ser corriente entre los iberos. Un aspecto religioso más, nada desdeñable, fundamentalmente por su influjo en el mundo romano<sup>60</sup>.

Aparte de esta veneración, ya sea en tumbas o en templos como el de Azaila, las fuentes aluden a auténticos templos urbanos. Por ejemplo, el Artemisión de Sagunto, respetado por Aníbal y cuya consagración continúa más allá del cambio de Era<sup>61</sup>.

Esta apretada síntesis no puede omitir el *culto doméstico*. El hallazgo de un «kernos» de forma muy peculiar decorado con figuraciones de animales y el rostro de la diosa, junto a otros vasos rituales en una de las habitaciones de La Alcudia (Elche) dentro de un nivel clasificado como ibero-púnico o Ibérico-II<sup>62</sup>, conduce a esa evidencia, aunque ignoramos la relación del espacio cultural con otras dependencias del sector. Es interesante señalar que en un estrato más profundo se halló, en contacto con una losa de piedra, una figurilla de toro. Hasta que no existan más detalles ignoramos si se trata de la dependencia específicamente religiosa de una casa de cierto nivel social o de una edificación templaria. De cualquier forma, el hecho puede relacionarse con el templo de reducidas dimensiones localizado en Azaila y con los hallazgos de valor religioso (importante cantidad de *thymiateria*) procedentes de éste u otros poblados. Así el pinax que muestra una divinidad amamantando dos niños y

acompañada de oferentes, recogido en una de las habitaciones de La Serreta<sup>63</sup>. También pueden tener carácter religioso las inscripciones consideradas *tabellae defixionis* relacionadas con habitaciones y objetos domésticos<sup>64</sup>. Por mi parte, al intentar asociar los vasos más relevantes aparecidos en Liria, con determinados lugares del poblado, no he tenido otro fruto que el comprobar la tendencia a concentrarse en determinada área y el alto porcentaje en algunos departamentos, al igual que sucede en Azaila. Tal vez un estudio más minucioso podría llevar a resultados más satisfactorios, máxime si aceptamos el valor religioso de las figuraciones cerámicas, aunque cabe también suponer que sean parte de una «magia» propiciatoria adecuada al contenido de los recipientes y a las funciones domésticas.

## DESTRUCCION DE MONUMENTOS FUNERARIOS

Antes de pasar al plano de la cerámica he de detenerme brevemente en el segundo de los fenómenos mencionados: *la destrucción de los viejos monumentos funerarios* y el aparente *hiatus* con el mundo que nos ocupa.

A mi parecer, aún en contra de los argumentos bélicos que pueden esgrimirse y de cuanto se ha debatido en esta Mesa Redonda, el hecho puede obedecer a causas internas; a una reacción contra el espíritu que habría forzado en el área ibérica, a semejanza de lo que pudo ser Tartessos, la creación de una alta aristocracia, de unos «tiranos» o gobernantes que se hacen enterrar, como evidencia Galera, en suntuosos monumentos. En el caso de Porcuna y Pozo Moro estas sepulturas pueden considerarse como auténtica tumba-templo.

La destrucción deliberada y sistemática de estas construcciones con fastuosidad escultórica o relivaria parece irrefutable, sea o no sea sincrónica<sup>65</sup>. También es evidente que en la Baja Epoca esta grandiosidad funeraria decae y aunque la cronología del arte esculpido sea incierta, parece que alcanza una gran antigüedad y que existe cierta discontinuidad entre la vieja escultura de raíces orientales y la que puede adscribirse a la etapa que estudiamos.

Si la escultura funeraria declina, la idea de la divinización prevalece, reservada, como se dijo, no a la imposición o a las circunstancias políticas, sino al valor personal y al destino memorable de algunos mortales favorecidos en la tierra por los dioses<sup>66</sup>.

## LA DECORACION FIGURADA EN LA PINTURA VASCULAR

La vuelta a unas clases sociales menos dominantes y a un «status» más próximo a la ideología de los viejos tiempos se refleja en la cerámica.

La pintura figurada, de la que apenas quedan testimonios antiguos, alcanza ahora extraordinario esplendor. Al decaer el arte de la gran escultura en piedra que puede considerarse de carácter aulico, la estatuaría y la plástica se reduce a los exvotos de los santuarios y a las endebles figurillas de barro, pero la cerámica nos sorprende con la exuberancia de las imágenes en un campo vegetal que enmarca los dibujos de animales y hombres, sin renunciar del todo a los viejos temas geométricos.

Esta pintura vascular encierra el más rico repertorio visual para ilustrar el momento agonizante de la cultura ibérica. Apenas queda en ella un lejano eco de leones, grifos, esfinges o sirenas<sup>67</sup>. La temática y los motivos, aun llenos de fantasía e idealización, se mueven en la esfera de lo real: ante nuestros ojos desfilan, además de las imágenes sagradas, los hombres y mujeres en su presente social, junto a animales y plantas de los campos ibéricos.

Los préstamos mediterráneos, principalmente griegos a través del S. de Italia e incluso etruscos, son innegables, pero las figuras, las composiciones, toman un ritmo peculiar y sólo perviven y se adoptan aquellas que se ajustan a la idiosincracia y personalidad de cada área ibérica. El artista no copia exactamente los modelos, los recrea, transforma y reelabora. Es una especie de autoafirmación ideológica, nacionalista si queremos, de encuentro y exhibición de la identidad de sus raíces frente a la presión de los usurpadores púnicos o romanos. Nos puede engañar la forma, pero nunca el contenido, lleno de conceptualización autóctona, al refundir y seleccionar los préstamos. Por esta razón y por encima de otros aspectos materiales, es en la cerámica donde más se resaltan las afinidades y las divergencias de los grandes círculos ibéricos. La zona andaluza no se une a este movimiento. Son las provincias levantinas y del NE. las que bajo la presión de Roma continúan con su trayectoria iniciada en pleno auge de la dominación bárquida<sup>68</sup>.

La reiteración y asociación de motivos confirman los símbolos y atributos de los dioses y cualquiera de las partes puede representar el todo. Las convicciones religiosas que ofrecen las cerámicas giran en torno a una divinidad suprema, verdadera potencia cósmica

que rige el curso de la vida y el drama de la muerte. La naturaleza animada sirve de modelo y ejemplo y tal vez de esperanza en el destino del hombre, integrado en ella como un elemento más. Esta conmoción feliz y dramática de la vida, justificación de las fuerzas antagónicas y complementarias, mueve a los actos de culto y de piedad, asegura el pragmatismo de los ritos y perpetúa visualmente la mitología y el ritual, las categorías divinas y las esferas diversificadas de atributos y funciones.

Partiendo de esta ideología y de unas normas simples en la distribución de los dibujos, se tiende a rellenarlo todo, repitiendo, metamorfoseando y combinando motivos (fig. 2), sin otra lógica que sugerir al espectador lo que su mente conoce. Es pura vivencia y evocación de un presente continuo que impregna la vida en la totalidad de las necesidades materiales y espirituales del hombre.

De estas fuerzas naturales, en la *cerámica del círculo de Elche*, es dueña la Gran Diosa Madre, cuyos símbolos son bien conocidos<sup>69</sup> (alas, rosetas, peces, aves...). Habría que añadir también la liebre, la serpiente e incluso los insectos (entre ellos el enigmático «tejedor» o «zapatero») (fig. 3. 1 y 4)<sup>70</sup>.

Las escenas pueden agruparse en dos campos antitéticos: 1) El drama de la lucha sin fin y de la violencia de la naturaleza (fig. 3. 2 y 9); 2) El triunfo del orden cósmico y la regeneración continua de la vida (fig. 3. 3).

El *carassier* y el *águila* simbolizan esta oposición de fuerzas regidas por la diosa femenina que controla todos los planos de la naturaleza<sup>71</sup>:

a) La esfera *celestes* o *uránica*: signos y motivos tales como la roseta, aves y alas, identificables con las potencias del cielo, el aire y la altura.

b) El horizonte *telúrico* o *terrestre*: vegetación y cosechas expresadas por elementos florales, plantas de todo tipo y frutos; dominio sobre animales salvajes y domésticos, que refuerzan el poder nutritivo y genésico de la tierra y finalmente la subordinación del hombre, un ente más de la naturaleza.

c) El elemento *acuático*: agua, peces y tejedores, símbolo de fecundidad, comparable a la vegetación.

d) Mundo *ctónico* y de *ultratumba*: expresado por la propia regeneración de la naturaleza y por el renacer a una nueva vida.

Así los signos tienden a confundirse y hay que valorar su destino y circunstancia. Los animales con o sin cría, vuelven la cabeza y

repite el gesto apotropaico. Sintetizan la fecundidad, la nutrición y la abundancia al igual que los elementos acuáticos o el huevo. Su sentido funerario se constata en el llamado «vaso de las Cabras» de la necrópolis del Cabecico del Tesoro, en Verdolay (Murcia), o en el kálathos de este mismo yacimiento con decoración de un elemento vegetal ondulado en el que alternan con hojas de yedra (alguna antropomorfizada, fig. 2. 9) gallináceas asociadas al huevo <sup>72</sup>. Esta abundancia natural y la regeneración, también está sugerida, en la esfera terrestre, por la vasija procedente del Tossal de Manises (Alicante) con los animales más representativos (peces, aves, liebres, serpientes e insectos) y el enorme huevo adornado con líneas interiores <sup>73</sup>.

El hombre estimula esas fuerzas con sus actos violentos (lucha, caza...) y en el ritual no faltan las propiciaciones y la acción de gracias o los conjuros con danzas y desfiles, que agradan a la diosa y aseguran sus beneficios.

Pero en este conjunto de Elche, en contraposición con el de Liria, más que imágenes puramente humanas, el rostro de la diosa, sus símbolos o el simulacro de su efigie, tienden a dominarlo todo, enfatizando la omnipresencia y la multiplicidad de sus poderes. Algunas escenas pueden expresar relatos mitológicos, pero se pretende fundamentalmente realzar la polivalencia de las funciones divinas y la tensión constante de las fuerzas naturales.

En su acercamiento a los hombres la divinidad aparece entre caballos rampantes protegidos por dos enermes alas. La figura se muestra andrógina y a no ser por el peso de las imágenes femeninas dudáramos en la atribución del sexo <sup>74</sup>. Esta *potnia o desphotes hippon* alude claramente a un hecho cultural: la domesticación. El tema puede relacionarse con el hombre encapuchado llevando un caballo por la brida (fig. 4. 7), única escena figurada de una vasija de Elche, comparable en su actitud y en los símbolos con las figuras de un fragmento procedente de El Monastil (Elda) (fig. 4. 6) <sup>75</sup>.

Los relatos sobre antiguos héroes dominadores de fieras se reflejan en las representaciones de un varón acercándose al terrible lobo carnívoro, en distintas actitudes (fig. 4. 1, 2 y 5). La imagen de un jinete con palma enfrentado a este símbolo de las fuerzas maléficas (fig. 4. 2) parece confirmar el triunfo sobre la fiera. Sea hombre o dios el caballero triunfante troca la lanza por el ramo o la palma de la victoria, se impone al animal salvaje y, evocando a los míticos civilizadores, es campeón en la lucha y desafía a la muerte. ¿Es éste el paredro de la diosa? <sup>76</sup>.

Dos jinetes con lanza, de dudoso sexo y extraño atuendo, rodeados de los animales «satélites» reflejando la tensión y la violencia, decoran una vasija de La Alcudia (fig. 4. 3 y 4). ¿Se trata de una pareja de dioses protectores de jinetes y guerreros? ¿Es la divinidad en dos versiones muy próximas? Los desfiles de guerreros y las escenas de hoplodromía pueden tener la respuesta <sup>77</sup>.

Pero aparte de la violencia también está presente el júbilo. La regeneración vegetal y la fecundidad se manifiesta por la divinidad alada con ramos en las manos (fig. 3. 1). Los hombres estimulan estos actos o celebran los ciclos de la naturaleza con cortejos de palmas, desfilando solos o en compañía de animales de carácter doméstico, tal vez el prolífico conejo o liebre, mostrando su subordinación a la diosa (al igual que los animales salvajes representados en el friso inferior) o dispuestos para el sacrificio <sup>78</sup>.

Una tinaja incompleta de La Alcudia muestra una escena de danza <sup>79</sup>. Una graciosa bailarina con el aspecto de la diosa, rodeada de sus animales familiares en expresivo dinamismo, enlaza las manos con un personaje desconocido. El ritmo y presencia de todos los animales inclina por una escena de danza propiciando quizá la fecundidad y el curso de la naturaleza, el bienestar y la abundancia, sugeridos por los enormes frutos unidos a los vegetales del friso inferior. La escena mutilada debe desarrollarse, siguiendo las pautas de estas decoraciones, entre las dos asas de la vasija. A la vista del espacio ocupado por la diosa o su «sacerdotisa» (?) sólo puede existir otro personaje más, si se rodea también de estos símbolos. ¿Se trata de una pareja de distinto sexo? En la cara opuesta vuelven a repetirse los animales en actitudes diferentes, ocupando el ave de alas explayadas un enorme espacio junto a otro animal inidentificable de extrañas patas y, curiosamente, el símbolo floral de la diosa se representa a modo de cometa cuyos haces ondulados unen dos rosetas opuestas (fig. 3. 7). Menos sofisticada la escena pudo repetirse en un fragmento procedente de El Monastil (Elda) (fig. 3. 8), con una pareja humana.

La conceptualización religiosa de las *cerámicas del círculo de Liria* tiene matices distintos, concordantes con las diferencias estilísticas, a pesar de las concomitancias. Ausentes los rostros divinos y las imágenes aladas no faltan las representaciones de símbolos (rosetas, peces, aves, tejedores...) rodeando las figuraciones. En contraposición se dibujan las estatuas de las diosas y las ceremonias de un complejo ritual. Fragmentada, vemos la divinidad sedente con un elemento

vegetal en la mano (fig. 5. 2); con un cuenco en el halda e incluso asociada a una escena de libación <sup>80</sup>.

Las procesiones o desfiles ocupan un lugar destacado, ya sean de carácter militar o de aspecto más recreativo, a veces animados por la *auletrix* y el *tubicem*. En las danzas no alternan, como se ha dicho, hombres y mujeres, sino que un grupo de mujeres (tres generalmente) acompañan a una figura femenina más destacada que estrecha o tiende la mano a un personaje masculino, unido a su vez a dos o tres compañeros (det. fig. 5. 5). Es claro que se trata de la unión de una pareja humana y que aquí, como en otras áreas y momentos, puede evocar la hierogamia o bodas sagradas de la diosa y su paredro para estimular la naturaleza (fig. 6. 1 y 2). El acto puede personificarse por el sacerdote o la sacerdotisa, la moza o el mozo, por una escenificación o una boda real <sup>81</sup>. En cualquier caso un viejo ritual paleoriental nos une con Elche, con las parejas esculpidas del Cerro de los Santos, ya mencionadas, con la zona oretana <sup>82</sup>, con la urna de Lobón en Extremadura <sup>83</sup>, con Pozo Moro <sup>84</sup> e incluso con la vieja pintura rupestre (fig. 12. 25-29), en donde, insisto, también existen danzas, procesiones, ofrendas y luchas, junto a escenas de apariencia meramente económicas.

Se prodigan los temas venatorios y bélicos y también ciertos juegos que parecen aludir a la doma de animales (fig. 6. 3 y 4) principalmente del caballo <sup>85</sup>. Una sola vasija puede contener la apretada síntesis de los asuntos que intervienen en la vida social cotidiana, reuniendo en un mismo friso o en dos, las escenas individualizadas. Una tinaja de Liria (fig. 5. 8) representa independientemente la escena de recolección (fig. 5. 8a) y en friso paralelo y continuo, la pesca, la caza, la guerra naval y terrestre (fig. 5. 8b). Es decir, los actos violentos en oposición a la fecundidad y abundancia natural expresadas por la cierva amamantando un cervatillo. Fecundidad que se reitera por el enorme pez, junto a un destacado jinete (fig. 5. 8c) que tal vez guarde relación con estas figuras en los yacimientos aragoneses y con el ave nocturna que aquí se posa sobre el animal acuático <sup>86</sup>.

También se documenta, como en Elche, ese jinete con elemento vegetal en la mano. En este caso no la palma, sino la flor, seguramente con el mismo significado (fig. 5. 10 y 13).

En mi opinión, por encima de imágenes cortesanas o caballerescas <sup>87</sup> y de vida aparentemente ordinaria, esta pintura encierra un mundo trascendente de imágenes metafísicas y de mitología etioló-

gica, conjugando las funciones de la diosa y del paredro que vislumbrábamos en el área de Elche. La propia roseta encerrada en un círculo y los motivos preferentemente circulares, aparte de la estrella, doble hacha y ave nocturna, podrían simbolizarlo.

Antes de terminar con la visión fugaz de estas imágenes queremos enfatizar la que suponemos imagen guerrera de la diosa. En una vasija mutilada (fig. 5. 7) con dibujos de jinetes a pie, destaca la presencia de un hombre a caballo atacando a un animal, tal vez un jabalí. En el centro una especie de lucha con aspecto de danza. Un personaje muy perdido está afrontado a una figura armada con dos lanzas en la mano izquierda y una en la derecha. Se le ha atribuido siempre sexo masculino, pero si observamos el escote veremos que coincide en sus detalles con el de las damas (fig. 5. 5). La posible alusión a la diosa armada se refuerza por el dibujo de la roseta octopétala en compañía (no demasiado frecuente en esta cerámica) de un pájaro de buen tamaño, a modo de paloma, encima de la supuesta mujer y de la roseta. Tras la escena, un caballero sin armas con un motivo vegetal en la mano y un guerrero a pie llevando un caballo por las bridas.

Esta imagen femenina con armas parece repetirse en el vaso de la necrópolis de la Oliva, cerrando el cortejo de guerreros, con una extraña figura en traje largo que contrasta vivamente con el resto de representaciones masculinas <sup>88</sup>. Enmarcan dramáticas escenas con muertos yacentes, asaetados, a los que se superponen una serie de guerreros. Sus pies terminan en roleos idénticos a los que aparecen en las patas de uno de los animales de un pebetero fragmentado de la Serreta (fig. 3. 9) y se unen a líneas discontinuas que semejan humo o agua y que llegan hasta los moribundos. ¿Escenas de sacrificio o simple evocación de los caídos en combate y su pira funeraria?

En otra escena los muertos, menos dramáticos, están relacionados con caballos y, extrañamente, sobre el propio cuerpo de uno de los difuntos se superpone un gallo <sup>89</sup>. Sin duda debe tratarse de la plasmación de un ideal de la muerte en combate y del resurgir en ultratumba. La mala conservación de la vasija impide precisar los detalles, pero en la cara opuesta existieron figuraciones de enormes caballos <sup>90</sup>. ¿Estamos ante un caso de heroización y será éste un testimonio de las almas de los guerreros convertidos en caballos? <sup>90</sup>.

Ciertamente la cerámica de Liria relega las imágenes de la diosa y los símbolos de la naturaleza, tan prodigados en Elche, para dar

prioridad al elemento humano. La divinidad sigue siendo polivalente y cósmica, pero sus funciones parecen también compartidas con una divinidad masculina, ese guerrero oscuro que destaca en algunas vasijas. Las ceremonias de culto, ya sean de cortejos nupciales, de guerra o de actividades económicas, de vida social y combativas, desfilan por estas imágenes mudas a pesar de la existencia de inextructables letreros coincidentes con las escenas más representativas<sup>91</sup>.

Dioses y hombre comparten el mundo terreno. Los hombres recuerdan los actos de los dioses, los dioses se aproximan a los hombres. ¿Será una escenificación cíclica y conmemorativa de una liturgia religiosa que tiende a repetir los actos divinos para asegurar y propiciar la continuidad de su tutela?

Un estudio exhaustivo de tamaños, símbolos que rodean a cada figura, posición en la escena, variantes, razones por las que ciertos personajes se representan sin detalles en el atuendo, siluetados o en negro, al modo de Azaila, barbados o imberbes, como en Elche<sup>92</sup>..., nos acercaría con más evidencia a esas deidades que se entremezclan con los hombres y tienden a confundirse con ellos.

La expresiva cerámica de Azaila y zona del Ebro, ofrece una síntesis de todo cuanto se ha visto y refuerza con sus imágenes la presencia del dios masculino empañado en las otras áreas por la omnipresencia de la diosa femenina.

El repertorio iconográfico<sup>93</sup> más restringido y extensivo fundamentalmente a la zona bajoaragonesa y hacia Cataluña, se recrea en cenefas fitomorfas y en figuraciones identificables con el árbol de la vida. La idealización y el dinamismo vegetal son quizá más acusados formando altares, motivos afrontados en horizontal y en vertical que simulan fantásticos elementos animados de carácter antropomorfo o zoomorfo (figs. 3 y 7) intercalando en la maraña vegetal pájaros, peces y otros símbolos, entre los que identificamos la doble hacha, signos estelares... y extrañas figuraciones colgantes que a veces sugieren globos y otras garras, manos o palmas de 4, 5 y 6 apéndices (figs. 2. 10 y 14; 7. 3; 11. 1 y 3), comparables a las del friso superior del fragmento del Tossal de Manises (fig. 3. 9) ya mencionado.

Las fuerzas de la naturaleza, como en Elche, se expresan por las movidas escenas de animales que reflejan el curso cambiante de la vida y la amenaza de la muerte (figs. 8. 1; 10. 1 y 2) pero la divinidad es distinta<sup>94</sup>. Sólo tenemos documentada en esta zona una figura femenina y precisamente forma pareja con otra masculina en

un estilo que nos acerca a Levante, apartándose, como el fragmento de S. Antonio de Calaceite<sup>95</sup>, de los dibujos planos y siluetados tan típicos del círculo de Azaila.

Las composiciones encierran cuadrúpedos salvajes (ciervos, jabalíes, lobos), domésticos (bueyes o toros, caballos, perros...), junto a pájaros, reptiles e incluso telas de araña (fig. 7. 1). Las aves más características, aparte de la paloma con símbolos en el cuerpo (acuáticos o solares) (fig. 11. 4) son el gallo y el buho, sin que falten buitres y otras especies. Muchos de estos animales deben considerarse atributos de los dioses de acuerdo con las competencias divinas y quizá su presencia pueda suplir la imagen divina, p.e., fig. 9. 1, con el buho en un extremo.

Entre los símbolos, aparte de los ya aludidos, hay que añadir la roseta cuadripétala aislada o inscrita en un disco. Llamen la atención los extraños signos bicornes o tricornes, muy frecuentes, que deben ser la abstracción o recreación de la flor de loto oriental, y de la yedra<sup>96</sup>. Aparece bicorne como media luna, o tricorne como símbolo y atributo del jinete o unido a líneas onduladas o verticales, semejando un tridente, con los apéndices hacia arriba, formando una extraña cenefa de cometas entrelazadas y también con los apéndices invertidos (figs. 2. 14, 7. 2, 3; 8. 1; 11. 3).

En las representaciones humanas sobresale el jinete, cuyo carácter divino se manifiesta en el kálathos de Alloza (fig. 8. 1). De gran tamaño, sujeta con la mano derecha la lanza y la izquierda se convierte o exhibe una palma en abanico. Se acompaña de un ave semejante a una paloma, del esquema tricorne y del globo con indicios de rayos. La imagen humana, con el pelo encrespado, como la mayoría de personajes de esta cerámica y muchos de los que aparecen en tinta plana en el círculo de Liria, guarda iconográficamente una estrecha relación con los discos púnicos. En otra versión de Azaila se hace acompañar por un perro y vigila el mundo animal (figs. 9. 2 y 8. 4)<sup>97</sup>. En el vaso de Alloza este dios jinete, asociado a la lucha de animales, se acompaña de un buho de gran tamaño y un enorme ciervo mutilado, junto a otras representaciones vegetales. Un personaje parecido hallamos en otro kálathos de este mismo yacimiento<sup>98</sup> siempre sin detalles de vestimenta y junto a los animales salvajes.

Dos «Kalathoi» casi idénticos, quizás del mismo ceramista y procedentes de Azaila y Alcorisa (fig. 8. 2 y 3) reflejan el carácter civilizador de la divinidad, como georgos, potencia inagotable de vida y fuerza genésica. Aparece arando la tierra en compañía de bueyes

(los pájaros llevan en su círculo interior líneas verticales y onduladas que interpreto como símbolos acuáticos). Duplicando su imagen se convierte nuevamente en jinete-guerrero y una vez más se repite el mundo salvaje evocando la fertilidad por el gesto de los animales y por la loba con cuatro lobeznos.

Otra escena agrícola o ganadera existe en otra vasija de Alloza <sup>99</sup>. Un personaje sentado en extraña silla hunde sus pies en un motivo horizontal, escaleriforme. Queda apartado de un toro de cola adornada y cuernos unidos a un vegetal, por una escala ascendente que a su vez divide el campo separando una composición bélica en la que intervienen dos parejas de infantes (tres armados y uno con un desconcertante objeto que forma en la boca del personaje un ángulo recto (¿instrumento de música?) y dos grandes guerreros luchando cuerpo a cuerpo con el típico paso que recuerda la danza a la manera de la repetida lucha de las cerámicas de Liria o de la vasija de La Serreta <sup>100</sup>.

Además de la violencia, las escenas pacíficas de acatamientos y regocijo están representadas por los animales venerando los elementos vegetales y dispuestos, normalmente, en columna, flanqueando un objeto similar a un thymiaterium o un vaso sagrado con vegetales (fig. 9). Palomas y gallos, incluso ciervos, con este acto parecen imitar las escenas de personajes humanos estáticos o dinámicos (una sola vez, en Alloza), que saludan con el gesto oriental de brazo y palma en alto, separados por un pedestal o vasija semejante a los recargados motivos fitomorfos que aislada o enmarañadamente aparecen en otras composiciones.

La única escena completa sobre este asunto nos la proporciona la decoración del kálathos de Alcorisa con muy escasas variantes respecto a los ejemplares de Azaila. En Alcorisa la doble escena (fig. 8: 3), idéntica y superpuesta, dibuja a los personajes estáticos, enfatizando el tamaño de la mano. El acto es comparable a la ya mencionada placa de Despeñaperros; incluso aunque no se perciban con nitidez los detalles de la cabeza está claro que van tocados de diferente manera. El hombre a la izquierda del espectador, lleva un extraño casco en forma de cabeza de animal, similar al que se observa en el hombre arando de esta misma vasija. Ante estos argumentos y aun en contra de la identificación de esta escena como «hombre danzando en torno a un ánfora vinaria», creo que se ha representado un pacto o juramento en presencia de un objeto de carácter sagrado cuya forma se acerca a los vasos o pedestales que

se unen en otras escenas a elementos vegetales. La composición del conocido fragmento de Alloza con los personajes en movimiento y el lobo encadenado sugiere, ciertamente, el tema báquico <sup>101</sup>, pero los ejemplares de Azaila y Alcorisa demuestran la variante interpretativa.

Por lo expuesto deduzco que se trata de un dios o dioses de carácter *celestes* cuyos símbolos específicos son los astrales y el gallo y el buho, como dios de la luz y el orden, en oposición a las tinieblas o la confusión; *fecundador* (palomas, signos acuáticos, vegetales, animales con cría...), *civilizador*, es decir «georgos» y «despothes» que trabaja los campos con arado y yunta y se exhibe como jinete entre animales salvajes dueño del orden y concierto cósmico. *Dios jinete* y *guerrero* ostenta la palma como atributo de la victoria y tal vez en este sentido pueda ser su atributo el gallo <sup>102</sup> y la doble hacha <sup>103</sup>. La compañía del perro es, como otros símbolos, polivalente y tanto puede aludir a su condición de guerrero, como a la caza, pastoreo o domesticación. No he hallado en estas cerámicas ningún caballo aislado y los cuadrúpedos más destacados son el ciervo y el toro de los ejemplares de Alloza e incluso el lobo como fuerza maléfica de la naturaleza.

Plantas y animales forman su cortejo que necesita de cierto aparato cultual (altares, pebeteros...) documentado en el propio yacimiento y en las representaciones de las cerámicas de la meseta emparentadas con este círculo. Los hombres estimulan los favores con danzas guerreras y sólo aparecen en esta actividad o testimoniando otra de las facetas divinas: *soberano político* y *refrendador de pactos* y *alianzas* <sup>104</sup>.

Como héroe y hombre dominando al lobo, a semejanza de Elche, aparece en el nombrado fragmento de Alloza con el animal encadenado, pero también este poblado, como Levante, testimonia escenas inversas. Así un hombre tocando la lengua del carnassier se representa yacente (fig. 10. 5). Se ha dibujado al hombre en posición horizontal con cabeza de gallo (pico y cresta...), apariencia fálica y manos terminadas en extrañas garras similares a los enigmáticos símbolos de varios apéndices. La idea de la muerte parece clara. Además, a diferencia de los personajes analizados, siempre desnudos o sin detalles en el vestido, el hombre muerto adopta forma bitriangular y lleva detallado el adorno del pecho <sup>105</sup>.

La posición horizontal, paralela al borde de la vasija, se repite en otra escena de Azaila. Muestra un antropomorfo ithyphálico con

cabeza de pelaje, hocico y orejas de lobo (fig. 10. 3). Se unía a otra figura de la que sólo conservamos el brazo que apoya su mano sobre el cuerpo masculino. Esta representación sexual, además de los detalles mencionados, recuerda muy de cerca las composiciones de la urna cineraria de Lobón y es válido cuanto se ha dicho sobre parejas humanas representadas con mayor recato en tierras levantinas. Una vez más, a no ser que se quiera explicar con alguna de estas escenas determinados hechos u orígenes míticos de los dioses, la vida y la fecundidad, con actos de apariencia humana, salen a nuestro encuentro. La cabeza zoomorfa puede guardar cierta relación con el propio lobo, con la divinidad infernal y con el tocado de las alianzas <sup>106</sup>.

Todo conduce a un dios o dioses vencedores y dominadores que gobiernan la naturaleza y triunfan sobre la muerte. A la vista de las reiteraciones es muy posible que ese dios guerrero y héroe que juzgaba paredro divino pueda ser el dios del área aragonesa, cuyo carácter funerario se puede seguir a través de las estelas <sup>107</sup>.

Después de esta larga exposición y partiendo «a priori» de la idea de que las figuraciones de la cerámica ibérica no son de carácter profano, las diferencias espirituales entre las diversas áreas son bien patentes. Diferencias que deben interrelacionarse con el peso del substrato tradicional y la posible aculturación por los influjos y contactos con civilizaciones más desarrolladas.

Obviamente la divinidad estimada como diosa madre puede ser de origen oriental en su iconografía y en los símbolos, al igual que el dios celeste y guerrero, pero en cada territorio subyace y se manifiestan las vicisitudes históricas y el empuje sin debilitamiento de la herencia autóctona. Sin desdeñar la posible incorporación no violenta de algunas deidades griegas o semitas y por supuesto la refundición de los modelos, late en todo este campo una ideología más primitiva y animista, con marcada acento en la vieja idea de la muerte, complementaria e inseparable de las formas de concebir la vida.

¿Qué nombre tuvieron estos dioses? Sinceramente, los desconocemos. Podemos llamar Astarté, Tanit, Artemisa, Deméter, Juno..., a la divinidad femenina. Incluso Ataecina <sup>108</sup>. Lo más importante es que su personalidad no se pierde y se prolonga fundida con la Dea Caelestis o diversificada en sus potencias con las Matres u otras divinidades tutelares.

El dios supremo masculino es fácil identificarlo con Baal Hammon, Reshef, Zeus o Júpiter, con el Dis Pater supremo o Dios Fidius como

hipóstasis de un dios celta que tiende a confundirse con Lug, Thor, Odin o Marte y con esas deidades desconocidas Sucellus y Neto cuyo nombre parece localizado por la epigrafía ibérica <sup>109</sup>. Puede incluso relacionarse con el dios infernal de la pátera de Tivissa, pero, ciertamente, nuestra argumentación científica es poco consistente y reconozco que son más bien hipótesis que evidencias. Sólo cuando la epigrafía se muestre más explícita podremos hallar luz en el mar de confusiones y perfilar con seguridad los nombres, la vinculación y subordinación entre los dioses e incluso sus epítetos, que pueden llevarnos hacia sus funciones y valencias.

Como resumen podemos decir que se trata de una religión eminentemente social y agraria, no orgiástica. Incluso en el círculo de Liria la religiosidad parece cumplir una misión de carácter mucho más sociable que en las otras áreas, donde los dioses se manifiestan alejados de los hombres y reemplazados por sus símbolos. En ellos late un ingente animismo que evoca por doquier la omnipotencia de los poderes divinos, cuyos beneficios o maleficios el hombre debe prevenir por los actos de culto, por el ritual e incluso por conjuros.

Finalmente, unas breves palabras sobre el mundo de ultratumba que, a juzgar por su dependencia con esos dioses genésicos, no debía ser muy sombrío. Rituales, actos de piedad y encantamiento tenderían a propiciar un más allá en donde los iberos con sus armas <sup>110</sup> seguirían gozando de sus entretenimientos favoritos y más preciados en vida: la caza y la guerra, la exaltación del valor. Muchas representaciones de carácter funerario aluden a la caza <sup>111</sup>, entre ellas la mencionada pátera. Es posible que el viejo tema celta de «la caza salvaje» tenga alguna relación con estas escenas y explique los rituales. Una de las grandes tumbas de Galera recubría sus paredes con temas cinegéticos y guerreros <sup>112</sup>. Posiblemente ese sea el ideal del ultratumba ganado no por la moral en sí sino por los actos de valor personal, por la devoción a los dioses y por la participación en la vida colectiva de la sociedad, que es tanto como decir la participación en el ritmo infinito de la naturaleza.

## NOTAS

<sup>1</sup> A. Blázquez: 1. *Religiones primitivas en España*. 1. *Fuentes literarias y epigráficas*, Madrid, 1962; 2. *Diccionario de las Religiones Prerromanas de Hispania*, Madrid, 1975; 3. *Imagen y mito. Estudios sobre religiones Mediterráneas e Ibéricas*, Madrid, 1977; J. Caro Baroja, *Los pueblos de España*, vol. 1, Madrid, 2.<sup>a</sup> ed., 1976.

<sup>2</sup> M. Eliade, *Tratado de Historia de las Religiones*, Madrid, 1974; *Mito y realidad*, Madrid, 1968; R. Otto, *Lo Santo (Lo racional y lo irracional en la idea de Dios)*, Madrid, 1965; G. Van der Leeuw, *Fenomenología de la religión*, Méjico, 1964; Ch. Picard, *Les religions Préhelleniques*, París, 1948.

<sup>3</sup> A. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, 2.<sup>a</sup> ed., Salamanca, 1975; *Historia del Arte Hispánico*, I. *La Antigüedad*, Madrid, 1978, 2.<sup>a</sup> parte, pp. 201 y 99; *Tartessos*, «V Symposium Int. Preh. Penins.», Barcelona, 1969; *Símbolos de Colonizaciones*, Barcelona, 1971.

<sup>4</sup> M. Almagro Gorbea, *Los relieves orientalizantes de Pozo Moro*, «Trab. de Preh.», núm. 35, Madrid, 1978, pp. 251-278.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 267-270.

<sup>6</sup> J. Caro Baroja, *La realeza y los reyes en la España Antigua*, en «Estudios sobre la España Antigua, Cuadernos Fundación Pastor», núm. 17, Madrid, 1971, pp. 101 y 22.; J. Maluquer, *Tartessos*, Barcelona, 2.<sup>a</sup> ed., 1975; A. Arribas, *Los Iberos*, Barcelona, 1976, (Prólogo de J. Maluquer).

<sup>7</sup> G. Sjöberg, *Origen y evolución de las ciudades; Las primeras ciudades: ¿Cómo y por qué surgieron?* en «La Ciudad», «Selec. de Scient. Amer.», Madrid, 1976, pp. 1-27; Ch. S. Chard, *El hombre en la Prehistoria*, Estella, 1976, p. 359.

<sup>8</sup> M. Gómez Moreno, *La escritura bastulo-turdetana*, «Rev. Arch. Bibl. y Museos», núm. 69, 2, 1961, pp. 879-948; J. Maluquer de Motes, *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*, Barcelona, 1968; E. Prescott, *¿Es semislábico el sistema de escritura ibérico?*, «XV Con. Nac. de Arq.», Lugo, 1977, Zaragoza, 1979, pp. 789-796. En la p. 795 escribe: «... no se puede descartar aún la posibilidad de tener el ibérico algún sistema de logogramas y de contener supervivencias, a la manera semita, de culturas y religiones muy anteriores...»; M. Almagro Gorbea, *El Bronce Final y el período orientalizante en Extramadura*, «Bib. Praeh. Hisp.», vol. XIV, Madrid, 1977, pp. 263-277. Si como argumenta este autor, algunos de los ejemplos epigráficos llegan a tierras extremeñas en pleno siglo VII a.C. a partir de la Baja Andalucía (p. 276) es obvio que desde «la idea» de la escritura hasta su formación y difusión debe mediar un espacio considerable de tiempo.

<sup>9</sup> Vide notas 3, 6 y 8. Almagro Gorbea (8), p. 485, sintetiza la continuidad de elementos materiales anteriores. Hace años, E. Cuadrado abogaba por esta antigüedad para las ideas religiosas: *La diosa ibérica de los caballos*, «IV Cong. Int. Cien. Preh. y Prot.», Madrid, 1954, Zaragoza, 1956, pp. 798-799.

<sup>10</sup> Sobre la perduración del arte rupestre: A. Beltrán, *Arte rupestre levantino*, Zaragoza, 1968, p. 73. El argumento clásico lo constituye el jinete del Cingle de la Mola Remigia (pp. 44-45 y p. 176); E. Ripoll, *Cuestiones en torno a la cronología del arte rupestre postpaleolítico en la Península Ibérica*, «Sym. Int. Art. Rup.», Barcelona (1966), 1968, pp. 165-192; F. Jorda, 1. *Notas para una revisión de la cronología del arte rupestre levantino*, «Zephyrus», XVII, 1966, pp. 46-76; 2. *Historia del Arte Hispánico*, I. *La Antigüedad*, Madrid, 1978, cap. 3, pp. 103 y ss.; P. Acosta, *La pintura rupestre esquemática en España*, Salamanca, 1968, pp. 186-187; M. C. Rivero, *La inscripción ibérica de Montfragite* (Torrejón el Rubio, Cáceres), «XIII Cong. Arq. Nac.», Zaragoza, 1975, pp. 687-693; J. Maluquer, *Nuevas inscripciones ibéricas en Cataluña*, «Pyrenae», XII, 1976, pp. 183-189.

<sup>11</sup> B. Blanc, *Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel*, «Studien zu den Anfängen der Metallurgie», núm. 4, Berlín, 1971; H. Schubart, *Cronología relativa de la cerámica sepulcral de la cultura del Argar*, «Trab. de Preh.», núm. 31, 1975, p. 79, y *Mediterranean Beziehungen der El Argar-Kultur*, «Madr. Mitt.», 14, 1973, pp. 41-59; A. Arribas y otros, *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce «Cerro de la Encina»*, Monachil (Granada), «Exc. Arq. en Esp.», núm. 81, 1974.

<sup>12</sup> P. Acosta, *Representación de ídolos en la pintura rupestre esquemática española*, «Tr. Sem. Hist. Prim. del Homb.», Madrid, 1967; M. J. Almagro, *Los Ídolos del Bronce I Hispano*, «Bib. Praeh. Hisp.», vol. XII, Madrid, 1973, con extenso repertorio bibliográfico y mapas que documentan la distribución espacial. Significado y simbología pp. 323-326; F. Jorda (10).

<sup>13</sup> F. Jorda, *La sociedad en el arte rupestre levantino*, «Papeles del Lab. de Arq. Univ. Valencia», núm. 11, 1975, pp. 160-184 y (10); M.<sup>a</sup> R. Lucas, *La pintura rupestre esquemática del Barranco del Duratón (Segovia)* «Resúmenes de Tesis Doctorales», Univ. Aut. de Madrid, 1977, pp. 41-54; P. Acosta (10) aunque sin interpretación reli-

giosa recoge algunas de estas escenas en la parte dedicada a los «Aspectos Etnográficos» (cap. VI).

<sup>14</sup> Según Ch. Picard (12), p. 122, estos seres pueden ser oficiantes religiosos; J. M. Blázquez (1.2), p. 67, insiste en esta idea de «sacerdotes de la fertilidad» siguiendo prototipos de Chipre y Siria.

<sup>15</sup> Vide F. Jorda (13) y M.<sup>a</sup> R. Lucas (13) y *Pinturas rupestres del Solapo del Aguila (Río Duratón, Segovia)*, «Trab. Preh.», vol. 28, 1971, pp. 119-145. En la interpretación de este abrigo, cuyas escenas pueden parangonarse con otras representaciones de este mismo ciclo, he hallado la evocación de un ritual en función de la regeneración de la naturaleza. Se observan escenas que pueden considerarse de recolección (fig. 4); lucha (fig. 6); juegos (fig. 10); hierogamias propiciadoras de la fecundidad de los hombres (fig. 11) y de los animales (fig. 12); procesiones, danzas y sacrificios (fig. 13) con antropomorfo tricorne que lleva una cabrita y figuras femeninas danzantes en la parte alta de la escena. El motivo solar y el ramiforme son los símbolos divinos, celeste y telúrico, que evocan y representan el poder genésico de la naturaleza. Pueden ser de un momento tardío pero la antigüedad de los símbolos esteliformes y ramiformes y la ausencia de elementos más modernos, me inclina por una cronología que no traspasa el primer milenio, aunque es difícil, dado el estado de la cuestión, pronunciarse claramente por una fecha concreta. No obstante si hacemos derivar esa ideología religiosa de los contactos mediterráneos, o bien responde a la supuesta religiosidad del segundo milenio, o, en caso contrario, dada la ubicación de estas pinturas, tendríamos que colocarlas en la plenitud del primero, hecho que no parece coherente con la arqueología del entorno y con el arte contenido en la totalidad del conjunto.

<sup>16</sup> En el poblado argárico de El Oficio (Almería) Siret descubrió una pequeña construcción de barro formada por un banco adosado a un muro terminado por dos cuernos y otros similares en las inmediaciones. Fueron interpretados como «altar con cuernos de consagración», comparables a los de Cnosos y vinculadas con el culto al toro (en relación con figurillas de toros modeladas de barro, localizadas en la superficie de El Argar) o a la luna; J. de Mata Carriazo, *La Edad del Bronce*, en «Historia de España», dirigida por R. Menéndez Pidal, t. I, vol. I, 4.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1975, pp. 839-840, fig. 653. Actualmente las excavaciones efectuadas por la Univ. Autón. de Madrid, en el cerro de La Encantada (prov. de Ciudad Real) parecen apuntar por un lugar de culto, que guarda cierta relación con el «santuario» de El Oficio y con otros del área del Egeo y Anatolia.

<sup>17</sup> M.<sup>a</sup> R. Lucas, *La participación de los elementos naturales en la pintura esquemática del Barranco del Río Duratón (Segovia)*, «Actas II Jornadas Arq. Portuguesas», Lisboa, 1974, pp. 181-188; *Influencia de la Naturaleza en el arte y en la religión de la Prehistoria*, «Symp. Recursos culturales de la Naturaleza», Madrid, abril 1977 (en prensa).

<sup>18</sup> Desde el punto de vista figurativo estos aportes se detectan por la presencia de jinetes y otros elementos (p. e. carros) en el arte rupestre y también por la aparición de las estelas decoradas del SO. peninsular: M. Almagro, *Las estelas decoradas del SO. Peninsular*, «Bib. Praeh. Hisp.», vol. VIII, 1966; La bibliografía se complementa con el artículo de M. Varela y J. Pinho, *Las estelas decoradas de Pomar (Beja, Portugal). Estudio comparado*, «Trab. de Preh.», vol. 34, Madrid, 1977, pp. 165-204; y M. Bendala, *Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos*, «Habis», núm. 8, Sevilla, 1978, pp. 177-208. En estas estelas se resalta el valor de las armas, la individualidad del personaje enterrado, siempre un guerrero, y ciertos aspectos relacionados con la vida de ultratumba (entre ellos la caza), aparte de la aparición de un nuevo concepto de «ídolos»; E. Cuadrado, *El ídolo-estela de Riomalo*, «Bol. Informativo Asoc. Esp. Amig. de la Arq.» núm. 2, Madrid, 1974, pp. 10-13; Como complemento de elementos traspirenaicos, E. Anati, *El arte rupestre galáico-portugués*, «Sym. Art. Rupestre», Barcelona, 1965, pp. 195-254.

<sup>19</sup> J. Caro Baroja (1), pp. 125, 146, 165 y 197; J. M. Blázquez (1.3), cap. 15, *La religiosidad de los pueblos hispanos vista por los autores griegos y latinos*, pp. 438-466; Es muy útil a este respecto la obra de A. García y Bellido, *España y los Españoles hace dos mil años según la Geografía de Strabon*, 2.<sup>a</sup> ed., Buenos Aires, 1945.

<sup>20</sup> M. Almagro, *El Covacho con pinturas rupestres de Cogul (Lérida)*, Lérida, 1952; A. Beltrán (10), p. 96; M. C. Rivero (10); y J. Maluquer (10).

<sup>21</sup> Strabon, *Geografía*, III, 1, 4, escribe que Artemidoro había visitado el «Hierón

Akrotérion» (identificado por Schulten con el cabo de Segres) y que no había allí ningún templo de Heraklés, como afirmaba Ephoros, ni ningún altar, sino piedras esparcidas en grupos de 3 ó 4, las cuales según una antigua costumbre son vueltas al revés por los visitantes y después se ofrecían libaciones. Este rito más que indígena debe ser semita y la divinidad primitiva sería Baal-Hammón (Saturno romano) o Baal del Monte, relacionado, según M. Leglay, *Saturne Africain*, París, 1966, pp. 131-214, con los «hannamin» piedras colocadas cerca de los altares y consagradas al sol. Los lugares altos (montes, promontorios...) estarían consagrados a una divinidad solar (Baal-Saturno, Zeus, Júpiter...) en oposición a los lugares en llano o relacionados con el agua, la luna... dedicados posiblemente a una divinidad femenina comparable con Astarté, Artemis, Diana, Venus, Juno... (19).

<sup>22</sup> M. Tarradell, *Cuevas sagradas o cuevas santuario: un aspecto poco valorado de la religión ibérica*, «Mem. del Inst. de Arq. y Preh. de la Univ. de Barcelona», Memoria 1973, Barcelona, 1974, pp. 25-38; M. Gil Mascarell, *Sobre las cuevas ibéricas del país valenciano. Materiales y problemas*, «Papeles del Lab. de Arq. Univ. Valencia», núm. 11, 1975, pp. 281-232 y *Excavaciones en la cueva ritual ibérica de Villargordo del Cabriel (Valencia)*, «XIV Cong. Nac. Arq.», Vitoria, 1975, Zaragoza, 1977, pp. 705-712; J. Aparicio, *El culto a las cuevas en la región valenciana*, «Rev. Univ. Compl. Homenaje a García y Bellido», vol. XXV, núm. 101, enero-febrero, 1976, pp. 9-30.

<sup>23</sup> M. Gil Mascarell (22).

<sup>24</sup> M. Tarradell (22).

<sup>25</sup> M. Gil Mascarell (22), p. 326.

<sup>26</sup> J. Aparicio (22), que cataloga 45 de estas cavidades (fig. 1) relata una leyenda de la Cova del Cavall (Olacau, Valencia) que se remonta al siglo XVII y hace referencia a un caballo de piedra, situado en la cueva considerada como un santuario al que acudían en romería gentes de todas naciones y creencias para implorar la salud, el hallazgo de cosas perdidas... postrándose de rodillas hacia el caballo.

<sup>27</sup> J. M. Blázquez (1.2), p. 192. Este mismo tipo de santuario es el de la cueva d'Es Cuyran en Ibiza y el de la cueva del Valle en Zalamea (Badajoz) con materiales romanos y exvotos de barro.

<sup>28</sup> A. García Bellido, en *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, t. I, vol. III, Madrid, 3.<sup>a</sup> ed., 1976, p. 483 y fig. 374, considera como una mujer al lado de una fuente el exvoto de barro, procedente de la necrópolis del Cabecico del Tesoro en Verdolay (Murcia). Vide J. M. Blázquez (13), pp. 307-330.

<sup>29</sup> En la mina de cobre de Rudna Glava (Yugoslavia) de la civilización de Vinca, (J. Briard, *L'Age du Bronze en Europe*, 1976, p. 26, fig. 9) se halló un vaso ritual con dos prótomos con caras humanas opuestas, semejantes a las del ídolo femenino de esta cultura en etapa calcolítica. En mi opinión, los llamados «brazaletes de arquero» que se remontan al vaso campaniforme con ejemplares europeos recubiertos de oro o en materiales de lujo, deben tener un sentido simbólico de la divinidad minera, posiblemente relacionada con la perduración de este tipo de objetos en épocas muy recientes, como p.e. en tumbas de Extramadura y Andalucía consideradas tartésicas. El perfil de las piezas, aunque no exacto, tiende a aproximarse al llamado «lingote de piel de buey» sugerido en el pavimento de la tumba de Pozo Moro, joyas castreñas... Personalmente conozco todo un enorme collar de barro en donde las cuentas esféricas se unen con pequeñas piezas de esta morfología. Debe de proceder de una necrópolis ubicada en Prados Redondos provincia de Guadalajara. Se documentan ofrendas de escorias de metal en la necrópolis de La Joya. (J. P. Garrido, *Exc. Arq. en Esp.* núm. 96, Madrid, 1975, p. 203) y Villaricos (M. Astruc, *Informes y Memorios*, núm. 25, Madrid, 1951, p. 79; grupo J, Tumbas de Incineración e Inhumación). Recordemos también que la figurilla de Cádiz conservada en el M. A. N. es identificada con el dios egipcio de la minería Ptah (P. Cintas, *Manuel d'Archeologie Punique*, I, París, 1970, pp. 265 y 469).

<sup>30</sup> M.<sup>a</sup> R. Lucas, *Nueva colección de Exvotos de bronce*, «Boletín Asoc. Esp. Am. Arq.», Madrid, núm. 8, dic. 1977, pp. 14-27. Proceden de una mina de La Carolina (Jaén). Según noticia verbal de P. San Nicolás en una mina de Cartagena se recogieron también una serie de terracotas votivas (inéditas). Tal vez guarde relación con este tipo de culto, la inscripción en plomo de Gador (Almería) recogida en una mina y considerada como «tabella defixionis»: J. M. Blázquez (12), p. 122.

<sup>31</sup> La bibliografía es muy extensa, como base de referencias vide: E. Cuadrado,

*Excavaciones en el Santuario Ibérico del Cigarralejo (Mula, Murcia)*, «Informes y Memorias», núm. 21, Madrid, 1950 (pp. 148 a 159; resumen de los otros santuarios); J. M. Blázquez (1.2) voz *Santuarios*, pp. 148 y ss., *Hist. de España* (29), pp. 327 y 443 y 55; y G. Nicolini, *Les Bronces figurés des Sanctuaires ibériques*, París, 1969, pp. 6 y 7 y 35-36; A. Fernández Avilés, *Cerro de los Santos*, «Exc. Arq. Esp.», núm. 55, Madrid, 1966.

<sup>32</sup> J. González Navarrete, *Nuevas pinturas rupestres en Jaén. El abrigo de los Organos en Depeñaperros*, Mus. Prov. de Jaén 1, 1970. Dos bitrianguliformes antropomorfos con ojos destacados. Uno de ellos de mayor tamaño y aspecto más «musculoso» podría ser la deidad masculina de una pareja divina, asociada en su parte alta izquierda con un ciervo estático junto a un arco y unas flechas (?). Más hacia el extremo, una figura humana con brazos en alto y palmas abiertas da la sensación de un orante; *Más figuras rupestres en Jaén. La Cueva de la Dios Madre*, «Museo Prov. Jaén», núm. 2, 1971; Cf. también (33).

<sup>33</sup> F. García y Sánchez, *Una curiosa muestra de arte rupestre en la Cueva de los Muñecos (Santa Elena, Jaén)*, «XV Cong. Nac. Arq.», Lugo, 1977, Zaragoza, 1979, pp. 483-496, (con una síntesis del arte rupestre de la zona). El dibujo (fig. 2 y lám. I, b) en mi opinión no tiene nada que ver con las representaciones levantinas ni por la cornamenta ni por la forma de flexionar las patas delanteras en la carrera. Tampoco en la cerámica ibérica existe una figura comparable. De cualquier forma el hecho de representar un ciervo, coincidiendo con la vieja representación esquemática del abrigo de los Organos es extraordinariamente sugestivo, aunque ignoremos si la divinidad es la misma o ha habido, con el tiempo, una trasposición de poderes conservando o variando el sexo de la divinidad y sus animales asociados.

<sup>34</sup> E. Llobregat, *Contestania Ibérica*, «Inst. Est. Alic.», serie II, 2, Alicante, 1972. Recoge la noticia, transcribiendo al P. Belda, de la posible existencia de un santuario con exvotos de barro, diferentes en estilo a los de La Serreta, en el yacimiento del Tossal de Polop o de la Cala, Benidorm, pp. 60-62.

<sup>35</sup> J. M. Blázquez, (1-2) y (14).

<sup>36</sup> G. Nicolini, *Gestes et attitudes culturels des figurines de bronze ibériques*, «Melang. Casa Velázquez», IV, 1968, pp. 27-50.

<sup>37</sup> A. García Bellido (28), p. 437, fig. 312.

<sup>38</sup> M. Almagro GORBEA (4), lám. VI, 2. Identifica a la divinidad con la diosa Anat.

<sup>39</sup> J. M. Blázquez (1.3), p. 134, lám. XLIX.

<sup>40</sup> Esta placa sirvió a Cabré para ilustrar esta misma actitud en la cerámica de Azaila («Corpus Vaso. Hisp.», *Cerámica de Azaila*, Madrid, 1944, fig. 48, 2), la escena es comparable a la de una estela de Ugarit, del siglo XIV, interpretado como un pacto o acuerdo entre dos personajes: A. Parrot y otros, *Los fenicios*, Madrid, 1975, fig. 71 (aunque en la placa de Despeñaperros no se perfila en los detalles parece que el atuendo y tocado de ambos personajes son diferentes, al igual que en la representación de Ugarit y cerámica de Bajo Aragón).

<sup>41</sup> J. Sánchez Jiménez, *Excavaciones y trabajos... provincia de Albacete*, «Inf. y Mem.», núm. 14, Madrid, 1947, pp. 39-43 y A. Fernández Avilés (31).

<sup>42</sup> Divinidades idénticas pueden ser las del Cabecico del Tesoro y dos terracotas de la necrópolis de Puig des Molins. Los paralelos formales con terracotas griegas son evidentes. Las de Albacete se aproximan a modelos rodios. Ciertamente podría ser Hera, novia y protectora del hogar por excelencia o Atenea Lindia identificada en Sicilia con Deméter, símbolo de la tierra no en su aspecto cósmico sino como fecunda y cultivable y como tal divinidad infernal, aunque en su tutela a la tierra tiene un carácter maternal y es considerada diosa del matrimonio por sus contactos con los hombres. Su imagen tiende a confundirse con su hija Perséfone, diosa por excelencia del mundo subterráneo. (G. Zunt, *Persephone. Three Essays on Religion and Thought in Magna Grecia*, Oxford, 1971). También puede compararse con Tanit, como en Ibiza en donde toma la iconografía de Deméter pero conserva su personalidad (E. Aubet, *Algunos aspectos sobre iconografía púnica...*, «Rev. Univ. Comp. Homenaje a García Bellido I», Madrid, 1976, pp. 62-82). El gesto parece tener un valor mágico de acuerdo con la historia narrada por Ovidio sobre Ilitia que por mandato de Hera permanece en esta postura durante siete días y siete noches. Gesto que puede interpretarse como ligadura, atadura... (H. J. Rose, *Mitología griega*, Barcelona, 1973, p. 205) y que podría relacionarse con los entrelazados, nudos, etc. de otros materiales. El

gesto está documentado en una estatuilla de marfil de finales del segundo milenio a.C. procedente de Kamed El Lod (la Bekaa) vestida con un atuendo parecido al de nuestras esculturas ibéricas: A. Parrot (40), fig. 89. Esculturas sedentes, aunque con otra actitud, han aparecido en Galera, Villaricos, Vizcarra, La Alcudia... También tuvieron esta carácter la Dama de Elche. También se ha representado en una urna cineraria en Galera. La divinidad mejor documentada es la de Baza, con paloma en la mano, tal vez otra versión funeraria que se aproxima a Tanit (J. Lafuente, *Influencia de los cultos religiosos cartagineses en los motivos artísticos de los iberos...* «Arch. Peh. Lev.», III, 1952, pp. 159-177); F. Presedo, al estudiar la Dama de Baza (*Trab. de Preh.*, vol. 30, 1973, p. 200) indica que la idea de esta divinidad debe responder a la «dea rodia seduta» que puede encarnar distintas divinidades en cada caso particular: Artemisa cuyo culto al modo griego señala Estrabón entre los iberos (III, 4, 6), Deméter, Persóione o Tanit. Estas mismas dudas se plantea al analizar los pebeteros A. M. Muñoz, *Pebeteros ibéricos en forma de cabeza femenina*, Univ. Barcelona, «Publicaciones eventuales», núm. 5, 1963.

<sup>43</sup> M.<sup>a</sup> A. Malvido, *Notas sobre localización y porcentaje de representaciones de esculturas animalísticas ibéricas en piedra*, «XV Cong. Nac. Arq.», Lugo, 1977, Zaragoza, 1979, p. 817.

<sup>44</sup> E. Cuadrado (31), pp. 55-56 y láms. XIX-XXIV. La fig. 4 de la lám. XX exhibe un colgante en la parte posterior del tocado idéntico al de una dama considerada como auletrix, pintada en una vasija de La Serreta (Alcoy): L. Pericot, *Cerámica Ibérica*, Barcelona, 1979, fig. 177.

<sup>45</sup> F. Marco, *Nuevas estelas ibéricas de Alcañiz* y F. Marco y V. Baldeuou, *El monumento ibérico de Binefar*, «Pyrenae», núm. XII, Barcelona, 1976, pp. 75-90 y 87-112. En estas estelas aragonesas existen representaciones de manos, tanto en la del Palao (Alcañiz) como en los fragmentos del monumento de Binefar que podría formar una especie de templo al modo celta. Vide más adelante (109).

<sup>46</sup> E. Cuadrado (31), fig. 11, pp. 49-51.

<sup>47</sup> La bibliografía pormenorizada es muy extensa, vide principalmente A. Beltrán, F. Jorda y P. Acosta (10). Muchas de estas representaciones son muy discutidas. Por ejemplo, el caballo de Selva Pacuala lo interpreta Beltrán como cazado por un lazo y P. Acosta lo incluye entre las escenas de domesticación. En general el caballo aparece en todos los ciclos de arte rupestre, salvaje (escenas de caza) o doméstico (cogido por la brida, representando juegos, como montura, etc.). Es de destacar la representación de una figura del abrigo de la Cañada de Marco (Alcañiz, Teruel), entre animales domésticos (fig. 12 del texto) comparable a la iconografía de los dioses dominadores de animales.

<sup>48</sup> J. M. Blázquez (3), recoge los bronce con este tipo de representaciones. La relación con el mundo funerario en (1.3), pp. 261-277 y 252-307, con un estudio específico del Thymiaterium de Calaceite. Esta pieza es muy similar al «soporte de bronce» descubierto en la tumba núm. 13 de Couffoulens (Aude) sustituyendo el caballo por el ciervo: G. Barrauol, *Les civilisations L'Age du Fer en Languedoc*, en «La Préhistoire Française», vol. II, p. 679, fig. 2.

<sup>49</sup> J. M. Blázquez (1.3), pp. 290-306; y E. Cuadrado (31), pp. 802-804 y (9).

<sup>50</sup> K. M. Linduff, *Epona: A Celt among the Romans*, «Latomus», núm. XXXVIII, Bélgica, 1979, pp. 816-837.

<sup>51</sup> El relieve de Villaricos (Almería) con divinidad bifronte guarda estrecha relación técnica y estilística con los relieves de Pozo Moro, tanto en el pecho de los caballos rampantes, como en la forma de interpretar la cabeza e incluso en la aparición de una silla de tijera (M. Almagro (4), láms. IV, 2, VII, 2 y VI). Las relaciones se acrecientan si comparamos el modo de encajar las figuras en el plano, la profundidad y la ejecución de los relieves.

<sup>52</sup> E. Llobregat, (34), pp. 104-105.

<sup>53</sup> M. Jorge Aragoneses se inclina por una divinidad femenina tipo Artemis o Diana. Quizá esté representada sedente y con cabeza velada en un fragmento de cerámica en el que también se ha dibujado un árbol adornado y un personaje masculino barbado: *El vaso Ibérico de Santa Catalina del Monte (Murcia)*, «Arch. Esp. de Arq.», núm. 42, 1969, pp. 200-204; *La badia ritual de la Luz y la topografía arqueológica de la zona...*, «Anal. Univ. de Murcia», 1967-1968, pp. 317-346; *Bronces inéditos del Santuario Ibérico de la Luz (Murcia)*, «Homenaje a Fco. Navarro», en «As. Nac. Bib. y Arq.», Madrid, 1973, p. 29.

<sup>54</sup> J. M. Blázquez, (1.2), p. 79; y E. Llobregat, (34), p. 203. En estas figurillas se simboliza la grandeza de la maternidad y por tanto la fecundidad de la naturaleza con sus poderes nutritivos.

<sup>55</sup> Este tema no está ausente en el arte levantino. A. Beltrán (10), aunque con dudas identifica una mujer con niño en una de las figuras de Caídas de Salbime (Mazaleón) (p. 108, fig. 105). Su asociación a un personaje en actitud de trabajar la tierra me inclina por una relación entre ambos temas con simbología análoga a la de estas diosas courótrofas o metroacas. También en Minateda se representa una figura femenina con un muchacho de la mano. Es muy posible que bajo este aspecto existan también estas representaciones en el arte esquemático [F. Jorda (10.2)].

<sup>56</sup> R. Ramos, *De Heliké a Illice*, Alicante, 1974, pp. 47-48 y 82-83.

<sup>57</sup> J. Cabre, *Los bronce de Azaila*, «Arch. Esp. de Arte y Arq.», I, Madrid, 1925, pp. 277-315; y *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica de Azaila*, Madrid, 1944, pp. 4-5; M. Beltrán, *Arqueología e Historia... Cabezó de Alcalá de Azaila (Teruel)*, «Monong. Arq.», IX, Zaragoza, 1976, pp. 150-152-165 y 427, fig. 39.

<sup>58</sup> C. Nony, *Une nouvelle interpretation des bronzes d'Azaila*, «Melang. Casa Velázquez», núm. V, Madrid, 1969, pp. 5-170.

<sup>59</sup> M. Beltrán, (57), pp. 156-166.

<sup>60</sup> J. M. Blázquez, (1.2), pp. 103-105.

<sup>61</sup> J. M. Blázquez (1.2), p. 38; Strabon, III, 4, 6, 4, 8; IV, 1, 4 y 1.5 alude al Artemision o Diánon de Hemeroscopeion y de Ampurias. Siempre la Artemis venerada es la *Ephesia*, extendida por los griegos entre los iberos que la honraban a la manera helena (19). Recordemos la pervivencia del famoso templo gaditano.

<sup>62</sup> A. Ramos y R. Ramos, *Excavaciones en La Alcudia de Elche*, «Exc. Arq. en Esp.», núm. 91, Madrid, 1976, pp. 20-22, fig. 2, láms. IV-V.

<sup>63</sup> E. Llobregat, (34), pp. 57 y 203, lám. XV (Cf. con lo dicho por Blázquez, (1.2), p. 79). Indudablemente debe tener relación con la Dea Caelestis Nutrix y con las diosas de Capua llenas de niños indicando con ellos la riqueza y la abundancia. En el pinax de la Albufereta parece que se trata de un acto de culto quizá vinculado con la Mater Matuta y fiestas de las «Matralia» que según G. Dumézil, responderían a un viejo ritual: *La religión romaine archaïque*, París, 1969, pp. 63 y ss. No obstante el atributo de la paloma, tiende a identificar esta deidad con la del santuario, especialmente con la figurita velada con niño y paloma (Llobregat, lám. XVI, lám. XVI) de paralelos indudables con Ibiza siguiendo moldes de talleres griegos.

<sup>64</sup> J. M. Blázquez, (1.2), pp. 121-122, da este nombre a los plomos con escritura ibérica e intuye en ellos un carácter mágico. Aparecen en tumbas y santuarios pero también en habitaciones, con una situación que hace pensar en una colocación intencionada: debajo piedra de molino, dep. 48 de La Bastida de les Alcuses; en un departamento con cuernos de ciervos y palomita de barro cocido en La Serreta, etc. (Llobregat, (34), pp. 118 y 121), etc.

<sup>65</sup> J. Aparicio, *Las raíces de Mogente*, Univ. Valencia, «Serie Arq.», núm. 2, 1977, pp. 22 y ss. y 30. Alude a yacimientos al S. del Júcar: Hoya de Santa Ana, Pozo Moro, Llano de la Consolación, Cabezó Lucero, Elche, El Molar, Cabezó del Tesoro, Cigarralejo y Cástulo. Se podría añadir Porcuna entre otros más. Vide también E. Llobregat, (34), p. 161.

<sup>66</sup> (58) (59) y (60).

<sup>67</sup> I. Ballester y otros, *Cerámica del Cerro de San Miguel de Liria*, «Corpus Vas. Hisp.», Madrid, 1954, motivo 627, p. 124 (esfinge), y motivo 628, p. 77 (sirena).

<sup>68</sup> C. Aranegui, *Las Artes decorativas en la Cerámica Ibérica Valenciana*, «Saitabi», XXIV, Valencia, 1974, pp. 31-53; M. Beltrán, (57), pp. 214-287. Las figuraciones zoomorfas o humanas en la cerámica ibérica son diacrónicas, al igual que los llamados « platos de pescado », con los modelos griegos o de tradición helénica. Se plantean a este respecto dos cuestiones: 1.º la existencia de decoraciones anteriores en pintura, relieves, objetos litúrgicos, tejidos, etc. que hayan prolongado la visualización de los temas hasta su plasmación en las cerámicas; 2.º la «interpretatio» de estos temas por el mundo ibérico, con sentido diferente al de la religión puramente griega o etrusca. Ya Kukahn atribuyó un carácter ritual a los platos de pescado, bien diferente a la funcionalidad de los modelos (69).

<sup>69</sup> E. Kukahn, *Los símbolos de la Gran Diosa en la pintura de los vasos ibéricos levantinos*, «Caesaraugusta», 19-20, Zaragoza, 1962, pp. 79-85; M.<sup>a</sup> D. Herrera, *El*

Cascarón de avestruz de la sepultura, núm. 100 de Villaricos, «Cuad. Preh. y Arq.», Univ. Autón., Madrid, núm. 4, 1977, pp. 49-67. El tema del rostro de la diosa en la griptica del tercer milenio a.C. en Ebla: P. Matthiae, *Ebla*, Turin, 1977, fig. 14, p. 84.

<sup>70</sup> La reiteración de estos animales formando grupos únicos está bien patente en una vasija del Tossal de Manises (Pericot, (44), figs. 90-91) y su asociación clara a la divinidad (figs. 128-130) en la Alcudia. Deben de añadir a las competencias divinas. Los dibujos del pez, ave menuda, conejo y serpiente, al lado del rostro de la diosa, roseta y estrella encerrada en círculo, en el círculo de Elche, evidencian su carácter sagrado y su simbología de abundancia y fertilidad natural (A. Ramos y R. Ramos, (62), fig. 3 y lám. V). Es curioso anotar que el conejo, la liebre, gallináceas, oviscapridos además de la extraña presencia de ratones, aparecen deliberadamente en tumbas argáricas: E. J. Carrasco, *Algunas cuestiones acerca de la cultura argárica en la provincia de Granada*, «XV Cong. Nac. Arq.», Zaragoza, 1979, pp. 265-266. Sobre los insectos, S. Nordström, *La cerámica pintada ibérica de la Provincia d'Alicante*, t. II, Estocolmo, 1973, pp. 153-155. Una gran mayoría de los motivos están recogidos en esta obra.

<sup>71</sup> El vaso de «La Pepona» es claro exponente de la conceptualización de estos animales que reiteradamente aparecen en las vasijas de este círculo, representados siempre en gran tamaño. Huelgan los ejemplos.

<sup>72</sup> L. Pericot, (44), figs. 18, 31-32. Huevos de avestruz, de gallinas o simulacros de huevos se han hallado en numerosas necrópolis. La simbología de este elemento en Blázquez, (1,3), pp. 69-87.

<sup>73</sup> (70).

<sup>74</sup> L. Pericot, (44), fig. 109.

<sup>75</sup> No es necesario insistir en el símbolo del ave junto al caballo ni en el origen del tema del roleo. El aspecto evoca el disco solar, colocado encima de la grupa como en los vasos y objetos del mundo griego arcaico reiteradamente aducidos por numerosos investigadores cuando tratan del culto solar. E. Kukahn, (69), ha demostrado que los motivos más significativos y de carácter simbólico se colocan frecuentemente debajo de las asas (igual que en la etapa geométrica griega). Este roleo aparece en estas circunstancias en un kalathos de Elche: L. Pericot (44), fig. 92.

<sup>76</sup> Tanto en el arte levantino como esquemático existen luchas y enfrentamientos que pueden estar en relación con estos mitos, y tampoco faltan, como en el fragmento del Tossal de la Cala (Alicante) (Pericot, (44), fig. 81), hombres perseguidos por los animales. Si partimos de una ideología religiosa para el arte rupestre veremos que muchas de estas acciones «culturales» están ya representadas. El abrigo de Doña Clotilde, en Albarracín, es un buen ejemplo. Presenta vegetales (agricultura), un personaje armado (caza o lucha) y un hombre llevando un animal atado (domesticación). Son restos de un «lenguaje» fragmentado que vivencia y perpetúa, no la acción cotidiana de los hombres, sino la conceptualización y trascendencia de los actos.

El varón representado en la fig. 4, 1 muestra una cabeza idéntica a la de una figura incompleta colocada debajo de un asa asociada a la roseta octapétala con estrella interior en un fragmento del Tossal de Manises (Pericot (44), fig. 81).

<sup>77</sup> Aparte de los precedentes hispánicos, el sentido de las figuras puede aproximarse al mundo egeo y asiático. Ch. Picard, (2), pp. 118, 142, 180 y 190-191 (hoplodromia y hoplolatria y danzas armadas). Desfile de guerreros en fragmento del Tossal de la Cala (Benidorm): Pericot (44), fig. 79; en la tinaja fragmentada de la Serreta de Alcoy (figs. 176, 177, 180 y 181) y en la vasija de la Oliva (Valencia) (figs. 172-174).

<sup>78</sup> A. Ramos, *Ritos religiosos en la Alcudia de Elche*, «XIII Cong. Arq. Nac.», Zaragoza, 1975, pp. 661-661, láms. I y II. Este tipo de procesiones son interpretadas por Ch. Picard, (2), pp. 147-150, como ceremonias mágicas postulando o celebrando la renovación de la naturaleza, con ramos desgajados utilizados como talismanes. Son ceremonias de pueblos agrarios cuyo ritual es una contrapartida al mundo ctónico, asimilando la muerte humana a la liberación de los granos de las plantas. Son fiestas en donde el júbilo sucedía al duelo. Obsérvese como en el pebetero del Tossal (fig. 3,9) posiblemente utilizado en estas fiestas, expresa un acto dramático pero a su vez los animales vuelven la cabeza y sus cuernos están llenos de fantasía vegetal. Sobre el simbolismo del ramo: J. M. Blázquez (1,3), pp. 211-218.

<sup>79</sup> L. Pericot, (44), figs. 128-130.

<sup>80</sup> Vide nota 42. El elemento floral, cuyos paralelos vemos en los motivos números 207-209 de Liria (68) (figs. 5, 3 y 4 del texto) se interpreta como un espejo,

pero podría relacionarse con la flor exhibida por algunas diosas fenicias y también en terracotas de Cartago, como la dama sedente de la necrópolis de Dermech (Cartago) con una enorme palmeta con mango muy similar a la de Liria: A. Parrot (40). La figura con cuenco en el halo (68), fig. 69, p. 69, recuerda a la Dama de Galera (J. M. Blázquez, (3), pp. 187-192 y lám. LXXV). La representación de un personaje sentado y frente a él un «oferente» con situla en la fig. 50, pp. 62-63 (68). La escena recuerda, con disposición diferente, a la diosa Hera-Uni de una placa del santuario etrusco de Poggio Civitate, Murlo (Siena): R. Bianchi y A. Giuliano, *Los etruscos*, Madrid, 1973, fig. 166. En el mismo estilo de Liria se ha representado otra de estas figuras en el llamado «vaso de los atletas» que parece describir una procesión con la estatua de la divinidad (fragmento del Corral del Saus: J. Aparicio (65), fig. 5).

<sup>81</sup> Sobre la hierogamia, Ch. Picard (2), pp. 48, 93, 111, 117-119 y 188-189. Nótese que en la danza, cuyo detalle hemos representado con la fig. 5.5, la dama lleva sobre el pecho el tejedor, símbolo que, como en Elche, está frecuentemente asociado al pez y a la fertilidad de la diosa. También, como en Elche, aparece una pareja de jinetes de distinto sexo (figs. 5, 11). Las representaciones de las figs. 6, 1 y 2, aluden claramente a la divinidad destacando en la escena núm. 1, entre la pareja, una hoja de vedra metamorfoseada en pájara, pintada en tinta plana. Además de reiterar el motivo y de rellenar el campo con peces y tejedores, la escena se dirige hacia una graciosa ave lineal cuyo cuerpo está sugerido por una enorme hoja vegetal. En la escena núm. 2, junto al cortejo lemenino, aparece un ser ithyphálico, raro en estas representaciones, con un aspecto que recuerda las figuraciones rupestres de esta índole; la clara evocación divina se argumenta por sostener la mujer un pájaro en las manos, seguramente una paloma. El hombre presenta el arma y evidencia su condición guerrera, como paredro divino. El acto recuerda a la pareja de la vasija de Liria (68), fig. 54, con un personaje al que se le ha adosado lateralmente la falcata.

<sup>82</sup> J. M. Blázquez (1, 2), p. 78, B.

<sup>83</sup> E. Kukahn, *Una caja funerario ibérica con representaciones en relieve*, «IX Cong. Nac. Arq.», Zaragoza, 1966, pp. 293-295.

<sup>84</sup> M. Almagro (4), lám. V, 2. Vide también (15).

<sup>85</sup> En esta conceptualización pueden entrar todas las escenas denominadas «del caballo espantado». La oposición domesticación-animales salvajes, queda destacada en el friso de la fig. 6, 4. Se ha representado una especie de juego que puede aludir al prototipo explicativo del acto cultural que se rememora, uniendo en una escena los animales domésticos (perros, caballo, toro) frente al mundo indómito de la naturaleza (lobos, jabalíes). La escapa de lucha separando los temas sugiere la violencia necesaria en estos actos culturales.

<sup>86</sup> Todas estas escenas pertenecen a una vasija de gran tamaño. La recolección de frutos tiene sus paralelos directos en el arte rupestre (figs. 12, 20, 21). Se trata de una conmemoración o festejo de un ritual cíclico con directa alusión al héroe civilizador, en este caso de la agricultura, reuniendo los actos de vida cotidiana para expresar el rumbo de las estaciones e implorar en las tareas útiles a la sociedad ibérica, la abundancia, fertilidad y bienestar y por supuesto la victoria en la guerra, además de conjurar el maleficio y las adversidades.

<sup>87</sup> J. Caro Baroja (1), pp. 145-146.

<sup>88</sup> L. Pericot (44), fig. 169-175. La divinidad guerrera, aparte de documentarse en alguna terracota de Ibiza, con la doble hacha y en actitud similar a la del dios masculino, aparece con lanza en la pintura de la urna de Galera. Las fuentes aluden a un templo de Atenea en su condición de guerrera (Estrabon, III, 2, 13; 4, 3); J. M. Blázquez (1,2), p. 90.

<sup>89</sup> L. Pericot (44), fig. 175. Recuérdese el vaso funerario del Cabecico del Tesoro con el huevo y las gallináceas.

<sup>90</sup> A. García Bellido (28), figs. 600 y 607. Esta vasija de la Oliva, con los guerreros yacentes recuerda al vaso de Archena, figs. 564 y 565. Tanto puede tratarse de sacrificios o ejecuciones humanas como de honrar a los guerreros caídos en combate. Sobre la heroización ecuestre y caballos en ultratumba: J. M. Blázquez (1,3), pp. 278-290.

<sup>91</sup> ¿Se tratará realmente de una explicación de la escena o de la conservación de ciertas frases rituales que no deben de olvidarse y que actúan a su vez de fórmulas mágicas vinculando la idea expresada con la finalidad de los actos?

<sup>92</sup> Para Ch. Picard (2), p. 161, la barba es un atributo ritual; I. Ballester, *Notas*

sobre... *Las barbas de los iberos*, «Ampurias», V, 1943, pp. 109-146, ha creído ver en este rasgo diferencias étnicas.

<sup>93</sup> M. Beltrán (57), pp. 260-285.

<sup>94</sup> A pesar de la distancia y de la apariencia de influjos diferentes entre Elche y Azaila es sorprendente el número de analogías. La decoración, marcadamente simbólica, representa a la naturaleza con los mismos conceptos: el conflicto y el equilibrio; el drama y el júbilo. La paloma y el pez se repiten en ambas áreas así como la tendencia a decorar las vasijas a base de una sola cenefa ondulante. Los animales, aunque difieren, adoptan, sobre todo en la lucha, una violencia muy semejante y los personajes divinos, símbolos y atributos tienden a aparecer en todas las composiciones.

<sup>95</sup> A. Beltrán, *De Arqueología Aragonesa*, I, Zaragoza, 1978, Frag. de San Antonio, en p. 114 y frag. de El Palomar, Olite (Teruel), en p. 134, con pareja humana enlazada, junto a una especie de pebetero vegetal y un ramo.

<sup>96</sup> Estos signos están bien representados formando una composición trianguliforme en el vaso de la Hoya de Santa Ana (Albacete): Pericot (44), fig. 27. La variante tricorne se ve rematando un vegetal arborescente o aislado en Alloza: P. Atrian, *Primera campaña de excavaciones en «El Castellillo de Alloza, Teruel»*, núm. 17, 1957, láms. XXI y XXIV. Se asemejan a los representados en la urna de Lobón que Kukahn (83), comparó con algunos bronceos valencianos.

<sup>97</sup> Según P. Cintas, 29, pp. 174-176, nota 631 y reproducción del disco de Cartago con jinete y perro en portada, t. I, el jinete de los discos púnicos es el dios Kalkabos que sigue iconográficamente las representaciones de viejos relieves asirios. También aparece representado en estelas del santuario de Tanit y Baal Hammon, en Cartago: J. M. Blázquez (1, 3), pp. 29-31 y fig. 7, dedica un breve artículo a estos discos e identifica el personaje, siguiendo a Fantar, con el dios jinete Yam, coincidiendo también con Cintas en el carácter marino de la divinidad ecuestre. Estos objetos demuestran que el signo tricorne es una derivación o trasposición de la flor de loto. En España se han localizado estos discos en Ibiza, Elche y Guadalhorce. Por estos paralelos creo que el dios masculino de Elche puede parangonarse con este dios del valle del Ebro. Recuérdese cuanto se ha dicho sobre la posibilidad de un dios jinete en toda el área levantina y el majestuoso aspecto del jinete en bronce de la Bastida e incluso el jinete cazador en compañía de un perro en el carro votivo de Mérida. Puede ser el mismo jinete que con palma o lanza se documenta en las monedas ibéricas: J. R. Melida, *El jinete ibérico*, «Bol. Soc. Esp. de Exc.», núm. VII, 1900, pp. 173-183. Según Ch. Picard (2), pp. 80-84, se pudo representar un dios masculino en compañía de un perro o un león, domador de animales y guerrero, en los sellos de Cnossos. Es importante el detalle de los enterramientos deliberados de perros (también cabras en menor proporción) en la acrópolis de Azaila y otros poblados aragoneses: M. Beltrán, 57, pp. 427-428, y nota 248. También J. P. Garrido tuvo la sospecha de enterramientos de perros en la necrópolis de La Joya (29).

<sup>98</sup> P. Atrian (96), lám. XXII y L. Pericot (44), fig. 417.

<sup>99</sup> P. Atrian (96), lám. XXIII y L. Pericot (44), fig. 418. Tal como aparecen esta divinidad en los kalathoi de Alcorisa y Azaila recuerda, siguiendo a H. J. Rose (42), pp. 54-55, la figura divina de los pueblos de habla wiro (Júpiter en Italia, Dyeus en India, Tiu entre germanos...). Es el «Brillante» (dios del firmamento y fenómenos atmosféricos). Se llama también «Ombrio» (llovedor) «Urio» (enviador de vientos), Astrapé (relampagueador) «Brotón» (tonante) «Georgos» (agricultor), etc., etc., y también «Polieo» e incluso «Katakthōnios» según Homero, para el primitivo Zeus.

<sup>100</sup> La actitud similar al exvoto de bronce procedente de Santa Elena: A. García Bellido (28), fig. 335. Se relaciona con las danzas guerreras en honor a Marte, narradas por Strabón: J. M. Blázquez (1, 2), p. 77.

<sup>101</sup> J. Valiente, *El arte de vivir y el arte de narrar la vida en la cerámica ibérica*, «Bellas Artes 75», núm. 48, diciembre, 1975, pp. 3-8; el fragmento fue dado a conocer por T. Ortego, *El poblado ibérico del Castellillo (Alloza, Teruel)*, «Ampurias», VII-VII, Barcelona, 1945-46, pp. 185-202, lám. III.

<sup>102</sup> En el mundo prehelénico (Ch. Picard (2), pp. 119-121) el gallo es el símbolo de Zeus Velchanos, cuyo culto perdura hasta el mundo romano. Sufrir ciertos influjos indoeuropeos y en origen era una divinidad agraria y ctónica de carácter doméstico que formaba parte de triadas divinas.

<sup>103</sup> La fig. 11, 1, muestra una tapadera decorada con la doble hacha en el apén-

dice, atravesada por una especie de martillo. Alrededor se dibujaron exentas estas enigmáticas garras o manos, que se asemejan a palmas. Este puede ser el símbolo guerrero por antonomasia pero también la alusión a un dios celeste y de las tormentas o «dios que golpea bien», como el celta Suceillus, Reshes, o cualquier «Smíting-God» al modo del Júpiter ya mencionado (99).

<sup>104</sup> Es posible que este personaje, de indudable origen celta, a juzgar por la apariencia iconográfica, reúna todas estas funciones pero quizá se trate de diversos dioses, siguiendo la ideología tripartita de los indoeuropeos y la trifuncionalidad de los dioses en la que tanto ha insistido G. Dumézil (J. C. Riviere, *Pour une lecture de Dumézil. Introducción a son oeuvre*, «Nouvelle Ecole», núm. 21-22, París, 1972-73, pp. 14-79, y muy especialmente esquema p. 48).

Siguiendo los dibujos de los personajes de esta cerámica aragonesa comprobamos:

1) Figura destacada de jinete aislado armado con lanza y con o sin palma y perro. Asociado siempre a las aves.

2) Acompañado de otro personaje o duplicando su efigie, también como jinete lancero, separado de animales salvajes por elementos vegetales. El tamaño del jinete de la parte superior es mayor que el inferior y tanto en el tamaño de la cabeza como en el arma existen algunas diferencias. ¿Se refiere la escena a una pareja diversificada o a la doble misión del jinete en la caza y en la guerra?

3) Cuando no aparece como jinete, se muestra en funciones agrícolas o junto a animales domésticos. Estas escenas están acompañadas de hombres «saludando».

A tenor de esta triplicidad se podrían especificar tres competencias distintas identificables con tres divinidades diferentes: La 1.ª función (soberanía jurídica, política y mágica) con Dios Fidius, Júpiter, Tyr y Odín, expresada por las escenas de juramentos o alianzas (escenas de salutación). La 2.ª función, la guerra y actividades militares y de fuerza física en general, con el dios Marte y Thor (jinete en sus diversas actitudes). La 3.ª implica fecundidad, juventud, riqueza y abundancia de bienes ganados, cosechas y alimentos (actividades económicas del personaje) identificable con Quirino o Vofionus, Freyr, Freya, etc.

Todos estos dioses son polisimbólicos y en origen más que estatuas de culto existe la evocación o alusión a sus fuerzas divinas o a sus distintas competencias.

<sup>105</sup> Recuerda al extraño «batación», con contorno parecido al tejedor, que aparece en un kalathos de este yacimiento representado en la fig. 10, 1 y 2, del texto. Puede estar emparentado con el antropomorfo de las cerámicas de Numancia, supuesto Cernunnos o con el enmascarado cornudo de Segovia: L. Ortego y C. González, *La Segovia celibera*, «Bol. As. Esp. de la Arq.», núm. 4, 1975, pp. 22-25, fig. 5. Identico a su vez a la forma adoptada por una tesera de hospitalidad: J. M. Blázquez (1,3), fig. 141, 2, 3, y pp. 405-407.

<sup>106</sup> ¿Guarda este personaje alguna relación con los tocados teriomorfos de las otras escenas ya explicadas? También en Liria aparece por dos veces en sendos guerreros, cascos con cimera zoomorfa (fig. 5, 6 de este trabajo). Las fuentes, entre ellas un pasaje de Apiano, describen a los heraldos nertobrigenses vestidos de una piel de lobo un señal de paz (J. Caro Baroja, I, p. 164). La piel de lobo, entre los galos, era emblema de un dios nocturno que empuñaba el martillo (Vide a este respecto (99) y (103) y tenía carácter civilizador. Entre los epítetos recibía el nombre de Suceillus (J. M. Blázquez (1, 2) voz Suceillus, p. 169). También según Apiano los ramos significan símbolos de paz o súplica.

<sup>107</sup> J. M. Blázquez (1, 3), *Caballos de ultratumba y heroización*, pp. 278-290.

<sup>108</sup> J. M. Blázquez (1, 2), voz Ataquina, pp. 39-40.

<sup>109</sup> La idea del Dios Fidius o dios de los juramentos parece clara si las escenas de la cerámica aragonesa se interpretan como un pacto. A esta interpretación se unen las estelas con representaciones de manos e incluso las teseras de hospitalidad («destra hospitii»). En este sentido son bien elocuentes los ejemplares del Palao (Alcañiz) y el fragmentado monumento de Binefar (45). Si nuestras suposiciones son correctas, según se desprende de la epigrafía, esta deidad de los pactos podría ser Neitin o Neto. A ella se dedicó el monumento de Binefar, como indican, aunque no sin dudas sobre el simbolismo de las manos, F. Marco y V. Baldellou. El nombre de «neitin» fue leído por A. Beltrán, *La inscripción ibérica de Binefar en el Museo de Huesca*, «XI. Cong. Arq. Nac.», Zaragoza, 1970, pp. 518-522. Suele ir unido a «iunstir» traducible por divinidad y así aparece en Ullastret (Gerona). Según este autor se trata

de un dios indígena, astral, asimilado a Marte y a una diosa infernal de Neitín-Neton (conclusiones muy próximas a las de este estudio). Según J. M. Blázquez, (1.1), p. 94, el nombre figura en diversas lápidas. Aclara la personalidad de este dios un texto de Macrobio sobre los accitanos (Guadix), y otras gentes de España que adoraban un simulacro de Marte con el nombre de Neton o «héroe». Para J. Caro Baroja (1), pp. 125-1, Neto en celta significa «guerrero» o «héroe». La identificación de las divinidades de los juramentos con las divinidades infernales parece bien comprobada por las imprecaciones de los habitantes de Astapa contra los traidores. El texto de Livio indica que las divinidades infernales refrendan pactos y alianzas entre las ciudades, los pueblos y los particulares y que castigan a quienes los rompen (J. M. Blázquez, (1. 2), pp. 84-90). Esta deidad de los pactos, también en Despeñaperros (40).

<sup>110</sup> Se ha escrito mucho sobre el valor de las armas para los iberos y su resistencia a deponerlas. Las decoraciones de aves y caballos en las falcatas debe relacionarse mágicamente con la idea de tutelaje y salvación del guerrero. El ritual funerario y la exhibición de armas en los exvotos conduce no sólo a la idea de protección sino a la sospecha de que los iberos debieran entrar en el más allá acompañados de sus armas para gozar así del destino reservado en ultratumba a los bienaventurados.

<sup>111</sup> La caza como escena funeraria está representada ya en las estelas del SO. M. Almagro (18), fig. 5, *Estela de San Martín*, I. II, pp. 37-38.

<sup>112</sup> J. Cabre y F. Motos, *La necrópolis ibérica de Tutugi (Galera, provincia de Granada)*, «Mem. Junta Sup. Exc. y Antig.», núm. 25, Madrid, 1920, p. 39, sepultura 36. Las paredes de piedra de la cámara se revocaron con yeso y pintaron los muros de arriba a abajo con figuras policromas de pequeñas dimensiones «que se relacionarían con el acto del sepelio y con episodios bélicos, venatorios o domésticos de los allí enterrados...» (de este tumba procede la urna pintada con divinidad sedente y lanza).



Fig. 1. Ara votiva (14 cm.) procedente del Santuario de Castellar de Santisteban (Jaén). Según fotografía de «Historia de España», dirigida por R. Menéndez Pidal, T. I, 4, fig. 312.



Fig. 2. Motivos fitomorfos idealizados a partir de la hoja de yedra con zarcillos (núm. 8):  
 Núms. 1, 8, 13. De Liria.—Núm. 2. De Sidamunt (Lérida).—Núms. 3 a 6. De Azaila (según  
 Cabré: Corpus Azaila, figs. 5 y 12).—Núm. 7. De La Serreta de Alcoy (Nordström, fig. 36,7).  
 Núm. 9. Del Cabecico del Tesoro (según fotografía de Nicolini «Les Iberes», fig. 86).—Núm. 3.  
 Disposición de elementos vegetales formando altar.—Núms. 10-12 y 14. Elementos vegetales  
 con símbolos colgantes derivados de un motivo vegetal simple (núm. 12).—Núm. 15. Desarrollo  
 de una vasija del Tossal de Les Tenelles, Sidamunt (Lérida), combinando distintos símbolos.  
 Nótese debajo del asa la posición de las líneas verticales onduladas (Cabré, figs. 12, 14 y 70,  
 respectivamente).—Núm. 13. Corpus Liria, fig. 14.

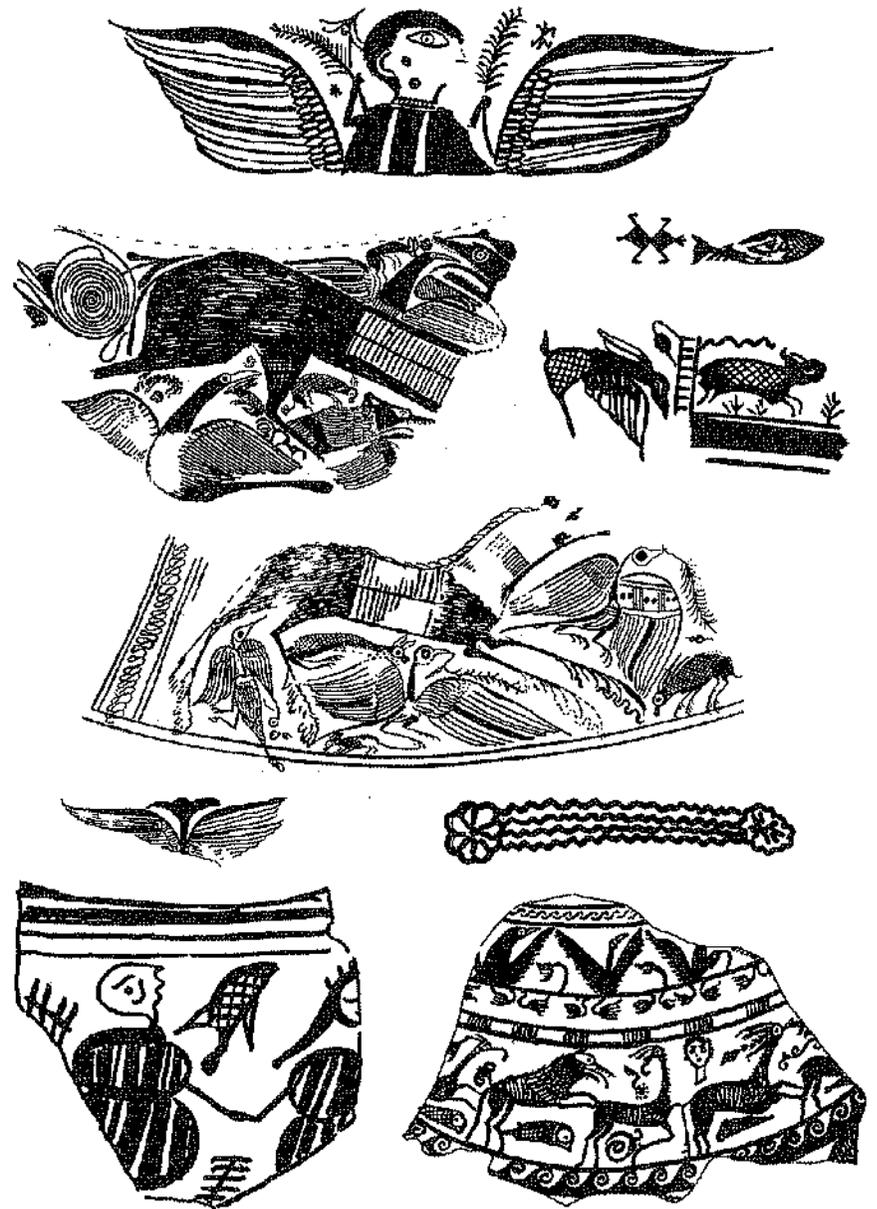


Fig. 3. Decoración círculo de Elche: Núm. 1. Divinidad dendrófora de La Alcudia.—Núms. 2 y 3. Conceptualización de la muerte y de la vida a través de la violencia (2) el júbilo (3) de los animales (La Alcudia y Tossal de Manises) (Nosdström, figs. 50, 40 y 39).—Núm. 4. Detalle del friso inferior del «vaso de las cabras» del Cabeceo del Tesoro (Nicolini, fig. 90). Obsérvese que el «tejedor» además de asociarse al pez y otros animales tributarios de la divinidad aparece rodeando a la diosa núm. 1.—Núm. 5. Detalle de la decoración del kernos de La Alcudia (A. y R. Ramos, fig. 3). El conejo está metamorfoseado en ave de doble especie.—Núm. 6. Flor de loto alada, La Alcudia (Nordström, fig. 36).—Núm. 7. Dos rosetas unidas (detalle del «vaso de la bailarina» según fotografía de Pericot, fig. 130).—Núm. 8. Pareja humana y símbolos. El Monastil (Elda) (Nosdström, fig. 52).—Núm. 9. Fragmento de un pebetero del Tossal de Manises (Llobregat, fig. 106): la violencia expresada por los animales del friso inferior con cornamentas y hocicos convertidos en vegetales. Su aspecto y actitudes comparables al friso de la figura 18 de Liria. Los símbolos colgantes asemejan garras o manos como en Azaila. El rostro y el conjunto de símbolos alude a la diosa. Como en el kernos de Elche la decoración relacionada con el destino: En este caso conjuración de fuerzas maléficas.



Fig. 4. Decoración círculo de Elche: Núms. 1, 2 y 5. personaje enfrentado al «carnassier», posibles escenas alusivas a un mismo rito. Nótese en el fragmento núm. 5 la presencia de vasos «sagrados». Proceden, 1 y 5, de La Alcudia, y 2, de La Albufereta (Alicante) (tomados de Pericot, fot. 126, «Historia de España», Menéndez Pidal, fig. 567, y Llobregat, fig. 106). Núms. 3 y 4. Pareja de jinetes lanceros y símbolos satélites. Vasija fragmentada de La Alcudia (Pericot, figs. 149 y 148).—Núms. 6 y 7. Jinetes a pie conduciendo un caballo que ostenta un ave como animal tributario. Cerámicas de El Monastil y La Alcudia (Nordström, fig. 52 y Pericot, fig. 111).

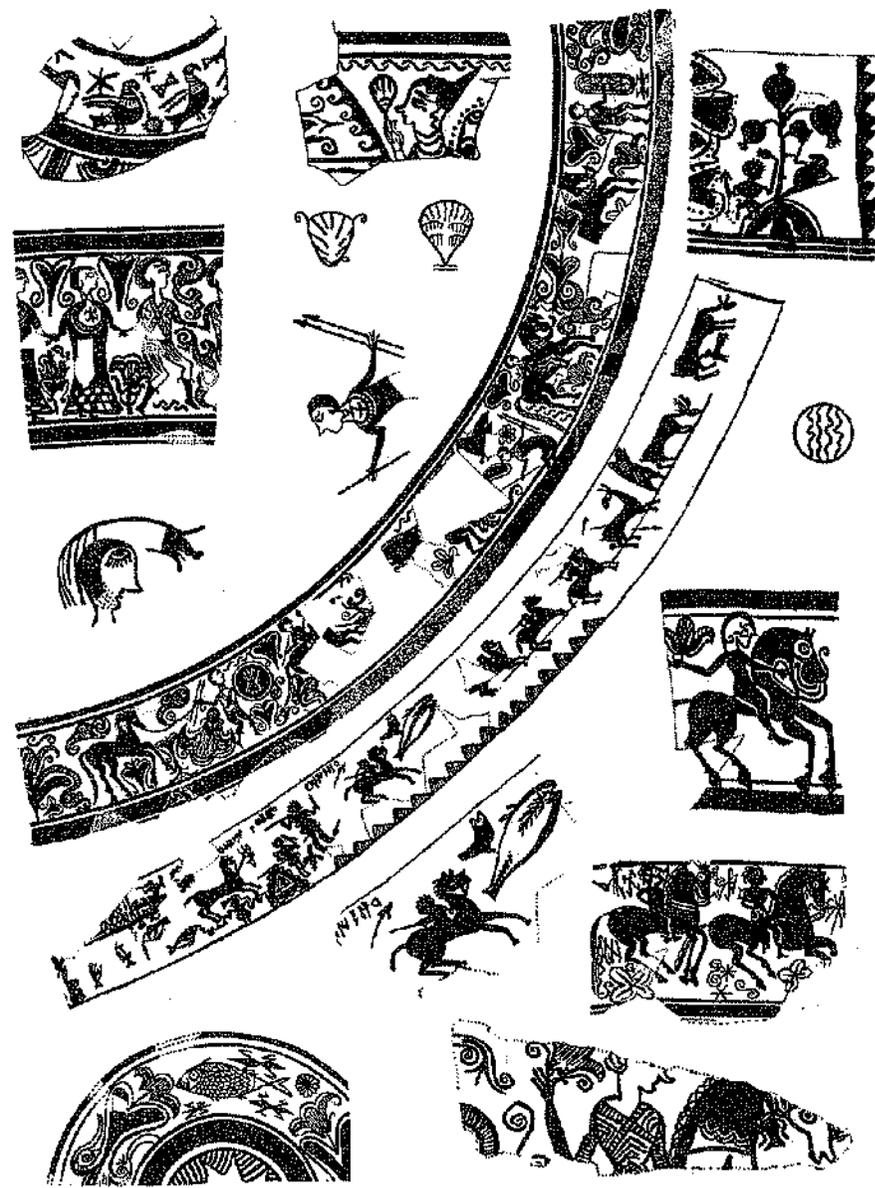


Fig. 5. Decoraciones de Liria: Núm. 1. Friso de pájaros y símbolos cuya disposición se asemeja a composiciones de las cerámicas de Azaila y Elche.—Núm. 2. Personaje femenino sentado con un objeto que recuerda las palmetas núm. 3 y 4.—Núm. 5. Detalle de la pareja humana del llamado «vaso de la sardana».—Núm. 6. Tocado teriomorfo de un guerrero. Núm. 7. Composición en cuyo friso central aparece una figura armada con escote idéntico al del personaje femenino del núm. 5, cambiando el «tejedor» por la cruz simple. Los símbolos pueden aludir a su carácter divino.—Núm. 8. Escenas de la tinaja de la «recolección», con escenas alusivas a diferentes tareas de la vida humana y a la función nutricia de la naturaleza.—Núm. 9. Símbolo idéntico al que aparece en el cuerpo de las palomas de Azaila.—Núms. 10 y 11. Jinetes con flor (el núm. 11 formaba parte de una escena cultural con músicos, y hombre con una sítula de doble asa junto a un personaje sentado).—Núm. 11. Pareja de guerreros comparable a Elche.—Núm. 12. Detalle de un plato de pescado, cuya composición se asemeja al «friso del vaso de las cabras» y a otros platos de peces del círculo de Elche (todos estos dibujos, tomados del Corpus de Liria, figs. 81, 82, motivos 208-209; fig. 20, motivo 368; figs. 43, 31, motivo 292; figs. 46, 21, 11 y 49).

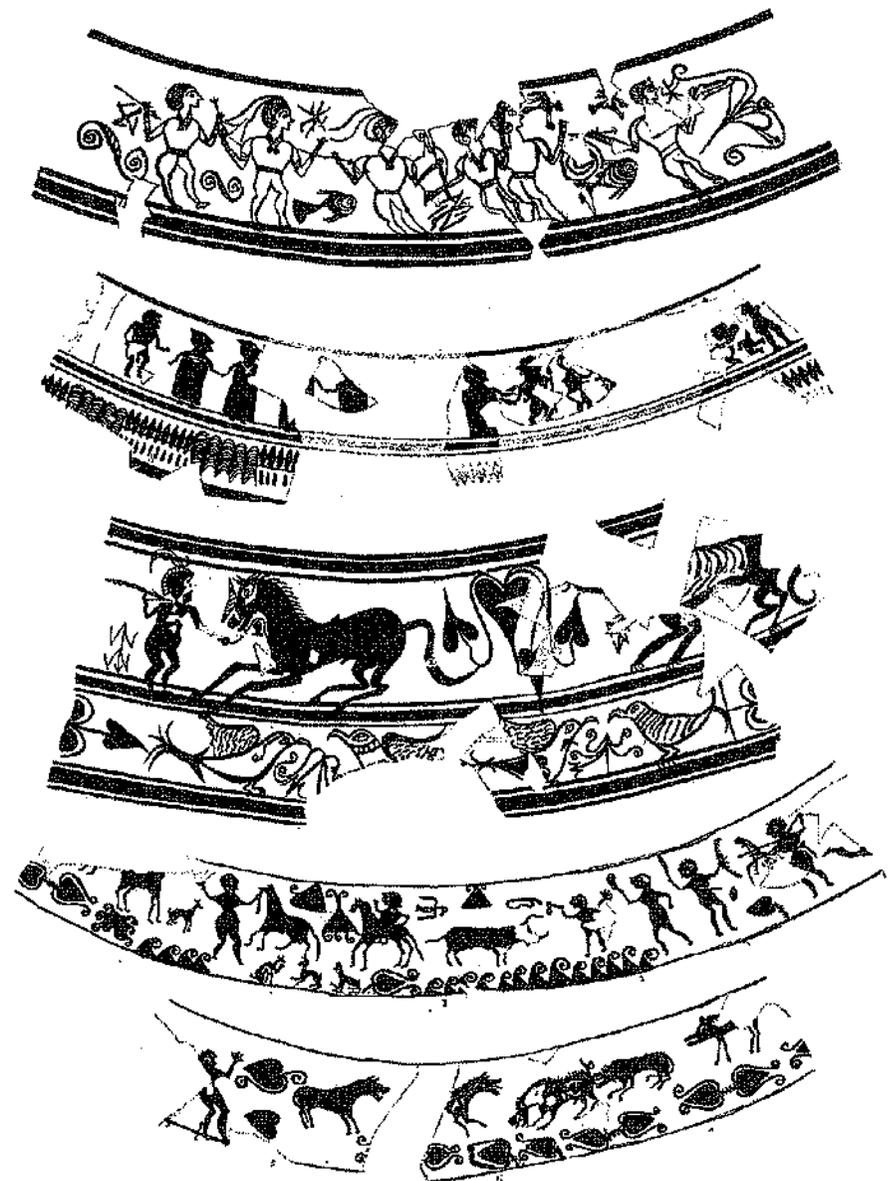


Fig. 6. Decoración de Liria: Núms. 1 y 2. Escenas con unión de pareja humana o divina. Núm. 3. Figura de héroe dominando el caballo espantado y enfrentándose a una fiera (síntesis de las escenas 1-2 y 5 a 7 procedentes de la cerámica tipo Elche representadas en la fig. 4) (Corpus, figs. 32, 35 y 37).—Núm. 4. Antítesis entre animales domésticos y salvajes, separada la composición por una lucha de guerreros (Corpus, fig. 40. El dibujo, según «Historia de España», dirigida por Menéndez Pidal, fig. 631).

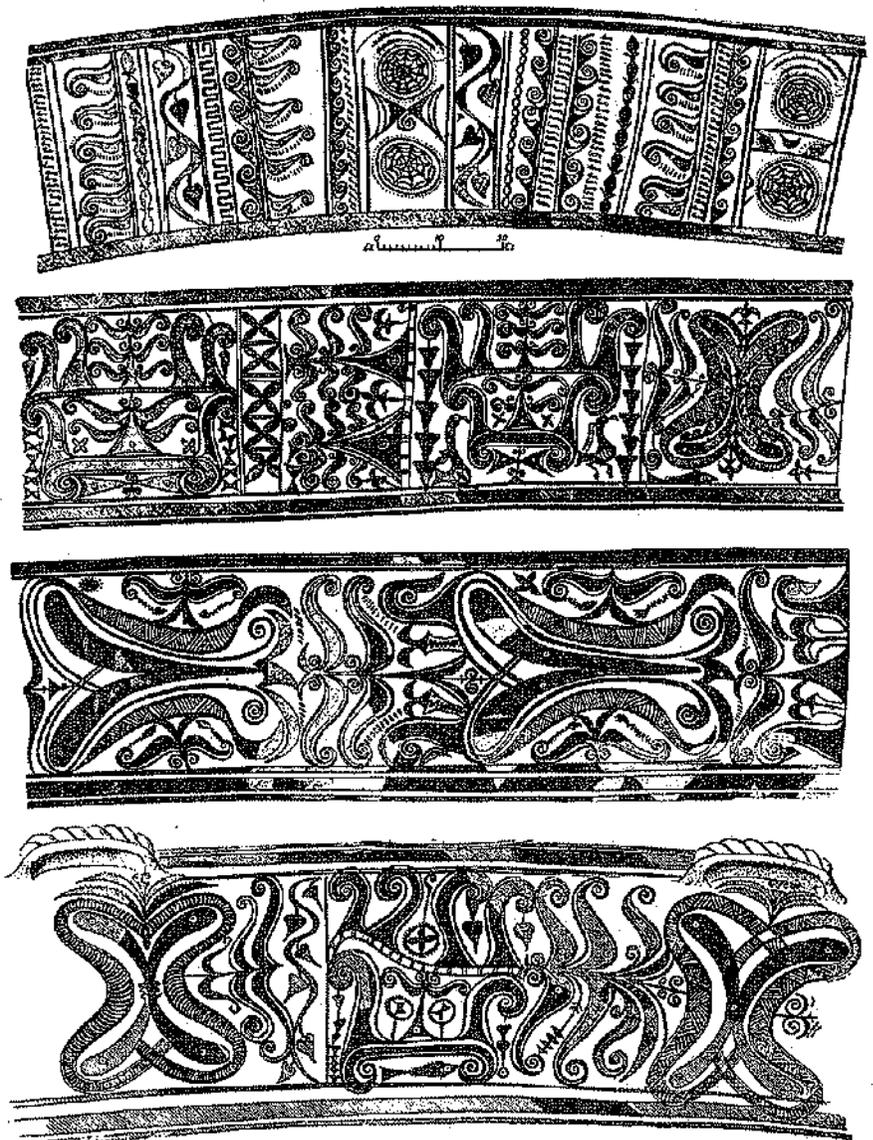
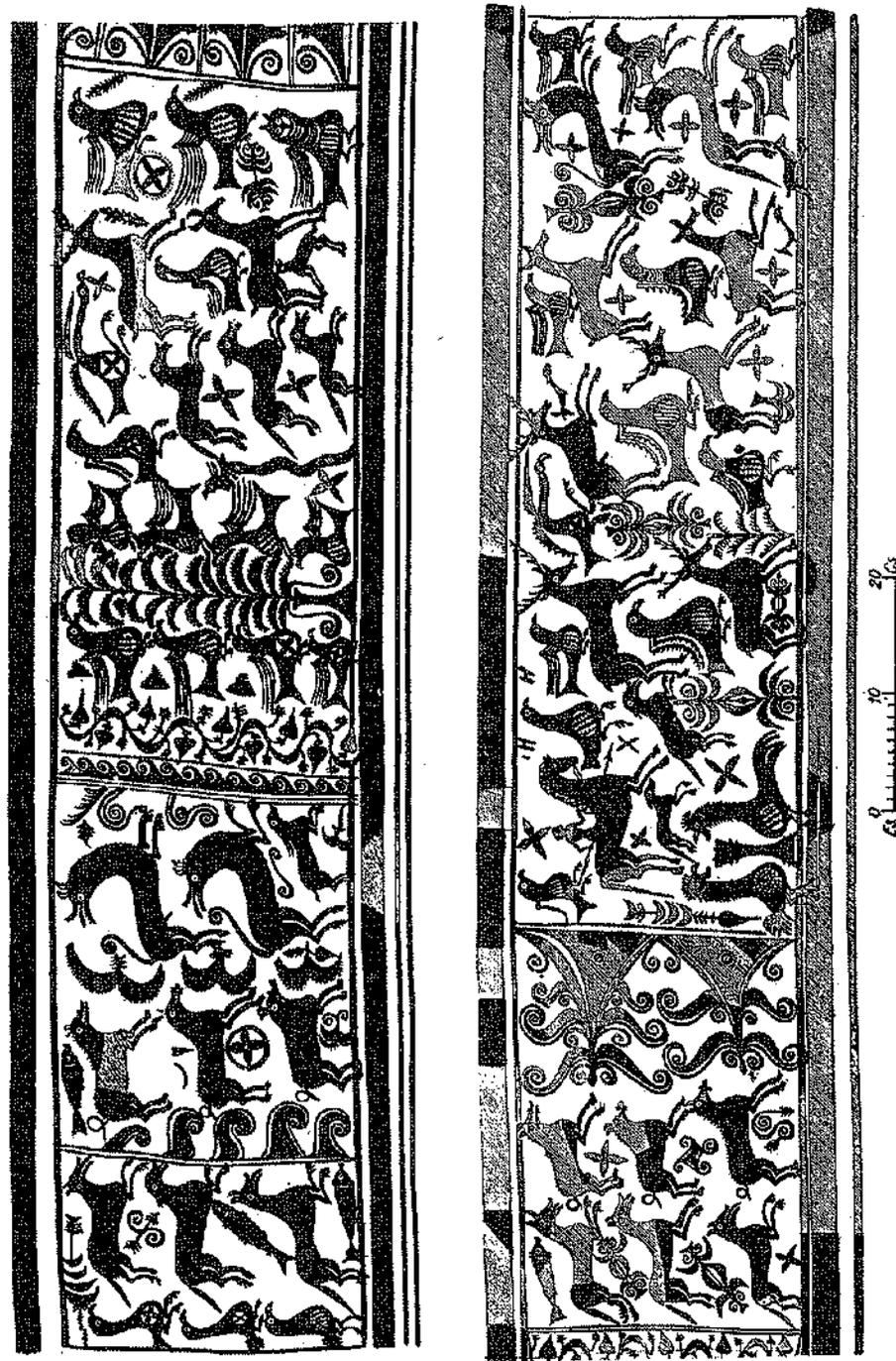


Fig. 7. Decoraciones fantásticas e idealizadas de la cerámica de Azaila: Núm. 1. Telas de araña, motivos vegetales y símbolos de segmento lunar, globos y doble hacha. Nótese la posición de estos motivos y la colocación de las telas de araña inscritas en círculos, debajo de las asas.—Núm. 2-4. Motivos fitomorfos oculados, representación de altares, etc. Aves y pez, aparecen indistintamente como animales asociados a estas composiciones. En el núm. 3 la hoja de yedra envuelta en elementos harquiformes con «proa» en cabeza de ave, soportando motivos en altar con símbolos colgantes (esta decoración aparece siempre opuesta y en posición horizontal. (Corpus, figs. 61, 37, 31 y 38, respectivamente.)



Fig. 8. Decoración círculo de Azaila: Núm. 1. Jinete con lanza y palma, junto a una escena de violencia animal presidida por un buho (det. de la decoración de un kálathos del Castellillo de Alloza (Atrian, lám. XXI).—Núm. 2. Friso de una vasija de Azaila, con personajes en acto de salutación o pacto, agricultor, jinetes y otros animales (Corpus, fig. 46).—Núm. 3. Detalle de un vaso del Cabezo de la Guardia (Alcorisa, Teruel), con una composición casi idéntica a la anterior, variando ligeramente la escena agrícola (más detallada), la yunta y la presencia del buho (según fot. de Pericot, fig. ). Obsérvese el extraño aspecto (no muy logrado en este dibujo) de las cabezas humanas y su diferencia con el salutante inferior a la derecha del espectador.—Núm. 4. Detalle del friso de la fig. 9.2, con jinete semejante al de los discos púnicos y gallo en acto de veneración. A la izquierda, símbolo vegetal anforiforme, muy similar al que aparecen entre los «salutantes» del fragmento de Alloza (dibujo tomado de «Historia de España»).

Fig. 9. Decoración de Azaila: Núm. 1. Representación de animales tributarios de la divinidad en actitud pacífica. Nótese que a pesar del aspecto feroz de los animales carniceros, no existe un ataque claro. La actitud de la cierva amamantando puede aludir a la nutrición y fecundidad al igual que el pez junto al lobo y la serpiente asociada al pajarillo. El buho vuelve a formar parte de la escena (Corpus, fig. 56).—Núm. 2. Composición parecida a la anterior con el jinete campeando sobre todos los animales, quizá una evocación a la necesidad de la violencia en el ritmo del cosmos regido por los dioses (det. del jinete en fig. 8.4. Corpus, fig. 4.7).



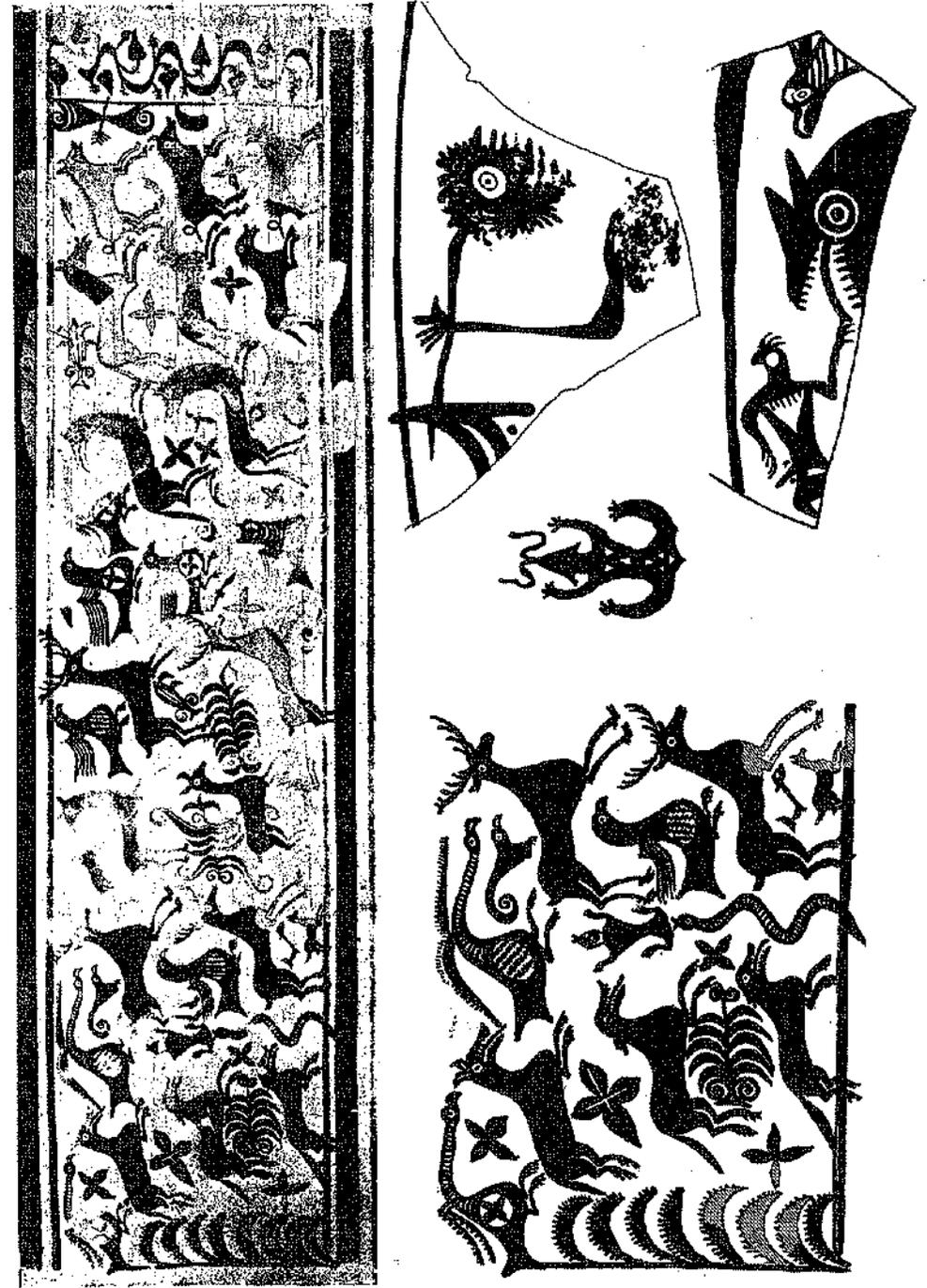


Fig. 10. Decoración círculo de Azaila: Núm. 1 y det. núm. 2. Composición sintetizando la temática de los kalathos núms. 1 y 2 de la fig. 8, con ausencia del jinete y la presencia del buho. El dinamismo no alterna con ninguna escena en reposo. Incluso la serpiente se muestra más retorcida que el la figura anterior, sustituyendo el avecilla por un extraño antropomorfo o batracio (Corpus, fig. 55, e «Historia de España», fig. ...).—Núm. 3. Antropomorfo en un fragmento de Segovia.—Núm. 4. Escena sexual, incompleta. El personaje adopta forma de licántropo (según fot. de Bericot, fig. 395).—Núm. 6. Personaje ornitomorfo, ¿fálico?, tocando la lengua a un carnassier o lobo (fot. Pericot, fig. 416).



Fig. 11. Diferentes composiciones de Azaila: Núm. 1. Tapadera con símbolos.—Núm. 2. Plato con motivos vegetales en forma de cometa y elementos «anforiformes» colgantes.—Núm. 3. Plato con decoración similar sustituyendo los motivos vegetales colgantes por representación de garras o manos (compárense con el motivo el friso intermedio del pebetero de La Serreta, fig. 3.9).—Núm. 4. Tapadera con aves en actitud jubilosa asociados a motivos vegetales y otros signos. Nótese la presencia del pez y de la serpiente y el parecido del desfile con el fragmento núm. 1 de la fig. 5. (Corpus, figs. 80, 71 y 43.)

Fig. 12. Motivos de arte rupestre postpaleolítico: Núms. 1, 2, 5 y 7 «Petroglifoides» (Acosta, figs. 33 y 34), Covacho Morro (Valonsadero, Soria), Majadilla Puerto Alonso (Cabeza del Buey, Badajoz), Posada Buitres (Peñalsordo, Badajoz), Cerro Estanislao (Badajoz). Compárense con los ojos tan frecuentes en arte prerromano.—Núms. 3, 4, 6 y 8. (Nordström, tabla de ojos). Jumilla (Murcia), Liria (Valencia), Jumilla y Alcoy (Alicante).—Aves: Núms. 9, 10 y 12 (Acosta, figs. 14 y 15), Cantos de la Visera (Yecla, Murcia) y Tajo de las Figuras (Casas Viejas, Cádiz). Recuerdan especialmente las cerámicas de Elche.—Núm. 11. Del Polvorin (Pobla de Benifazá, Castellón) (Beltrán, fig. 105). Peces: Núms. 15 y 16 (Acosta, fig. 17). Letreros (Vélez Blanco, Almería) y Letreros Mártires (Huéscar, Granada).—Serpientes: Núms. 17-18 (Acosta, fig. 17), Doña Clotilde (Albarracín, Teruel) y Sierra San Serván (Badajoz).—Batracio: Núm. 19 (Acosta, fig. 17), Castillo de Alange (Badajoz).—Manos: Núms. 13 y 14 (Acosta, fig. 61). Pretina I, Sierra Momia (Cádiz) y Viñas y Silla (Alange). Danza: Núm. 22 (Acosta, fig. 56).—Mujeres: Núm. 23 Sierra Zanona (Cádiz), Los Grajos (Cieza, Murcia) (Beltrán, det. fig. 143, a). (Obsérvese la actitud brazo en alto como algunas figuras ibéricas. Más que una danza es un cortejo comparable a la composición en la que toma parte la fig. núm. 31, enmascarado tricorne con cabra oferente y otro objeto, del Aguila, Lucas, fig. 13).—Núm. 24. Solapo del Aguila, Villaseca (Segovia) (Lucas).—Parejas humanas: Núms. 25-28 y 33 (Acosta, figs. 53 y 55). Posada de los Buitres, Rebozo de la Sierra (Almadén, Ciudad Real), Las viñas, Cánforos de Peñarubia (Cánforos, Jaén) y Sierra Grajera Chica (Badajoz).—Núm. 29. Aguila (Lucas, fig. 11).—Recolección frutos: Núm. 20. Aguila (Lucas, 4). Núm. 21. Prado de Santa María (Pedrajos, Soria) (Acosta, fig. 60).—Oficiante religioso con alusión a ritos de fecundidad: Núm. 30. Los Letreros (Acosta, fig. 52), y también núm. 31.—Domesticación: Núms. 32, 34 y 36 (Acosta, figs. 59-60). Cánforos de Peñarubia, Doña Clotilde y Anear, Villar del Humo-Boniches (Cuenca). Actitudes muy parecidas a escenas de la cerámica ibérica del Levante.—Animales con cría: Núm. 37 (Acosta, fig. 13). Covatilla del Rabanero, Solana del Pino (Ciudad Real).—Idem: Núm. 35.—«Teriomaquia»: Núm. 38. Los Grajos (Beltrán, fig. 1.143, b).—«Courrotrofa»: Núm. 39. Caidas del Salbine, Mazaleón (Teruel) (Beltrán, fig. 75).—«Potnia theron»: Núm. 40. Cañada de Marco, Aloaine (Teruel) (Beltrán, fot. 88). La figura está representada entre cabras, algunas con ubres y cabritillos, puede recordar otras representaciones ibéricas e incluso a la propia Ataecina-Proserpina.



**ANOTACIONES SOBRE NUEVOS HALLAZGOS  
DE YACIMIENTOS IBERICOS,  
EN LA COMARCA DE RIBERA D'EBRE (TARRAGONA)**

**ANOTACIONES SOBRE NUEVOS HALLAZGOS  
DE YACIMIENTOS IBERICOS,  
EN LA COMARCA DE RIBERA D'EBRE (TARRAGONA)**

Por. MARAGARIDA GENERA I MONELLS

Con motivo de esta mesa redonda, creémos de interés exponer el estado actual de nuestros conocimientos, acerca de las poblaciones ibéricas, de un sector del río Ebro, cuyo patrimonio arqueológico se ha mantenido prácticamente inédito hasta la fecha.

A tal efecto, damos a conocer los resultados obtenidos en nuestras exploraciones realizadas en el indicado territorio, que comprende parte de la comarca de Ribera d'Ebre, desde la localidad de Flix hasta el Pas de l'Ase, en las proximidades de García, junto con un avance de los obtenidos a lo largo de dos campañas de excavaciones realizadas en el yacimiento de Sant Miquel de Vinebre.

En dichos trabajos de prospección, hemos comprobado la existencia de diversas estaciones, algunas de ellas con materiales de época ibérica, entre las que cabe mencionar: el poblado de Sebes y Mosselló en Flix, el de Els Castellons y Forn Teuler en Ascó, els Tossals d'Andisc y Sant Miquel en Vinebre y Roca del Sol, en García.

Las características geográficas, de los lugares donde se hallan ubicados cada uno de estos yacimientos, coinciden en la mayoría de los casos. Siempre, sobre la cima de cerros de poca elevación, generalmente alrededor de los 100 metros sobre el nivel del mar, situados en puntos muy estratégicos y de gran visibilidad, emplazados junto a otros montículos de mayor altitud, muchas veces con restos arqueológicos más antiguos que los ibéricos, como son los casos del ya desaparecido poblado de Els Castellons, emplazado junto al de Andisc o Pont del Llop, los de Els Tossals y Aixarella de Vinebre, Dalt de la Vall de Sebes y Sebes en Flix.

De los yacimientos de Andisc o Pont del Llop y de Dalt de la Vall de Sebes, hemos estudiado numerosos fragmentos de cerámica, corres-

pondientes a vasijas de gran tamaño, todas fabricadas a mano y decoradas con cordones aplicados, asociados a cerámicas hechas a mano, también pertenecientes a urnas de forma bitroncocónica, que presentan la superficie bruñida, y con acanalados en algunas ocasiones. Todo esto junto con diversas piezas líticas, entre las que se hallan muy bien representados los denticulados.

Debido a que todo el material, del cual disponemos en este momento para el estudio de estos yacimientos, procede de recolecciones de superficie, no nos es posible todavía, concretar ninguna cronología con plena seguridad. De todos modos, provisionalmente, en espera de que en futuras campañas de excavación se obtengan datos que permitan mayor precisión, adelantamos la siguiente información:

Entre el material procedente de Sebes, figuran diversos fragmentos de cerámica de barniz negro, que por las características de la pasta y barniz, corresponden a los tipos B y C de Lamboglia, junto con otros de ibérica pintada. Igualmente, en Els Tossals de Vinebre y Roca del Sol, se encuentra el mismo tipo de materiales, razón por la cual, les atribuimos una misma cronología.

En Forn Teuler y Castellons, tenemos documentado un período de tiempo mucho más amplio. Procedente de estos dos yacimientos, disponemos de diversos fragmentos de cerámica campaniense A, B y C, y un considerable número de cerámicas ibéricas pintadas, en las que observamos una gran variedad cromática y de temas decorativos, que nos sitúan en una etapa ibérica muy avanzada, que se prolonga hasta los siglos I y IV d.C., respectivamente, según los hallazgos de cerámicas sigillatas hispánicas, como elemento más tardío en el primero y de sigillata clara D, en el segundo\*.

A continuación nos referimos al yacimiento de Sant Miquel de Vinebre, haciendo constar que se trata del que se ha profundizado más su estudio, por haber obtenido mayor número de datos durante las dos campañas de excavaciones, realizadas en los años 1977 y 1978.

Dicho poblado se halla situado en la orilla izquierda del Ebro a unos 100 metros, del curso actual del río, sobre un montículo de unos 100 metros sobre el nivel de mar y a 1.500 metros al sureste de la población de Vinebre.

Como todos los yacimientos de esta zona, el de Sant Miquel, ha sufrido graves destrozos, a consecuencia de la guerra civil, a los que se suma la construcción de una canalización de aguas del río, la

\* Según clasificación realizada por Dra. M. Roca Roumens.

cual requirió la apertura de una zanja que atraviesa longitudinalmente todo el montículo.

A pesar de todo ellos, existen aún, restos de varios muros, de los que se conservan en algunos sectores, más de cuatro hiladas de piedra.

En este momento, tenemos localizada una calle con restos de habitaciones.

En espera de las conclusiones, que creemos nos permitirá llegar la ampliación del área excavada, en próximas campañas, anticipamos algunos datos, que se desprenden del estudio de los materiales recogidos en el corte C, abierto en el sector norte del poblado, el cual es el que consideramos presenta mayor interés.

En dicho corte distinguimos tres niveles arqueológicos, que suponemos corresponden, realmente a un solo momento de habitación con su ulterior abandono. Esta fase de la vida en el poblado, la única que ha sido posible determinar, se puede fechar entre el último cuarto del siglo II a.C. y la segunda mitad del siglo I a.C. Esta cronología viene dada por la presencia de cerámicas de barniz negro, que se hallan en curso de estudio por el Prof. E. Sanmartí, por el hallazgo de diversas monedas, estudiadas por la Dra. Marta Campo, entre las que se encuentra un cuadrans procedente de Arse y dos ases de Irtirta, cuyas emisiones se sitúan entre el 120-85 a.C., el 104-72 a.C. y 80-72 a.C., respectivamente.

Entre las cerámicas ibéricas pintadas que representan el 17,5 % de la totalidad de los materiales cerámicos recogidos en dicho corte, hallamos diversos ejemplares de kálathos, del tipo más reciente, con decoración de bandas paralelas y estilización de vegetales. Entre las formas de cerámica común romana, distinguimos la existencia de algunos cuencos con borde horizontal, ollas de borde almendrado, cubiletes de paredes finas con base plana y borde cóncavo, formas que según M. Vegas fueron empleadas en el Mediterráneo occidental, hacia el final de la época republicana.

Finalmente, aparece también, con cierta abundancia, cerámica común a mano, correspondiente a formas de uso doméstico, cuencos, ollas, cazuelas y tapaderas, las cuales se caracterizan por tener la base plana y perfil carenado. La pasta empleada suele ser poco depurada, con cuarzo y granos de mica como elementos desengrasantes y la cocción suele ser buena, el acabado bruñido hasta la parte del cuello y raspada el resto de la superficie.

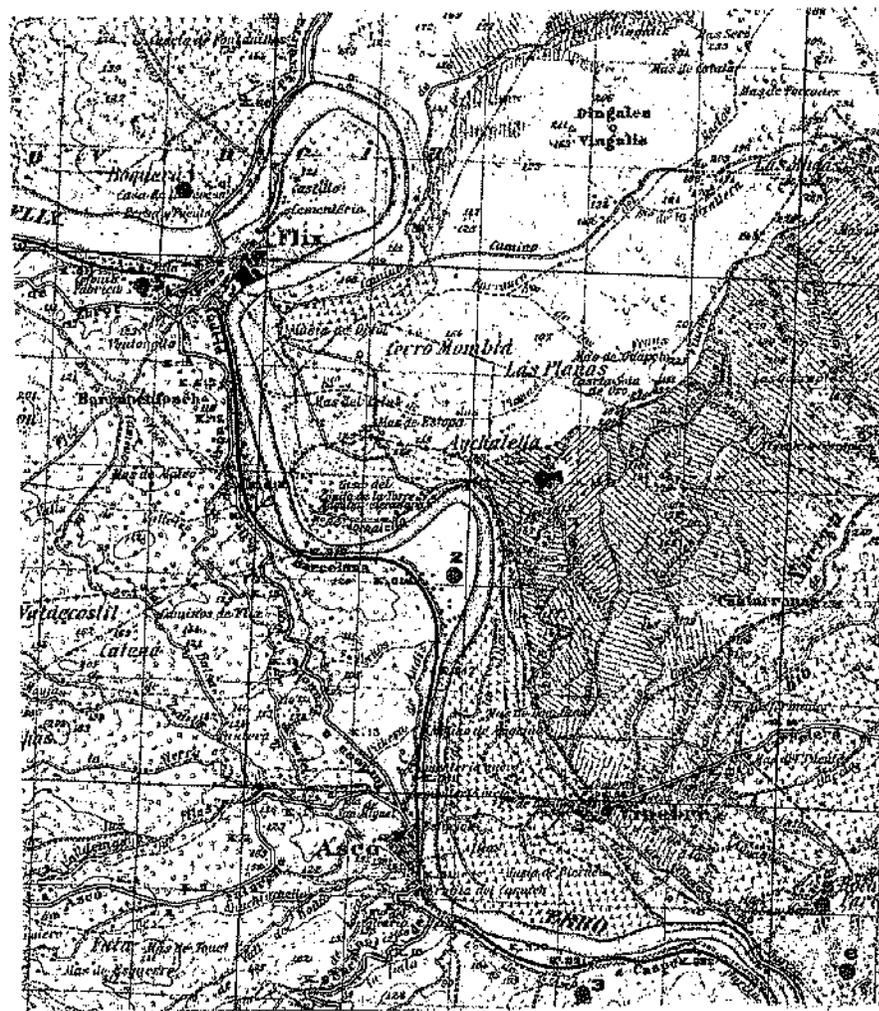
El resto del material cerámico está hecho a torno y se compone

dé fragmentos correspondientes a grandes vasijas para la conservación de provisiones o dolios y algunas ánforas vinarias, en mucha menor proporción.

En el mismo corte C, fueron localizados, igualmente, parte de cuatro crisoles de fundición, con restos de plomo, un pondus y dos fusayolas de tierra cocida.

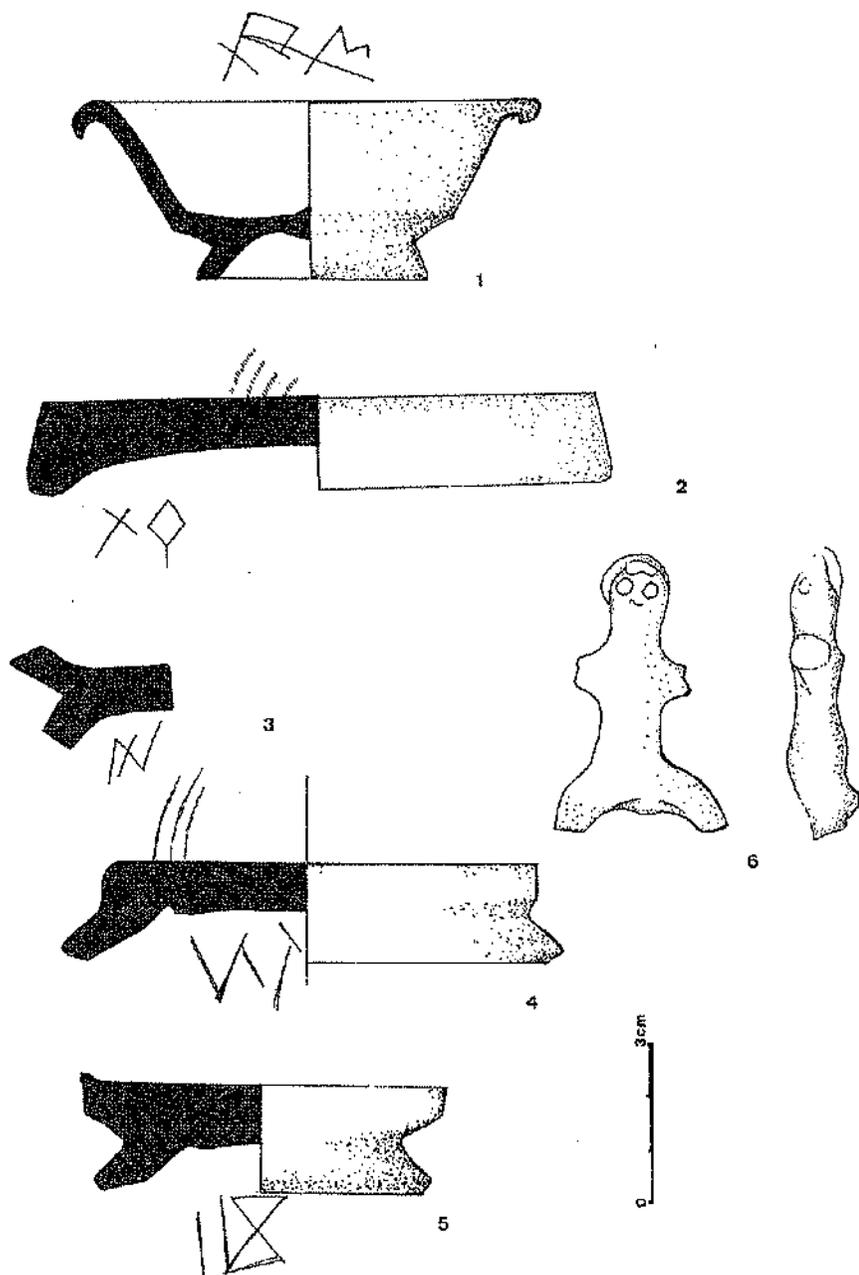
Entre el material metálico cabe citar el hallazgo de una bisagra de bronce, decorada con triángulos puntillados y dos anillos del mismo material y sección circular, muy bien conservados.

Fuera del corte mencionado, fueron hallados cinco fragmentos de cerámica de barniz negro, con grafitos ibéricos (lám. 1), así como una figurita de barro cocido de características similares a las halladas en el poblado de la Serra de l'Espasa en Capçanes, a la de Riudoms,... y otros yacimientos ibéricos.



1. Sebes.—2. Els Castellóns.—3. Forn Teuler.—4. Els Tossals d'Andisc.—5. Sant Miquel de Vinebre.—6. Roca del Sol.—7. Barranc de Mosselló.

LANCERO IBERICO EN BRONCE PLENO  
DEL SANTUARIO IBERICO DE LA LUZ (MURCIA)



Lám. I. Poblado de Sant Miquel (Vinebre): Núms. 1 a 5. Grafitos con signos ibéricos sobre cerámicas campanienses.—Núm. 6. Esculturita de barro cocido.

## LANCERO IBERICO EN BRONCE PLENO DEL SANTUARIO IBERICO DE LA LUZ (MURCIA)

Por PEDRO A. LILLO CARPIO

La zona en que estuvo emplazado el Santuario Ibérico de la Luz, excavado en 1925 por el Dr. Mergelina Luna <sup>1</sup>, precedida por excavaciones de aficionados que, a partir de las noticias dadas por el Canónigo Lozano en 1794, atrajo la atención de muchos aficionados.

El Santuario, en íntima relación con la cercana e interesantísima necrópolis del Cabecico del Tesoro <sup>2</sup>, a unos cientos de metros al W. del Santuario y entre ambos lugares y a la falda del actual monte de Santa Catalina, coronados por las ruinas de un bastión árabe, los restos del rico poblado ibérico, mutilado y revuelto en estos últimos años por infinidad de viviendas de tipo residencial, integran un conjunto de hábitat ibérico de primer orden.

A unos metros del Santuario, excavado en 1925, y al hacer la cimentación de la residencia-albergue de la Obra Sindical, aparecían de manera fortuita interesantísimos bronce, estudiados por el entonces Director del Museo Arqueológico Provincial, D. Manuel Jorge Aragonese <sup>3</sup>.

Los roturados de tierras y la curiosidad han dado lugar a una serie de hallazgos <sup>4</sup>; fruto de estas circunstancias es la pieza que nos ocupa.

Representa a un infante ibérico en pie, en actitud de marcha o más bien de arrojar el arma —una falárica— que debió portar en su mano derecha alzada a la altura de la boca con el brazo flexionado y la mano perforada en sentido frontal para, en su orificio, introducir el arma arrojadiza de que era portador. El brazo izquierdo, pegado al cuerpo, carece por mutilación posterior del antebrazo y mano que debieron estar exentos y hacia delante (así llevan la mano los bronce hallados por el Dr. Mergelina).

El guerrero va vestido con una especie de jubón con faldellín en el que no se ha marcado ni escote ni mangas, que llega hasta el primer tercio del muslo, al contrario de otras representaciones del mismo tipo hallados en este Santuario en que el faldellín queda por encima de la cruz inguinal.

Sobre el vestido, liso y rígido, que parece evocar por su textura una prenda de cuero, está hábilmente marcado el entalle sobre las caderas y de aquél, y de izquierda a derecha, cruza el pecho hasta la axila del brazo portador de la falárica otra cinta resaltada. Paralela a esta parte del correaje, en la parte delantera y ligeramente desplazada a la izquierda, porta una falcata, al parecer de cabeza de ave y sin guarda de barra en el enmangue, que llega a la altura de la parte media del esternón, mientras que el extremo del arma, recorriendo el faldellín en diagonal, acaba a la altura de la cabeza del fémur izquierdo, con vaina rematada por botón globular.

Se asienta la figura sobre una fina placa rectangular alargada en el sentido de los pies del guerrero, que quedan en la misma línea uno detrás de otro y en ángulo de unos 45° con respecto a la visión frontal de la figura, giro conseguido por una sabia torsión del tronco de la figura por parte del artífice.

La gruesa capa de oxidación activa que bajo la capa de concreciones calizas posee la figura no permite apreciar los fallos de fundición, pero parece no haberlos.

La capa de oxidación que posee la figura permite apreciar sólo retoques en la línea superior del cinturón posteriores a la fundición al igual que los dedos de la mano derecha y de ambos pies, que han sido creados rayando el metal. Tiene oxidación activa en la parte superior de la cabeza.

La técnica para su fabricación debió ser la de fundido a la cera perdida, con una altura de 129 mm. y sobre una plaquita de 3 mm. de espesor.

La cabeza, sostenida por un robusto cuello, va tocada con un casco sin carrilleras, que rodeando el pabellón de la oreja se prolonga en la parte posterior hasta la altura de los hombros creando un amplio cubre-nuca pendiente de una cinta gruesa que va de oreja a oreja. No parece haber poseído el dispositivo para la cimera en su parte superior, donde padece oxidación activa. La parte superior del casco, hemisférico, aparece engrosada por una franja horizontal de la que por detrás sale el guarda-nuca.

La ausencia de carrilleras (paragnathides) parece estar suplida

sobradamente por los extremos laterales del cubre-nuca, que sobresalen a ambos pabellones auditivos sin cubrirlo. Lo que parece estar de acuerdo con la teoría de H. Sandars<sup>5</sup> acerca de la protección de la oreja y sobre todo de las carótidas por medio de un almohadillado que amortiguara los golpes practicados en esa región. La oreja derecha va adornada con un pendiente plano redondeado.

En cuanto al aspecto formal se refiere, es ésta una pieza de una calidad extraordinaria en cuanto a proporciones, cosa rara en la estatuaria menor ibera, en que el canon estético es especialmente corto, no llegando el módulo-cabeza a las esbeltas proporciones de esta pieza, que alcanza casi los cánones comunes a la escultura mediterránea pre-clásica, con sus siete cabezas que, siguiendo la normativa de los cánones cortos ibéricos, resulta esbelto por el desajuste de la altura y la anchura que se reduce.

Si bien la musculatura no es destacada, el modelado de las formas es muy completo y realista remitiendonos a los modelos clásicos.

El tratado de la vestimenta, correaje y arma es igualmente realista y de buena técnica. Lo que sorprende es la extraordinaria fuerza que ha sabido dar el artista en cuanto a la composición armónica del guerrero, firmemente apoyado en ambas piernas, sabiamente dispuestas en posición nada forzada, y la actitud momentánea del lanzamiento del arma. Esta disposición da a la pieza un carácter singular con respecto al resto de piezas exhumadas<sup>6</sup>, en las que el estatismo y la rigidez son lo predominante, notas arcaizantes de las que parece desligarse esta figura, en la que los ejes de simetría guardan un gran equilibrio que subrayan las prendas del vestido y armas. Tan sólo el guerrero con lanza, por cierto igualmente mutilado de la mano izquierda, que se expone en el Museo Arqueológico Nacional y hallado en el mismo yacimiento, posee una disposición formal muy parecida a éste, si bien el casco es con cimera corta, mientras que del que hacemos referencia carece de ella.

En cuanto a la cronología<sup>7</sup>, queda encuadrada en los siglos IV-III a.C. y que las campañas anibálicas concluyeron con esta etapa, dando lugar a otra posterior que finalizaría con las campañas celtibéricas para dar paso a una última etapa ibero-romana de fines del II a.C. en adelante, como ocurre en los yacimientos paralelos más próximos como el Cigarralejo de Mula<sup>8</sup>.

## NOTAS

<sup>1</sup> C. Mergelina Luna, *El Santuario hispano de la Sierra de Murcia*, «Memoria de las excavaciones en el eremitorio de Nuestra Señora de la Luz». Memoria núm. 77 (núm. 7 de 1924-25) de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Madrid, 1926, 19 pp. y 12 láms.

<sup>2</sup> G. Nieto Gallo, *La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)*, «Crónica del III Congreso de Arqueología del Sureste Español (Murcia, 1947)», Cartagena, 1948, 179 pp. y 33 láms.

<sup>3</sup> M. Jorge Aragonese, *La badila ritual de la Luz y la topografía arqueológica de la zona según los últimos descubrimientos*, «Anales de la Universidad de Murcia», 26. Filosofía y Letras. Curso 1967-1968. Murcia, 1968, pp. 317-346 y 52 figs.

<sup>4</sup> M. Jorge Aragonese, *La cabezada y la gamarra de la montura ibérica, según un bronce inédito del Santuario de la Luz (Murcia)*, «Anales de la Universidad de Murcia», 1968, pp. 169-176 y 3 figs.

<sup>5</sup> M. Jorge Aragonese, *Un escrito inédito de la Luz de la colección Palarea, Murcia*, «Archivo Español de Arqueología», núm. 32, Madrid, 1959, pp. 121-122.

<sup>6</sup> H. Sandars, *The weapons of the Iberians*, vol. LXIV, Oxford, 1913, pp. 206-290, y 60 figs.

<sup>7</sup> M. Jorge Aragonese, *Bronces inéditos del Santuario ibérico de la Luz (Murcia)*. Homenaje a Francisco Navarro. Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos. Madrid, 1973, 29 pp. y 8 láms.

<sup>8</sup> E. Cuadrado Díaz, *Excavaciones en el Santuario Ibérico del Cigarralejo (Mula)*. Informes y Memorias de la Comisión General de Excavaciones Arqueológicas, núm. 21, Madrid, 1950.





**GRAFITO IBERICO EN UN POBLADO  
DE LA SUBMESETA SUR**

**ESCUELA DE ARTES APLICADAS  
A LA RESTAURACION**  
Avda. de los Reyes Católicos, s. n.  
Madrid - 3

## GRAFITO IBERICO EN UN POBLADO DE LA SUBMESETA SUR

Por MARTA SIERRA DELAGE

En las excavaciones que venimos realizando sistemáticamente al sur de la provincia de Cuenca, en el lugar denominado «Fuente de la Mota», en el pueblo de Barchín del Hoyo, ubicado al final de la Serranía de Cuenca, abriéndose hacia las altiplanicies de la Mancha, encontramos en una de las cuadrículas, la Cl, directamente sobre el suelo del nivel de habitación, único que se da en el poblado, un plato pequeño o cuenco en cuyo borde figuraba un grafito. Es el plato de pasta beis-rojiza, con igual engobe y decoración geométrica de bandas desvaídas en ambas caras en un solo color vinoso, de fondo anular de 4,8 cm. de diámetro, siendo las otras medidas 15 cm. d. la anchura máxima de los bordes y 2 cm. el labio donde se encuentra el grafito.

Consta éste de cuatro signos

^ | | N  
1 2 3 4

objeto de esta comunicación, que deseo presentarles para su discusión y contrastación de mi hipótesis de trabajo, ya que al no ser especialista en la materia, deseo por tanto conocer sus opiniones. Pertenecen éstos al mundo prerromano con un sistema de alfabeto semisilábico que es el existente en este momento en la Península y su transcripción es la siguiente:

1. Consonante continua *l*
3. La oclusiva *b*.
4. Otra continua *n*.

En cuanto al signo 2 no lo he encontrado en el alfabeto ibérico de Levante ni en el del Mediodía, aunque la falta de uniformidad

de este último y las pocas pruebas materiales para su estudio, pudiera dar lugar a relacionarlo más con él. Si aparece en el libio-fenicio, que es del siglo II a.C., pero el poblado se destruyó en el siglo III a.C., en el año 210 según fecha de C14 para cereal, Barchin 1. O sea, tendríamos *l(x)bu n*; ahora bien, moviéndonos ya en el terreno hipotético, la epsilon griega en ibérico está invertida y en el siglo III aparece con rasgos hacia abajo y orientados tanto en un sentido como en otro, luego pudo realizarse por comodidad en la escritura esta forma suprimiendo uno de los rasgos, con lo que tendríamos una *e* y leeríamos *leban*.

Por otra parte, si pensamos:

- que el lugar de ubicación del poblado es el sur de la Celtiberia en el mapa de Tolomeo, con frontera con oretanos y bastitanos,
- que existe un enclave de lebetanos, también celtiberos que se extienden desde Cuenca hasta Moya, confrontando con los bastitanos en Utiel, a medio grado de Lobetum, la cual correspondía a Requena según el Diccionario de Cortés.
- que Anibal en sus incursiones se apodera de la Olcadia al sur de los lebetanos, que dejará de existir como tal para distribuirse entre lebetanos y celtiberos,
- y que el alfabeto meridional no es único, sino, como indica Maluquer, «una unidad de sistema expresado con alfabetos múltiples»<sup>1</sup>.

y dado que Lobetum es Lebetión en griego, que viene de Λ Ε Β Υ Σ  
Λ Ε Β Υ Ζ Ο Σ y que antiguamente se empleaba la forma acusativa Λ Ε Β Υ Ν, traduciéndose como caldera para calentar el agua o cuenco, podríamos transcribir nuestro grafito en este sentido, es decir interpretarlo como «cuenco».

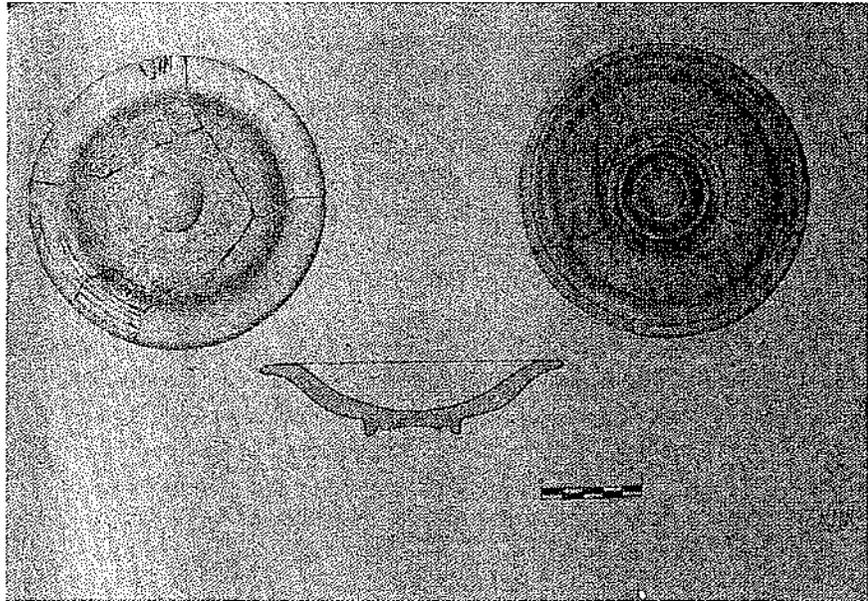
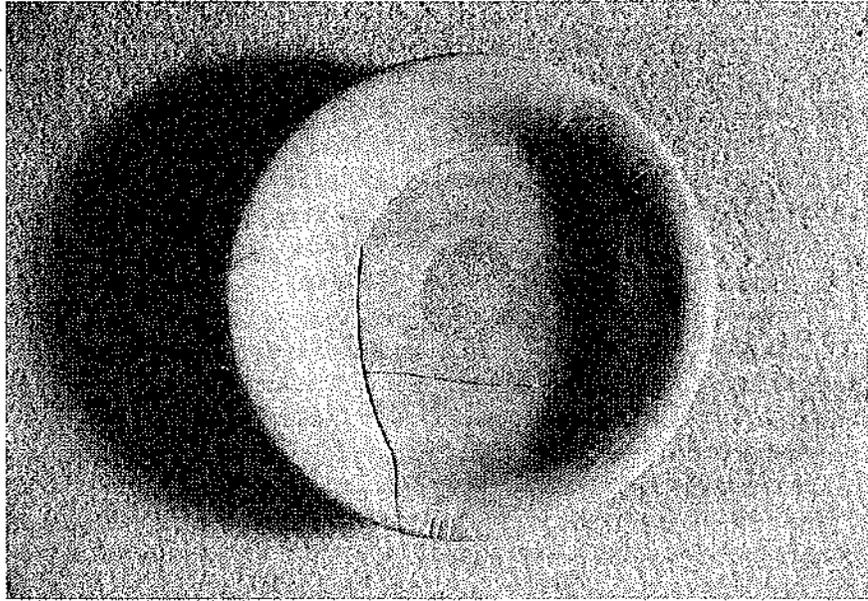
Creemos, pues, por todo lo expuesto, por el lugar donde se encuentra el poblado, hubiera una mayor influencia del área meridional, lo que también apoya la cultura material que aparece, y es lógico, ya que no hay que olvidar que la Alta Andalucía forma el borde meridional de la submeseta sur, manifestándose ésta en:

- cerámica con motivos de decoración geométrica en diferentes formas que se encuentra en Peal, en Levante, en los yacimientos más antiguos, y que según Fletcher sería este tipo de decoración la que se daría solamente en los poblados destruidos por Anibal o Escipión en el momento de su llegada;

- cerámica estampillada con bandas, propio de la zona meridional desde el siglo IV al II a.C.;
- barniz rojo del tipo ibérico. Cuadrado lo señala del IV al III en el Alto Guadalquivir, para pasar a la Meseta en este último;
- labor de ataujía de plata sobre hierro, que nos recuerda el gran centro en el siglo IV que fue Cástulo y una posible vía de penetración desde aquí a la submeseta a través de los ríos, que puede tener su explicación, pues existe una tradición alfarera que ha llegado a nosotros, por la cual se recorría desde Barchin el camino hasta Linares para recoger sulfuro de plomo con el que vidriaban hasta hace poco sus vasijas.

Concluyendo, y sea o no admisible esta hipótesis, el grafito pertenece según el contexto en que ha sido hallado a finales del siglo IV, momento en que se inicia la vida en el poblado según nos data el C14 en sus muestras Barchin 2 y 3, o también al siglo III, durante el cual se prolonga la existencia del mismo hasta su destrucción fechada por Barchin 1.

<sup>1</sup> Epigrafía prerromana de la Península Ibérica, p. 70, Barcelona, 1968.



*Acabóse de imprimir este libro de LA BAJA  
EPOCA DE LA CULTURA IBERICA, en  
Madrid, en los Talleres de Técnicas Grá-  
ficas, S.L. calle de las Matas núme-  
ro cinco a veintiocho días anda-  
dos del mes de Febrero del  
año mil novecientos  
ochenta y  
uno*

